Vive en la puerta de al lado.
Conoce todos tus secretos…

LA ASISTENTA TE VIGILA

FREIDA McFADDEN

SUMA de letras

Freida McFadden

La asistenta te vigila

Traducción de
Carlos Abreu Fetter y Jesús de la Torre Olid

Para mi familia

PRÓLOGO

Hay sangre por todas partes.

Nunca había visto tanta sangre. La sustancia roja ha empapado la alfombra de color crema, empieza a penetrar en las tablas del suelo cercanas y motea las patas de la mesa de centro de roble. Unas gotitas perfectamente ovaladas han saltado hasta el asiento del sofá de piel de color claro, y grandes regueros se escurren por la pared de alabastro.

Parece no acabar nunca. Si busco con cuidado, ¿encontraré salpicaduras de sangre en el coche, que está en el garaje? ¿En las briznas de hierba del jardín? ¿En el supermercado que está en la otra punta del pueblo?

Y, lo que es peor, tengo las manos pringadas.

Qué porquería. Aunque no dispongo de mucho tiempo, me muero de ansias por limpiarlo todo. A mí me enseñaron que cuando se produce una mancha, sobre todo en la moqueta, hay que lavarla enseguida, porque, una vez que se seca, ya no hay quien la quite.

Por desgracia, aunque restregara con todas mis fuerzas, no podría hacer nada por el cuerpo sin vida que yace justo en medio del charco de sangre.

Evalúo la situación. Vale, la cosa pinta mal. No hay nada de sospechoso en que mis huellas estén por toda la casa, pero me costará más explicar la mugre carmesí que llevo incrustada en las uñas y en las líneas de las manos. Tampoco puedo restarle importancia a la mancha cada vez más oscura que se extiende por la parte delantera de mi camiseta. Estoy en un lío gordo.

Si alguien me descubre, claro.

Me examino las manos, sopesando los pros y contras de lavármelas en vez de salir pitando de aquí. Si me las lavo, perderé unos segundos preciosos y me expondré a que me pillen. Si me largo de inmediato, cruzaré la puerta con las palmas ensangrentadas e iré ensuciando todo

lo que toque.

De pronto, suena el timbre.

Mientras el tintineo resuena por toda la casa, me quedo sin poder moverme, sin atreverme a respirar siquiera.

—¿Hola? —dice una voz conocida.

«Por favor, vete. Por favor».

La casa está en silencio. La persona que ha llamado a la puerta llegará a la conclusión de que no hay nadie y decidirá regresar en otro momento. O eso espero. Si no, todo habrá acabado.

El timbre suena de nuevo.

«Vete, por favor, vete».

No soy muy de rezar, pero ahora mismo estoy a punto de ponerme de rodillas. Bueno, lo haría si eso no implicara manchármelas de sangre.

Debe de haber concluido que no hay nadie. ¿Quién toca un timbre más de dos veces? Pero, justo cuando pienso que el peligro ha pasado, la persona sacude el pomo de la puerta. Y luego empieza a girarlo.

Oh, no. No está puesto el pestillo. Dentro de unos cinco segundos, la persona que ha llamado cruzará el umbral, se adentrará en el salón y entonces se encontrará con…

Esto.

La decisión está tomada. Tengo que salir corriendo. No hay tiempo para lavarme las manos ni para preocuparme por las pisadas sanguinolentas que voy a dejar. Debo largarme de aquí.

Mi única esperanza es que nadie descubra lo que he hecho.

PRIMERA PARTE

1

MILLIE

Tres meses antes

Me encanta esta casa.

Me encanta todo en esta casa. Me encantan el gigantesco jardín delantero y el aún más gigantesco jardín trasero (aunque en ambos la hierba empieza a amarillear). Me encanta que en el salón quepan bastantes más muebles que un sofá pequeño y un televisor. Me gustan los ventanales con vistas a esta calle que, según he leído hace poco en una revista, está en uno de los mejores barrios para vivir con niños.

Y, por encima de todo, me encanta que sea mía. La casa en el número 14 de Locust Street es toda mía. Bueno, sí, dentro de treinta años, cuando por fin acabe de pagar la hipoteca, será toda mía. No dejo de pensar en la suerte que tengo mientras deslizo los dedos por la pared de nuestra nueva sala de estar y me inclino hacia delante para admirar mejor el flamante papel tapiz con motivos florales.

—¡Mamá está besando la casa otra vez! —chilla una vocecita a mi espalda.

Me apresuro a apartarme de la pared, como si mi hijo de nueve años me hubiera pillado in fraganti con un amante secreto. No me avergüenza mi amor por esta casa. Estoy deseando proclamarlo a los cuatro vientos desde la azotea. (Tenemos una terraza impresionante en la azotea. De verdad que me encanta esta casa).

—¿No deberías estar guardando tus cosas? —digo.

Han subido todas las pertenencias y muebles de Nico a su habitación, así que debería estar deshaciendo las cajas, pero, en vez de eso, está botando una y otra vez una pelota de béisbol contra la pared, mi preciosa pared con un papel decorativo floreado. Hace menos de

cinco minutos que vivimos en esta casa y ya está decidido a destrozarla. Se lo noto en los ojos castaño oscuro.

No es que no quiera a mi hijo más que a nada en el mundo. Si me viera en una de esas situaciones hipotéticas en la que tuviera que elegir entre la vida de Nico y esta casa, elegiría a Nico, por supuesto. Sin el menor asomo de duda.

Solo digo que, como le ocasione algún daño a esta casa, quedará castigado sin salir hasta que tenga edad de afeitarse.

—Ya guardaré mis cosas mañana —dice Nico. Su filosofía vital parece basarse en dejarlo todo para mañana.

—¿Y por qué no ahora? —sugiero.

Nico lanza al aire la pelota, que casi roza el techo. Si tuviéramos algún objeto de valor en esta casa, yo estaría sufriendo un infarto en este momento.

—Luego —insiste.

O sea, nunca.

Alzo la vista hacia la escalera de nuestra casa. ¡Sí, tenemos escalera! Una escalera como Dios manda. Bueno, los escalones crujen cada vez que los pisas y, si te agarras demasiado fuerte de la barandilla, es posible que te quedes con ella en la mano, pero el caso es que tenemos una escalera… ¡que además conduce a otro piso de la casa!

Se nota que he estado viviendo demasiado tiempo en Nueva York. No estaba muy convencida de regresar a Long Island después de lo que sucedió la última vez que viví aquí, pero eso fue hace casi dos décadas…, el pasado remoto.

—Ada —llamo, mirando hacia arriba—. Ada, ¿podrías bajar un momento?

Al cabo de unos instantes, mi hija de once años asoma la cabeza por el hueco de la escalera, de modo que alcanzo a ver su espesa y ondulada cabellera negra, y fija la mirada en mí. Los ojos, oscurísimos como los de Nico, los heredó de su padre. Sin embargo, estoy segura de que, a diferencia de su hermano, Ada ha estado ordenando sus cosas desde que hemos llegado. Es una alumna de sobresaliente, de esas que se ponen con los deberes sin que las obliguen y los terminan una semana antes de la fecha de entrega.

—Ada —digo—, ¿ya lo has guardado todo?

—Me falta poco —responde, para sorpresa de nadie.

—¿Crees que podrías ayudar a Nico a vaciar sus cajas?

Ada asiente sin vacilar.

—Claro. Vamos, Nico.

El crío ve esto como una oportunidad de endosarle casi todo el trabajo a su hermana.

—¡Vale! —responde entusiasmado.

Y, acto seguido, deja de aterrorizarme con la pelota de béisbol y sube los escalones de dos en dos para reunirse con ella en su habitación. Empiezo a advertirle a Ada que no deje que su hermano escurra el bulto, pero es una causa perdida. En estos momentos, yo misma tengo unas sesenta cajas por deshacer, así que me conformo con que el trabajo se haga.

Somos increíblemente afortunados por haber conseguido esta casa. Perdimos media docena de guerras de ofertas en barrios que ni siquiera eran tan chulos como este. Creía que no teníamos la más remota posibilidad de hacernos con esta pintoresca antigua granja situada en una población con colegios públicos tan bien valorados. Casi rompí a chillar de alegría cuando nuestra agente inmobiliaria me llamó para comunicarme que la casa era nuestra… ¡por un diez por ciento menos del precio que pedían por ella!

El universo debe de haber decidido que nos merecíamos un poco de buena suerte.

Miro por la ventana delantera al camión de mudanzas aparcado frente al jardín. Estamos en una pequeña calle sin salida en la que hay otras dos casas, y, al otro lado de la calzada, vislumbro la silueta de una persona en la ventana. Alguno de mis nuevos vecinos, supongo. Espero que sea agradable.

Cuando oigo unos golpes procedentes del interior del camión, abro de un tirón la puerta principal para ver qué pasa. Salgo trotando justo a tiempo para ver a mi marido bajarse del vehículo con uno de los amigos que se han ofrecido a echarnos una mano con el traslado. Yo quería contratar una empresa de mudanzas, pero él insistió en ocuparse de ello con la ayuda de sus colegas. Reconozco que tenemos

que ahorrar hasta el último centavo para pagar las letras de la hipoteca. Incluso a pesar de la rebaja del diez por ciento, la casa de nuestros sueños no nos ha salido precisamente barata.

Mi esposo sostiene la mitad del peso del sofá del salón, con la camiseta pegada al torso por el sudor. Me horrorizo, porque a sus cuarenta y pico años lo que menos le conviene es fastidiarse la espalda. Expresé esta preocupación cuando planificábamos el cambio de casa, y él reaccionó como si fuera lo más ridículo que le habían dicho en la vida, aunque yo me fastidio la espalda una semana sí y otra no, y no por acarrear sofás, sino por cosas como estornudar.

—¿Quieres hacer el favor de ir con cuidado, Enzo? —exclamo.

Alza la vista hacia mí desplegando una sonrisa, y me derrito. ¿Es normal eso? ¿A las otras mujeres que llevan más de once años casadas también les tiemblan las piernas a veces cuando ven a sus maridos?

¿No? ¿Solo a mí?

A ver, que no digo a todas horas. Pero la verdad es que aún me tiene enganchada. Supongo que en parte será porque, inexplicablemente, cada año que pasa está más bueno (mientras que yo simplemente me hago un año más vieja).

—Ya voy con cuidado —asegura—. Además, ¡este sofá es muy liviano! Casi no pesa.

Al oír esto, el tipo que sujeta el otro extremo del sofá pone los ojos en blanco. Aunque la verdad es que no se trata del sofá más robusto del mundo. Lo compramos en IKEA, lo que supone un avance respecto al sofá anterior, que rescatamos de la calle. Enzo tenía la teoría de que los mejores muebles eran los que encontrábamos en la acera, frente al bloque de pisos donde vivíamos.

Hemos madurado un poco desde entonces. O eso espero.

Mientras Enzo y su amigo llevan el sofá al interior de nuestro hermoso nuevo hogar, vuelvo a dirigir la mirada hacia la casa de enfrente, situada en el número 13 de Locust Street. Alguien sigue observándome desde la ventana. Como está a oscuras, no alcanzo a distinguir detalles, pero la silueta sigue ahí.

Alguien nos mira.

Pero eso no tiene nada de siniestro. La gente que vive en esa casa

son nuestros nuevos vecinos, y es normal que despertemos su curiosidad. Yo misma, cada vez que veía un camión de mudanzas frente a nuestro edificio, me acercaba a la ventana para ver quiénes eran los recién llegados, y Enzo se reía y me decía que en vez de cotillear fuera a presentarme.

Esa es la diferencia entre él y yo.

Bueno, no es la única.

En un esfuerzo por enmendarme y ser más amigable, como mi marido, alzo la mano para saludar a la silueta. No veo por qué no entablar contacto con mi vecino del número 13.

Pero la persona en la ventana no responde a mi saludo. Por el contrario, el estor se cierra de pronto, ocultando la silueta.

Bienvenidos al vecindario.

2

Mientras Enzo lleva las últimas cajas a la casa, yo estoy fuera, sobre el escaso césped del jardín, escaqueándome de ordenar y fantaseando con el aspecto que tendrá esto cuando mi marido lo remodele. Es un mago de la jardinería. En cierto modo, nos conocimos gracias a eso. Este terreno casi parece un desafío imposible con sus zonas peladas y sus terrones que se desmoronan con facilidad, pero sé que, dentro de un año, tendremos el jardín más bonito de nuestra calle.

Sigo perdida en mis ensoñaciones cuando la puerta de la casa de al lado —el número 12 de Locust Street— se abre de golpe y aparece una mujer con una media melena de color rubio caramelo cortada a capas, una blusa blanca entallada, una falda roja y unos zapatos de tacón de aguja que parecen ideales para sacarle el ojo a alguien. (¿Por qué siempre me da por imaginarme cosas así?).

A diferencia del vecino de enfrente, parece simpática. Agita la mano en un saludo entusiasta y recorre el breve sendero de adoquines que separa su casa de la nuestra.

—¡Hola! —exclama con efusividad—. ¡Qué alegría conocer por fin a nuestros nuevos vecinos! Me llamo Suzette Lowell.

Cuando le estrecho la mano de uñas impecables, me propina un apretón sorprendentemente doloroso para tratarse de una mujer.

—Millie Accardi —me presento.

—Un auténtico placer conocerte, Millie —dice—. Os encantará vivir aquí.

—Yo ya estoy encantada —contesto con sinceridad—. Esta casa es fantástica.

—Desde luego. —Suzette asiente con la cabeza—. Ha estado desocupada un tiempo porque, bueno, ya sabes, las casas tan pequeñas no se venden con facilidad. Pero estaba segura de que al final aparecería la familia adecuada.

¿Pequeña? ¿Está insultando nuestra fantástica casa?

—Pues a mí me ha enamorado.

—Claro que sí. Es de lo más acogedora, ¿verdad? Y… —Mira de arriba abajo los escalones de la entrada, que se caen un poco a pedazos, aunque Enzo jura que los arreglará. Es una de las innumerables reparaciones que tenemos que hacer—. Rústica. Muy rústica.

Vale, definitivamente está insultando la casa.

Pero me da igual. Me sigue gustando mucho. No me importa lo que opine una vecina estirada.

—En fin, ¿tú trabajas, Millie? —pregunta Suzette, clavando en mí sus ojos de color verde azulado.

—Soy trabajadora social —respondo con un deje de orgullo. Aunque ya hace años que me dedico a ello, aún me enorgullece mi profesión. Sí, a veces resulta extenuante y desgarradora, y el sueldo no es para tirar cohetes, pero aun así no la cambiaría por nada—. ¿Y tú?

—Soy agente inmobiliaria —dice, sin un ápice menos de orgullo. Ah, eso explica que estuviera denostando nuestro hogar con esa jerga propia de su profesión—. En estos momentos el mercado está en auge.

Eso es verdad. De pronto caigo en la cuenta de que Suzette no intervino en la venta de esta casa. Si es agente inmobiliaria, ¿cómo es que sus vecinos no la contrataron para que vendiera su propiedad?

Enzo sale del camión cargado con más cajas, la camiseta aún pegada al pecho y el cabello húmedo. Recuerdo que llené una de esas cajas con libros y me preocupaba que pesara demasiado, pero él la ha levantado como si nada y, por si fuera poco, ha puesto otra encima. Me duele la espalda solo de verlo.

Suzette también lo observa. Sigue su recorrido desde el camión hasta la puerta principal, mientras se le dibuja una sonrisa en los labios.

—Tu chico de las mudanzas está cañón —comenta.

—En realidad —digo—, es mi marido.

Se queda boquiabierta. Al parecer Enzo le ha causado mejor impresión que la casa.

—¿En serio?

—Ajá. —Después de dejar las cajas en el salón, Enzo sale de la casa a por más. ¿Cómo puede tener tanta energía? Cuando se dispone a subir de nuevo al camión, le hago señas para que se acerque—. Enzo, ven, que te presento a Suzette, nuestra nueva vecina.

La aludida se apresura a alisarse la blusa y a colocarse un mechón rubio caramelo detrás de la oreja. Estoy bastante segura de que, si hubiera podido, se habría echado un vistazo rápido en un espejo de bolsillo y se habría retocado el pintalabios. Pero no hay tiempo para eso.

—¡Hola! —barbotea con la mano tendida—. ¡Encantada de conocerte! Enzo, ¿verdad?

Él le estrecha la mano mientras despliega una sonrisa que le arruga las comisuras de los ojos.

—Sí, soy Enzo. ¿Tú eres Suzette?

Ella suelta una risita mientras asiente con vehemencia. Su reacción parece un poco exagerada, aunque, para ser justos, él está desplegando todo su encanto. Hace más de veinte años que mi marido vive en este país y cuando charlamos sentados a la mesa del comedor el acento no se le nota mucho, pero, cuando se pone en plan irresistible, lo fuerza tanto que parece recién bajado del avión. O, como diría él, «del *aereo*».

—Os cautivará este lugar —nos asegura Suzette—. Es un *culde-sac* de lo más tranquilo.

—Ya estamos cautivados —digo.

—Y vuestra casa es una auténtica bombonera —añade, recurriendo de nuevo a su creatividad para restregarme que nuestra casa es considerablemente más pequeña que la suya—. Es ideal para vosotros y vuestros hijos, sobre todo ahora que viene otro pequeñuelo en camino.

Al decir esto, fija una mirada elocuente en mi vientre, que desde luego no contiene ningún pequeñuelo. Hace nueve años que no llevo ningún pequeñuelo ahí dentro.

Lo peor es que Enzo vuelve la cabeza para mirarme y, por un momento, percibo un brillo de ilusión en sus ojos, aunque sabe perfectamente que me ligaron las trompas cuando me practicaron la

cesárea de emergencia al nacer Nico. Bajo la vista hacia mi abdomen y advierto que, en efecto, la camiseta me hace bulto de un modo desafortunado. Siento que muero un poco por dentro.

—No estoy embarazada —le aclaro a Suzette y, al parecer, también a mi marido.

Ella se lleva la mano a los labios pintados de rojo.

—¡Huy, cuánto lo siento! Pensaba que…

—No pasa nada —la interrumpo antes de que empeore las cosas. La verdad es que adoro mi cuerpo. Cuando era veinteañera estaba hecha un palillo, pero por fin puedo presumir de unas curvas femeninas que sospecho que también complacen a mi esposo.

Dicho esto, tomo nota de tirar esta camiseta a la basura.

—Tenemos dos hijos. —Enzo me echa el brazo a los hombros, ajeno al insulto de Suzette—. Un chico, Nico, y una chica, Ada.

No podría estar más orgulloso de nuestros críos. Es un padrazo, y habría querido tener cinco más si yo no hubiera estado a punto de morir al dar a luz a nuestro hijo. Nos habría encantado adoptar o convertirnos en padres de acogida, pero, dados mis antecedentes, eso quedaba totalmente descartado.

—¿Tú tienes hijos, Suzette? —pregunto.

Ella mueve la cabeza de un lado a otro con expresión horrorizada.

—No, quita, quita. No me va el rollo maternal. En casa estamos solos mi marido Jonathan y yo. Somos un matrimonio que vive muy feliz sin hijos.

Genial, tiene marido. Entonces puede dejar en paz al mío.

—Pero en la casa frente a la vuestra vive un niño —agrega—. Va a tercero de primaria.

—Como Nico —dice Enzo, entusiasmado—. A lo mejor podemos presentarlos.

Debido al cambio de domicilio, hemos tenido que sacar a los chicos del colegio en mitad del año escolar. No exagero si digo que no hay nada peor que dejar sin clases a dos alumnos de primaria en pleno mes de marzo. Aunque me abrumaba el sentimiento de culpa, no podíamos permitirnos pagar la hipoteca y el alquiler a la vez hasta el final de curso, así que no nos quedaba otra.

A Nico, que es tan extrovertido como su padre, no pareció afectarle. Para él, enfrentarse a un aula nueva repleta de chicos a los que impresionar con sus travesuras representaba una aventura divertida. Aunque Ada se tomó la noticia con serenidad, luego la sorprendí llorando en su habitación porque ya no vería más a sus dos mejores amigas. Espero que, cuando llegue el otoño, los dos se hayan aclimatado y que el trauma de cambiar de residencia en mitad del año escolar no sea más que un recuerdo lejano.

—Podéis ir a presentaros —dice Suzette, encogiéndose de hombros —, pero Janice, la mujer que vive ahí, no es muy sociable. Apenas sale de casa más que para acompañar a su hijo a la parada del autobús. Casi siempre que la veo está en la ventana, mirando a la calle. Menuda metomentodo.

—Ah —digo, preguntándome cómo puede ser tan cotilla si nunca sale de casa.

Dirijo la mirada al número 13 de Locust, al otro lado de la calle. Todas las ventanas están oscuras, pese a que es pleno día y las personas que viven ahí parecen estar en casa.

—Espero que consigáis unos buenos estores para vuestras ventanas —me dice Suzette—, porque la mujer tiene una vista panorámica de vuestra casa.

Enzo y yo giramos al mismo tiempo la cabeza en dirección a nuestro nuevo hogar, y de repente caemos en la cuenta de que no hay cortinas ni estores en una sola de las ventanas. ¿Cómo se nos ha podido escapar algo así? ¡Nadie nos dijo que teníamos que adquirir estores! ¡En todas nuestras viviendas anteriores ya venían instalados!

—Compraré estores —me murmura Enzo al oído.

—Gracias.

Me da la impresión de que a Suzette le divierte vernos tan perdidos.

—¿Vuestro agente inmobiliario no os recordó que faltaban los estores?

—Parece que no —mascullo.

Supongo que está insinuando que, si le hubiéramos comprado la casa a ella, nos lo habría recordado.

—Puedo recomendaros una empresa de instalación estupenda —

dice—. Vinieron a casa el año pasado. Nos pusieron unos estores plisados preciosos en la planta baja y el primer piso, y unas contraventanas encantadoras en la buhardilla.

No quiero ni imaginar lo que debió de costarles eso. Mucho más de lo que podemos pagar, eso seguro.

—No, gracias —dice Enzo—. Yo me apaño.

Ella le guiña un ojo.

—No lo dudo.

¿Será posible? Empiezo a hartarme de que esta mujer le tire los tejos a mi marido delante de mis narices. No es ni mucho menos la única, pero, por Dios, señora, que somos vecinos. ¿No podría al menos disimular un poco? Una parte de mí se siente tentada a decirle algo, pero prefiero no ganarme una enemiga a los cinco minutos de haberme mudado aquí.

—Por cierto —dice—, quería invitar a vuestra familia a cenar con nosotros. Me refiero a vosotros dos, por supuesto… Y los niños también, si queréis. —No parece entusiasmarle la idea de que nuestros hijos profanen su hogar. Y eso que no conoce la propensión de Nico a destrozar algún objeto caro cinco minutos después de entrar en una habitación.

—Claro, estaría genial —dice Enzo.

—¡Fabuloso! —Ella le sonríe, radiante—. ¿Qué tal mañana? Me imagino que no tendréis la cocina a punto todavía, así que será una preocupación menos.

Enzo me mira arqueando las cejas. Posee una energía inagotable para las relaciones sociales, pero yo soy del grupo de los introvertidos, por lo que le agradezco que me consulte antes de aceptar. Para ser sincera, la perspectiva de pasar una velada con esta mujer me repele. Es demasiado intensa para mi gusto. Pero, ya que vamos a vivir aquí, ¿no conviene hacer buenas migas con los vecinos? ¿No es eso lo que hacen las familias normales de las zonas residenciales? Y, tal vez, cuando la conozca mejor, ya no me resulte tan odiosa.

—Claro —digo—. Estaría muy bien. Apenas conocemos a nadie en Long Island.

Suzette echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada que deja al

descubierto una hilera de dientes blancos como perlas.

—Ay, Millie…

Miro de reojo a Enzo, que se encoge de hombros. Él tampoco parece entender qué le hace tanta gracia.

—¿Qué pasa?

—Deberías oírte —dice con una risita nerviosa—. Aquí nadie dice «Long Island».

—Ah… ¿No?

—¡No! —Menea la cabeza, exasperada—. Decimos «la isla», sin más. Solo los que no se enteran se refieren a ella por el nombre oficial.

Enzo se rasca el oscuro cabello. No tiene ni una cana, por cierto. En cambio, yo encanecí por completo cuando nació Nico, pero me tiño. A Enzo solo le salen unos pelos grises en la barba, cuando se la deja crecer. Sin embargo, el día que se lo comenté, se hurgó en el cuero cabelludo hasta encontrar una cana solitaria que me mostró como para consolarme.

—Pues no lo entiendo —digo—. ¿Significa eso que a Staten Island, por ejemplo, también hay que llamarla «la isla»?

La sonrisa se le borra del rostro.

—El caso de Staten Island no tiene nada que ver.

Intento captar la atención de Enzo, pero parece muy entretenido con el diálogo.

—Bueno, pues estamos muy contentos de vivir aquí en «la isla», Suzette. Y nos hace ilusión cenar con vosotros mañana.

—Me muero de ganas —afirma ella.

Fuerzo una sonrisa.

—¿Quieres que lleve algo?

—Ah. —Se da unos golpecitos con el índice en el mentón—. ¿Por qué no traes el postre?

Lo que me faltaba. Ahora tengo que pensar en un postre que le parezca aceptable a Suzette. Me temo que una caja de Oreos no estaría a la altura.

—¡Por mí, estupendo!

Mientras Suzette se aleja hacia su casoplón con los tacones repiqueteando sobre los adoquines del sendero, noto una punzada en

la boca del estómago. Con lo ilusionada que estaba cuando compramos esta casa… Llevábamos mucho tiempo hacinados en pisos diminutos, y por fin había conseguido el hogar de mis sueños.

Pero, por primera vez, me pregunto si no habré cometido un terrible error al mudarme aquí.

3

Hoy cenaremos los cuatro en la mesa de la cocina. ¿Os imagináis? Una mesa en la cocina. Así es, ahora tenemos espacio suficiente nada menos que para una mesa. En la cocina de nuestro último piso apenas cabía una persona.

Hemos pedido la cena a un restaurante chino que nos ha dejado un folleto en el buzón. No soy muy maniática con la comida, ni Enzo tampoco. Lo único que se niega a comer son platos italianos. Dice que en ningún restaurante los preparan bien y siempre se lleva una desilusión. Sin embargo, no tiene problema con la pizza para llevar, pero es porque, desde su punto de vista, no se trata de un plato italiano.

Ada tampoco tiene muchas manías, en cambio Nico es de lo más quisquilloso. Por eso, mientras los demás cenamos fideos *lo mein* y ternera con brócoli, el crío come un arroz blanco sazonado con un trozo de mantequilla y abundante sal que le he preparado. Estoy bastante segura de que le corre por las venas arroz mantequilloso.

—Nuestra primera cena en la casa nueva —anuncio, orgullosa—. Por fin inauguramos la mesa de la cocina.

—¿Por qué dices eso todo el rato, mamá? —pregunta Nico—. ¿Por qué no paras de decir que inauguramos cosas?

En honor a la verdad, no sé si me había oído usar la palabra «inaugurar» antes, pero en las últimas horas la he pronunciado por lo menos cinco veces. Hace un rato, cuando estábamos sentados en el sofá, he comentado que estábamos inaugurando el salón. Luego, cuando ha salido al patio de atrás con su pelota de béisbol, he dicho que estaba inaugurando el jardín. Y, en algún momento, es posible que se me haya escapado que iba a inaugurar el váter.

—Lo que pasa es que mamá está ilusionada con la casa. —Enzo alarga el brazo por encima de la mesa de la cocina para tomarme de la

mano—. Y con razón. Es una casa muy bonita.

—No está mal —acepta Nico—. Aunque molaría más si estuviera pintada de rojo y tuviera unos arcos amarillos.

Vaya. Si no he entendido mal, creo que mi hijo me está diciendo que quiere vivir en un McDonald's.

Me da igual. Hemos comprado esta casa por ellos dos. En el Bronx vivíamos apretujados en un piso minúsculo, y algunos hombres empezaban a lanzarle miradas lascivas a Ada cuando regresaba a pie a casa. Ahora estamos en un distrito escolar estupendo, y tendrán espacio para jugar en el patio trasero y pasearse por el barrio sin preocuparse de que los atraquen. Aunque no sepan apreciarlo, es lo mejor que podíamos hacer por ellos.

—Mamá… —Ada juguetea con unos fideos en su plato, y me doy cuenta de que apenas ha probado bocado—. ¿Mañana ya tenemos colegio?

Junta las oscuras cejas. Mis dos hijos se parecen tanto a su padre que se diría que son clones suyos y yo no soy más que la incubadora de la que salieron. Ada es preciosa, con su cabellera negro azabache y esos ojos castaños que ocupan la mitad de su rostro. Según Enzo, ha salido clavada a su hermana Antonia. Está a punto de iniciar la fase de transición de niña a adulta y, dentro de no mucho tiempo, se convertirá en una mujer que atraerá muchas miradas. Cuando eso ocurra, Enzo sin duda tendrá que llevar consigo un bate de béisbol a todas horas. Aunque no lo reconoce, tiende a sobreprotegerla.

—¿Te sientes preparada para ir a clase? —le pregunto.

—Sí —responde, aunque mueve la cabeza en un gesto de negación.

—Coincide con la vuelta de vacaciones de primavera —señalo—, así que los otros chicos no se habrán visto desde hace cerca de una semana. Seguramente ya ni se acordarán unos de otros.

Aunque esto no le hace ni pizca de gracia a Ada, a Nico se le escapa una risita.

—Si quieres, yo te llevo mañana —se ofrece Enzo—. Podemos ir en mi camioneta.

A ella se le iluminan los ojos, porque le encanta viajar en la camioneta de su padre.

—¿Me dejarás ir en el asiento de delante?

Enzo me mira con las cejas en alto. Se pirra por mimarlos, pero le agradezco que me pida permiso para hacerlo.

—Aún eres demasiado pequeña para ir en el asiento delantero, cielo. Pero pronto podrás —digo.

—¡Quiero coger el bus del cole mañana! —declara Nico. El año pasado vivíamos tan cerca del centro de educación primaria que no le hacía falta tomar el autobús escolar, así que en su imaginación la experiencia de «coger el bus» es equiparable a la de visitar una fábrica de chocolate repleta de Oompa Loompas. Se diría que no piensa en otra cosa—. ¿Puedo, mamá?

—Claro —contesto—. Y, Ada, si quieres que te lleve tu padre…

—No —dice ella con firmeza—. Iré en el autobús con Nico.

Mi hija tendrá sus cosas, pero es increíblemente protectora con su hermano pequeño. Aunque dicen que los niños suelen ponerse muy celosos cuando llega un bebé nuevo a casa, Ada quedó prendada de Nico al instante. Dejó a un lado sus muñecas para volcarse en él. Tengo unas fotos supertiernas de ella acunando a Nico en el regazo y dándole el biberón.

—Y otra cosa… —Nico se lleva de nuevo una cucharada de arroz blanco a la boca, aunque solo cerca del ochenta por ciento de los granos consigue colarse entre sus labios. El resto se desparrama sobre sus piernas y por el suelo—. ¿Puedo tener una mascota, mamá? ¿Porfi?

—Pues… —murmuro.

—Dijiste que, cuando fuera mayor y más responsable, podría tener una mascota —me recuerda.

Bueno, mayor es. Pero responsable, lo que se dice responsable…

—¿Un perro? —pregunta Ada, esperanzada.

—Hay que vallar el jardín antes de plantearnos tener un perro —les digo. Además, preferiría gozar de una situación económica más estable antes de incorporar otro miembro a la familia.

—¿Una tortuga, entonces? —sugiere Ada.

Me recorre un escalofrío.

—No, por favor, una tortuga no. Odio las tortugas.

—Yo no quiero un perro ni una tortuga —dice Nico—, sino una mantis religiosa.

Por poco me atraganto con una cabeza de brócoli.

—¡¿Una qué?!

—De hecho, es una buena mascota —tercia Enzo—. Muy fácil de cuidar.

Madre mía. ¿Enzo ya sabía que Nico quería traer a casa uno de esos bichos horribles?

—No. No vamos a adoptar una mantis religiosa.

—Pero ¿por qué, mamá? —insiste Nico—. Molan un montón. La guardaré en mi habitación y tú no tendrás que verla nunca. A menos que quieras.

Me dedica una de sus sonrisas arrebatadoras. Ahora mismo está monísimo con su adorable carita redonda y sus dientes separados, pero tengo claro que dentro de unos seis o siete años será un rompecorazones como lo era su padre antes de estar conmigo.

—Da igual que no la vea —replico—. Sabré que está ahí.

—No dejaremos que se escape —me asegura Enzo, dirigiéndome su propia versión de la misma sonrisa. Maldigo a mi marido por ser tan guapo.

—¿Y qué le daréis de comer? —pregunto.

—Moscas —responde Nico.

—No. —Muevo la cabeza de un lado a otro—. Me niego.

—Tranquila —dice Nico—. Son moscas que no vuelan.

—Mosquitas muertas —bromea Enzo.

—Además, no te costará ni un centavo —añade Nico—. Nosotros mismos criaremos las moscas.

—No. No, no, no.

Enzo me da un apretón en la rodilla por debajo de la mesa.

—Millie, hemos sacado a los chicos de su colegio y los hemos obligado a mudarse aquí. Si Nico quiere una mantis…

Mierda. Él también quiere la mantis. Es justo el tipo de cosas que considera guais.

Me vuelvo hacia Ada para pedirle ayuda, pero está demasiado abstraída formando montoncitos de fideos en su plato que componen

las letras de su nombre. No suele jugar con la comida, así que sin duda está muy nerviosa.

—Suponiendo que dé mi consentimiento —digo—, ¿dónde compraríamos una mantis religiosa?

Enzo y Nico chocan los cinco, lo que se me antojaría una escena deliciosa si no me aterrorizara tanto ese insecto que pretenden meterme en casa.

—Podemos comprar un saco de huevos de mantis religiosa —explica Nico. Dios santo, ¿cuánto tiempo llevan maquinando esto? Da la impresión de que lo han planeado todo hasta el último detalle—. Luego los huevos eclosionan y salen cientos de mantis.

—Cientos…

—Pero no pasa nada —se apresura a tranquilizarme Enzo—. Se comen unas a otras, así que por lo general solo sobreviven una o dos.

—Y entonces podemos inaugurarlas —agrega Nico—. ¿Te parece bien, mamá?

Imaginarme la cara de horror que pondría Suzette Lowell si descubriera que en su perfecto *cul-de-sac* hay una mantis religiosa y una colonia entera de moscas que no vuelan es lo único que me divierte de esta situación. Está bien, de acuerdo, supongo que pasaré por el aro. Pero juro por Dios que, como mi nuevo y hermoso hogar se llene de moscas, Nico tendrá que buscarse otro lugar donde vivir.

4

Como deshaga una caja más, potaré.

He vaciado cinco millones de cajas hoy. Y es un cálculo a la baja. En este momento estoy en el baño del dormitorio principal, contemplando una caja de cartón en la que escribí «BAÑO» con rotulador permanente, pero me faltan ánimos para abrirla, a pesar de que en su interior hay artículos de primera necesidad para la higiene personal. A lo mejor me lavo los dientes con el dedo esta noche.

Oigo unos pasos que se acercan al otro lado de la puerta, y, al cabo de un segundo, Enzo asoma la cabeza. Sonríe al verme ahí de pie con mi caja marcada con la palabra BAÑO.

—¿Qué haces? —pregunta.

Dejo caer los hombros.

—Deshago cajas.

—Llevas toda la tarde deshaciendo cajas —señala—. Basta. Seguimos mañana.

—Pero necesitamos lo que hay aquí dentro. Son cosas para el baño.

Enzo parece a punto de decir algo para disuadirme, pero se lo piensa mejor. En vez de eso, se mete la mano en el bolsillo de los vaqueros desgastados y saca la navaja que siempre lleva encima. Su padre se la regaló cuando era niño, tras mandar grabar en ella sus iniciales, E. A. Aunque la navaja tiene casi cuarenta años, él la mantiene bien afilada, y corta fácilmente con ella la cinta de embalar que me impedía abrir la caja.

A continuación, me ayuda a extraer los objetos que contiene. Cuando conocí a este hombre que hacía que me temblaran las piernas, no me imaginé ni por un momento que un día estaríamos juntos en un baño ordenando pastillas de jabón y botellas de champú pegajosas. Sin embargo, contra todo pronóstico, Enzo se ha adaptado de buen grado a la vida doméstica.

Llevábamos menos de un año viviendo juntos cuando, a pesar de nuestro escrupuloso uso de los anticonceptivos, tuve un retraso. Me aterraba su reacción, pero cuando se lo dije se puso a dar brincos de alegría. «¡Por fin vamos a ser una familia!», exclamó. Sus padres y su hermana habían muerto, y yo no tenía idea de lo importante que era para él formar una familia propia. Nos casamos un mes más tarde.

Y ahora, más de una década después, llevo el tipo de vida doméstica de clase media que ni en sueños creía posible para mí, ni con Enzo ni con nadie. A muchos les parecería aburrida, pero a mí me encanta. Siempre había querido disfrutar de una existencia normal y tranquila. Simplemente he tardado más que la mayoría de la gente en alcanzarla.

Enzo saca sus maquinillas de afeitar, y la caja por fin está vacía. Hemos terminado. Vale, aún hay cinco millones de cajas en la casa, pero hemos vaciado una, así que quedan cinco millones menos una. Supongo que acabaremos de instalarnos en algún momento de las próximas tres o cuatro décadas.

—Bueno —dice Enzo—. Por hoy ya está.

—Sí —convengo.

Echa un vistazo por encima del hombro a la cama *queen size* cubierta con sábanas limpias, y luego me mira a mí, sonriendo de oreja a oreja.

—¿Qué pasa? —digo para tomarle el pelo—. ¿Quieres inaugurar la cama?

—No —responde—. Quiero profanarla.

Se me escapan unas carcajadas que se ven interrumpidas cuando él me levanta en brazos y cruza el umbral hasta el lecho en nuestro nuevo y precioso dormitorio principal. Siento el impulso de decirle que tenga cuidado con la espalda, pero, considerando que ha acarreado cajas que pesan el doble que yo (o eso espero), supongo que sabe lo que se hace. No se detiene hasta que llegamos a la cama y me deposita sobre las sábanas.

Enzo se arranca la camiseta y se coloca encima de mí, besándome el cuello, pero, pese a mis ganas de dejarme llevar, los ojos se me van hacia los dos ventanales que hay justo al lado de la cama. ¿Por qué no hemos comprado unos estores? ¿Qué clase de idiota se instala en una

casa sin antes asegurarse de tener algo con lo que tapar las ventanas?

Desde el lugar que ocupo sobre el colchón, cuento con una magnífica vista de la casa de enfrente. Aunque las ventanas están oscuras, percibo un movimiento fugaz en una de las habitaciones de la planta superior. O al menos eso me parece.

Enzo se aparta al notar que me he puesto tensa.

—¿Qué te pasa?

—Las ventanas —murmuro—. Se ve todo.

Yergue la cabeza y echa una ojeada por los ventanales al número 13 de Locust Street.

—Las luces están apagadas. Están durmiendo.

Dirijo de nuevo la mirada a la ventana y esta vez no capto ninguna señal de movimiento. Pero la he visto antes, hace solo un momento. Estoy segura.

—Yo creo que no.

Me guiña un ojo.

—Pues que disfruten del espectáculo.

Clavo los ojos en él.

—Está bien —refunfuña—. ¿Qué te parece si apagamos la luz?

—Vale.

Enzo se quita de encima de mí para pulsar el interruptor. La habitación queda sumida en la oscuridad.

Me retuerzo sobre las sábanas, incapaz de despegar la vista de las ventanas desnudas.

—¿No te parece raro que nos hayan dejado la casa tan barata?

—¿Barata? —suelta Enzo—. ¡La entrada nos ha costado todos nuestros ahorros! Y la hipoteca es…

—Pero nos la han vendido por debajo del precio inicial —señalo—. Ningún otro propietario estaba dispuesto a rebajar el precio inicial.

—Necesita muchas reformas.

—Las otras casas también. —Me incorporo en la cama—. Y aun así no ganamos la puja de ni una sola.

Enzo me mira con exasperación.

—Ahora que te hemos conseguido la casa de tus sueños, ¿no estás contenta con ella? ¡Hemos tenido suerte! ¿Por qué te cuesta tanto

creerlo?

Porque, seamos realistas, yo nunca tengo suerte en nada.

—Millie… —dice Enzo con esa voz ronca que sabe que me resulta irresistible—. Disfrutemos de nuestra primera noche en la casa de nuestros sueños, ¿vale?

Se tumba de nuevo en la cama, junto a mí, y llegados a este punto me tiene rendida a sus encantos. Sin embargo, echo un último vistazo por la ventana y, aunque la casa está al otro lado de la calle, juraría que alcanzo a distinguir un par de ojos fijos en mi cuerpo.

Observándonos.

5

Hoy es el primer día de los niños en su nuevo colegio. Ada estrena el vestido que le compré para la ocasión. Es rosa claro, sin mangas, y, si fuera de mi hijo, seguramente acabaría manchado de tierra y mugre antes de llegar a la puerta, pero a ella le encanta y sin duda tendrá cuidado de que no se ensucie. En cuanto a Nico, me conformo con que se haya puesto ropa limpia y sin agujeros.

Según me han informado, el autobús para delante del 13 de Locust Street, así que, conduciendo a los niños como si fueran ganado, salgo de casa, paso por delante del número 12, donde vive Suzette, y cruzo hasta el domicilio de la vecina que estoy convencida de que ha estado espiándonos a través de nuestras ventanas sin estores desde ayer. En efecto, hay una mujer y un niño aguardando en la parada, pero no son como me los había imaginado.

Para empezar, la mujer es mayor de lo que me esperaba. Hay amigos de mis hijos con madres más jóvenes que yo, pero esta mujer podría ser mi madre. Está en los huesos, tiene el cabello canoso y áspero, y dedos que casi parecen garras. Y, aunque Suzette me dijo que su hijo tiene la edad de Nico, el muchachito que está a su lado aparenta por lo menos dos años menos. Está tan escuálido como su madre y, aunque es un templado día de primavera, lleva un grueso jersey de lana de cuello alto que tiene toda la pinta de picar y de ser incomodísimo.

Por otro lado, es muy posible que ella no sea su madre. A lo mejor es su abuela. Desde luego parece lo bastante mayor para serlo. Pero no pienso preguntárselo. No soy una Suzette cualquiera. Es una de esas cosas que no hay que decirle a una persona que acabas de conocer, en la línea de otras como «¿estás embarazada?» (maldita camiseta abultada).

Cuando me acerco a ellos, la mujer me mira entornando los ojos tras

sus gafas de pasta. No puedo evitar reparar en la cadena plateada que cuelga de las patillas, algo que siempre he asociado con la tercera edad, aunque una de las amigas de Ada en el Bronx llevaba una, así que a lo mejor se han vuelto a poner de moda.

—¡Hola! —digo con voz cantarina, decidida a trabar amistad con esta mujer. A fin de cuentas, no me vendría nada mal hacer amigos en Long Island. Huy, perdón, quería decir en «la isla».

La mujer esboza una sonrisa tibia que más bien parece una mueca.

—Hola —responde en el tono menos expresivo que he oído en mi vida.

—Me llamo Millie —continúo.

Fija en mí una mirada vacía. Este es el momento en el que cualquier otra persona me diría su nombre, pero ella no se da por aludida.

—Y ellos son Nico y Ada —añado.

Al final, ella posa la mano en el hombro del muchachito.

—Él se llama Spencer —dice—. Y yo, Janice.

De pronto, el chico cambia de posición, y veo lo que parece una argolla en la parte inferior de su mochila, a la que va enganchada una tira que la mujer sujeta por el otro extremo. Dios mío: es una correa. ¡Lleva al pobre crío atado con una correa!

—Mucho gusto —contesto. ¿O debería darle unas palmaditas en la cabeza?—. Tengo entendido que Spencer va a… tercero, ¿verdad?

Mientras lo digo, se me antoja imposible. Nico, que es de estatura media, le saca casi una cabeza a Spencer. Pero el niño asiente con la cabeza.

—Sí —confirma.

—¡Qué guay! —A Nico le brillan los ojos—. Mi maestra es la señora Cleary. ¿Cuála es la tuya?

—«Cuál» es la tuya —lo corrige Janice.

Nico alza los ojos castaño oscuro hacia ella, parpadeando.

—He dicho que la mía es la señora Cleary —dice con voz pausada, como dirigiéndose a una persona tonta. Tengo que aguantarme la risa.

Cuando Janice se dispone a aclararle que intentaba enseñarle la forma correcta de decirlo, Spencer la interrumpe.

—¡La mía también! ¡Yo también tengo a la señora Cleary! —

exclama.

Los niños se ponen a charlar animadamente, lo que me llena de alegría. Nico es tan sociable que es capaz de hacer buenas migas hasta con los chicos más tímidos. Envidio esta habilidad suya.

Le dedico a Janice una sonrisa de complicidad.

—Vaya, parece que Nico ha hecho su primer amigo aquí.

—Sí —dice Janice con bastante menos entusiasmo.

—¿Podrían quedar para jugar de vez en cuando?

—Quizá. —Las arrugas que se entrecruzan en su rostro se le marcan más cuando frunce el ceño—. ¿Tu hijo está al día en todas sus vacunas?

Todos los colegios públicos exigen que los alumnos tengan una pauta completa de vacunación, aunque seguro que eso ya lo sabe. Pero, bueno, no pierdo nada con seguirle la corriente.

—Sí.

—¿Incluida la de la gripe?

Ni siquiera es temporada de gripe, pero qué más da.

—Sí.

—Toda precaución es poca, ya sabes —dice—. Spencer es muy delicado.

Es cierto que el chaval parece bastante delicado, con su piel casi traslúcida y su diminuto cuerpo envuelto en ese gigantesco jersey de lana. Sin embargo, ahora que está conversando con Nico, le ha subido algo de color a las mejillas.

—Como soy nueva aquí, me gustaría que nos conociéramos mejor —digo—. Mi esposo y yo vamos a cenar esta noche con Suzette y Jonathan.

—Ah. —Tuerce los labios en un gesto de desagrado—. Yo que tú me andaría con ojo con esa mujer. —Me mira con cara de quien sabe de lo que habla—. Y, sobre todo, vigilaría bien a ese marido tan guapo que tienes.

No sé qué insinúa. Sí, Suzette es muy atractiva y, sí, se ha pasado un poco con sus flirteos. Pero confío en mi esposo. Sé que no me va a poner los cuernos con la vecina de al lado. Por otra parte, no me hace mucha gracia que Janice se crea con derecho a hacer comentarios

como ese.

—Suzette parece… maja —digo por cortesía, aunque no tengo claro si en el fondo me lo creo.

—Pues no lo es.

No sé qué contestar a eso, pero, por fortuna, en ese momento llega el autobús escolar, y Janice desengancha al niño de la correa (aunque seguro que lleva un microchip con GPS implantado en el cerebro o algo por el estilo). Nico está tan entusiasmado con su nuevo amigo que apenas responde a mi emotiva despedida. A pesar de todo, me deja plantarle un beso en la frente y tiene la delicadeza de no limpiársela con la manga hasta que sube los escalones del autobús. Ada, en cambio, me abraza y se aferra a mí durante tanto rato que me entran ganas de llevarla hasta el cole.

—Vas a hacer un montón de amigos —le murmuro al oído—. Solo tienes que ser tú misma.

Ella me mira con escepticismo. Puaj, no puedo creer que haya dicho eso. No hay peor consejo que recomendarle a alguien que sea él mismo. Siempre me ha dado mucha rabia cada vez que alguien me lo ha dicho. Pero hasta ahí llega mi sabiduría. Por eso no tengo más amigos.

Ojalá Enzo estuviera aquí. Él sabría exactamente qué decir para arrancarle una sonrisa. Sin embargo, ha salido temprano de casa para realizar un trabajo de paisajismo, así que tengo que apañarme sola.

—¡Os espero en casa esta tarde! —les digo mientras suben al autobús. Voy a tomarme medio día libre hoy para asegurarme de estar en casa cuando vuelvan del colegio, aunque, en el futuro, seguramente llegarán entre treinta minutos y una hora antes que yo.

Las puertas del autobús se cierran de golpe y el vehículo arranca, llevándose consigo a mis dos hijos. Experimento esa punzada de ansiedad que siempre siento cuando no estoy con ellos. ¿Dejaré de sentirla algún día? Todo resultaba mucho más fácil cuando los llevaba en mi vientre. Bueno, salvo por la preeclampsia potencialmente mortal que sufrí en mi tercer trimestre de embarazo de Nico, que fue lo que motivó mi decisión de ligarme las trompas.

No es hasta cuando el autobús desaparece de la calle sin salida que

me percato de que Janice me mira con expresión horrorizada.

—¿Hay algún problema? —pregunto en el tono más cordial posible.

—Millie —dice—, no esperarás que vuelvan solos a casa andando, ¿verdad?

—Pues sí. —Señalo mi casa, que está a tiro de piedra—. Vivimos ahí mismo.

—¿Y qué? —replica ella—. Nosotros vivimos aquí mismo. —Apunta a su casa, que está justo a nuestra espalda—. Pero no me verás dejando solo a Spencer ni un segundo. Si un depredador se fija en un hijo tuyo, puede raptarlo así de fácil.

Chasquea los dedos delante de mis narices para expresar la inmediatez de la amenaza.

—Pero es una población bastante tranquila —respondo con tacto, para no decirle directamente que es ridículo que lleve a un chaval mayorcito como su hijo con correa.

—Es una falsa sensación de seguridad —rebate con una mueca desdeñosa—. ¿No sabías que hace tres años un niño de ocho desapareció en plena calle?

—¿¡Aquí!?

—No, a unos pueblos de distancia.

—¿Dónde?

—Te he dicho que a unos pueblos de distancia. —Me mira mal—. Su madre le soltó la mano un segundo y alguien se lo llevó. Ya no se supo más de él.

—¿De verdad?

—Sí. Removieron cielo y tierra para encontrarlo. Pidieron ayuda a la policía, el FBI, la CIA, la Guardia Nacional y una médium. Ni siquiera la médium fue capaz de localizarlo, Millie.

Desconozco los detalles de este supuesto rapto, pero desde luego no he oído mencionar nada parecido en las noticias. Además, fue un suceso que ni siquiera se produjo en este barrio. Para Janice, «a unos pueblos de distancia» podría querer decir California. No sé si serviría de mucho explicarle que, según las estadísticas, casi todos los secuestros infantiles son perpetrados por miembros de la familia. Janice parece muy convencida. Seguramente Spencer irá con correa

hasta que cumpla los treinta.

—Pues más tarde o más temprano tendrán que regresar a casa solos —digo—. Mi esposo y yo trabajamos, y no podemos venir a recogerlos todos los días.

Janice me mira asombrada.

—¿Tú trabajas?

—Pues… sí.

Da varios chasquidos con la lengua en señal de desaprobación.

—Cuando mi marido falleció, me dejó dinero suficiente para que no tuviera que volver a trabajar.

—Ah, qué bien.

—Me parece tristísimo que tus hijos no tengan a su madre en casa —continúa—. Nunca conocerán el amor que merecen, el amor de una madre incapaz de abandonarlos.

Me quedo boquiabierta.

—Mis hijos saben que los quiero.

—¡Pero piensa en todo lo que te estás perdiendo! —exclama—. ¿Eso no te da pena?

Me vienen a la punta de la lengua las palabras «al menos yo no ato a mis críos con una correa», pero, por obra de algún milagro, consigo mantener la boca cerrada. Mis hijos saben que los quiero. Por otra parte, adoro mi trabajo, y ayudo a la gente en el hospital. Además, aunque no fuera así, ahora mismo necesitamos hasta el último centavo de los ingresos de los dos mientras Enzo rehace su negocio aquí.

—No nos va tan mal —me limito a decir.

—Bueno, seguro que aprovechas al máximo el poco tiempo que les dedicas.

Por alguna razón, me da que Janice y yo no seremos grandes amigas. Estaba muy ilusionada por haberme mudado aquí, pero ahora me da la impresión de haber elegido el *cul-de-sac* más inhóspito de este lugar. Una vecina intenta ligarse a mi marido, y otra juzga mi dedicación como madre.

Por segunda vez, me pregunto si venir aquí no habrá sido un terrible error.

6

La jornada de hoy en el colegio ha sido todo un éxito.

Cuando los niños bajan del autobús, tienen mil anécdotas que contar sobre su primer día de clase. Nico ya ha entablado amistad con todos sus compañeros de tercero y ha conseguido expulsar un chorro de leche por la nariz durante el almuerzo (se trata de una habilidad que lleva meses cultivando). Aunque Ada no muestra tanto entusiasmo como su hermano, me asegura que ha hecho algunos nuevos amigos. Cambiar de colegio en mitad del año escolar es duro, así que estoy orgullosa de los dos.

—Y a finales de semana son las pruebas para entrar en el equipo de béisbol —dice Nico—. ¿Cuándo llega a casa papá? Me prometió que entrenaría conmigo.

Consulto mi reloj. Suzette nos ha pedido que estemos en su casa a las seis, y falta menos de una hora. Como conozco bien a Enzo, sé que apurará hasta el último momento.

—Pronto. Espero.

—¿Cuándo? —me insiste.

—Pronto. —Como mi respuesta no parece convencerlo, añado—: Tengo una idea. ¿Por qué no practicas tú solo con el bate en el patio de atrás?

Se le ilumina la mirada.

—Me encanta tener un patio, mamá.

A mí también.

Nico sale a batear la pelota al patio, un lujo del que carecíamos en la ciudad. Yo subo al dormitorio y me aplico una capa de corrector para disimular las ojeras que luzco siempre últimamente. Empiezo a ponerme algo de rímel, pero me entra un pegote en el ojo y entonces tengo que quitármelo todo porque estoy lagrimeando como una descosida. Me embadurno la boca con algo que se llama barra de

labios *nude*, que por lo visto es un pintalabios con el que no se nota que llevas pintalabios. No acierto a entender qué sentido tiene fabricar un producto así, pero la pregunta del millón es por qué lo compré.

Como aún no hemos adquirido un espejo de cuerpo entero, hago acrobacias para mirarme en el pequeño espejo iluminado que hay encima del lavabo. Tras pasarme un rato contorsionándome, llego a la conclusión de que tengo un aspecto aceptable. Por otra parte, tengo que resolver el tema del postre, porque esa será mi contribución para esta noche.

De camino a casa desde el trabajo, paré en el supermercado y compré una tarta de manzana. Que no se me malinterprete; me encanta la tarta de manzana en todas sus formas, pero, cuando bajo a la cocina y la extraigo de la bolsa de papel, la veo como lo que es: una tarta barata de un súper de pueblo.

No quiero ni imaginar el comentario que me hará Suzette sobre esta tarta. Seguro que ella compra sus postres en alguna pastelería francesa de postín.

Le quito el envoltorio de plástico a la tarta pero la dejo en su molde de aluminio. Luego saco un tenedor del cajón de los cubiertos. Con precisión de artista, le desbarato un poco los bordes y le pincho el centro varias veces. Ahora tiene una pinta claramente menos industrial. ¿Colará si digo que la he horneado en casa? Quizá.

Mientras examino la tarta, las bisagras de la entrada principal chirrían cuando la puerta se abre. Enzo ha llegado. Menos mal; nos queda poco tiempo. Salgo de la cocina para recibirlo, pero de pronto se me cae el alma a los pies. Mi marido está literalmente cubierto de tierra de la cabeza a los pies. Y tenemos que estar en casa de los Lowell dentro de…

Quince minutos. Genial.

—¡Millie! —Se le ilumina el rostro al verme, pero entonces caigo en la cuenta de que está mirando la tarta—. De manzana… ¡Mi postre americano favorito!

—La he hecho yo —digo para tantear el terreno.

—¿De veras? Parece comprada en el súper.

Mierda. Supongo que no le he dado un aspecto lo bastante rústico.

Se me acerca para darme un beso, pero me aparto, alzando la mano para mantenerlo a raya.

—¡Estás hecho un asco!

—He estado cavando un agujero —dice, como si fuera absurdo suponer que estaba haciendo cualquier otra cosa—. Me ducharé después de jugar a béisbol con Nico. Quiere practicar.

—Enzo. —Lo fulmino con la mirada—. ¡Que Suzette nos ha invitado a cenar! Nos esperan dentro de quince minutos, ¿es que ya no te acuerdas?

Fija los ojos en mí con expresión vacía. Me asombra su capacidad para olvidarse de cualquier tipo de compromiso social, aunque al parecer siempre tiene bien presentes sus obligaciones laborales.

—Ah —dice—. ¿Está marcado en el calendario familiar?

Enzo siempre me dice que marque las cosas en el calendario familiar que tenemos instalado en nuestros teléfonos, pero, hasta donde he podido comprobar, no lo consulta… nunca.

—Sí, está marcado.

—Ah. —Se rasca el cuello con los dedos sucios de tierra—. Entonces supongo que… voy a ducharme.

De verdad que a veces es como tener un tercer niño en casa. De hecho, sería más bien el segundo, porque Ada se comporta mucho más como una adulta.

Dirijo de nuevo mi atención a la tarta. En un arrebato, la meto en el horno. A lo mejor, si está caliente, podré hacerla pasar por mía. Por alguna razón, estoy así de desesperada por causar buena impresión a Suzette Lowell. En la época en que limpiaba casas trabajé para un montón de mujeres así, pero nunca había estado en situación de ser considerada por ellas como algo más que una criada.

Aunque Suzette no me cae bien, entablar amistad con los Lowell representaría un paso adelante. Sería la prueba de que por fin llevo la vida normal con la que siempre he soñado. La vida que haría lo que fuera por conseguir.

7

Veinte minutos después, nos encontramos ante la puerta del número 12 de Locust Street.

Hemos tardado un poco más de lo que esperaba. Aunque Enzo se ha duchado rápido, luego ha bajado vestido con unos vaqueros arrugados y una camiseta, como no podía ser de otra manera, así que he tenido que enviarlo otra vez arriba para que se pusiera algo un poco más respetable. Ahora lleva la camisa negra de vestir que le compré hace seis meses cuando descubrí que no tenía una sola camisa decente. Tal como me esperaba, casa a la perfección con su cabello y sus ojos oscuros, y está tan guapo que hace daño. Y, también como me esperaba, se le ve tan incómodo con ella que no descarto que se la arranque en algún momento de la cena (y entonces seguro que a Suzette le da algo).

La tarta de manzana está recién salida del horno, lo que ayuda a conferirle un aspecto más casero. Pero también está demasiado caliente para llevarla en las manos. Me quema los dedos, y me muero de ganas de soltarla.

Nico tironea de su camisa de vestir de manga corta, incómodo, y me temo que sus probabilidades de acabar descamisado esta noche son aún mayores que las de su padre.

—¿De verdad tenemos que ir a ese rollo de cena?

—Sí —respondo.

—Pero yo quiero jugar al béisbol con papá.

—No estaremos mucho rato.

—¿Qué nos darán de cenar?

—No lo sé.

—¿Puedo ver la tele mientras estemos ahí?

Vuelvo la cabeza para clavarle los ojos con expresión severa.

—No, no puedes.

Miro a Enzo en busca de apoyo, aunque me parece que se está aguantando la risa. Seguramente también desearía que le dejaran ver la tele.

Cuando ya llevo un minuto abrasándome las manos con la tarta del súper, una mujer desconocida abre la puerta principal. De unos sesenta años y constitución de jugador de fútbol americano, lleva el cabello cano recogido hacia atrás en un moño apretado. Tiene una postura tan perfecta que me da la impresión de que, si le colocara un libro sobre la cabeza, seguiría ahí dentro de dos días. Lleva un vestido de flores y, encima, un delantal blanco. Sus ojos grises y apagados me traspasan cuando me mira.

—Hum, hola… —titubeo. Echo un vistazo al número de la puerta, como si me hubiera presentado en la casa de al lado equivocada—. Soy Millie. Venimos a…

—¡Millie!

Desde detrás de la mujer que nos ha abierto, flota hasta nosotros una voz procedente del interior de la casa. Al cabo de un segundo, Suzette baja las escaleras, como si le faltara un poco el aliento pero mostrando a la vez un aspecto impecable. Lleva un vestido verde que pone de manifiesto que sus ojos son más verdes que azules, y un sujetador milagroso que le sube las tetas casi hasta la barbilla. Su cabellera de color rubio caramelo está reluciente, como si acabara de salir de la peluquería, y casi le resplandece la piel. Está guapísima.

Miro a Enzo para ver si se ha fijado, pero está ocupado toqueteándose un botón de la camisa. Realmente la odia. Espero que se la deje puesta hasta que volvamos a casa.

—¡Millie y Enzo! —exclama Suzette, dando una palmada con más entusiasmo del que nadie puede sentir por la visita de unos vecinos—. Qué alegría que hayáis podido venir. Y además tarde, como la gente fina.

Pero ¿qué dice? Solo hemos llegado cinco minutos tarde.

—Hola, Suzette —digo.

—Veo que ya habéis conocido a Martha. —A Suzette le brillan los ojos cuando le posa la mano en el hombro a la mujer mayor—. Viene a ayudarnos dos días a la semana. Jonathan y yo estamos siempre

muy liados, y Martha es nuestra salvación.

—Ya —murmuro.

Yo fui la Martha de muchas familias en otra época, pero nunca me metí tanto en el papel como ella. Parece una sirvienta de los años cincuenta. Solo le falta un plumerito y uno de esos aspiradores con un motor ridículamente grande.

A pesar de todo, hay algo en ella que me pone de los nervios. Tal vez sea que me mira como si fuera incapaz de despegar la vista de mí. Estoy acostumbrada a que las mujeres se coman a Enzo con los ojos, pero ella no se muestra interesada en él o en mis hijos. Mantiene la mirada fija en mí como un haz de láser.

¿Qué le produce tanta fascinación? ¿Acaso tengo un trozo de espinaca entre los dientes? ¿Me parezco a alguna famosa y quiere pedirme un autógrafo?

—¿Queréis que Martha os traiga algo de beber? —nos pregunta Suzette a Enzo y a mí, aunque lo mira a él—. ¿Agua? ¿Una copa de vino? Creo que también tenemos zumo de granada. Está muy bueno.

Ambos negamos con la cabeza.

—No, gracias —digo.

—¿Seguro? —insiste—. No es ninguna molestia para Martha.

Me vuelvo hacia la mujer mayor, que sigue ahí de pie, tiesa como un palo, esperando a recibir la orden para salir a toda mecha hacia la cocina a por bebidas.

—No es molestia —confirma con voz grave y áspera, como si no estuviera acostumbrada a usarla.

—No hace falta, de verdad —le aseguro, con la esperanza de que se vaya, pero se queda donde está.

Suzette repara al fin en Nico y Ada, que aguardan apretujados en la puerta, impacientes.

—Y estos deben de ser vuestros preciosos hijos. Qué ricura, los dos.

—Gracias —digo. Siempre me ha parecido extraño que, cuando alguien dirige un cumplido a los hijos de otra persona, esta responda «gracias», como si los niños le pertenecieran. Y, sin embargo, aquí estoy, agradeciendo el elogio.

Suzette devuelve su atención a Enzo.

—Ambos son clavados a ti.

—No tanto —contesta Enzo, mintiendo de forma descarada—. Ada tiene la boca y los labios de Millie.

—Pues no acabo de verlo —dice Suzette.

No acaba de verlo porque no es verdad. Ninguno de los dos se me parece en nada. Y, ya que estamos, tampoco han heredado mi personalidad. Nico ha salido totalmente a Enzo, y no tengo ni idea de a quién ha salido mi inteligente y reservada hija.

—Por cierto —añade Suzette—, me he enterado de una noticia fantástica. Otra familia para la que trabajaba Martha se ha mudado a otra parte. No me cabe duda de que estará encantada de encargarse de vuestra casa también.

—Ah. —Enzo y yo nos miramos. Sería estupendo que alguien que no fuera yo nos limpiara la casa, por supuesto, pero no podemos permitírnoslo—. Eres muy amable, pero creo que no…

—Tengo libres los jueves por la mañana —me informa Martha.

—¿El jueves por la mañana te viene bien? —me pregunta Suzette.

¿Cómo explicarle a esta persona que vive en una casa el doble de grande que la nuestra que no podemos pagar a una mujer de la limpieza? Además, aunque pudiéramos, hay algo en Martha que me incomoda muchísimo.

—A ver, el horario no es problema, pero…

Cuando estoy intentando pensar una excusa para no reconocer que no queremos contar con los servicios de Martha, Suzette baja la vista hacia la tarta que sostengo entre las manos y suelta una risa cantarina.

—Ay, Millie, ¿se te ha caído por el camino?

Uf, supongo que me he pasado con lo de darle un aspecto rústico.

Por suerte, al menos consigo dejar la tarta sobre la mesa de centro del salón mientras Martha se marcha a la cocina. La sala de estar es mucho más amplia que la de nuestro hogar. Cada espacio de esta casa es por lo menos el doble o el triple de grande que su equivalente en la nuestra. Por fuera, ambas son igual de antiguas —fueron construidas a finales del siglo xix, y apenas se han realizado modificaciones en la fachada—, pero, a diferencia de la nuestra, el interior de la suya está totalmente renovado. Enzo ha prometido llevar a cabo una reforma

similar, pero me temo que tardará casi una década en completarla.

—La casa es una maravilla —comento—. Y de lo más espaciosa.

Suzette posa la mano sobre un mueble grande que supongo que podría denominarse aparador. Me pregunto si sería factible conseguir uno para nosotros. (¿A quién pretendo engañar? Podemos darnos con un canto en los dientes por tener mesas y sillas).

—Las tres casas eran granjas originalmente —dice Suzette—. Esta era la residencia principal, donde vivían los propietarios. Y en el número 13 se alojaban los criados.

—¿Y nuestra casa? —pregunto.

—Creo que eran los establos.

¡¿Qué?!

—¡Qué guay! —dice Nico—. ¡Apuesto a que mi cuarto era donde estaban los cerdos!

Nos está tomando el pelo, seguro. O sea, si hubiera sido un refugio para el ganado, no tendría escaleras, ¿no? Aunque tal vez las construyeron después. Sí que he notado un olorcillo que…

—¡Jonathan! —exclama Suzette.

Dirige los ojos de color verde azulado hacia la escalera curva que comunica con la planta superior y por la que está bajando un hombre. Lleva una camisa de vestir blanca conjuntada con una corbata azul marino y, a diferencia de mi marido, se le nota cómodo vestido con ropa formal. Y, también a diferencia de mi marido, su aspecto es, por lo demás, de lo más discreto. Tiene unas facciones insulsas pero agradables, el cabello castaño claro cuidadosamente cortado y un afeitado perfecto. Me saca solo unos centímetros de estatura y es de complexión delgada. Parece uno de esos hombres que pasan desapercibidos en medio de una multitud.

—Hola —dice con una sonrisa relajada—. Vosotros debéis de ser Millie y Enzo. —Acto seguido, se dirige a los niños—. Y compañía.

Al lado de la pretenciosidad de Suzette, la actitud de Jonathan representa un soplo de aire fresco.

—Sí, soy Millie —digo—. Y tú debes de ser Jonathan.

—El mismo. —Me tiende la mano. Tiene la palma tersa y, a diferencia de Suzette, no intenta aplastarme todos los huesos con un

apretón asesino—. Encantado de conocerte por fin.

A continuación, le estrecha la mano a Enzo y, si se siente amenazado por mi esposo —a algunos hombres inseguros les pasa—, no se le nota nada.

Me cae bien al instante. No sabría explicar por qué, pero me da buenas vibraciones. He trabajado para muchas familias a lo largo de mi vida, y me he vuelto muy buena en calar a la gente.

Sobre todo a las parejas.

El lenguaje corporal revela muchas cosas. He visto hacer a los maridos ciertos gestos que indican que ejercen el dominio en la relación. Por ejemplo, cuando besan a su esposa en la frente en vez de en los labios, o cuando le apoyan la mano en la parte baja de la espalda al caminar. Son detalles sutiles, pero he aprendido a fijarme en ellos. Sin embargo, Jonathan no se comporta de ese modo con Suzette. No hay nada que me lleve a pensar que son algo distinto a lo que parecen: una pareja felizmente casada.

—Qué, ¿estáis contentos con la nueva casa? —nos pregunta.

—A mí me encanta —digo enseguida, olvidando la vergüenza que he sentido al enterarme de que quizá fue un cobertizo para animales de granja—. Sé que es pequeña, pero…

—¿Pequeña? —Jonathan suelta una carcajada—. A mí me parece de un tamaño perfecto. Me habría quedado sin dudarlo con esa casa si hubiera estado disponible. Esta resulta demasiado ostentosa, sobre todo para nosotros dos solos.

Otro punto para el marcador de Jonathan.

—¿Así que no tenéis hijos? —les pregunta Enzo.

—Huy, no —salta Suzette antes de que Jonathan pueda responder —. No nos van los niños. Son ruidosos y desordenados, y exigen atención todo el rato. Sin ánimo de ofender. Las personas dispuestas a hacer ese sacrificio son auténticos santos. —Se ríe mientras habla, como si le pareciera desternillante que alguien quiera renunciar a su vida por ser padre—. Pero no es nuestro rollo. Estamos totalmente en sintonía respecto a eso, ¿a que sí, Jonathan?

—Así es —dice él en tono cordial—. Suzette y yo siempre hemos estado de acuerdo en ese punto.

—No es para todo el mundo —digo.

Sin embargo, no he podido evitar fijarme en que, mientras Suzette cantaba las excelencias de la vida sin hijos, Jonathan adoptaba una expresión taciturna. Me pregunto si de verdad estarán «totalmente en sintonía» respecto al tema de la paternidad. Yo jamás juzgaría a alguien por no querer tener hijos, pero es triste que un miembro de la pareja renuncie a sus sueños para contentar al otro.

—Le comentaba a Millie cuánto me gusta su casa, tan acogedora y pintoresca —dice Suzette—. Estoy de acuerdo en que esto es un casoplón monstruoso. La verdad es que no sabemos qué hacer con tanto espacio, sobre todo con el inmenso jardín trasero.

En cuanto oye la palabra «jardín», Enzo se anima.

—Tengo un negocio de paisajismo, por si buscáis ayuda con el jardín.

Suzette arquea una ceja.

—Ah, ¿sí?

Él asiente con entusiasmo.

—Tengo clientes en el Bronx, pero estoy intentando trasladar el negocio a esta zona. Los trayectos de ida y vuelta a la ciudad en coche son largos.

—La autopista de Long Island es mortal —se muestra de acuerdo Suzette.

Sí, sobre todo por la manera de conducir de Enzo. Cada vez que se incorpora a la 495, temo que sufra una muerte espantosa. Se ganaba bastante bien la vida en el Bronx, pero está esforzándose por conseguir más clientes en la isla a fin de no tener que darse ese tute todos los días. Su objetivo es llegar a trabajar solo en los barrios de los alrededores, y espera conseguirlo en unos pocos años. Hay bastantes familias adineradas en la zona, así que el negocio tiene buenas perspectivas de prosperar y crecer.

—Soy un paisajista excelente —añade Enzo—. Puedo hacer con vuestro jardín cualquier cosa que me pidáis.

—¿Cualquier cosa? —pregunta Suzette en un tono de lo más insinuante.

—Cualquier cosa relacionada con el paisajismo, sí.

Ella le pone la mano en el bíceps.

—A lo mejor te tomo la palabra.

¿Y luego qué pasa? Pues que deja la mano ahí, sobre los músculos del brazo de mi marido. Durante un rato muy muy largo. Y digo yo que habrá un máximo de tiempo permitido para que una mujer mantenga la mano sobre los músculos de un hombre que no es su esposo, ¿no?

Por otro lado, es un gesto inofensivo. Al fin y al cabo, su propio esposo está aquí también y no parece en absoluto molesto por ello. Debe de tener asumida la coquetería de Suzette y ha aprendido a restarle importancia.

Me digo para mis adentros que no tengo motivos para preocuparme.

Y casi consigo convencerme.

8

Nunca había asistido a una cena tan elaborada.

Para empezar, hay tarjetas que indican dónde debe sentarse cada uno. ¡Tarjetas con nuestros nombres! Y no puedo por menos de advertir que han colocado a Suzette y a Enzo en un lado de la mesa, y a Jonathan y a mí en el otro. ¡Para colmo, no dejarán a nuestros hijos cenar con nosotros! Aunque hay espacio de sobra para dos personas más en esta mesa de caoba maciza, han dispuesto una más pequeña en la otra punta del comedor. Casi necesitaremos prismáticos para verlos.

—He supuesto que los niños querrían algo de privacidad —alega Suzette.

La experiencia me ha enseñado que los niños nunca quieren privacidad. Jamás. Hace muy poco que ir al baño ha dejado de ser un momento en familia. Y, además, la mesa que les han puesto es demasiado pequeña. Parece más apropiada para el salón de una casa de muñecas. A juzgar por su expresión, los niños no están muy contentos.

—Es una mesa para bebés —refunfuña Nico—. ¡No quiero sentarme ahí!

—*Fai silenzio* —sisea Enzo.

Nuestros dos hijos dominan el italiano a la perfección, por supuesto, ya que él les habla continuamente en este idioma para que crezcan bilingües. Según él, ambos tienen un horrible acento yanqui, pero a mí no me suena tan mal. Sea como fuere, la advertencia los hace callar, y toman asiento de mala gana ante aquella mesa de tamaño ridículo. Una parte de mí quisiera tomarles una foto ahí sentados con idénticas caras de abatimiento, pero sospecho que eso los pondría furiosos.

Enzo contempla con la misma perplejidad el servicio de mesa dispuesto ante él. Se sienta pesadamente en la silla que le han asignado y agarra uno de los tenedores que tiene delante.

—¿Por qué hay tres tenedores? —quiere saber.

—Bueno —explica Suzette pacientemente—, uno es un tenedor de mesa, claro, y luego están el tenedor para ensaladas y el tenedor para espaguetis.

—¿Qué diferencia hay entre el tenedor para espaguetis y el tenedor de mesa? —pregunto.

—Ay, Millie. —Se ríe, pero no me contesta, aunque creo que era una muy buena pregunta.

—Bueno, ¿y qué os ha parecido el barrio hasta ahora? —nos pregunta Jonathan mientras se acomoda en su silla de madera de respaldo alto y se extiende una servilleta sobre las piernas con delicadeza.

Me revuelvo en mi asiento. Las sillas, de madera maciza, parecen valer un riñón, pero resultan sorprendentemente incómodas.

—Nos encanta.

Suzette apoya el mentón sobre el puño.

—¿Ya habéis conocido a Janice?

—Yo sí.

—Menudo personaje, ¿no? —se carcajea—. Esa mujer tiene miedo hasta de su sombra. ¡Y es más cotilla…! ¿A que sí, Jonathan?

El aludido toma un sorbo de su vaso de agua y le dedica una sonrisa vaga a su esposa, pero guarda silencio. Habla bien de él que no haya saltado a poner verde a su vecina, por más que se lo merezca. Suzette, en cambio…

—Llevaba a su hijo atado con una correa —rememoro—. Iba enganchada a su mochila.

Suzette suelta una risita.

—Lo sobreprotege hasta extremos hilarantes. Cree que en cada esquina hay gremlins acechando para raptar al niño.

—Estaba obsesionada porque habían secuestrado a un chico a unos pueblos de distancia.

—Ya. —Suzette asiente con la cabeza—. Fue una batalla entre los padres por la custodia del crío. El padre se lo llevó en coche hasta la frontera de Canadá. Lo trajeron de vuelta. Salió en las noticias en su momento, ¡pero ella se comporta como si el hombre del saco

anduviera por ahí suelto! Y eso ni siquiera es lo peor de vivir al lado de su casa. Si yo te contara las animaladas que ha hecho…

Crispo el rostro.

—¿Qué más?

—Pues un día teníamos la parrilla encendida en el jardín trasero —dice—. Estábamos asando muy poca cosa, solo unas cigalas y unos filetes. Teníamos invitados, pero eran solo un puñado, ¿verdad, Jonathan?

—La verdad es que no lo recuerdo, cariño —dice él.

—El caso es que estábamos ahí, disfrutando de nuestra pequeña barbacoa —prosigue ella—, ¡cuando de pronto se presentó la policía! ¡Janice los había llamado para decirles que habíamos provocado un incendio en el jardín! ¿Te lo imaginas?

—¿Tenéis una barbacoa en el jardín? —pregunta Enzo con interés.

—Deberíais compraros una —dice Jonathan.

—O usar la nuestra —ofrece Suzette—. Podéis venir a probarla cuando queráis.

—¿En serio? —pregunta él, ilusionado.

Tiene gracia porque, cuando lo conocí, ya hace casi dos décadas, me pareció mucho más fascinante que cualquier otro hombre con el que hubiera tratado. Casi me dejó sin aliento. Y ahora me entero de la dura y fría realidad: su mayor fantasía en la vida es asar hamburguesas en el patio trasero. O al menos esa impresión da mientras interroga a Suzette sobre los entresijos de la cocina a la parrilla. Me mostraría más participativa si Suzette no sintiera la necesidad de tocarle el brazo todo el rato mientras le habla.

Porque se puede hablar con alguien sin necesidad de tocarlo. De verdad que sí.

Por fortuna, la conversación sobre parrillas se interrumpe cuando Martha sale de la cocina con platos de ensalada para los cuatro. No sé qué lleva, pero huele a frambuesas y hay grumitos de queso esparcidos por encima.

—Gracias, Martha —digo al percatarme de que Suzette no se toma la molestia de agradecérselo.

Espero a que responda «de nada», pero en vez de ello clava los ojos

en mí hasta que aparto la mirada.

No soy capaz de comer mientras Martha me observa, pero, en cuanto se marcha del comedor, ataco la ensalada. No soy mucho de ensaladas, pero guau. En serio, guau. Si todas supieran así de bien, a lo mejor sí sería mucho de ensaladas. No tenía ni idea de que una ensalada pudiera estar tan rica.

—Millie —dice Suzette con una risa nerviosa—. ¡Te estás comiendo la ensalada con el tenedor para espaguetis!

Ah, ¿sí? Al pasear la vista por la mesa, advierto que todos están usando un tenedor distinto del mío, aunque, para ser sincera, los veo todos iguales. Y Enzo, que no es más entendido que yo en tenedores, señala el que está más alejado de mi plato. ¿Cómo lo ha sabido?

Por algún motivo extraño, esto resulta de lo más embarazoso. Me apresuro a cambiar de tenedor.

—Bueno, ¿y a qué te dedicas, Jonathan? —pregunto para desviar la atención de la debacle de los tenedores.

—A las finanzas.

Esbozo una sonrisa.

—Suena interesante.

Se encoge de hombros.

—Nos permite pagar las facturas, pero no es ni por asomo tan emocionante como lo que hace Suzette.

Al decirlo, alarga el brazo por encima de la mesa para tomarla de la mano. Ella se lo permite durante una fracción de segundo antes de retirar la suya.

—Me encanta tratar con la gente —dice—. Gracias a mi trabajo, conozco a todos los habitantes de la zona. —Abre mucho los ojos, como si se le acabara de ocurrir algo—. Podría ayudarte, Enzo.

Mi marido frunce el ceño.

—¿A mí?

—¡Sí! —Se da unos toquecitos en la boca con la servilleta, y no puedo dejar de reparar en que el pintalabios ha quedado intacto. Estoy segura de que a mí se me ha borrado hace ya un rato entre hoja y hoja de lechuga, pero no pasa nada, porque es justo del color de mis labios —. Buscas clientes para tu negocio de paisajismo, ¿no? Pues yo

conozco a todos los nuevos propietarios en las poblaciones de los alrededores. Puedo incluir tu nombre en el paquete de bienvenida.

Enzo se queda boquiabierto.

—¿De verdad harías eso?

—¡Claro, tonto! —Y entonces vuelve a tocarle el brazo. ¡Otra vez! ¿Es que intenta batir un récord mundial?—. Somos vecinos, ¿no?

—Pero no sabes si soy bueno o no.

Enzo es muy, pero que muy bueno en lo que hace. Es verdad que un porcentaje de las mujeres para las que trabaja lo contratan porque está cañón, pero si conserva a sus clientes es por su excelente labor, y él lo sabe. Aun así, siente una fuerte necesidad de probar su valía.

—En ese caso —dice—, tal vez deberías hacerme una demostración en privado.

No me gusta el cariz que está tomando esto.

—Nuestro jardín trasero requiere cuidados urgentes —explica Suzette—. Me encantaría ocuparme de ello, pero temo no tener mano para la jardinería. Si me muestras lo que sabes hacer y además me enseñas algunos trucos, con gusto te recomendaré a todos mis conocidos.

Enzo se vuelve hacia mí. Abre la boca, sin duda para preguntarme si me parece bien la propuesta, pero Suzette se le adelanta.

—¿Sabéis lo que me admira de vosotros dos? Que os fiais el uno del otro, no como otras parejas. Enzo no tiene que pedirte permiso para cualquier tontería, Millie.

Entonces él cierra la boca.

—Bueno, ¿qué me dices? —le pregunta ella—. ¿Tenemos un trato?

Le dirijo una mirada desesperada a Jonathan con la esperanza de que él intervenga para decir que no está de acuerdo con esto, pero él se limita a quedarse ahí sentado, tomando un bocado tras otro de esa ensalada extrañamente deliciosa sin inmutarse. Aunque ¿por qué iba a estar molesto? Enzo solo va a trabajar un poco en el jardín de la casa de al lado. No hay razón para los celos.

Además, reconozcámoslo: Suzette no es ni mucho menos la primera mujer que le tira los tejos a mi marido. No es la primera ni será la última.

Sin embargo, hay algo en el flirteo de Suzette que me cabrea más que la típica ama de casa aburrida que se recrea la vista con mi esposo, pero no sabría decir concretamente qué.

—Claro —dice Enzo—. Con mucho gusto.

Martha sale de nuevo de la cocina con más platos llenos de comida. Echo una ojeada a la mesa de los niños para comprobar si han hecho progresos con la ensalada —algo que por lo general solo comen bajo amenaza de castigo— y, para mi asombro, descubro que hasta Nico ha dejado su plato limpio. Además, me da un poco de envidia ver que a ellos solo les han puesto un tenedor a cada uno.

Martha retira nuestros platos de ensalada y me pone delante algo que parece una especialidad italiana. Pobre Suzette, no sabe que Enzo es muy exigente con la comida de su país. Pues ahora se va a enterar.

Mi marido baja la vista al plato y aspira profundamente.

—¿Es pasta *alla Norma*?

Suzette asiente, entusiasmada.

—¡Sí! Nuestro chef es italiano y, como yo había deducido por tu acento que eres de Sicilia, ha pensado que esto te gustaría.

Contengo la respiración, esperando a que Enzo aparte el plato o tal vez tome unos bocados por cortesía. Sin embargo, en cuanto prueba los espaguetis, casi se le inundan los ojos de lágrimas.

—*Oddio*…, sabe tal como lo hacía mi *nonna*.

—¡Cuánto me alegro de que te guste! —salta ella—. La sensación en boca es maravillosa, ¿a que sí? Aunque me imagino que no está tan bueno como cuando lo prepara Millie, claro.

—Millie no prepara este plato —replica Enzo.

Suzette agita las largas pestañas.

—Ah, ¿no?

Todas las miradas se centran en mí, como si yo fuera la peor persona del mundo por no prepararle a mi marido pasta *à la Norman* o como leches se llame. He de decir en mi defensa que, cada vez que trato de cocinar una receta italiana, él actúa como si hubiera intentado envenenarlo. ¿Quién iba a imaginar que esto le gustaría tanto como para arrancarle las lágrimas?

Agarro el tenedor y pincho lo que parece un trozo de berenjena. Me

lo llevo a la boca y…

Vaya, pues no está mal. No voy a ponerme a llorar, pero es un muy buen plato de pasta.

—Ay, Millie —dice Suzette con una risita—. ¡Estás usando el tenedor para postres!

Si al concluir la cena no le he clavado uno de estos tenedores a Suzette, será solo porque no sé cuál es el apropiado para ello.

9

Estás enfadada —observa Enzo.

No sé cómo se habrá dado cuenta. Tal vez por el hecho de que apenas he dicho una palabra mientras regresábamos andando a casa, yo con la tarta de manzana en las manos porque, pese a indicarme que llevara el postre, Suzette le ha pedido a su chef que se luciera con un suflé de chocolate. Tal vez sea porque cerré la nevera de un portazo después de meter la tarta. O porque subí las escaleras a pisotones, me encerré en el dormitorio y no salí más que para dar las buenas noches a los niños.

—Ya me comeré yo la tarta —dice él mientras se acuesta en la cama a mi lado—. Me encanta la tarta de manzana. Me da igual que se te haya caído al suelo.

—No se me ha caído al suelo.

—Ah, ¿no?

Suelto un gruñido. Que Enzo no tenga la menor idea de por qué estoy molesta hace que me resulte difícil seguir enfadada. Además, lleva el torso desnudo, lo que me lo pone aún más difícil.

—¿De verdad tienes que trabajar en el jardín trasero de Suzette? —pregunto.

Se recuesta sobre las almohadas, suspirando.

—Ah. Es eso.

—No me has contestado. ¿De verdad es necesario?

—¿Por qué te parece mal?

—Porque sí.

—Eso no es una respuesta —alega, lo que me da rabia, porque es algo que les digo mucho a los niños.

—Es que me da la sensación de que Suzette tiene intenciones ocultas.

—¿Intenciones ocultas?

Cruzo los brazos sobre el pecho.

—Ya me entiendes.

—No, no te entiendo.

—Madre mía. —Me doy la vuelta en la cama—. ¡Enzo, esa mujer se ha pasado toda la noche coqueteando descaradamente contigo! ¡No ha dado tregua ni un segundo!

Se lleva las manos al pecho, fingiéndose horrorizado.

—¿Una mujer ha coqueteado conmigo? *Ma va'*! ¿Cómo puedo resistirme a eso?

Elevo la mirada al cielo.

—Bueno, ya vale…

—Seguramente me fugaré con ella.

—Que ya vale.

Me sonríe de oreja a oreja.

—Me halaga que te preocupes, pero sabes que nunca miraría a otra mujer, Millie.

—Ah. ¿Nunca?

—Nunca jamás —dice él—. Engañarte sería una tontería.

—¿Seguro?

—Ya lo creo. —Se tiende de costado, con la cabeza apoyada en la mano—. Eres mi mujer. La madre de mis hijos. Te quiero mucho.

—Vale…

—Además —añade—, te conozco demasiado bien para traicionarte. Valoro mucho mi vida.

Se me escapa un resoplido.

—Qué exagerado.

—¿Cómo puedes decir que te preocupa Suzette? —replica—. Si hay alguien que tendría que preocuparse, es Suzette.

—Ja, ja, es que me parto.

—No es broma —dice, aunque le tiemblan los labios—. Me das miedo, Millie Accardi.

Le dedico una mueca.

—Sí, claro. Como si tú fueras un inocente angelito.

La verdad sea dicha, los dos hemos cometido actos horribles, inenarrables, aunque prefiero pensar que todo ha sido en aras de la

justicia. De todos modos, si lleváramos a cabo un recuento, le ganaría a mi esposo por goleada. He hecho cosas mucho peores que él. Al fin y al cabo, él no ha hecho nada lo bastante malo para acabar privado de libertad.

Al menos hasta donde yo sé. Me da la sensación de que Enzo dejó al otro lado del mar un pasado desconocido para mí. En cierta ocasión reuní el valor suficiente para preguntarle si había matado a alguien y se rio como si hubiera hecho un chiste, pero no dijo que no. Y luego se apresuró a buscar un pretexto para cambiar de tema.

Fue la única vez que se lo pregunté, porque después de aquello no estaba segura de querer saberlo.

Enzo me desliza el dedo suavemente por la línea de la mandíbula.

—Millie… —susurra.

Echo un vistazo por encima del hombro a la ventana del dormitorio, por la que la luz de la luna entra a raudales.

—¿Cuándo vas a instalar los estores?

—Mañana. Te lo prometo.

Cierro los ojos para intentar disfrutar del contacto de mi marido y la sensación de sus labios en el cuello, pero con los párpados cerrados percibo otra cosa. Un sonido procedente de otra parte de la casa.

Abro los ojos de golpe.

—¿Has oído eso? —le pregunto.

Levanta la cabeza de mi cuello.

—¿El qué?

—Ese ruido. Como… un chirrido.

Es un sonido que me provoca una dentera brutal. Es casi como si alguien arrastrara las uñas sobre una pizarra. Una y otra vez.

Y proviene de algún lugar situado dentro de la casa.

Enzo despliega una sonrisa.

—¿Crees que el hombre con un garfio en vez de mano estará en el tejado?

Le pego una colleja.

—¡Lo digo en serio! ¿Qué es eso?

Los dos nos quedamos un momento acostados en silencio, escuchando. Y justo entonces el sonido cesa, cómo no.

—No oigo nada —dice Enzo.

—Es que ya no suena.

—Ah.

—Pero ¿qué era?

—Seguramente ruidos de la casa al asentarse.

—¿Cómo que al asentarse? —Tuerzo el gesto—. Eso no pasa. Te lo acabas de inventar.

—Sí que pasa. Además, ¿desde cuándo eres una experta en casas? Las casas hacen ruidos. Es normal. No hay por qué alarmarse.

No sé si estoy de acuerdo, pero no tengo muchos argumentos para discutírselo ahora que el sonido ha parado.

Arquea las cejas.

—Bueno…, ¿puedo continuar?

No me siento de lo más apasionada después de oír esos chirridos procedentes del interior de la casa, lo que se suma al hecho de que la ventana esté totalmente al descubierto. Sin embargo, Enzo vuelve a besarme el cuello y he de confesar que me resulta muy difícil pedirle que pare.

10

El jueves tengo la mañana libre.

Los niños se van caminando solos a la parada del autobús, como empezaron a hacer ayer. No me cabe duda de que Janice se traumatizará cuando los vea llegar sin la compañía de un adulto, pero yo estoy bastante tranquila. Los vigilo desde una de las ventanas de la fachada de casa (que por fin están equipadas con estores; gracias, Enzo) hasta que suben al autobús y este arranca en dirección al colegio.

Todo va bien. Ser madre implica vivir en un estado constante de preocupación de baja intensidad, pero me niego a convertirme en el tipo de mujer que ata a sus hijos con correa. Llega un momento en que hay que dejarlos ir, aunque eso te desgarre por dentro.

Tras su marcha, el silencio se apodera de la casa. Aunque Ada suele ser más retraída, Nico siempre es un torbellino de actividad. Cuando no está, reina una calma sepulcral. Si esto ya era así cuando vivíamos en un piso pequeño, ahora que estamos en una casa más grande (aunque «acogedora») se impone un silencio aún más profundo. Me da la impresión de que en nuestro nuevo hogar hay eco. Eco.

No sé qué hacer con mi tiempo. Creo que me prepararé el desayuno y me pondré a leer un libro.

Entro en la cocina y saco una huevera. A medida que me hago mayor, intento comer más sano, y tengo entendido que los huevos son bastante saludables siempre que no estén fritos en aceite o mantequilla (lo que me parece una injusticia flagrante, porque es como mejor saben). Así que pongo a hervir agua para mi huevo sin aceite ni mantequilla cuando de pronto suena el timbre.

Me dirijo a toda prisa a la puerta principal y la abro de golpe sin molestarme en preguntar quién es, porque en este barrio puedo permitirme ese lujo. Cuando vivíamos en el Bronx, nunca abría la

puerta sin antes comprobar quién estaba al otro lado; si se trataba de un desconocido, le exigía que acercara una identificación a la mirilla. Pero este vecindario es de lo más seguro. Ya no tengo que preocuparme por nada.

Sin embargo, me sorprende mucho encontrarme en el umbral a Martha —la mujer de la limpieza de Suzette—, con uno de sus vestidos estampados de flores, un delantal blanco recién planchado, un par de guantes de goma en una mano y una especie de mopa de última generación en la otra.

—Hola —saludo, porque no se me ocurre qué más decir.

Martha me lanza la misma mirada penetrante del otro día, con el ancho rostro impávido como una máscara.

—Es jueves. Vengo a limpiar.

¿Qué? Recuerdo que mencionó que estaba disponible los jueves, pero no haber quedado en nada con ella. Es más, recuerdo con claridad que me puse a pensar una forma diplomática de decirle que no estábamos interesados antes de que Suzette me distrajera al insultar mi tarta. ¿Por qué narices se ha presentado aquí sin antes confirmar si yo estaba conforme?

¿La habrá convencido Suzette?

—Hum —balbuceo—. Le… le agradezco que haya venido y todo eso, pero, como decía el otro día, la verdad es que no…

Martha permanece inmóvil. No pilla la indirecta.

—Oiga —digo—. No necesitamos… O sea, ya me encargo yo de limpiar la casa. No hace falta que usted…

—Su marido me pidió que viniera —me interrumpe Martha.

¿Qué?

—¿En… en serio?

Asiente de manera casi imperceptible.

—Me llamó.

—Hum —digo de nuevo—. Discúlpeme un momento.

Hoy Enzo no tiene que trabajar hasta más tarde, así que sigue dormido. Subo corriendo las escaleras y, cuando lo veo tumbado en su lado de la cama, le zarandeo el hombro. Le tiemblan las pestañas, pero no abre los párpados. Le pego una sacudida más fuerte y por fin alza

la mirada soñolienta hacia mí.

—¿Millie? —murmura.

—Enzo —digo—, ¿llamaste a esa mujer de la limpieza que nos recomendó Suzette?

Se incorpora despacio, frotándose los ojos. Ha habido mañanas en que lo he visto despabilarse de inmediato y levantarse de la cama como un resorte, con sus cinco sentidos en pleno rendimiento. Pero hace mucho que eso no ocurre, quizá incluso desde que nacieron los niños. En la actualidad, tarda cinco minutos largos en recuperar la coherencia suficiente para mantener una conversación.

—Sí —dice al fin—. La llamé.

—Pero ¿por qué? ¡No podemos pagar a una mujer de la limpieza! Ya me ocupo yo de las tareas del hogar.

Da un bostezo.

—No pasa nada. No es tan caro.

—Enzo…

Se toma varios segundos más para despejarse del todo. Baja los pies al suelo.

—Millie, llevas limpiando las casas de otra gente desde que te conozco. Ya es hora de que alguien limpie la tuya.

Me retuerzo las manos.

—Pero…

—Nada de peros —dice—. Solo vendrá dos veces al mes. No costará mucho dinero. Además, Nico va a sacar la basura a partir de ahora, y Ada fregará los platos. He tenido una charla con ellos.

Empiezo a protestar de nuevo, pero entonces pienso que en realidad no estaría nada mal librarme de las labores domésticas para variar. Enzo tiene razón; llevo mucho tiempo limpiando. He pasado de limpiar las casas de otras personas a limpiar los estropicios que dejan mis hijos. No es que Enzo no me ayude nunca, pero adecentar una casa de cuatro personas requiere mucho trabajo.

—No costará mucho dinero —dice de nuevo—. Te lo mereces.

A lo mejor tiene razón. A lo mejor me lo merezco. De todos modos, parece haber tomado una decisión, así que no voy a discutir con él por eso.

Pero ¿por qué tenía que ser Martha?

Regreso al salón, donde la mujer, que en un alarde de eficiencia ha localizado nuestro material de limpieza, se ha puesto manos a la obra. Sí, tiene la manía de quedarse mirándome, pero hay muchas personas con dificultades para relacionarse con los demás, y ella parece una mujer de la limpieza excepcionalmente competente. La mayoría de las familias para las que yo trabajaba me daban una lista interminable de instrucciones sobre cómo lo querían todo, pero yo juré que, si algún día podía permitirme pagarle a alguien para que me ayudara, no sería tan tiquismiquis.

—Enzo dice que vale —le informo.

Ella asiente con una escueta inclinación de cabeza. Casi nunca dice ni pío. Me recuerda un poco a esos guardias del palacio real en Inglaterra que no tienen permitido hablar o sonreír.

Trato de prepararme el huevo en la cocina, pero no es fácil cocinar con Martha justo al lado, fregando diligentemente la encimera a mi lado y alzando la vista hacia mí de vez en cuando. Aunque esta cocina es mucho más grande que la que teníamos en la ciudad, me resulta extraño estar aquí mientras ella limpia. Me siento incómoda, como si fuera una persona rica y pija con criados a su servicio, lo que no deja de tener su gracia considerando que…, bueno, a duras penas podemos permitirnos comprar esta casa, pese a la rebaja del diez por ciento sobre el precio inicial. Una casa que en otro tiempo posiblemente albergó animales de granja. (Aunque en el fondo no me lo creo; o sea, estoy casi segura de que no es cierto).

Me aparto con torpeza para no estorbar a Martha.

—Disculpa —mascullo.

La mayoría de mis clientes me dejaban sola cuando limpiaba, y yo lo agradecía. Aunque no todos me decían directamente cómo debía llevar a cabo mi trabajo, siempre tenía la sensación de que me juzgaban en silencio cuando se quedaban en casa. O de que me vigilaban para asegurarse de que no robara nada. Incluso si no hacían nada de eso, estaban de por medio.

Al final, renuncio al huevo y cojo un plátano, el único desayuno que se me ocurre que no requiere preparación. Me voy al salón con mi

plátano ligeramente pocho y me arrellano en el sofá con el teléfono en la otra mano.

Tal vez sería mejor que me tomara libre la mañana de los miércoles.

Reviso mi correo electrónico, algo de lo que puedo ocuparme en este momento. Los niños llevan menos de una semana en su nuevo colegio y ya he recibido decenas de mensajes de la directora, que por lo visto se siente obligada a escribir a todos los padres a diario. Esto representa una diferencia enorme respecto a la escuela primaria del Bronx. Aunque tampoco pagamos matrícula aquí, los padres son muy exigentes. Al parecer esperan que les escriban todos los días.

Acabo por borrar casi todos los correos enviados por el colegio. Porque, a ver, ¿cuántos mensajes hace falta leer sobre la próxima feria del libro o algo que se llama Almuerzo con Lego?

Aunque el plátano no me deja muy saciada que digamos, por el momento bastará. Supongo que saldré a hacer algunos recados mientras Martha se queda limpiando. Sin embargo, cuando me levanto del sofá y me doy la vuelta, casi se me sale el corazón por la boca.

Martha está en la puerta de la cocina, tiesa como un palo.

Permanece tan quieta que casi parece un robot… ¿o el término correcto es «cyborg»? El caso es que me pega un susto. Pensaba que estaba ocupada limpiando la cocina, pero, por lo que parece, lleva Dios sabe cuánto tiempo ahí de pie, contemplándome. Y, cuando la pillo, no aparta la vista. Sigue observándome sin el menor disimulo.

—¿Sí? —digo.

—No quería molestarla —responde.

—Ah, no te preocupes. ¿Necesitas algo?

Vacila unos instantes, como eligiendo sus palabras con cuidado.

—¿Dónde está el limpiahornos? —desembucha al fin.

¿Por eso estaba ahí, mirándome fijamente? ¿Porque no sabe dónde está el limpiahornos? ¿De verdad eso era todo?

—En el armario justo al lado de los fogones. —¿Dónde iba a estar si no?

Martha asiente y regresa a la cocina, pero yo me quedo algo inquieta. Aunque Enzo se empeñe en que tengamos una empleada doméstica, no es necesario que sea Martha. Yo preferiría que nuestra

mujer de la limpieza no fuera alguien que no me quita la vista de encima. Por otro lado, ella ya está trabajando aquí. Si encontramos a otra persona, tendré que despedirla. Nunca en la vida he despedido a nadie, y no es algo que me haga ilusión.

Tal vez todo vaya bien. Al fin y al cabo, ya sabe dónde está el limpiahornos, y, según Enzo, lo que cobra es muy razonable. La casa de Suzette está impecable, así que no hay duda de que Martha es buena en su trabajo.

Además, como dice él, me lo merezco.

11

Nico ha quedado para jugar hoy con Spencer, el chico que vive en el número 13 de Locust Street.

Concertar esta cita ha sido toda una proeza. Llevamos dos semanas viviendo aquí, y no había surgido una oportunidad hasta ahora. Tuve que facilitarle a Janice una copia de la cartilla de vacunación de Nico, y no es broma. Me sorprende que no me pidiera muestras de sangre y orina.

Pero vale la pena, porque a Nico se le cae la casa encima los fines de semana, y no tiene muchos amigos en el barrio como donde vivíamos antes. Aunque la cita es hoy domingo a las tres de la tarde en casa de Spencer, Nico lleva desde la una preguntándome más o menos cada quince minutos si ya es la hora. Llega un momento en que cada vez que dice la palabra «mamá» me entran ganas de gritar.

—Mamá —dice a las tres menos cuarto—, ¿puedo llevar a Kiwita a casa de Spencer?

Enzo y Nico decidieron que no querían esperar a que eclosionaran unos huevos de mantis religiosa y a que las ninfas se devoraran entre sí, así que compraron una mantis bebé que llegó el lunes pasado. Nico la bautizó como Kiwita en un extraño homenaje a una de sus frutas favoritas.

—No si quieres que te vuelvan a invitar —contesto.

Nico se queda pensativo.

—¿Puedo llevar mi bate y mi pelota de béisbol?

Las pruebas para el equipo infantil tuvieron lugar el viernes de la semana pasada, y Nico consiguió entrar, lo que es genial porque le brindará más posibilidades de hacer amigos y liberar algo de esa energía acumulada. Sin embargo, como consecuencia de ello, ahora está aún más obsesionado con el béisbol que antes. Enzo ha estado lanzándole la pelota todas las tardes. Es una escena muy tierna,

porque mi marido narra cada jugada como un comentarista de un partido de béisbol de verdad. «Se posiciona en el plato, agita el bate… ¡Y conecta con la bola! Corre a primera base, luego a segunda…».

—Está bien —accedo, aunque me preocupa un poco que a Nico se le desvíe la pelota y rompa una ventana, lo que sin duda le provocaría una apoplejía a Janice. Tiene potencia con el bate, pero no lo controla mucho.

Cuando —¡por fin!— dan las tres, llega el momento de acudir a la cita. Ada está repantigada en el sofá, leyendo un libro, con la reluciente cabellera negra desparramada detrás de ella. Una vez más, me deja atónita lo bonita que es mi hija. No creo que ella misma sea consciente de su belleza. Que Dios nos proteja cuando se dé cuenta.

—Ada —digo—, ¿quieres venir con nosotros?

Me mira como si hubiera perdido la bendita cabeza.

—No, gracias.

—¿No tienes alguna amistad con la que te gustaría quedar para jugar? —le pregunto—. Por mí, encantada de llevarte en coche.

Niega con la cabeza. Espero que esté haciendo amigos en clase. Aunque no es tan sociable como Nico ni mucho menos, siempre ha tenido una piña pequeña pero muy unida en el colegio. Debe de haber sido duro para ella cambiar de ambiente en quinto curso, pero no es muy dada a quejarse. A lo mejor le propongo que celebremos una noche de chicas, ella y yo solas, y así tanteo un poco el terreno.

Me planteo la posibilidad de pedirle a Enzo que nos acompañe, pero entonces caigo en la cuenta de que no lo he visto en toda la tarde. Debe de estar trabajando. Tenía un montón de clientes en la ciudad, pero, como está intentando trasladar todo su negocio a la isla, no para en todo el día. Agradezco sus esfuerzos, pero al mismo tiempo me gustaría que pasara más tiempo en casa.

En fin, todo apunta a que iremos solo Nico y yo, así que cojo el bolso y caminamos por la calle sin salida hacia el número 13 de Locust, que se supone que sirvió de alojamiento para el servicio. Al pasar por delante de la casa de Suzette, no puedo evitar reparar en el jaleo que se oye en el jardín trasero. ¿Que estarán haciendo ahí?

Cuando Janice nos abre la puerta, pone cara larga, como si, a pesar

de la invitación, esperara que no nos presentáramos.

—Ah —dice—. Bueno, pasad.

—Gracias —contesto.

En cuanto pisamos el felpudo de bienvenida, nos señala los pies.

—Zapatos fuera.

Me quito las sandalias y Nico da patadas al aire para despojarse de sus deportivas, que, para mi horror, salen despedidas por el pasillo. Me apresuro a recogerlas y colocarlas en el zapatero de la entrada. Hoy casi no hemos salido de casa, así que no tengo ni idea de cómo han acabado tan embarradas. Cuando me fijo en sus calcetines, advierto que están igual de sucios. ¿Cómo es posible?

—¿Por qué tienes los calcetines cubiertos de tierra? —le pregunto.

—He estado jugando en el patio de atrás, mamá.

—¿Sin zapatos?

Se encoge de hombros.

Acaba por descalzarse del todo, y descubro que también sus pies están sucios, aunque menos que las deportivas o los calcetines. Esta noche tendré que ponerlo en remojo en lejía.

Spencer y Nico se saludan con grandes muestras de alegría, como si fueran viejos amigos que se hubieran perdido la pista hace años, aunque se vieron en el colegio hace literalmente dos días. Echan a correr hacia el jardín trasero.

—¡Ten cuidado! —le grita Janice a Spencer.

La mujer dirige la mirada al jardín, retorciéndose las manos. No sé si debería ofrecerme a quedarme o si ella ni siquiera quiere que esté aquí. Lo que tiene toda la pinta de necesitar es un trago fuerte. Al cabo de un rato se vuelve hacia mí, y estoy segura de que va a ofrecerme limonada o queso con galletas saladas.

—¿Con qué frecuencia revisas a Nico en busca de piojos? —dice en cambio.

Me quedo boquiabierta. Quisiera hacerme la ofendida, pero la verdad es que Nico ha tenido piojos tres veces. Ada también, y en su caso lidiar con el problema fue mucho más complicado, porque no se le puede afeitar la cabeza a una niña de ocho años. Sería una de las experiencias traumáticas que le describiría a su psiquiatra años

después.

Pero a mi hijo le pasé la maquinilla sin contemplaciones. Al principio no estaba muy contento, pero, cuando Enzo se ofreció a raparse también, aquello se convirtió en un juego para él.

—No tiene piojos —aseguro.

Me mira con los párpados entornados.

—¿Cómo es que estás tan segura?

No se me ocurre una respuesta.

—No se rasca, así que…

—¿Tienes una buena lendrera?

—Hum, sí…

—¿De qué marca?

No sé si voy a poder seguir aguantando. A ver, los piojos me repugnan como al que más, es decir, mucho, pero no son mi tema de conversación preferido.

—Bueno —digo—, creo que me voy a ir…

—Oh —contesta Janice con expresión de contrariedad—. Pensaba que te quedarías un rato. Tengo zumo recién exprimido.

Su semblante refleja una decepción sincera. A pesar de sus impertinentes comentarios sobre mi decisión de ser madre trabajadora, si se pasa todo el día en casa debe de sentirse muy sola. Y yo tampoco he tenido nunca facilidad para hacer amistades. A lo mejor Janice y yo empezamos con mal pie, y ella acaba convirtiéndose en mi primera amiga en Long Island. Es decir, en la isla.

—Me encantaría probar ese zumo —digo.

Esto anima un poco a Janice. La sigo hasta la cocina, que, cómo no, está inmaculada. El suelo parece más limpio que mis encimeras. Tiene una mesa de cocina como la mía, y está completamente puesta, con posavasos y todo. Janice abre la nevera y saca una jarra enorme que contiene una sustancia espesa, granulosa y verde. Sirve dos vasos y desliza uno hacia mí.

—No olvides usar un posavasos —me dice cuando llevo el vaso a la mesa de la cocina.

Mientras Janice se sienta al otro lado de la mesa, examino el líquido que contiene mi vaso. Bueno, es casi un líquido. Posee algunas

propiedades de los fluidos.

—¿Qué es exactamente?

—Es zumo —dice, como si la pregunta le pareciera una estupidez.

Me gustaría saber cuál de sus ingredientes le da ese tono de verde tan intenso. No me viene a la cabeza un solo fruto verde que me guste. Bueno, está el melón verde, pero no sé si me apetecería mucho ingerirlo en forma líquida.

Sin embargo, ella me está mirando, así que más vale que pruebe el supuesto zumo. A lo mejor está menos malo de lo que parece…, casi se diría que tiene que estarlo. Cierro los dedos sobre el vaso, me lo acerco a los labios, tomo un sorbo y…

Virgen santa.

No está menos malo de lo que parece. Está incluso peor. Puede que sea lo más asqueroso que me haya llevado nunca a la boca. Tengo que recurrir a todo mi autocontrol para no escupirlo en el vaso. Sabe como si Janice hubiera arrancado la hierba del jardín trasero, con tierra incluida, y hubiera preparado una pócima con ella.

—¿A que está delicioso? —Bebe un trago largo—. Y, aunque parezca mentira, es muy nutritivo también.

Me limito a asentir con la cabeza porque sigo concentrada en tragarme el líquido que tengo en la boca.

—Bueno —dice—. ¿Te gusta tu nueva casa?

—Me encanta —respondo con sinceridad—. Necesita algunas reformas, pero estamos muy felices con ella.

—Casi todas las casas recién compradas necesitan reformas —señala —. Además, seguro que la conseguisteis a buen precio.

Me paso la lengua por los labios y me arrepiento de inmediato porque saben al brebaje verde.

—¿Por qué lo dices?

—Porque nadie más la quería.

Las palabras de Janice hacen que me olvide del sabor amargo del zumo.

—¿Y eso?

Se encoge de hombros.

—Solo hubo otra persona que presentó una oferta. Y la retiró.

Eso no fue lo que nos dijo nuestra agente inmobiliaria. Nos dio a entender que había otras ofertas, aunque más bien a la baja. ¿Nos mintió? ¿De verdad éramos los únicos interesados en adquirir esta casa acogedora pero magnífica en un distrito escolar inmejorable?

¿Cómo era posible?

—¿Por qué nadie más hizo una oferta? —le pregunto a Janice, intentando disimular la curiosidad que ha despertado en mí.

—No tengo la más remota idea —contesta—. Es un edificio que da una impresión más que aceptable por fuera, bien construido, con un tejado en buen estado.

Vaya, menos mal.

—El problema debe de estar en el interior —agrega.

¿En el interior? ¿Qué hay dentro de mi casa que espantó a las decenas de parejas que seguramente la visitaron?

No puedo evitar acordarme de esos horribles chirridos que me mantuvieron en vela toda la noche. Me puse muy contenta cuando nos llamaron para decirnos que la casa era nuestra, pero no ha pasado un día desde que nos mudamos sin que me pregunte si no habré cometido un terrible error…

—En fin —dice Janice, cambiando de tema con brusquedad—, ¿qué tal la cena con Suzette y Jonathan la otra noche?

Yergo la cabeza de golpe con una punzada de irritación. Vale, ahora entiendo por qué quería que me quedara, para sonsacarme cotilleos sobre los vecinos. Por eso estoy aquí, no para degustar su mejunje de zumo.

—Estuvo bien —digo. Lo último que quiero es poner verde a Suzette y que ella acabe por enterarse.

—¿Bien? Cuesta creerlo.

—Parecen majos.

Frunce los labios.

—Pues no lo son, créeme. Soy vecina suya desde hace cinco años.

Me muerdo la lengua para no decirle que Suzette comentó lo mismo sobre ella. Resulta evidente que estas dos no se tragan. Por otro lado, Suzette no parece muy buena persona, la verdad. Pese a mis esfuerzos por conectar con ella durante la cena, al final de la velada me caía aún

peor.

—Bueno, al menos Jonathan parece majo.

—Ella lo trata fatal —dice Janice.

No me pareció la esposa más atenta del mundo, pero tanto como tratarlo fatal…

—¿En serio?

—Cada vez que él intenta tocarla, ella se aparta —explica—. Lo humilla cada vez que se le presenta la oportunidad. Ya me imagino cómo será su vida sexual.

Pues, sinceramente, yo prefiero no imaginármela.

Janice fija los ojos en la ventana, que ofrece un panorama magnífico de la puerta principal del número 12 de Locust Street. Puede ver desde la cocina a todo aquel que entre o salga de la casa.

—Suzette Lowell es la peor persona que he conocido.

Caray. Suzette tampoco es santa de mi devoción, pero me parece una afirmación bastante excesiva.

—Creo que es… —Remuevo el líquido verde en el vaso en vez de bebérmelo—. Por lo menos es amable.

—¿Sabes que en estos momentos tu marido está en su casa?

Pues no lo sabía. Y se me nota en la cara, lo que parece complacer sobremanera a Janice.

—Ella le ha abierto la puerta hace cosa de una hora —me asegura. No es de extrañar que esté al tanto, dada la magnífica vista que tiene de la fachada de Suzette—. Y él sigue ahí dentro.

—No pasa nada —digo con una sonrisa forzada porque no quiero darle a Janice la satisfacción de notar que esa información no es de mi agrado—. Me comentó que iba a trabajar en el jardín de Suzette en un futuro próximo, así que me imagino que ha decidido empezar hoy.

—¿En domingo? No es día laborable.

—Enzo trabaja toda la semana. Siempre va de cabeza.

Janice toma un sorbo de su vaso y se relame el bigote verde que le ha dejado.

—Entiendo. Bueno, si confías en él…

—Confío en él.

Me dedica una sonrisita de suficiencia.

—Entonces no tienes nada de que preocuparte.

Janice intenta dejarme mal cuerpo, pero procuro pasar de ella. Es verdad que confío en Enzo. O sea, sí, por algún motivo no se le ha ocurrido avisarme de que iba a trabajar en el jardín trasero de nuestra atractiva vecina, pero no voy a permitir que eso me quite el sueño. Puede que haya cosas de mi marido que ignoro, pero sí sé que es un buen hombre. Me lo ha demostrado en repetidas ocasiones. Y, aunque no lo fuera, no lo creo capaz de engañarme.

No se atrevería.

«Me das miedo, Millie Accardi».

Y con razón.

12

Has estado en casa de Suzette hoy?

Le lanzo la pregunta a Enzo aparentando la mayor indiferencia posible mientras se lava los dientes. He pensado que este sería un buen momento para preguntárselo sin quedar como una esposa celosa. Hay pocas situaciones menos solemnes que esta, ¿no?

Interrumpe el cepillado para mirarme. Espera unos momentos antes de continuar.

—Sí. He estado ayudándola en su jardín. Le he enseñado algunos trucos de jardinería. Como habíamos quedado.

—No me habías dicho que ibas a ir allí.

—¿Es importante que te diga siempre adónde voy a ir?

Escupe la pasta de dientes en el lavabo. Pienso en todas las ocasiones en que él me ha visto escupir pasta de dientes en el lavabo; son tantas que he perdido la cuenta. Y luego pienso en todas las veces que ha visto a Suzette escupir pasta de dientes en el lavabo: ni una.

—Te agradecería que me informaras de tus planes para los fines de semana —contesto—. ¿No se supone que es tiempo que pasamos en familia? ¿No es lo que dices siempre?

Me mira con exasperación.

—Millie, es por trabajo. Necesitamos dinero… desesperadamente. ¿Qué quieres que haga?

—¿Te ha pagado?

Él no contesta, lo que significa que la respuesta es no.

—Así que has estado en su casa en domingo y ella no te ha pagado. ¿Qué clase de trabajo es ese?

Enzo se enjuaga la boca y escupe de nuevo, esta vez con más agresividad. Cuando alza la vista, no parece muy contento.

—Millie, ya me ha conseguido dos trabajos nuevos. Me está ayudando. Nos está ayudando. —Agita los brazos—. ¿Cómo vamos a

pagar esta casa si no?

Es un argumento totalmente válido. Para consolidar un negocio es imprescindible el boca a boca. Y Suzette puede echar una mano con el boca a boca.

Deja caer los hombros.

—Oye, siento no haberte dicho adónde iba, pero estabas liada con la visita de Nico a su amigo, y a Ada solo le interesa leer, así que he pensado que era buen momento para ir ahí porque aquí no le hago falta a nadie.

Vuelve a tener razón. Todo lo que está diciendo Enzo es correcto al cien por cien. Aunque trabaja mucho, siempre ha estado ahí para nuestra familia. Tomaba el té con Ada y sus peluches cuando ella era pequeña. Yo no soportaba esas aburridas fiestas, pero él participó en miles de ellas. Ponía voces ridículas a los ositos, cada una distinta, aunque todas con acento italiano.

—Lo siento —digo—. Sé que solo intentas hacer crecer tu negocio. No era mi intención echarte la bronca.

Me sonríe.

—Me da ternura verte así. Nunca te pones celosa.

Tiene gracia porque es verdad. Aunque las mujeres se le insinúan continuamente, yo siempre he confiado en él. No sé por qué Suzette consigue alterarme tanto, sobre todo considerando que está casada, así que dudo que espere que mi marido me deje por ella.

—Lo siento —dice—. ¿Me perdonas?

Como no le respondo, se me acerca y me besa con su fresco aliento a menta. Como era de prever, los últimos restos de mi enojo se evaporan. Soy incapaz de estar mucho tiempo enfadada con él.

—¡Mamá, papá! —grita una voz al otro lado de la puerta—. ¡Kiwita está mudando de piel! ¡Tenéis que verlo! ¡Venid, rápido!

No hay nada que estropee un momento romántico como oír que una mantis religiosa está mudando de piel en tu casa. Enzo y yo nos miramos.

—¡Luego, Nico! —responde él—. Estoy… hablando con tu madre. Estamos teniendo… una conversación importante.

Pero Nico no se da por vencido.

—¿Cuándo? —pregunta a través de la puerta.

Enzo suspira, consciente de que el potencial erótico de la situación se ha ido al traste.

—Un momento. —Me guiña el ojo—. ¿Te apetece ver la muda?

—Yo paso, gracias.

—Pero… —Dirige la vista hacia la puerta del dormitorio antes de posarla de nuevo en mí—. ¿Está todo bien entre nosotros?

Vacilo solo unos instantes.

—Sí.

—De ahora en adelante —dice—, te avisaré cada vez que vaya a casa de Suzette. Te lo prometo.

—No hace falta —me apresuro a replicar—. Me fío de ti.

Y es verdad. Me fío totalmente de él.

Pero no de Suzette.

13

Abro los ojos de golpe en mitad de la noche.

Otra vez esos chirridos.

Llevaba varias noches sin oírlos. Esperaba que la casa hubiera acabado de «asentarse» o que lo que fuera que causaba ese ruido espantoso hubiera desaparecido, pero ahí está de nuevo, más estridente que nunca.

Vuelvo la cabeza para mirar el reloj de la mesilla. Son las dos de la madrugada. ¿Por qué se oyen chirridos dentro de la casa a las dos de la puñetera madrugada?

Contengo la respiración y aguzo el oído.

No creo que se trate de un animal. Me parece que no hay ratas correteando dentro de las paredes. O al menos eso espero. Casi suena como si…

Suena como si hubiera alguien atrapado, intentando salir.

Aún resuenan en mi mente las palabras de Janice: «El problema debe de estar en el interior». Hay algo que no va bien en esta casa. Dentro de esta casa. Algo que ahuyentó a las demás personas que vinieron a verla.

No dejo de darle vueltas. Estoy perdiendo la cabeza.

Enzo yace junto a mí, como un tronco. El ruido no lo ha arrancado del sueño. Pero, a decir verdad, aunque me pusiera a tocar la tuba a su lado, él seguiría durmiendo tan a gusto.

Si lo despierto, no le hará mucha gracia. Me dijo que tiene que ir a trabajar a primera hora de la mañana a un sitio que está a cuarenta minutos en coche de aquí. Por otro lado, actúa como si creyera que me he inventado lo del ruido. Se diría que soy la única que lo oye.

Al final, me levanto de la cama con sigilo. No voy a poder pegar ojo mientras continúen esos chirridos, así que más vale que vaya a investigar.

Salgo al pasillo, que está a oscuras. Acerco los dedos al interruptor, dudando si encender la luz o no. No quiero despertar a todo el mundo, pero tampoco caerme por las escaleras. Aunque me encanta que la casa sea tan amplia, siento una punzada de nostalgia al pensar en nuestro pisito del Bronx, donde prácticamente bastaba con girar en redondo para controlar todo el espacio. Aquí hay demasiados recovecos y rincones.

Muchos lugares donde alguien podría esconderse.

Se me ha adaptado la vista a la penumbra, así que decido dejar las luces apagadas. Con cuidado, avanzo a tientas por el pasillo hasta las escaleras. El sonido procede de la planta baja. De eso estoy segura.

—¿Hola? —digo, proyectando la voz hacia abajo.

Nadie responde. Como cabía esperar.

Miro de nuevo hacia el dormitorio principal. Vale, son las dos de la madrugada y se oyen en la planta baja de nuestra casa unos chirridos que podrían ser de origen humano. ¿De verdad quiero bajar a investigarlos sola? ¿No sería mejor despertar a Enzo para que me acompañe, aunque se ponga de mala uva?

Por otro lado, ya le he hablado de esos chirridos, y él me ha asegurado varias veces que no los oye y que me estoy comportando como una tonta. Volverá a decirme que la casa se está asentando antes de darme la espalda y quedarse dormido de nuevo. Además, no necesito a un hombre para inspeccionar la planta baja de mi propio hogar. No me pasará nada.

De todos modos, si grito, me oirá.

Me agarro al pasamanos de las escaleras. Por un momento, los chirridos suenan más fuertes, y un escalofrío me recorre la espalda. Es como si el autor de esos ruidos estuviera aproximándose a mí.

Hasta aquí he llegado. Voy a dar media vuelta. Tengo que despertar a Enzo. Como no oiga esto, habrá que llevarlo al otorrino.

Sin embargo, cuando me dispongo a girar sobre los talones para regresar al dormitorio…

El ruido cesa.

Me quedo inmóvil, esperando a que se reanude, pero eso no ocurre. En la casa reina un silencio absoluto.

No sé si sentir alivio o desilusión. Me alegro de que el horrible ruido se haya interrumpido, pero ahora me será imposible localizar su origen.

Aun así, bajo las escaleras. Desciendo con lentitud cada peldaño hasta que llego a la planta inferior. Aquí todo parece sumido en una quietud insólita. Con los ojos entornados, escudriño las siluetas de los muebles, envueltos en sombras. Desplazo la mirada de rincón en rincón en busca de la causa de ese sonido.

Finalmente, alargo el brazo y pulso el interruptor de la luz.

Aquí no hay nadie. La planta baja está desierta del todo. Supongo que no debería sorprenderme, pero…

Se oía algo, un ruido que provenía de la planta baja de esta casa. No han sido imaginaciones mías. Y, en cuanto he empezado a bajar las escaleras, el ruido ha cesado. ¿Es posible que quien lo estaba haciendo haya parado al oír que me acercaba?

No, eso es absurdo. Como dice Enzo, seguramente no ha sido más que la casa al asentarse. Signifique eso lo que signifique.

14

Mamá.

Estoy removiendo salsa de tomate en una olla, y he puesto a sofreír unas berenjenas en una sartén. ¿A que no adiviníais qué estoy preparando? Pasta *alla Norma*. He consultado una decena de recetas en internet y he escogido la que tenía mejores reseñas. Luego he cogido el coche para comprar los ingredientes. Y he ido al supermercado bueno, el que está en la otra punta del pueblo. Me estoy dejando la piel en este plato. Como no consiga que Enzo derrame una sola lágrima, me llevaré una enorme desilusión.

—Mamá, mamá, mamá, mamá, mamá. Mamá.

Dejo la cuchara con la que estoy revolviendo la salsa y miro a Nico, que no domina precisamente el arte de la paciencia.

Lleva los mismos vaqueros y camiseta que se ha puesto hoy para el entrenamiento de béisbol, pese a que le he pedido que se cambiara cuando hemos llegado a casa porque se había ensuciado bastante. Pero a veces hay que saber elegir las batallas que uno libra. Lleva dos semanas en el equipo, y el entrenador me ha dicho que, por el momento, es uno de los jugadores estrella. Y me han conmovido especialmente los gritos de ánimo de los otros niños cuando salió a batear.

—Mamá. —El alborotado cabello negro le cae sobre los ojos—. ¿Dónde está papá? Me había prometido entrenar conmigo esta tarde.

—A lo mejor quería decir después de la cena.

Saca el labio inferior.

—Pero yo quiero entrenar ahora. ¡Papá dijo que me enseñaría a lanzar una bola curva!

Arqueo las cejas.

—¿Él sabe hacer eso?

—¡Sí! Es alucinante. ¡Crees que se va a ir hacia la derecha, pero

entonces se va hacia la izquierda, después hacia arriba y luego hacia abajo, antes de irse hacia la derecha otra vez!

No sé si esta bola curva que desafía la gravedad es algo real o no. Nico idolatra a su padre hasta tal punto que sin duda se imagina que la bola curva podría viajar atrás en el tiempo si Enzo quisiera. A Ada le ocurre lo mismo; ambos creen que Enzo es capaz de caminar sobre las aguas. En cambio, yo no soy más que una madre del montón que cocina platos italianos con resultados mediocres. No hay problema. Para mí, formar parte del montón siempre ha sido un sueño imposible, así que me alegro de haberlo alcanzado. Por lo que a mí respecta, si mis hijos me consideran aburrida, genial.

—Seguro que está al llegar —digo—. Y cenaremos dentro de media hora, más o menos.

Nico arruga la nariz.

—¿Qué estás preparando?

—El plato favorito de tu padre: pasta *alla Norma*.

—¿Puedo comer macarrones con queso?

Si lo dejáramos elegir, Nico tomaría macarrones con queso en todas las comidas, incluido el desayuno. Ada también.

—Pondré aparte unos espaguetis con mantequilla y queso para ti.

Parece darse por satisfecho con esta solución intermedia.

—¿Puedo entrenar yo solo en el jardín hasta la hora de la cena?

Hago un gesto afirmativo, encantada de que se conforme con practicar en el patio sin que Enzo o yo tengamos que participar. Sale corriendo muy animado al patio trasero para ensuciarse todo lo humanamente posible antes de la hora de la cena.

Devuelvo mi atención a la pasta *alla Norma*.

La receta dice que hay que saltear las berenjenas hasta que queden doradas, pero en vez de dorarse se están reblandeciendo y desintegrando. No sé qué estoy haciendo mal, pues soy bastante buena cocinera. Es como si se me resistiera este plato que tengo que bordar para Enzo. Bueno, no es que tenga que hacerlo, pero…

Siempre parece gustarle lo que le cocino. Cuando nos sentamos a la mesa del comedor y ve el plato con comida ante él, invariablemente se inclina de inmediato para besarme en la mejilla. Es como un pequeño

gesto de agradecimiento por haberle preparado la cena, aunque se trate de algo sencillo como pollo con arroz. Pero nunca lo he visto reaccionar a un plato mío como cuando probó el de Suzette la otra noche.

¿Qué estoy haciendo mal? ¿Por qué no se dora de una vez la dichosa berenjena?

¡Crac!

Alzo la cabeza de golpe al oír el estrépito de un cristal al saltar en pedazos. Como mi hijo es experto mundial en romper cosas, estoy muy familiarizada con ese sonido. Y también estoy familiarizada con la expresión de pánico que veo en su rostro cuando entra corriendo en casa con el bate en las manos.

—Mamá —dice—, he tenido un accidente.

Menuda sorpresa.

Salgo tras él al patio, suponiendo que descubriré que ha reventado la ventana de una de nuestras habitaciones, pero la realidad es mucho peor. Hay una ventana rota, pero no en nuestra casa, sino en la de al lado.

Ha hecho añicos una de las ventanas de Suzette. Lo que faltaba. Agacha la cabeza.

—Lo siento, mamá.

—No te disculpes conmigo —le digo—. Vas a ir a disculparte con la señora Lowell.

Y seguramente yo también tendré que disculparme con ella. Intuyo que Suzette no es de esas personas que le restan importancia a la rotura de una ventana.

Qué desastre. Qué absoluto desastre. No sé cómo demonios nos las arreglaremos para pagar el desperfecto.

Mientras arrastro a Nico a la casa de al lado, él se comporta como si lo estuviera llevando a la silla eléctrica. A mí tampoco me hace mucha ilusión que digamos, pero se está pasando de dramático. Dada la cantidad de veces que ha roto cosas, debería estar acostumbrado a pedir perdón por ello.

Sin embargo, cuando nos encontramos más cerca de la casa, oigo voces procedentes de la parte de atrás, una femenina y otra masculina.

Y la masculina no es la de Jonathan. Reconocería ese acento en cualquier parte. Mi marido está en el jardín trasero de Suzette. Otra vez.

¿Qué está haciendo Enzo en casa de Suzette a última hora de la tarde y, lo que es peor, después de asegurarme que no iría ahí sin avisarme?

Estoy tan enfadada que pisoteo el jardín delantero de Suzette camino de su puerta. Como Enzo se dedica a la jardinería, me da cosa atajar por el césped de otras personas por miedo a estropearlo, pero en este momento me importa un bledo. Estoy cabreada. Aplasto el timbre con el pulgar y, sin esperar a que me abran, lo pulso de nuevo. Y luego una tercera vez, por si acaso.

—¿Puedo apretarlo yo también? —pregunta Nico, deseoso de apuntarse a la diversión.

—Dale caña.

Cuando Suzette abre por fin la puerta con cara de malas pulgas, hemos tocado el timbre por lo menos siete veces. Sin embargo, al ver el pantalón cortísimo que lleva y la camiseta de tirantes atada de manera que le deja al descubierto el abdomen, desaparecen todos mis remordimientos por haberla molestado.

O incluso por haberle roto la ventana.

—Millie. —Me mira con una exasperación que no hace más que agudizarse cuando repara en Nico—. El timbre se oye perfectamente. Con una vez bastaba.

—¿Está aquí Enzo?

Su irritación se esfuma, y una sonrisa se le dibuja en los labios.

—Sí. Ha estado echándome una mano en el jardín de atrás.

En ese momento Enzo se acerca desde la parte trasera, vestido con unos vaqueros y una camiseta mugrosa y con las manos recubiertas de una generosa capa de tierra.

—¿Puedo lavarme en el fregadero de la cocina? —empieza a preguntar, pero al verme se queda paralizado—. ¿Millie?

Suzette se regodea ante el drama que cree que está a punto de producirse, pero, aunque lamento desilusionarla, no he venido a pillar a mi marido in fraganti. Tenemos un asunto más urgente del que

ocuparnos. Le poso la mano en el hombro a Nico y le doy un apretón.

—Le he roto una ventana —dice—. Lo siento muchísimo.

—Cielo santo. —Suzette se lleva la mano al pecho—. ¡Ya me parecía que había oído el ruido de un cristal que se rompía!

—Nico. —Enzo frunce el ceño—. Ya te he dicho que tengas cuidado cuando bateas la pelota en el patio de atrás, ¿no?

Lo miro arqueando una ceja.

—Bueno, él creía que tú ibas a jugar con él.

Ahora es Enzo quien adopta una expresión de culpabilidad. Pues haberlo pensado mejor. Cuando le prometes a tu hijo de nueve años que vas a jugar al béisbol con él, más vale que lo hagas, o sucederán cosas malas, como que se rompa una ventana.

—¿Qué ventana ha sido? —pregunta Suzette.

—Una del primer piso —digo—. La del medio de la fachada lateral.

—Ah. —Se da golpecitos en el mentón con una uña recortada y pulida por un profesional—. La vidriera.

¿Vidriera? Ay, madre, eso debe de costar un ojo de la cara. A Enzo se le desorbitan los ojos; seguro que está pensando lo mismo. Ni en un millón de años podremos costear una vidriera nueva.

—¿Qué te parece… —digo con voz vacilante— si Nico viene a hacer trabajillos en tu casa hasta que la ventana quede pagada?

Resulta evidente que a Suzette no le gusta la idea, porque se pone toda rígida.

—No estoy muy segura.

Tengo que venderle la moto, porque ni en broma nos alcanza el dinero para reparar esa vidriera.

—Es la única manera de enseñarle a responsabilizarse de sus actos.

Miro a Enzo en busca de apoyo. Asiente despacio.

—Sí, estoy de acuerdo, Suzette, creo que sería muy bueno para mi hijo poder hacer las faenas de tu casa.

—Ya tengo a alguien que se encarga de eso. —Suzette cruza los brazos sobre el pecho—. ¡Martha viene dos días por semana!

—Pues entonces Nico puede venir cualquiera de los otros cinco días —señalo.

Estoy segura de que Suzette se habría cerrado en banda si Enzo no

la hubiera interpelado, juntando las cejas y entornando sus oscuros ojos.

—¿Hay alguna razón por la que no quieres que mi hijo entre en tu casa?

Al final, ella alza las manos, como rindiéndose.

—¡Está bien! Puedo encargarle algunas tareas domésticas.

Por primera vez desde que Suzette le propuso a Enzo que le enseñara trucos de jardinería, consigo liberar la tensión. Ella no ha mencionado siquiera el dinero. No tendremos que pagar la vidriera, y Nico aprenderá a apechugar con las consecuencias de sus actos. Por otro lado, se me ocurre que, si mi hijo anda por aquí, Suzette se cortará un poco a la hora de tirarle los tejos a mi esposo.

He resuelto todos mis problemas. Y la cara de vinagre de Suzette no es más que un plus.

15

Se me ha encomendado que me encargue de que la señora Green llegue a su casa.

Según me han informado, la señora Green ha sufrido un infarto leve y se encuentra bien, es decir, igual que antes del ataque. Sin embargo, dudo que estuviera bien antes, porque se ha mostrado desorientada durante su hospitalización, y sus familiares me han dicho que últimamente se había caído varias veces. Una de las cosas que he aprendido desde que entré a trabajar en el hospital es que un gran número de personas mayores que viven solas seguramente no deberían.

Y no diré aquí cuántas de esas personas siguen conduciendo para no escandalizar a nadie.

Desde que me saqué el título de trabajadora social, he tenido varios empleos. Empecé trabajando con niños, pero, una vez me convertí en madre, me resultó muy duro asimilar algunas de las cosas terribles que les hacían a las criaturas aquellos en quienes se suponía que debían confiar. Todas las noches abrazaba a Ada en mi regazo y sollozaba por las atrocidades que había presenciado durante el día. Aquello me estaba destrozando por dentro.

Enzo se daba cuenta de hasta qué punto me afectaba mi trabajo y fue él quien se enteró de que un hospital ofrecía una plaza de trabajador social. Me presenté al puesto, y fue lo mejor que podía haber hecho. Trato sobre todo con personas mayores que necesitan tanto de mi ayuda como los niños, pero ya no me paso todo el trayecto de vuelta a casa llorando.

La señora Green está acostada en su cama de hospital. Es una señora de noventa y un años, muy poquita cosa, con el cabello cano, tenue y suave, cuidadosamente tapada hasta las axilas con las sábanas, que le cubren el camisón que su familia le ha traído de casa.

—Qué tal, señora Green —digo—. ¿Se acuerda de mí? Soy Millie, la trabajadora social.

Me sonríe.

—¿Viene a llevarse la basura? El cubo está muy lleno.

—No, soy la trabajadora social que le han asignado. —Me acerco a ella y señalo la placa identificativa que llevo en el pecho. Luego decido alzar la voz porque sospecho que tal vez ese sea el problema. En su historia clínica figuran las siglas «DA», que indican discapacidad auditiva—. TRABAJADORA SOCIAL.

Ella asiente en señal de que me ha entendido.

—¿Puede fregar el suelo también?

—No. —Muevo la cabeza de un lado a otro y apunto a mi placa de forma más enfática—. SOY TRABAJADORA SOCIAL. ¡VENGO A AYUDARLA A VOLVER A CASA!

Señala unas prendas amontonadas sobre una pequeña cómoda.

—¿Y podría doblarme la ropa?

Aunque no estoy aquí para limpiar la habitación de la señora Green ni para ordenarle la ropa, salta a la vista que está muy preocupada por el estado de higiene del cuarto. A lo mejor, si doblo sus prendas, confiará en mí. A decir verdad, a mí también me molesta ver una pila de ropa desordenada. Me imagino a mí misma con noventa y tantos años, tumbada en una cama de hospital y rabiando por la suciedad del suelo y las prendas sin doblar. (Para entonces, Enzo seguirá levantando sofás como si nada).

Como no llevo una fregona, me pongo a doblar la ropa. Lamentablemente, la señora Green no ha traído más que un montón de camisones. Debe de ser una de esas mujeres que llevan camisón en todas las ocasiones. También me veo haciendo eso en el futuro. Estoy deseando que llegue el momento en que pueda ir en pijama las veinticuatro horas del día, siete días a la semana, sin que nadie me juzgue por ello.

—¡Oiga! —exclama—. ¿Pero qué hace?

—¡Le estoy doblando la ropa, señora Green! —digo en la voz más alta posible.

—¡Me está robando! —jadea, apretando con el pulgar el botón rojo

para llamar a la enfermera—. ¡Ladrona! ¡Ladrona! ¡Avisen a la policía!

Aunque soy consciente de que la señora Green es una anciana desorientada, el corazón me da un vuelco en el pecho. ¿Cómo puede acusarme de estar robándole? ¡Solo intento ayudarla a plegar sus camisones, como me ha pedido!

Al cabo de unos segundos, la enfermera supervisora de planta, una mujer robusta llamada Donna, entra en tromba en la habitación. A estas alturas, la señora Green está gritando a pleno pulmón que soy una ladrona y que alguien debe contactar con la policía. Yo he soltado su ropa y mantengo las manos en alto para dejar meridianamente claro que no pretendo llevarme nada suyo.

—¿Qué pasa aquí, Millie? —me pregunta Donna con su marcado acento de Long Island. (¿O debería decir «marcado acento de la isla»?).

—Yo… —Trago saliva—. No he robado nada. Solo estaba ayudándola con la ropa. Lo juro.

—¡MIENTE! —chilla la señora Green—. ¡Estaba robándome! ¡Tiene que llamar a la policía ahora mismo!

Me quedo de pie en medio de la habitación, retorciéndome las manos, mientras Donna hace lo que puede por calmar a la señora Green. Tarda varios minutos, pero, cuando sintoniza en la tele un programa sobre canciones navideñas (aunque estamos en primavera), parece que al fin consigue apaciguarla.

Yo, por mi parte, estoy hecha un manojo de nervios.

Salgo del cuarto detrás de Donna, pero aún me tiemblan las rodillas. Lo ocurrido no parece haber afectado en absoluto a la enfermera supervisora. Ni siquiera se ha despeinado el moño alto que lleva. Yo, en cambio, siento que mi cabeza está a punto de estallar cuando llegamos al puesto de enfermería.

—¿Te encuentras bien? —me pregunta Donna.

—No… no he robado nada.

—Claro que no. —Se quita el estetoscopio que le cuelga del cuello —. Sabes que padece demencia, ¿verdad? Lo pone bien claro en su historia clínica.

Es cierto. Y cualquier otra persona se habría quedado tan tranquila

tras la interacción, pero yo no soy capaz, dados mis antecedentes.

Pasar diez años en la cárcel por homicidio cambia tu forma de ver las cosas.

Es probable que Donna no sepa nada al respecto, y no me apetece en lo más mínimo contarle la historia. La versión corta es que, cuando era adolescente, un chico intentó violar a mi mejor amiga. Lo sorprendí en ese momento y le pegué en la cabeza con un pisapapeles. Por desgracia, eso no lo hizo parar, así que le aticé otra vez. Y luego otra. Y al final paró… de respirar.

A los padres del chico les salía el dinero por las orejas y no estaban dispuestos a permitir que me fuera de rositas después de matar a su ojito derecho, por más que su ojito derecho fuera un violador. Tal vez un buen abogado habría conseguido librarme de la prisión, pero solo contaba con un defensor de oficio, que para colmo no era muy bueno. Me declararon culpable de homicidio sin premeditación y cumplí diez años de condena en una cárcel de mujeres.

No es algo que comente mucho con la gente. Aunque no me arrepiento de haber ayudado a mi amiga, no estoy orgullosa del tiempo que pasé entre rejas. Sin embargo, cuando me contrataron en este hospital un par de meses antes de que nos mudáramos a la isla, no me quedó otra que informarles de ello. Temía que no quisieran contratarme después de eso, pero fue un temor infundado. Hay poca oferta de asistentes sociales.

Aun así, el incidente me ha dejado cierta sensación de paranoia. En el hospital donde trabajaba antes, desapareció algo de material, y yo fui la única interrogada por la policía. No me llevaron a comisaría ni nada por el estilo, pero quedó muy claro que, a causa de mis antecedentes, me iban a investigar más a fondo que a nadie.

¿Es así como me mira Donna? ¿Creerá que en realidad sí que he robado algo en aquella habitación? ¿Sabe lo de mi pasado?

—Millie —dice.

Un sudor frío me baña la frente.

—¿Sí?

—Estás muy pálida. Deberías sentarte.

Consigue acercarme una silla justo antes de que me fallen las

rodillas. Me indica que coloque la cabeza entre las piernas y acto seguido entra de lleno en modo enfermera y echa mano de un tensiómetro automático.

—¿Has almorzado? —me pregunta.

—Ajá —consigo murmurar.

—Pareces mareada. Deja que te tome la tensión.

Donna insiste en ponerme el brazalete del aparato, aunque estoy segura de que mi tensión es normal. El problema no es ese, sino simplemente que tengo miedo de que sepa que soy una homicida condenada. Eso es todo, caray.

Me quedo sentada mientras Donna comprueba mi estado. El brazalete del tensiómetro me aprieta cada vez más el bíceps izquierdo, luego la presión disminuye antes de aumentar de nuevo, y el ciclo se repite dos veces más. Donna maldice entre dientes, pero al final obtenemos una buena lectura de la tensión arterial.

—Hala —dice.

Eso no es lo que uno espera oír cuando le realizan una prueba médica.

—¿Qué pasa?

—Tienes la tensión alta —contesta—. Pero que muy alta.

—¿En serio?

—Sí. ¿Qué valores te salieron en tu último chequeo?

En honor a la verdad, no voy al médico muy a menudo. Visitaba con más frecuencia al ginecólogo antes de que me ligaran las trompas, pero, como mis años de fertilidad han quedado atrás, me da la sensación de que ya no tiene mucho sentido. La última vez que acudí a la consulta de un profesional sanitario fue hace unos tres años, lo que no deja de resultar irónico considerando que trabajo en un hospital y me paso el día rodeada de médicos.

—La verdad es que he estado algo nerviosa —digo, y saber que tengo la tensión alta no me ayuda a tranquilizarme—. Debe de ser por eso.

—Está bastante alta, Millie. Deberías llamar a tu médico.

Estupendo. Como si no tuviera ya suficientes problemas.

—¿Tan grave es?

—No —dice, pero sin darme tiempo a relajarme, añade—: A menos que te importe sufrir un infarto o un derrame cerebral.

Qué tontería. Está reaccionando de forma muy exagerada. No tengo edad para sufrir un infarto o un derrame cerebral. Además, estoy en bastante buena forma. No necesito preocuparme por mi tensión arterial ahora mismo. Es evidente que simplemente sigo estresada por la mudanza. Y anoche me despertaron otra vez esos chirridos procedentes de algún lugar dentro de la casa, aunque por fortuna cesaron antes de que me planteara ir a investigarlos.

Estoy segura de que, en cuanto las aguas vuelvan a su cauce, mi tensión arterial se normalizará también.

16

Después de la cena, Enzo me ayuda a recoger la mesa. Es muy diligente para este tipo de cosas, o al menos se ha vuelto diligente después de años de aguantar comentarios sarcásticos. Pero ahora da gusto verlo. Lleva todos los platos y vasos a la cocina sin necesidad de pedírselo.

—Otra cena deliciosa —declara mientras mete dos platos en el lavavajillas.

Me quedo mirando el que tengo en la mano. Es el de Nico, que apenas lo ha tocado. Como hoy no me sentía con ánimos para lidiar con quejas, he tomado el camino fácil y he preparado los trillados pero infalibles macarrones con queso. Llevan sus tres ingredientes favoritos: tubitos de pasta, mantequilla y queso a mansalva. Por lo general, come como una lima. Entre Enzo y él, tengo suerte de que no me peguen un bocado a mí.

—¿Se encuentra bien Nico? —pregunto—. No se ha comido sus macarrones.

—¿Ha almorzado muy fuerte, tal vez?

—Tal vez…

—¿Se habrá hartado de los macarrones con queso?

—Eso seguro que no.

Me sonríe.

—A lo mejor ha estado comiéndose las moscas de Kiwita.

La repugnante mantis religiosa ha vuelto a mudar la piel. He descubierto que, cada vez que esto ocurre, el bicho aumenta un poco de tamaño. Y ya es de por sí demasiado grande para mi gusto. Pero Nico la adora. Anoche me pidió que lo dejara llevarla a la mesa del comedor cuando regresó de hacer tareas domésticas para los Lowell. La respuesta fue un no como un piano.

Bajo la vista al plato, reprimiendo el impulso de comerme los

macarrones sobrantes. No me convienen las calorías extra, y menos ahora que ando con problemas de salud. Aunque sigo sin creer que sea esencial que vaya al médico. Me he informado, y los tensiómetros automáticos tienen fama de ser muy poco precisos.

—Por cierto —digo—, hoy en el trabajo una enfermera me ha tomado la tensión cuando estaba muy alterada por algo que ha ocurrido, y al parecer la tenía muy alta. No veas cómo se ha puesto.

Enzo suele mostrarse comprensivo cuando le cuento las cosas que me pasan durante mi jornada laboral. Sin embargo, esta vez me mira con expresión ceñuda.

—¿Por qué tienes la tensión alta?

—No lo sé. —Tiro los macarrones con queso en el triturador del fregadero antes de meter el plato en el lavavajillas—. Oye, hay que poner esto en marcha.

—Pero si no está lleno todavía.

—Ya, pero Martha vendrá mañana, y quiero que estos platos estén limpios y guardados antes de que llegue.

Se rasca la barbilla.

—No entiendo. ¿Qué sentido tiene lavar los platos antes de que venga la mujer de la limpieza? Y ya he visto que has pasado el aspirador antes de la cena.

—Solo quiero asegurarme de que se lo encuentre todo limpio.

—¡Pero si viene a limpiar! —Mueve la cabeza de un lado a otro—. ¿No te habrá subido la tensión por eso?

—Da igual —farfullo—. Tampoco estaba tan alta.

—Has dicho «muy alta».

—No, he dicho «bastante alta». —Intento abrirme paso por su lado hacia el lavaplatos—. ¿Podemos tener estos platos limpios para mañana, por favor?

Enzo abre el armario en el que guardamos el detergente. Tras llenar el dispensador del lavavajillas, lo cierra de un portazo y pulsa el botón para iniciar el ciclo de lavado. A continuación, se vuelve hacia mí, con los musculosos brazos cruzados sobre el pecho.

—Vale, se acabó la excusa del lavaplatos. Ya podemos hablar de tu tensión arterial.

—Madre mía. —Alzo la mirada al techo—. Oye, no te habría dicho nada si hubiera sabido que te lo tomarías así.

—¿Y cómo querías que me lo tomara? —replica—. Eres mi esposa, y quiero que estés sana y vivas para siempre.

—Eso es… muy bonito, supongo —reconozco—, pero estás haciendo una montaña de un grano de arena. Simplemente estaba estresada. Por eso me ha subido la tensión.

—Vale. Pues ve a que te lo mire un médico.

—Pero…

—Nunca vas al médico, Millie —señala.

—Tú tampoco. Y eres mayor que yo.

Parece a punto de protestar, pero entonces deja caer los hombros.

—Está bien. Los dos iremos al médico. ¿De acuerdo?

Vale. Me rindo. No hay duda de que Enzo me machacará con esto hasta que ceda, así que acudiré al médico para que me mida la tensión arterial, pero estoy segura de que saldrá bien.

—Además —añade—, los dos deberíamos contratar un seguro de vida en beneficio del otro.

No me gusta el rumbo que está tomando esta conversación. Como si no fuera ya bastante rollo tener que buscar un médico nuevo y pedirle hora.

—¿Un seguro de vida? No entiendo. ¿Por qué quieres que contratemos eso?

—¿Y por qué no? —Dirige la mirada a la ventana, que ofrece una vista espectacular de la casa de los Lowell, mucho más grande que la nuestra—. ¿Y si me pasara algo? Te quedarías sola con los niños. Necesitarías dinero.

Cierro los ojos, resistiéndome a imaginar la muerte de mi esposo. Casi me resulta inconcebible.

—Vale, pues entonces contrata un seguro para ti.

—Tú también deberías.

—¿Para que cobres una pasta si me muero?

Aprieta los labios.

—Millie, sabes que no es por mí, sino por nuestros hijos, para que sigan teniendo un techo. Sabes que a duras penas podemos pagar la

hipoteca entre los dos.

No le falta razón. Muchas personas con hijos tienen contratado un seguro de vida. Hace varios años nos planteamos la posibilidad, pero la idea de que el otro falleciera nos daba tan mal rollo que la cosa quedó en nada.

No estoy segura de si tengo la tensión alta en este momento, pero desde luego me siento como si la tuviera.

—Sé que no es un tema alegre. —Enzo me toma la mano—. No quiero perderte jamás. Pero es lo más responsable que podemos hacer.

—Sí, eso es verdad.

—Además —agrega—, Suzette me ha recomendado un agente de seguros muy bueno. Mañana lo llamo.

Ah. Así que Suzette está detrás de esto. Ahora todo se entiende mejor.

—O sea, que has considerado prescindibles los seguros de vida durante once años —digo—, pero basta con que Suzette mencione el asunto para que tengamos que llamar a ese tío mañana mismo, ¿no?

—Millie. —Se sonroja ligeramente, pero con su tono de piel aceitunado apenas se le nota—. Me preocupa el bienestar de mi familia si me pasa algo.

—¡Vale, de acuerdo!

Madre mía, ¿por qué me hace sentir como si la que está siendo poco razonable fuera yo? Un seguro de vida no es algo que se tome a la ligera, ¿no? Sé que es importante, pero no quiero precipitarme al contratar una póliza, sobre todo considerando nuestra baja renta disponible.

Al fin y al cabo, no es que me vaya a morir mañana.

17

Te estás muriendo, mamá?

Ada me lanza la pregunta cuando le doy las buenas noches. Está acostada en su cama individual, tapada hasta el cuello con su manta con dibujos de perritos y con la carita crispada de preocupación. Esta niña siempre ha sido una agonías. Es como si llevara el peso del mundo sobre los hombros. Ya desde muy pequeña se preocupaba por todo, en especial por Nico. Bastaba con que este moqueara un poco para que ella se pusiera a llorar.

—¡Claro que no! —Le aparto unos mechones negros del rostro—. ¿Por qué lo dices?

—He oído que hablabas de eso con papá.

Estupendo. Cuando vivíamos en nuestro piso, éramos muy conscientes de que los niños podían oírnos a través de las paredes, finas como el papel. Por algún motivo, nos hemos formado la idea equivocada de que en esta casa más grande las cosas son distintas, pero, por lo visto, aún lo oyen todo.

—No me estoy muriendo —le aseguro.

—Entonces ¿por qué quieres un seguro de vida?

Algo me dice que «por si nos morimos» no sería una buena respuesta, aunque en sentido estricto es la respuesta correcta.

—Es solo por si se produce un accidente inesperado y muy poco probable. Pero eso no ocurrirá.

—Podría.

Se le ha formado la misma arruga entre las cejas que a Enzo cuando está inquieto por algo. Se le parece un montón —los ojos, la nariz, la tez y el cabello espeso y negro son idénticos—, pero no ha heredado su personalidad. Y, si he de ser sincera, tampoco se parece mucho a mí, para bien o para mal. Es de esas criaturas que uno no sabe bien de dónde han salido. A lo mejor ha sacado el carácter de alguno de sus

abuelos. Mi madre y yo nos hemos distanciado, pero siempre me pareció una mujer muy nerviosa.

El origen de la inteligencia de mi hija también constituye un misterio.

—Ada. —Me tiendo en su camita y me acurruco junto a su cálido cuerpo. Dentro de unos años, no me dejará hacer esto, así que quiero disfrutarlo mientras pueda—. Voy a vivir mucho tiempo, seguramente lo suficiente para conocer a tus hijos, e incluso a los hijos de tus hijos. En cuanto a tu padre…, bueno, seguramente vivirá para siempre.

Si existe alguien inmortal en el mundo, sin duda será Enzo, así que bien podría ser verdad.

—Entonces ¿para qué necesitáis un seguro de vida?

Esta conversación amenaza con prolongarse toda la noche.

—Ada —digo—, tienes que dejar de preocuparte y dormir un poco.

Se retuerce bajo las sábanas.

—¿Va a venir papá?

En los últimos tiempos, nuestros dos hijos exigen que ambos padres les demos las buenas noches antes de dormir. Se trata de una rutina tan bonita como agotadora. Cuando acabe con Ada, me tocará ir al cuarto de Nico. Supongo que Enzo estará ahí en este momento. Podemos intercambiarnos.

—Ahora te lo mando —digo.

Esto consigue arrancarle una sonrisa. Detesto reconocerlo, pero Ada es cien por cien una niña de papá…, desde el momento en que nació. Recuerdo que un día, cuando era muy pequeña, estuvo berreando como una condenada durante dos horas seguidas, pero, en cuanto Enzo regresó a casa del trabajo y la tomó entre sus brazos, se calmó. Si hay alguien capaz de confortarla, es él.

Suponía que, al llegar a la habitación de Nico, me lo encontraría allí con Enzo, dándole de comer moscas o alguna otra asquerosidad a la mantis. Pero Enzo no está. Nico se halla solo en su cuarto, con las luces apagadas, pero los ojos aún abiertos.

—¿Cansado? —le pregunto.

—Un poco.

Le escudriño el rostro en la penumbra. Sus rasgos también se

asemejan a los de Enzo, aunque supongo que se parece más a mí que su hermana, lo que no es mucho decir. Le pusimos Nicolas en honor al padre de Enzo.

—¿Va todo bien?

—Ajá.

Nico tiene la mantis junto a la cabecera de la cama. Aunque me cuesta localizar al larguirucho insecto a través de la malla metálica del terrario, cuando por fin lo consigo, veo que está frotándose las manitas. Da toda la impresión de que trama algo. Sé que a muchos niños les gustan los bichos, pero ¿por qué iba alguien a querer meter una cosa así en su dormitorio? ¿Tendrá algún problema?

No, a Nico no le pasa nada. Es el muchacho más alegre y equilibrado del mundo. Todo el mundo lo adora.

Me estremezco al inclinarme junto al terrario para darle un beso a mi hijo en la frente. Mañana le diré que tiene que colocarlo en otra parte, tal vez en la otra punta de la habitación, o, mejor aún, fuera de la casa.

—Buenas noches —digo.

—Buenas noches, mamá —dice con aire soñoliento.

Cuando me aparto, miro por la ventana. La luna casi llena ilumina el césped perfectamente cortado de nuestro patio trasero. Estoy convencida de que, cuando llegue el verano, tendremos el mejor jardín del vecindario. Enzo se encargará de ello.

Sin embargo, algo que está más allá de nuestro patio trasero capta mi atención.

El jardín de los Lowell.

Creía que Enzo estaba en casa, dándoles las buenas noches a los niños como yo, pero me equivocaba. Por algún motivo, se encuentra en el jardín trasero de la casa de al lado. Pero no está trabajando, sino de pie frente a Suzette, hablando con ella.

Los observo un momento desde la oscuridad del cuarto de mi hijo. A lo mejor se trata de una conversación de lo más inocente. A fin de cuentas, son vecinos y han estado trabajando juntos en el jardín. Pero hay algo en la escena que no me cuadra. Después de todo, son las diez de la noche. ¿Qué hace mi marido en el jardín trasero con otra mujer?

No la toca, ni mucho menos la besa. Parece que solo están hablando, pero sigue habiendo algo en la situación que me da mala espina.

No consigo sacudirme la sensación de que Enzo me oculta algo.

18

Son las seis de la mañana, y nos está entrando alguien en casa.

Esta vez no se trata de los chirridos, que he vuelto a oír un puñado de veces después de que intenté investigarlos. Me he convencido a mí misma de que no es más que una rama que roza una de las ventanas de abajo, pero estos sonidos son muy distintos. Más ruidosos. Pasos. Un portazo, tan fuerte que me hace levantar la cabeza, pese a que mi marido sigue roncando con suavidad a mi lado. Se supone que este es un barrio seguro, que aquí no pasan esas cosas.

Un golpetazo estruendoso procedente de abajo me impulsa a incorporarme. ¿Estamos siendo víctimas de una invasión domiciliara de esas? En caso afirmativo, ¿qué debemos hacer? No tenemos armas. Enzo guardaba una en nuestro piso, pero se deshizo de ella cuando nació Ada. Le aterrorizaba que la niña la encontrara y se hiciera daño.

No me queda otra que llamar a la policía y rezar por que no tarden mucho en llegar.

Enzo duerme como un tronco junto a mí, totalmente ajeno a lo que está ocurriendo. Se acostó tan tarde anoche que no tuve oportunidad de preguntarle qué hacía con Suzette en su jardín trasero, pero ahora mismo esa es la menor de mis preocupaciones.

Lo zarandeo para despertarlo con más violencia de la imprescindible.

—Enzo —siseo—, alguien se ha colado en casa. Voy a llamar a la policía.

—*Cosa*? —Se restriega los ojos. Siempre se le marca más el acento cuando está recién despertado—. ¿Colado?

—¿De verdad no lo oyes?

Se queda escuchando un momento mientras yo me aguanto las ganas de gritar.

—Es Martha, ¿no?

—¿Martha? ¿Qué hace en nuestra casa a las seis de la mañana? ¿Cómo ha entrado?

—Le di llave.

Me quedó mirándolo, horrorizada.

—¿Le diste la llave? ¿Por qué?

—¿Por qué? ¡Para que no te despierte cuando venga a limpiar! —Con un gruñido, deja caer la cabeza sobre la almohada—. ¡Duérmete, Millie!

Entonces percibo el lejano rumor de un aspirador que se enciende en la planta baja. Vale, de acuerdo, supongo que tiene razón. La mayoría de los ladrones no se molestarían en pasar el aspirador por el salón, así que debe de tratarse de Martha.

Sin embargo, aunque ya sé que mi casa no está sufriendo una invasión, no soy capaz de pegar ojo. Aún tengo el corazón acelerado. Así que, en vez de ello, me levanto y me doy una ducha. Ya puestos, más vale que aproveche para empezar el día, sobre todo porque sacar a Nico de la cama requiere cierta persuasión.

Cerca de media hora después, bajo las escaleras, recién duchada y vestida. Para desayunar solo cogeré un plátano para no molestar a Martha, que, cuando se pone a limpiar la cocina, lo hace a fondo.

Pero resulta que no está en la cocina.

La encuentro frente al escritorio que tenemos en un rincón del salón. Y no lo está limpiando, sino que está husmeando en uno de los cajones. Me quedo mirándola un rato, incapaz de pensar otra cosa que «pero ¿qué narices está haciendo?». Yo nunca rebuscaba así en los cajones cuando hacía la limpieza en casa de otras personas.

—Martha —digo al fin.

Ella alza la vista. Puede que no la conozca muy bien —rara vez me dirige la palabra si no es estrictamente necesario—, pero sé reconocer una expresión de culpa cuando la veo. No obstante, me quito el sombrero ante la rapidez con que recupera la compostura.

—Tenía que dejarles una nota, así que estaba buscando papel y bolígrafo —me asegura—. Casi no queda espray limpiador.

Ah, ¿sí? Podría ser verdad. Supongo.

Pero me jugaría algo a que no estaba buscando papel y bolígrafo.

Martha se aleja hacia la cocina. Me parece increíble que la haya pillado hurgando en los cajones de mi escritorio. Me parece una falta lo bastante grave para despedirla. Es verdad que Suzette nos la recomendó mucho, pero ella no ocupa precisamente uno de los primeros puestos en la lista de personas de las que me fío. Hay algo en Martha que no me gusta. Ojalá pudiéramos desembarazarnos de ella.

No sé qué hacer. ¿Cómo se despide a alguien? Sí, a mí me han despedido alguna vez, así que entiendo el concepto general, pero se me acelera el pulso solo de pensarlo. Seguro que tengo la tensión arterial por las nubes.

Me dispongo a sentarme para meditar mi siguiente paso, pero descubro que hay cristales rotos esparcidos por el suelo frente al sofá. Menos mal que llevo pantuflas. Tardo un momento en advertir que el jarrón que suele estar en la mesa de centro se ha caído. Hay lirios desparramados por el suelo junto con innumerables trozos de vidrio.

Ahora sí que estoy cabreada. Y tengo otra excusa para poner a Martha de patitas en la calle.

Me dirijo a la cocina con decisión, intentando sortear los cristales que parecen estar por todas partes. Me extraña no haber oído desde arriba el ruido del jarrón al hacerse añicos, sino solo los golpes sordos que suelen acompañar a las labores de limpieza. En la cocina, Martha está rociando la encimera con una botella de espray que parece bastante llena.

—Martha —digo—, podrías haberme avisado de que el suelo está cubierto de vidrios rotos.

Ni siquiera se molesta en levantar la mirada de la encimera.

—¿Qué vidrios rotos?

—Has tirado un jarrón que estaba en la mesa de centro —digo con dureza— y se ha roto. Y ahora hay cristales por todas partes.

Martha por fin deja a un lado el estropajo y vuelve hacia mí los ojos grises y apagados.

—Yo no he roto ningún jarrón. Ni siquiera he empezado a limpiar el salón.

¿En serio? Primero estaba curioseando en mis cajones, y ahora pretende hacerme creer que no ha roto un jarrón cuando resulta

evidente que sí lo ha hecho. No puedo creer que Suzette me haya recomendado los servicios de esta mujer.

—Martha —digo con aspereza—, si rompes algo, al menos ten la decencia de reconocerlo. No te voy a pedir que lo pagues. —Pero sí te voy a echar.

Me mira, pestañeando.

—Yo no he roto nada —contesta fríamente—. Pero, si lo hubiera hecho, lo reconocería.

—Entonces ¿quién ha sido? —replico—. ¿O se ha precipitado él solito por el borde de la mesa?

Esto es increíble. Yo misma rompí unos cuantos vasos y jarrones cuando limpiaba casas, pero siempre lo admitía. Era obvio que me los había cargado yo, así que ¿de qué habría servido mentir? Sin embargo, Martha sigue empeñada en negarlo.

—¿Qué pasa aquí, señoritas? ¿A qué viene tanto grito?

Enzo está en la entrada de la cocina. Por lo visto, yo estaba gritando. No era consciente de ello, pero noto que me palpita una venita en la sien como ocurre a veces cuando alzo demasiado la voz.

Martha pone los robustos brazos en jarras, a ambos lados de su inmaculado delantal blanco.

—Señor Accardi, ¿sería tan amable de decirle a su esposa que yo no he roto el jarrón del salón?

Caray. ¿Ahora pretende poner a mi marido en mi contra? La cosa mejora por momentos.

—Me lo he encontrado roto al bajar esta mañana. ¿Quién lo ha roto si no?

Enzo suelta un resoplido.

—Eso tiene toda la pinta de ser obra de Nico.

Es verdad que Nico rompe muchas cosas, pero siempre me lo confiesa de inmediato. No es propio de él tirar un jarrón al suelo y dejar los cristales desparramados por el salón. Lo conozco lo suficiente para saber que él no haría eso.

—No ha sido Nico —insisto—. Además, sigue dormido.

Enzo consulta su reloj.

—Pues ya va siendo hora de que despierte, creo.

Antes de que yo pueda impedírselo, se acerca al pie de la escalera y se pone a llamar a Nico a voces. Tras gritarle durante un minuto largo que mueva el culo y baje, nuestro hijo aparece al fin en la escalera, despeinado y con cara de sueño.

—¿Qué pasa? —murmura Nico, frotándose aún los ojos—. ¿Por qué me molestas?

—Nico —dice Enzo en tono severo—, ¿has roto el jarrón del salón?

Se produce un largo silencio mientras los tres fijamos la vista en el crío.

—Ah —dice—. Sí.

Me quedo mirándolo, estupefacta.

—¿En serio? ¿Y por qué no nos has dicho nada? Habría podido cortarme con un vidrio al caminar descalza por aquí.

Se encoge de hombros.

—Estabais durmiendo. Me ha dado hambre en mitad de la noche, así que he bajado a por algo de comer. Entonces he chocado con la mesa y el jarrón se ha caído.

Maravilloso. Sabía que le daría hambre por no haberse terminado la cena. Además, me inquieta que el estrépito del cristal al romperse no me haya despertado. ¿Qué otras cosas estarán pasando mientras duermo?

—Habrías podido intentar recogerlo —señalo.

—Me has dicho que nunca toque cristales rotos.

Es cierto, pero aun así me habría gustado creer que Nico tiene un mayor sentido de la responsabilidad, sobre todo ahora que está haciendo trabajillos para los Lowell.

—Martha —dice Enzo—, sentimos haberte culpado de romper el jarrón. Está claro que nos equivocábamos.

Está siendo demasiado generoso. Yo soy la única que la ha responsabilizado del estropicio. En mi defensa, he de decir que todo apuntaba a que ella era la culpable. Pero conozco la sensación de ser acusada injustamente, y me siento fatal por haber cometido el mismo error con Martha. Es más, muchas personas me han hecho recriminaciones infundadas sin luego disculparse. Una mujer para la que trabajaba me acusó una vez de robarle un anillo que había dejado

en el baño y, cuando, unas horas más tarde, lo encontró detrás del retrete, no se dignó pedirme perdón. No quiero ser como esa mujer.

—Lo siento muchísimo —le digo a Martha—. He sacado conclusiones precipitadas y he metido la pata hasta el fondo. Espero que aceptes mis disculpas.

Martha se queda callada.

—Y nosotros recogeremos los restos del jarrón —añade Enzo—. Faltaría más.

Ella clava los ojos en mí.

—No me gusta que me hagan sentir como una criminal.

Se me corta la respiración. ¿Por qué me ha mirado de ese modo mientras pronunciaba la palabra «criminal»? Sé que eso no me lo he imaginado.

¿Estará Martha al tanto de mi pasado? ¿Sabrá que estuve en la cárcel? Ay, Dios, ¿se lo habrá contado a Suzette? No quiero ni pensar en esta posibilidad. Suzette disfrutaría de lo lindo con esa información.

Pero es imposible que lo sepa. Me he cambiado el apellido, y dudo mucho que ella tenga mi número de la seguridad social para pedir un informe de antecedentes. Seguro que solo son paranoias mías.

—Me sabe mal que te hayamos hecho sentir como una criminal —dice Enzo, ajeno al retintín en la voz de Martha—. Te ruego que aceptes nuestra disculpa.

Ella asiente al fin. Y, sin una palabra más, da media vuelta, se encamina a la cocina y se pone a limpiar de nuevo.

—Vamos —me dice Enzo—. Tenemos que recoger esto antes de que bajen los niños. Hay cristales por todas partes.

Me irrita un poco pensar que, aunque ahora tengo una mujer de la limpieza, voy a empezar la mañana recogiendo vidrios rotos. Como si no me hubiera hartado de recoger vidrios rotos a lo largo de los años. Lo más irónico es que, si no la hubiera acusado en falso, seguramente Martha me habría ahorrado el trabajo.

Vale, ella no ha roto el jarrón, pero la cara que ha puesto al decir la palabra «criminal» no ha sido producto de mi imaginación. Además, no cabe duda de que estaba fisgoneando en el cajón del escritorio; la

he pillado in fraganti. Y no sé si me creo su excusa.

¿Por qué estaba revolviendo en mis cajones? ¿Qué buscaba? ¿Ha estado escarbando en mi pasado?

No consigo librarme de la desconfianza que me inspira esta mujer que Suzette ha enviado a trabajar a nuestra casa.

19

Pedir cita a un nuevo médico de atención primaria no es tan fácil como parece.

Llamé a media docena de consultorios de la zona, y en todos me dijeron que no aceptaban pacientes nuevos. Para ser sincera, me habría dado por vencida de no ser porque Enzo me preguntaba todas las noches antes de acostarnos si ya había concertado la cita. Al final, al séptimo intento, conseguí hora con la doctora Sudermann, aunque me la dieron para tres semanas después.

Así pues, heme aquí, con una de esas batas abiertas por la espalda y sentada en la mesa de reconocimiento, esperando a que la doctora Sudermann entre en la habitación. La enfermera ya me ha tomado la tensión arterial y ha soltado un gritito de sorpresa al ver la lectura, lo que no me ha hecho sentir muy bien que digamos. De modo que ahora estoy aquí sentada, nerviosa, con esa brisilla que sale de la rejilla de ventilación dándome de lleno justo donde la bata se abre por la espalda.

Tras una espera de una hora, o eso parece, la doctora Sudermann da un golpecito a la puerta y entra. Aunque vi una foto de Amanda Sudermann cuando pedí la cita online, me descoloca lo joven que parece. Si alguien me dijera que aún está en la universidad, me lo creería. Por suerte, al menos aparenta más años que Ada, aunque no muchos.

A pesar de todo, destila seguridad en sí misma. Además, es de suponer que terminó la carrera de medicina y el periodo de residencia, así que como mínimo tendrá… ¿treinta años? A menos que sea una niña prodigio de esas. Pero tiene una expresión muy agradable, lo que por sí solo resulta reconfortante. No me imagino a esta mujer dándome una noticia devastadora.

—¿Señora Accardi? —dice.

Hago un gesto afirmativo.

—Soy la doctora Sudermann —se presenta—. Mucho gusto.

Asiento de nuevo. A lo mejor consigo salir de esta consulta sin decir ni pío.

—Me dicen que está preocupada por su tensión arterial —prosigue.

—Me la midieron en el hospital donde trabajo —explico—. Al parecer la tenía un poco alta.

—La tiene muy alta. —Se sienta en un taburete situado frente al ordenador y accede a mi historial—. Me gustaría realizarle un reconocimiento y algunas pruebas para averiguar si hay una causa subyacente, pero, al margen de eso, quiero que empiece a tomar antihipertensivos hoy mismo.

—He estado bajo mucha presión —digo con la esperanza de que cambie de parecer—. Me he mudado hace poco, tengo dos hijos pequeños y un trabajo que a veces resulta de lo más estresante. Si no fuera por eso, tendría la tensión normal.

—No hay duda de que el estrés contribuye a la hipertensión —admite—. Trabajar en la gestión del estrés sería muy aconsejable. Muchos de mis pacientes dicen que les ha ayudado la meditación.

Intenté meditar una vez y me resultó imposible. ¿Cómo puede alguien quedarse sentado sin pensar durante cinco minutos, nada menos? Es como pasarse cinco minutos sin respirar. Pero no se lo digo.

—Sea como sea —agrega—, debe empezar a tomar medicación para la tensión. La tiene disparada.

Genial.

La doctora Sudermann continúa con el chequeo, mientras la amargura me reconcome por dentro. No soy tan vieja como para tener que tomar medicamentos para la tensión. Mi padre empezó a tomarlos cuando yo era adolescente, pero él era un señor mayor. Yo soy…, vamos, por lo menos cinco años más joven de lo que era él en esa época. Creo.

Me marcho del consultorio después de prometerle a la doctora que pasaré por la farmacia de camino a casa con la receta. Además, me ha programado un análisis de sangre, una mamografía y algo que se llama ecografía renal. Y todo porque tengo la presión un pelín alta.

Bueno, vale, muy alta. Pero Enzo se enfadará si no sigo todas las indicaciones. (Por cierto, él se hizo una revisión médica hace unos días, y no le encontraron el más mínimo problema; es un dechado absoluto de salud).

Cuando llego a mi calle, advierto que Jonathan Lowell está sentado en el porche delantero del número 12 de Locust Street. Se mece despacio en el balancín que tienen instalado mientras mira su teléfono. Al verme bajar del coche, alza la mano a modo de saludo.

—¡Millie! —exclama—. ¿Tienes un momento?

La verdad es que no. No me apetece tener una charla con el vecino, pero no quiero ser descortés, sobre todo porque Jonathan siempre me ha parecido una persona en extremo amable. Espero que ventile el asunto rápido. Estoy de lo más estresada porque en la farmacia han tardado casi una hora en prepararme la medicación.

Jonathan baja de un salto de su porche y atraviesa a la carrera nuestros respectivos patios para hablar conmigo. Enzo lo odiaría si lo viera pisar el césped, pero no pienso echarle una bronca.

—¿Cómo va todo, Millie? —me pregunta.

—Pues muy bien —miento.

Esboza una sonrisa de disculpa.

—Oye, estamos encantados de que Nico nos haya estado echando una mano las últimas semanas, pero…

Ay, madre. ¿Y ahora qué?

—Ayer estaba guardando unos platos —continúa Jonathan— cuando se le cayó uno. No fue nada grave, pero lo dejó en el suelo sin decírselo a nadie.

—Dios mío. —Me llevo la mano a la boca, sorprendida y nada sorprendida a la vez—. Lo siento mucho.

—En fin. —Jonathan se pasa los dedos por el cabello castaño claro y cada vez más ralo—. El caso es que ya no hace falta que haga trabajillos en casa para pagar la ventana. Creo que será mejor que deje de venir.

—Entiendo. Lo siento. Si os debo algo…

Rezo por que no me responda que sí. Aunque Enzo ha conseguido más clientes gracias a Suzette, aún vamos muy justos de dinero.

—No, nada —dice Jonathan—. No te preocupes.

Dirijo la mirada por encima de su hombro hacia la casa que tiene detrás. Percibo un movimiento tras una de las ventanas delanteras y por un instante vislumbro una cabellera de color rubio caramelo. Es Suzette. Está observando nuestra interacción, por algún motivo.

¿Es que teme que me comporte de forma inapropiada con su marido?

Se me ocurre que es una buena oportunidad para darle a probar su propia medicina. Ha estado flirteando con Enzo desde que llegamos aquí. ¿Qué le parecería si yo hiciera lo mismo con su esposo? Aunque Jonathan no me atrae, no hay nada de malo en un tonteo inocente, ¿no?

Doy un paso hacia él. Me coloco un mechón de cabello rubio oscuro detrás de la oreja y le dedico lo que espero que sea una sonrisa provocativa. Hace tiempo que no coqueteo con nadie, así que estoy un poco oxidada.

—Te lo agradezco mucho. —Le poso la mano en el hombro. No le doy un apretón ni hago nada insinuante, aunque espero que así se lo parezca a Suzette desde la ventana tras la que nos mira—. Habéis sido maravillosos.

—Hum…, gracias. —Esbozando una sonrisa incómoda, Jonathan retrocede lo justo para quedar fuera de mi alcance. Echa un vistazo rápido hacia atrás antes de fijar de nuevo los ojos en mí—. Bueno, que pases un buen día, Millie.

Acto seguido, arranca a correr a toda velocidad hacia su casa y, una vez dentro, cierra de un portazo.

Caray, eso sí que ha sido un rechazo instantáneo. Resulta un poco humillante, si he de ser del todo sincera.

Jonathan no me ha seguido el juego ni un momento. En cuanto lo he tocado, ha salido por piernas. Y su primera reacción ha sido mirar atrás para asegurarse de que Suzette no se llevara una impresión equivocada.

Sabía que lo estaba vigilando.

¿Qué está pasando en el 12 de Locust Street? ¿Qué quiere Suzette Lowell de nosotros? Me da la sensación de que, aunque siempre

tenemos los estores bajados, no nos quita ojo.

20

Voy a llegar a casa del trabajo más tarde que de costumbre. Por lo general, salgo del hospital hacia las cinco y el trayecto me lleva más o menos media hora, según esté el tráfico. Sin embargo, hoy ha sido uno de esos días en que nada sale bien. Había una paciente que iba a recibir el alta hoy, pero de pronto su hija decidió que no podía cuidar de ella, así que me he pasado la tarde moviendo cielo y tierra para buscar una solución.

He intentado convencer a la hija de que podía ocuparse de su madre, pero no ha entrado en razón. Entonces he telefoneado a otros tres familiares con la esperanza de que alguno de ellos pudiera prestarle a mi paciente los mínimos cuidados que necesitaba después de su infarto. He llamado a un hospital de rehabilitación, pero su seguro no lo cubre. Ahora mismo no sé qué va a ser de la pobre mujer.

Además, es un encanto de señora. Yo misma me la llevaría a casa si pudiera. Siempre digo lo mismo, claro. Si por mí fuera, mi casa estaría llena de pacientes rechazados por sus familias.

El caso es que son casi las seis cuando entro con el coche en el garaje. Al menos la camioneta de Enzo está aparcada delante de casa, lo que significa que él está aquí, con los niños. Aunque no soy una madre sobreprotectora como Janice, detesto que mis hijos se queden solos en casa durante más de un par de horas.

Mientras abro la puerta principal, intento liberarme de la tensión acumulada durante la jornada laboral. En cuanto paso al recibidor, me llama la atención el silencio. Cuando los niños andan por casa, en especial Nico, nunca reina una quietud como esta.

—¿Hola? —digo en voz muy alta.

Nadie responde.

Exploro la planta baja. Aunque no es ni por asomo tan grande como la de los vecinos, tardo un minuto en recorrer todo el espacio. Entro

en la cocina, que está tal como la he dejado esta mañana después de servirles cereales a los niños. (Janice ha manifestado recientemente su horror y estupefacción ante el hecho de que les preparo desayunos que no contienen algún tipo de proteína cárnica).

No hay nadie en la planta baja. Estoy segura de ello.

A continuación, me dirijo al patio trasero, donde supongo que Nico estará tirando la pelota de béisbol de un lado a otro, intentando romper una segunda ventana. Sin embargo, cuando salgo no veo más que el césped de un verde intenso y perfectamente cortado.

Vale, los niños tampoco están en el patio trasero.

Subo al primer piso. A los críos les ha dado por dejar cerrada la puerta de sus habitaciones cuando se van al colegio, pero la del dormitorio principal está abierta. No hay nadie dentro. Acto seguido, llamo a la puerta de Ada.

No obtengo respuesta. No se oyen ruidos en el interior.

Giro el pomo y abro la puerta. La cama está impecablemente hecha, como siempre. Nunca tengo que pedírselo. En realidad, creo que no se quedaría tranquila si saliera para el cole dejando la cama sin hacer. Tiene la estantería repleta de libros de tapa dura y en rústica. Y, sobre una balda, hay varios trofeos que ha ganado en una feria de ciencias y también en algo llamado feria de matemáticas, sea lo que sea eso. Pero Ada brilla por su ausencia.

A lo mejor están todos jugando en el cuarto de Nico.

Es mi última parada. Doy unos golpecitos en su puerta y, con el estómago encogido, espero a que su vocecita infantil me invite a entrar (o a no entrar). Pero tampoco obtengo respuesta esta vez.

Abro la puerta con tal brusquedad que casi me caigo al suelo. A diferencia de la habitación de mi hija, esta está hecha un desastre. Las mantas están amontonadas de cualquier manera en medio de la cama y hay ropa sucia tirada por todas partes. Para colmo, el terrario con la inmunda mantis religiosa sigue al lado de la cabecera. A diferencia de Kiwita, Nico no está.

¿Dónde se habrán metido?

21

Bueno, no hay por qué entrar en pánico.

La camioneta de Enzo está aparcada delante, señal de que ha pasado por casa. Debe de haberse llevado a los niños a algún sitio. Este pueblo no es muy apto para peatones que digamos. ¿Adónde pueden haber ido sin la camioneta?

Me saco el móvil del bolsillo del pantalón y le escribo un mensaje a Enzo:

¿Dónde estás?

Me quedo mirando la pantalla en espera de una respuesta. Nada. Aparece la indicación de que el mensaje ha sido recibido, pero no leído.

No tengo ganas de aguardar a que me conteste cuando le venga bien, así que selecciono su nombre entre mis contactos favoritos para llamarlo. El tono de llamada suena una vez, dos veces…, hasta seis veces. Y entonces salta el buzón de voz.

Esto por sí solo tampoco debería resultar preocupante. Enzo nunca coge el teléfono cuando está trabajando. Utiliza una maquinaria tremendamente ruidosa, y por lo general lleva unos guantes gruesos que no le permiten manipular un móvil. Por otro lado, dudo que esté trabajando, ya que la camioneta está aquí.

Noto una desazón en la boca del estómago, la sensación de que ha pasado algo.

Bajo las escaleras tan deprisa que por poco me tropiezo. Echo otro vistazo en el salón y la cocina por si Enzo ha dejado una nota para avisarme de que se ha llevado a los niños a tomar un helado o algo por el estilo.

Pero no hay ninguna nota. No hay nada.

Agarro el teléfono de nuevo, pensando en llamar a la policía. Pero

parece una reacción exagerada. Si solo hubieran desaparecido los niños, la cosa sería distinta, pero, dada la ausencia de mi marido, cabe suponer que están juntos. Además, no me fío de la policía; después de pasar una década entre rejas por razones que aún me parecen algo injustas, no puedo evitarlo. Solo hay un agente que merece mi confianza, pero no lo llamaría salvo en caso de emergencia extrema. Y esto no es una emergencia…, de momento.

A ver, tengo que razonar de forma lógica. Enzo y los niños no están, pero la camioneta sí. Eso significa que se ha marchado a pie a dondequiera que se haya ido. Lo más probable es que siga en esta misma calle.

Salgo por la puerta principal esforzándome por calmar mi corazón desbocado. Esto no puede ser bueno para mi tensión arterial. Esta mañana me he tomado una pastilla, como llevo haciendo todos los días durante la última semana, y Enzo me compró un tensiómetro para que me mida la presión a diario, pero aún la tengo alta. No me ha bajado ni un ápice.

Mi primera parada es el número 12 de Locust Street. Al acercarme a la puerta principal, oigo ruidos procedentes del jardín trasero. Suenan como las herramientas de Enzo, lo que me parece una buena señal. Eso indica que ha venido a arreglar el jardín de Suzette y se ha traído a los niños.

Pulso el timbre y, tras lo que se me antoja una eternidad, Suzette me abre la puerta. Sonríe al verme, pero hay algo en su sonrisa que me pone los pelos de punta. Solo quiero recoger a mi familia y largarme de aquí.

—¡Millie! —exclama—. ¡Vaya pinta llevas! ¿Va todo bien?

—Todo bien —murmuro—. Oye, ¿están aquí Enzo y los niños? Necesito que vuelvan todos a casa para empezar con la cena.

—Enzo está aquí, en el jardín de atrás —me confirma—. Me está dando un montón de consejos muy útiles sobre jardinería. Es un auténtico genio, Millie.

—¿Los niños están ahí también?

Mueve la cabeza de un lado a otro, desconcertada.

—No, solo Enzo. No he visto a los niños. Yo creo que Nicolas ya ha

roto bastantes cosas en mi casa, ¿tú no?

El alivio que sentía desde hace un minuto se desvanece de repente.

—¿O sea que no están aquí?

—No…

Cuando llegué a casa, me tranquilizó pensar que sin duda los niños se encontraban a salvo con Enzo, pero, si no los ha traído aquí, ¿dónde están?

Le escudriño el rostro a Suzette, preguntándome si no me estará vacilando. No me parece que asustar a una madre haciéndole creer que sus hijos han desaparecido sea una broma divertida, pero con esta mujer nunca se sabe. Sin embargo, dudo que esté de guasa. Odia a los críos, así que es muy poco probable que quisiera tenerlos por aquí.

—¿Puedes ir a buscar a mi marido, por favor? —digo con un hilillo de voz.

—Claro —dice en un tono más suave—. Enseguida.

Al cabo de un momento, Enzo se acerca a paso veloz desde la parte de atrás de la casa. Tiene la misma arruga en el entrecejo que se le forma a Ada.

Ada… Espero que esté bien. ¿Dónde se habrá metido? Esa chiquilla jamás se marcharía a ningún sitio sin avisar.

—Millie… —Me mira con expresión ceñuda—. ¿Qué pasa?

Me retuerzo las manos.

—Acabo de llegar a casa, y los niños no están ahí. Creía… creía que estarían contigo.

Cuando Enzo echa un vistazo a su reloj, se le desorbitan los ojos.

—¿No habías llegado hasta ahora?

No me gusta la mirada de desaprobación que me lanza.

—Hombre, tú tampoco estabas en casa.

—Porque creía que estarías tú —replica.

No lo entiendo. Él ha llegado a casa antes que yo, así que tiene que haber deducido que yo aún no había vuelto porque mi coche no estaba en el garaje. Y, a pesar de eso, se ha ido.

—¿Has mirado en el patio trasero? —pregunta Suzette, lo que no aporta mucho, la verdad.

—Sí. —Me arden las mejillas—. He mirado por todas partes.

Enzo dirige la vista por encima de mi hombro hacia nuestra casa.

—Seguro que andan escondidos en alguna parte. Vamos a buscarlos. Ada nunca saldría de casa sin permiso.

Me cuesta seguirle el paso a Enzo mientras atraviesa el jardín a toda prisa en dirección a nuestra casa. Pisotea la hierba, aplastando las briznas con las botas, señal de que debe de estar preocupado de verdad. Lo que, a su vez, aumenta mi preocupación. Por lo general, él es el que se toma las cosas con más calma en lo relativo a los niños.

Yo avanzo detrás de él, y, a mi espalda, Suzette cierra la marcha. ¿Por qué nos sigue? ¡Esto no es asunto suyo! Me siento tentada de volver la cabeza y decirle que se pire, pero ahora mismo tengo problemas más importantes que ella.

¿Dónde diablos están mis hijos? Si han desaparecido…

He dejado la puerta principal sin cerrar del todo, y Enzo la empuja para entrar. Como hace un rato, reina un silencio absoluto en la planta baja de nuestro hogar salvo por los latidos sordos de mi corazón.

—¿La puerta estaba cerrada con llave cuando has llegado? —me pregunta.

—Sí. —Recuerdo claramente haber sacado las llaves del bolso—. La he abierto yo.

—Es un barrio de lo más seguro —insiste Suzette—. Siempre les digo a mis clientes que la tasa de delincuencia es de las más bajas del país.

«Cállate, Suzette. ¡No es momento de soltarnos un discursito comercial!».

—¡Ada! —grita Enzo—. ¡Nico!

Nadie responde. Tengo el pulso tan acelerado que estoy mareada.

—Millie, ¿puedes llamar al colegio? —pregunta él—. A lo mejor ellos saben si los niños han subido al autobús de regreso.

—A estas horas el colegio estará cerrado —le recuerdo—. Pero puedo llamar a la… la policía.

—¿La policía? —barbotea Suzette, abriendo mucho los ojos de color verde azulado—. Eso parece un poco excesivo. ¿De verdad queréis que venga la policía? Seguro que los chicos simplemente andan en bici por ahí.

Enzo clava en ella una mirada hosca.

—Ada no tiene bici. Además, no se irían sin decirnos nada. Jamás en la vida.

—Nico sí —musita ella entre dientes.

—¡Ada! —grita él de nuevo—. ¡Nico!

Me llevo otra vez la mano al bolsillo para sacar el móvil. Tenemos que llamar a la policía. Una parte de mí se resiste a ello, porque eso haría la situación más real. Ya no serían solo un par de críos que se han escapado un momento y que tarde o temprano reaparecerán en el patio de algún vecino, sino que se convertirían oficialmente en personas desaparecidas. Por otro lado, las primeras horas tras la desaparición de un niño son críticas. Más vale no perder ni un segundo más.

Suzette me ase del brazo, clavándome las uñas en la piel descubierta.

—Estás sacando las cosas de quicio. No metas a la policía en esto.

Alzo la vista a su rostro perfectamente maquillado y veo en sus ojos un destello fugaz de pánico. ¿Por qué no quiere Suzette que avise a la policía?

Enzo, al pie de las escaleras, se ha quedado inmóvil, contemplando el papel decorativo con los ojos entornados. Está mirando algo en la parte inferior del hueco de la escalera, pero no alcanzo a distinguir qué ha captado su atención. Entonces lo veo.

Hay una raja en el papel.

No, es algo más que una raja. Alguien ha arrancado una tira entera con los bordes rectos. Y el desgarrón tiene la forma exacta de una pequeña puerta, cuya parte de arriba le llega al hombro a Enzo. Habíamos colocado una planta de interior grande justo en ese lugar, pero alguien la ha desplazado a un lado para dejar al descubierto ese contorno de puerta.

—*Che diavolo*? —farfulla él.

Alarga el brazo hacia el desperfecto y lo empuja con la mano. Para nuestra sorpresa, la pared empieza a moverse, revelando una abertura. Él continúa empujando con todas sus fuerzas, mientras un rechinido espantoso resuena en toda la casa.

De pronto, caigo en la cuenta.

—¡¿Será posible?! —exclamo—. ¡Era eso! ¡Ese es el chirrido que he estado oyendo!

De modo que ese desagradable sonido que no me dejaba dormir por las noches no era producto de mi imaginación, sino un ruido real, un ruido que procedía del interior de mi hogar, causado por esta puerta oculta al abrirse y cerrarse.

Pero ¿quién estaba dentro de mi casa, abriendo y cerrando esta puerta mientras los demás dormíamos?

22

Agarro a Enzo del brazo antes de que abra la puerta del todo. Aunque estoy ansiosa por encontrar a los niños, de pronto me aterroriza pensar qué habrá al otro lado.

—Por favor, ten cuidado —le ruego.

Tras mirarme unos instantes como para acusar recibo de mi advertencia, da un último empujón a la puerta.

Es una habitación minúscula, apenas más amplia que un armario. La ausencia de ventanas le confiere un aire claustrofóbico. Exploro con la vista el reducido espacio, apenas iluminado con el brillo parpadeante de una bombilla solitaria.

Y en un rincón están Ada y Nico, acuclillados en el suelo, mirándonos.

—¡Ada! ¡Nico! —Los ojos se me llenan de lágrimas de alivio—. ¿Qué hacéis aquí? ¿Cómo habéis descubierto este cuarto? ¡Vuestro padre y yo estábamos muertos de preocupación!

Los niños se levantan trabajosamente, ambos con la misma expresión de culpa. No sé ni a cuál de los dos abrazar primero, pero, como Enzo toma a Ada entre sus brazos, yo me ocupo de Nico. Al principio se pone muy rígido, pero luego me hunde el rostro en el pecho. Mientras lo estrecho contra mí, paseo la mirada por la pequeña habitación con mayor detenimiento. Es más o menos la mitad de grande que los dormitorios de los niños, y está cubierta de polvo, como si nadie hubiera entrado aquí en años. Me sorprende que la luz aún se encienda. En un rincón hay un montoncito de clavos oxidados. En otro, una pequeña pila de cómics de Nico.

—Lo siento, mamá —dice él—. Encontré este escondite y me pareció un buen sitio para jugar. No sabía que estuviera prohibido.

Solo mi hijo sería capaz de arrancar el papel pintado nuevo de la casa para descubrir un cuchitril inmundo lleno de clavos infectados de

tétanos y convertirlo en su leonera. Y, por lo visto, ha estado bajando aquí a hurtadillas varias noches por semana, a juzgar por la frecuencia con que he oído esos chirridos que han estado a punto de provocarme un infarto varias veces.

—¡Os hemos estado llamando a gritos! —digo—. ¿No nos oíais?

Ada se aparta de Enzo, enjugándose los ojos. Está llorando a moco tendido. Y, al tocarme la cara, me percato de que también se me caen las lágrimas.

—¡No hemos oído nada! —solloza Ada.

Suzette ha entrado en el diminuto cuarto y examina la puerta.

—Parece que hay una capa de aislamiento bastante gruesa aquí. Lo raro hubiera sido que oyeran algo.

—No oíamos nada —confirma Nico.

Suzette recorre la habitación con la mirada, como tasándola para cuando la casa vuelva a estar a la venta por nuestro inevitable impago de la hipoteca.

—No tenía ni idea de que hubiera un cuartito así en esta casa. Deben de haberlo empapelado durante las reformas. —Alza los ojos al techo—. A lo mejor les pareció que no era muy estable.

Miro a los niños con severidad.

—No puedo creer que hayáis estado escondiéndoos en una habitación misteriosa de la casa que ni siquiera tiene un techo estable.

—Lo siento —gimotea Ada, sorbiéndose la nariz.

Nico no se disculpa de nuevo, pero agacha la vista.

—Está bien. —Creo que el pulso me ha vuelto a la normalidad. En cuanto a la tensión arterial… Bueno, seguro que está alta, porque siempre la tengo alta. Pero al menos ya no me siento como si estuviera a punto de sufrir un derrame cerebral—. Salgamos todos de este recoveco peligroso bajo la escalera, por favor.

Una vez que he desalojado a los niños, Enzo cruza la puerta, encorvándose para no golpearse la cabeza con el marco, y yo salgo tras él. Suzette se queda inspeccionando la pequeña habitación. Juro por Dios que, como me proponga convertirlo en un cuarto de juegos o algo por el estilo, le arreo una torta. No me gustan los espacios cerrados como ese. Tuve una mala experiencia de la que no sé si

llegaré a recuperarme del todo algún día.

—Lo siento —dice Ada otra vez, secándose los ojos—. No volveremos a entrar ahí. Te lo prometo.

Se la ve muy afectada. Ada se lo toma todo muy a pecho.

—Ya lo sé, cielo.

Ella sigue sumida en llanto, intentando tragarse los sollozos, pero lo raro es que, cuando entramos en el cuarto, ya tenía los ojos enrojecidos e hinchados, como si hubiera estado llorando antes de nuestra irrupción.

¿Por qué lloraba?

23

Después del susto de esta tarde, Enzo no quiere dejar solos a los niños ni un milisegundo. Se pasa dos horas practicando béisbol con Nico en el patio de atrás e incluso ha convencido a Ada de que jugara de receptora. Cuando llega la hora de irse a la cama, los dos están agotados, pero Enzo parece rebosante de energía cuando se quita la camiseta y el pantalón de trabajo.

—¿Ya te has tomado la presión esta noche? —me pregunta.

La verdad es que empiezo a estar hasta la coronilla de que se preocupe tanto por mi presión.

—Sí —miento.

Me la he medido por la mañana. Después de todas las emociones de la tarde, no quiero ni saber cuánto me habrá subido. Me he hecho todas las pruebas que me recomendó la doctora, y todas han salido negativas. Simplemente tengo mala suerte… o estoy defectuosa.

—¿Has probado la meditación? —me pregunta.

Encontró en internet unas cuantas técnicas de relajación que se supone que ayudan a bajar la tensión arterial y luego imprimió un montón de artículos. Como la meditación ocupaba el primer lugar de la lista, me compró un libro sobre el tema, que ahora está criando polvo en una de nuestras estanterías.

—¿La has probado tú? —contraataco—. Es un rollo.

Se ríe.

—Vale, ¿podemos practicarla juntos?

—Tal vez más adelante.

—Como quieras. ¿Qué tal un masaje?

Sube y baja las cejas de un modo que me arranca una carcajada. Enzo tiene muy buena mano para los masajes. Su oferta me resulta tentadora, pero estoy muy cansada. Además, un masaje nunca es solo un masaje, al menos cuando se trata de él.

—Quizá más tarde —digo.

Se tiende en la cama a mi lado y se tapa con las sábanas.

—Es increíble que tengamos un cuarto extra del que no sabíamos nada —reflexiona.

—No es un cuarto extra. Es un peligro.

—Tal vez no sea un lugar muy seguro ahora mismo, no —dice—, pero, con un poco de trabajo, podemos conseguir que quede habitable.

—No vamos a hacer eso, Enzo.

—¿Por qué no?

Alzo las manos con exasperación.

—¿Me lo estás preguntando en serio? Ya sabes lo que me pasa con los espacios cerrados y reducidos.

Lo sabe. Sabe todo por lo que he pasado y que estuve encerrada en un lugar como ese, sin forma de escapar. Una experiencia así puede causar claustrofobia crónica.

Sería un buen momento para que dejara estar el asunto, sobre todo si tanto le preocupa mi presión. Sin embargo, por razones que no acierto a entender, no se calla.

—Podemos arreglarlo —insiste—. Suzette dice que…

—Ah, ¿sí? ¿Qué dice Suzette? Anda, cuéntame todo lo que piensa Suzette.

Aprieta los labios.

—Sabes que es agente inmobiliaria. Se dedica a eso. Se ha ofrecido a ayudarnos con sus conocimientos.

—¿Sabes qué? —digo—. A lo mejor ganarías más dinero si te pasaras más tiempo trabajando y menos tiempo en su casa.

—Solo paso algunos ratos en su jardín.

—¡Siempre estás ahí! —estallo—. ¡Incluso en plena noche!

Aún no le he pedido explicaciones por estar en el jardín de Suzette a las diez de la noche, pero es un momento tan bueno como cualquier otro, más que nada porque ya estoy cabreada.

Me mira, pestañeando.

—No sé de qué hablas.

—Hace unas semanas, te vi en el jardín de Suzette, hablando con ella, mientras yo acostaba a los niños —digo—. ¿Qué hacías ahí?

—No me acuerdo —responde con una expresión de absoluta sinceridad. Casi me siento tentada a creerlo—. Quería preguntarme algo. Creo que… quería un rosal.

—¿A las diez de la noche?

Se encoge de hombros.

—No es tan tarde.

Tal vez no para él, que siempre se queda despierto hasta las tantas.

—Oye —dice—, esto no tiene que ver con Suzette. Reformar el cuarto ha sido idea mía. He pensado que estaría bien disponer de espacio adicional.

—¿Espacio adicional? —estallo—. Enzo, nuestra vivienda anterior era un piso de dos habitaciones en el Bronx. Para mí esto sigue siendo como un palacio.

—Es que… es mucho más pequeña que la casa de Suzette y Jonathan. —Frunce el ceño—. ¿No quieres un cuarto extra?

—No quiero volver a entrar ahí jamás. —Me estremezco solo de pensarlo—. Y yo que creía que me conocías mejor que nadie, o al menos lo suficiente para no plantearme siquiera una cosa así. Si quieres hacer algo respecto a esa habitación, puedes comprar papel decorativo nuevo y tapar la entrada para que no tenga que volver a verla, ¿estamos?

Abre la boca como para decir algo, pero vuelve a cerrarla. Sí que me conoce lo suficiente para saber que no voy a ceder en esto. Pero al mismo tiempo me doy cuenta de que no ha renunciado al proyecto. Sigue queriendo convertir ese cuartucho infame en una especie de habitación de juegos o despacho.

—Está bien —dice—. Ya hablaremos de eso otro día.

O mejor nunca.

24

Al día siguiente, cuando llego del trabajo, la casa entera huele a cola de empapelar. No es un olor agradable.

—Enzo —lo llamo.

Estoy casi segura de que anda por casa. Su camioneta vuelve a estar aparcada delante. Pero a lo mejor se ha ido a ver a Suzette otra vez. Quizá esté escondido en algún pasadizo tras la pared en el que jamás lo encontraré. Después de todo lo sucedido ayer, ya no sé qué esperar.

—¡Estoy aquí! —responde, milagrosamente.

Sigo el sonido de su voz hasta un lado de la escalera. Y ahí está él, encolando la pared en la parte inferior del hueco de la escalera. Hay una lona protectora extendida bajo sus botas, y, en el suelo, un rollo de lo que parece papel pintado.

—He llamado a la agente inmobiliaria —me dice—. Le he preguntado dónde compraban los propietarios anteriores el papel tapiz y he conseguido un rollo.

—¿Por qué?

Baja la brocha y se vuelve hacia mí.

—Has dicho que querías que empapelara la entrada del cuarto. Es lo que estoy haciendo.

Me quedo de una pieza. Estaba convencida de que mantendríamos cinco o seis discusiones más sobre el dichoso cuarto antes de que él accediera a cegar la entrada. Y, sin embargo, aquí está, haciéndolo por su propia voluntad, sin que haya tenido que presionarlo.

—Lamento que discutiéramos anoche —dice en voz baja—. Entiendo cómo te sientes. Y la verdad es que… —Contempla la junta en el papel de la pared, la única señal que queda de que hay una puerta oculta detrás; hasta las bisagras están por dentro—. A mí también me da mal rollo.

Estas palabras me provocan un escalofrío. Ese espacio es tan

reducido que resulta asfixiante. No puedo ni imaginar lo que sentiría si me quedara atrapada ahí dentro. Bueno, en realidad, sí que puedo. Ese es el problema.

Me tiende la mano con la que no sujeta la cola de empapelar.

—¿Te parece mejor así?

Lo tomo de la mano y estoy a punto de responderle que sí, pero de pronto me asalta un pensamiento pavoroso. No hemos echado un vistazo al interior del cuarto desde ayer. ¿Y si al tapar la puerta dejáramos a uno de los niños atrapado dentro? Al fin y al cabo, está insonorizado.

—¿Podrías abrir la puerta? —le pregunto.

Arruga el entrecejo.

—Pero… está embadurnada de cola.

Tiene razón. Una capa pegajosa cubre por completo la pared, lo que podría dificultar bastante su apertura. Aun así, me obsesiona la idea de que podría haber alguien aprisionado ahí dentro. Y la próxima vez que oiga los chirridos, pensaré que es esa persona intentando escapar.

—Millie.

Trago para deshacer el nudo que se me ha formado en la garganta.

—Es que… me preocupa que…

—Los niños están arriba —dice con suavidad—. Les he preguntado si querían echarme una mano antes de empezar. —Acto seguido, añade—: No querían.

Vale, estoy portándome como una tonta. No hay motivo para abrir esta puerta de un tirón y ponerlo todo perdido solo por mis paranoias.

—Puedo echarte una mano yo.

Me sonríe de oreja a oreja.

—Eso me encantaría.

Así que nos ponemos a ello y aplicamos las tiras de papel pintado sobre la puerta oculta. No me quedo del todo tranquila hasta que la tapamos por completo. E, incluso entonces, no logro quitarme de encima la sensación de que el cuarto volverá a atormentarme.

25

Estoy en mi despacho del hospital cuando me llaman del colegio de los niños.

No hay nada más aterrador que recibir una llamada del centro donde estudian tus hijos. No se me ocurre una sola cosa buena que quieran comunicarme a la una de la tarde. Dudo mucho que la directora me telefonee en plena jornada laboral para contarme que mi hijo ha ganado un concurso de ortografía.

Solo llaman para dar malas noticias, como hace dos años, cuando Nico se cayó y se rompió el brazo. Esa también fue una llamada a la una de la tarde.

Estoy en mitad de una conversación telefónica con una familia angustiada de la que no puedo zafarme, así que simplemente me quedo mirando la pantalla del móvil con pánico creciente. Cuando por fin consigo despedirme y colgar, la llamada del colegio ha sido redirigida al buzón de voz. Escucho el mensaje: «Señora Accardi, soy Margaret Corkum, la directora de la escuela primaria Frost. En cuanto pueda, llámeme por favor al…».

La directora habla en un tono frío y arisco. Resulta evidente que la llamada no tiene nada que ver con un concurso de ortografía. Me apresuro a marcar con mano temblorosa el número que me ha facilitado.

—Margaret Corkum —contesta la voz al otro lado de la línea.

—Hola —digo—. Soy Millie Accardi… Me ha llamado…

—Gracias por devolverme la llamada, señora Accardi —dice con la misma hosquedad con que me ha dejado el mensaje en el buzón—. Soy la directora del colegio. Creo que nos vimos un momento cuando vino a visitar el centro antes de matricular a sus hijos aquí.

—Ah, sí. —Recuerdo vagamente a la directora Corkum como una mujer agradable, de mediana edad y con el cabello muy corto—. ¿Va

todo…? ¿Hay algún problema?

—Le llamo a propósito de su hijo Nicolas. —Se aclara la garganta—. Él se encuentra bien, pero necesito que venga usted lo antes posible.

Aprieto el móvil con tanta fuerza que empiezo a notar un hormigueo en los dedos.

—¿Qué ha pasado?

Titubea unos instantes.

—De verdad creo que será mejor que venga para que hablemos en persona. Su esposo ya está en camino.

¿Han llamado a Enzo también? Ay, madre, esto no pinta nada bien.

Consulto mi reloj. Se supone que debo reunirme con la familia de un paciente dentro de veinte minutos, pero mi familia tiene prioridad. Le puedo pedir a alguien que me sustituya.

—Voy enseguida —le digo.

26

Conduzco a toda velocidad hacia la escuela. No puedo pensar con claridad y por poco me salto un semáforo en rojo. He recibido unas cuantas llamadas de los colegios de los niños a lo largo de los años, pero es la primera vez que me piden que acuda sin explicación alguna de lo que ha ocurrido. Sin embargo, según la directora, Nico se encuentra bien. No está muerto ni en el hospital. Ha dicho que se encuentra bien.

Pero ¿y si quien no se encuentra bien es otra persona? Esta idea no deja de perseguirme.

Cuando llego al colegio, me reconforta comprobar que no hay una fila de ambulancias o de coches de bomberos delante. Me piden que me registre en la recepción y tardan una eternidad en imprimirme un adhesivo de identificación temporal para que me lo pegue en el pecho. Sigo las indicaciones para llegar al despacho de la directora, y me encuentro a Enzo sentado fuera, en una de esas sillas de plástico tan incómodas. Se pone de pie al verme.

—Me han dicho que esperase a que llegaras —explica.

—¿Tienes idea de lo que pasa? —pregunto.

Niega con la cabeza. Aunque está tan desorientado como yo, me alegro de que haya venido. Su capacidad de desplegar un encanto irresistible puede venirnos bien si Nico se ha metido en algún lío. Aunque preferiría que no llevara las botas tan sucias. Ha dejado un rastro de tierra por todo el pasillo.

Nos sentamos en las sillas de plástico. Enzo se pone a dar golpecitos en el suelo con el pie y, al cabo de un rato, alarga el brazo para tomarme de la mano. Intercambiamos una mirada nerviosa.

—Seguro que no es nada grave —digo, aunque en realidad no estoy segura en absoluto.

—No he visto ninguna ambulancia —se muestra de acuerdo Enzo.

Es justo lo que he pensado yo—. No es nada.

—Son unos estirados en este colegio —añado—. Apuesto a que quieren quejarse de que tiene demasiados rotos en los vaqueros.

—Es verdad que los tiene demasiado rotos —admite.

Me da un apretón en la mano. En el fondo, ni él ni yo nos creemos lo que estamos diciendo.

Cuando la directora por fin abre la puerta de su despacho, su aspecto es muy similar a como lo recordaba. Incluso lleva una blusa blanca de vestir y un pantalón color canela, como el día de la visita. Sin embargo, a diferencia de ese día, no sonríe.

—Por favor, pasen.

Enzo me aprieta la mano por última vez, y los dos entramos en el despacho detrás de la directora. Nico ya está ahí sentado y, al verle la cara, se me escapa un jadeo de sorpresa. Tiene un ojo con toda la pinta de que se va a poner morado, y el cuello de la camisa desgarrado. Además, está cubierto de tierra, como si hubiera estado revolcándose en el suelo.

—Como pueden ver, Nicolas se ha enzarzado en una pelea durante el recreo —dice la directora.

Nico ni siquiera nos mira. Mantiene la cabeza gacha, y con razón.

Parece mentira que lo hayan pillado peleándose. ¿Cómo ha podido hacer algo así? Se ha metido en líos por toda clase de trastadas, pero nunca por una conducta violenta.

—¿Quién ha empezado la pelea? —pregunta Enzo.

La directora Corkum aprieta los labios.

—Nicolas.

—¡Nico! —exclamo—. ¡Cómo has podido!

—Lo siento —farfulla con la boca contra el cuello rasgado de su camisa.

—¿Por qué? —le pregunta Enzo a la directora—. ¿Por qué motivo se han pegado?

—El otro chico estaba burlándose de una niña en el patio —dice Corkum—. Se trata de un comportamiento reprobable, por supuesto, pero la reacción de Nicolas ha sido del todo inaceptable. Habría podido avisar a un profesor o, si no quería implicar a ningún adulto,

haber recurrido al diálogo. Pero, en vez de ello, le ha pegado un puñetazo en la nariz al otro chico.

—O sea, que mi hijo defiende a una chica ¿y resulta que eso está mal? —dice Enzo en un tono cortante.

—Señor Accardi —responde ella con severidad—, lo que está mal es que su hijo se ha peleado dentro del recinto escolar. El otro muchacho está en urgencias, posiblemente con la nariz rota.

—Yo me rompí la nariz una vez. —Enzo agita la mano como para restarle importancia al asunto, y yo solo quiero que me trague la tierra —. Aún me funciona.

Creía que Enzo nos sacaría del apuro a fuerza de encanto, pero solo está empeorando las cosas. No sé qué se cree que hace, pero deberíamos estar arrastrándonos a los pies de la directora.

—Sentimos mucho lo ocurrido —intervengo—. Tenga por seguro que lo castigaremos.

—Me temo que, dadas las circunstancias, no bastará con eso —dice Corkum—. No nos queda más remedio que expulsar a Nicolas durante el resto de la semana.

Ya me lo he imaginado en cuanto me he fijado en la expresión de Nico, pero, al oírla pronunciar estas palabras, me entran ganas de llorar. ¿Expulsarlo? ¿Cómo hemos llegado a esta situación? ¿Cómo afectará esto a su futuro? ¿Las universidades pueden averiguar si un aspirante a alumno sufrió una expulsión temporal en tercero de primaria?

No, eso no es lo importante. Lo que importa es que, por alguna razón, Nico se ha creído con derecho a atizarle un puñetazo en la nariz a otro chico, pese a que ya tiene edad para saber que eso no está bien.

—Vale —dice Enzo—. Pues entonces nos vamos a casa.

Nico ni siquiera nos mira mientras salimos del colegio como haciendo el paseo de la vergüenza. No es el crío con más autocontrol del mundo, pero nunca se había portado de ese modo. Ni siquiera me tiraba del pelo cuando era bebé. No es un niño violento.

Al menos, no lo era.

En cuanto salimos del edificio al aparcamiento, Enzo le posa la

mano en el hombro.

—¿Quién es el chico con el que te has pegado?

Nico se encorva.

—Caden Ruda. Es un idiota.

—Da igual que sea un idiota —digo—. No puedes pelearte con alguien por eso.

—Ya lo sé —refunfuña Nico.

—Tu madre tiene razón —señala Enzo. Tras una pausa, añade—: Pero no quiero que pienses que defender a alguien de un abusón es algo malo.

Nico abre mucho los ojos al oír esta afirmación de su padre.

—Enzo —salto yo—, Nico la ha armado gorda. ¡Le ha arreado un puñetazo en la cara a un niño!

—Un niño que se lo había buscado.

—¡Eso no lo sabemos!

Me mira entrecerrando los párpados.

—Creía que tú más que nadie entenderías lo importante que es dar la cara por alguien que está en aprietos.

Lleva razón. Siempre he dado la cara por personas en aprietos. ¿Y cuál ha sido el resultado? Estuve en la cárcel por socorrer a una amiga en aprietos; impedí que la violaran pero fui demasiado lejos y sacrifiqué diez años de mi vida. Enzo también defiende a personas en aprietos, pero su enfoque siempre ha sido más inteligente. La prueba es que, a diferencia de mí, nunca ha estado preso.

Esperaba que Nico hubiera salido a él. No quiero que siga mis pasos.

—Has obrado mal —digo sin dar el brazo a torcer—. Nicolas, estás castigado.

—Vale —masculla.

—Y te vendrás conmigo en mi coche —agrego. No quiero arriesgarme a que Enzo le diga otra vez que es un héroe por haberle roto la nariz al otro chaval.

Me repatea que Nico se niegue a mirarme y a ofrecer una disculpa sincera. Eso no es propio de él. No es perfecto, pero, por lo general, cuando la lía, pide perdón enseguida. ¿Cuándo dejó de ser así?

Al parecer, mi hijo se hace mayor, y no sé si me gusta la persona en

la que se está convirtiendo.

27

Después de la cena, decido pasarme por el cuarto de Nico para ver cómo se encuentra. Ha estado muy callado en la mesa, jugando con la comida en vez de comérsela. Mientras tanto, Enzo se comportaba como si tal cosa. Es evidente que no cree que nuestro hijo merezca un castigo.

Cuando llego a la habitación de Nico, me lo encuentro leyendo un cómic. Como parte de su correctivo, le hemos confiscado todos los cacharros electrónicos, pero los tebeos le encantan. Está recostado en la cama, con el pelo negro despeinado y los ojos clavados en la página que tiene delante. Ya se le está amoratando el párpado izquierdo, pero, cuando me siento en el borde de la cama, advierto que tiene los dos ojos rojos.

—Hola, cielo —digo—. ¿Cómo estás?

No levanta la mirada del cómic.

—Bien.

—¿Estás disgustado por lo sucedido hoy en el cole? No pasa nada si lo estás.

—No.

—Nico. —Suspiro—. ¿Quieres hacer el favor de mirarme a la cara?

Tarda unos segundos en despegar la vista de la historieta.

—No me pasa nada. Estoy bien. Solo quiero leer.

Me quedo observándolo con los párpados entornados, escéptica.

—¿Te duele el ojo?

—No.

Me vuelvo hacia el terrario donde reside Kiwita desde que Enzo impuso su presencia al resto de la familia. Intento vislumbrar a la mantis religiosa, en vano. La busco entre las ramitas y hojas del interior, pero ahí no hay más que un montón de moscas.

Ay, madre. El bicho asqueroso no se habrá escapado, ¿verdad? Ya

solo faltaría eso para acabar de redondear el día.

—Se ha muerto —dice Nico.

—¿Qué?

—Kiwita ha muerto —repite—. Estaba mudando la piel y… supongo que se quedó atascada en la piel desechada y se murió.

—¡Vaya! —No sé muy bien qué sentir respecto a la muerte de un insecto al que odiaba con todas las fibras de mi ser. Pero Nico parecía tenerle mucho afecto—. ¿Qué hiciste con ella?

—La tiré al váter.

Me quedo boquiabierta. No parece un entierro apropiado para una mascota querida, por más que esa mascota fuera una repugnante mantis religiosa. Yo había supuesto que, cuando Kiwita estirara la pata, tendríamos que celebrar algún tipo de ceremonia luctuosa en el patio de atrás con una losa conmemorativa y todo.

—¿Que la tiraste al váter?

—Solo era un insecto, mamá —dice Nico en tono de exasperación.

No estoy segura de qué responder a eso, pero por alguna razón sus palabras me sientan como una patada.

—¿Qué piensas hacer durante el resto de la semana mientras estés expulsado? —Ni yo misma lo tengo claro. Tendrá que ir conmigo a mi oficina o acompañar a Enzo en sus trabajos.

—No lo sé.

—Si quieres puedo organizarte una cita para jugar con Spencer alguna tarde, cuando él haya regresado del colegio —propongo. Han quedado unas pocas veces después de aquel primer día, en que me dio la impresión de que ambos lo pasaron muy bien—. Al menos así tendrás un poco de vida social. ¿Te parece bien?

Nico se encoge de hombros otra vez.

—Vale.

A continuación, coge su cómic y se pone a leer de nuevo. Supongo que nuestra conversación ha terminado.

Regreso a nuestro dormitorio como aturdida y con una sensación de malestar en la boca del estómago. No sé qué le pasa a Nico. Siempre ha sido impulsivo, pero lo de los últimos días ya es otro nivel. Por otra parte, las mudanzas son duras para los niños. Espero que se trate solo

de algo pasajero y que pronto vuelva a ser el chiquillo alegre de siempre. Y que no vuelva a pegarles puñetazos en la cara a otros críos.

Al llegar a nuestra habitación, me encuentro a Enzo revolviendo en el cajón de la mesilla de noche con los labios fruncidos.

—Millie —dice cuando entro—, ¿has sacado dinero de este cajón?

—No, ¿por qué?

—Tenía cincuenta dólares ahí dentro —dice—. Al menos, eso creo. Pero… ya no están.

—A lo mejor los ha cogido Martha —suelto.

Alza la vista.

—¿Martha?

Aún recuerdo el día que la pillé hurgando en el cajón del escritorio del salón. Si estaba fisgoneando ahí, ¿por qué no en nuestro cuarto? Sabía que debería haberla echado a la calle.

—Ha entrado a limpiar, así que…

—Entonces tal vez deberías decírselo a la cara. La otra vez te dio muy buen resultado, ¿no?

Si acuso de nuevo a Martha en falso, no volverá a poner un pie en esta casa. Y la verdad es que tiene muy buena mano para la limpieza. Es de lo más… eficiente. Se deja la piel trabajando sin quejarse jamás, ni siquiera en aquella única ocasión en que no retiré unos platos del fregadero.

Por otra parte, si nos roba no quiero que siga viniendo. Hay otras personas que limpian bien y no te quitan el dinero. Además, nunca me he sentido muy a gusto en su presencia.

—A lo mejor el dinero lo he cogido yo —dice Enzo, pensativo—. Creo que sí. Pero no estoy seguro.

—Enzo —digo—, ¿podemos hablar de Nicolas?

Desliza el cajón hasta cerrarlo. Al ver cómo adelanta la barbilla con expresión defensiva, me figuro por dónde va a ir la conversación.

—¿De qué quieres hablar? Esto es injusto.

—No lo es. Ha golpeado a otro chico en la cara.

Enzo sonríe, lo que me irrita un poco.

—Un crío estaba molestando a una niña, y él la ha defendido. ¡Bien hecho!

—No debería ir por ahí rompiéndoles la nariz a otros chicos.

—Según la directora, no tiene rota la nariz —me recuerda. Es verdad que nos ha enviado un correo electrónico para comunicárnoslo. Menos mal, porque no podríamos permitirnos un abogado si nos ponen una demanda—. Solo un poco magullada, ¿no? No ha sido nada.

También me irrita notar que Enzo está un poco decepcionado porque el chaval no tiene rota la nariz.

—Esa no es la cuestión.

—Es un niño. Y los niños se pelean. Yo de pequeño me peleaba un montón.

—¿De pequeño les pegabas puñetazos en la cara a otros chicos?

—A veces.

Vaya, ese es un dato interesante. No sé si exagera o si habla en serio. Como ya he comentado, Enzo ha sido muy reacio a hablarme de su vida anterior a su llegada a este país. Pero hay algo que sí sé: tuvo que huir de Italia porque dejó medio muerto a un hombre a golpes, sin más armas que sus manos.

Sin embargo, según su opinión, el hombre se lo merecía.

Aun así, siempre había considerado a mi marido el más equilibrado de los dos. A mí a veces me dan arrebatos, mientras que él piensa las cosas con más calma. Cuando agredió a aquel hombre, no lo hizo llevado por un arranque de pasión. Era su cuñado y pegaba a su hermana con frecuencia hasta que acabó por matarla. Enzo lo localizó, le pegó una paliza brutal y, esa misma tarde, subió a un avión con destino el aeropuerto de LaGuardia. Sabía perfectamente lo que hacía.

Ajustarle las cuentas a alguien.

—Se ha ganado una expulsión temporal, Enzo —le recuerdo—. Esto es grave.

—Una expulsión temporal en tercero de primaria no es grave.

Me resulta frustrante que Enzo se empeñe en quitarle hierro al asunto. Esto me lleva a especular aún más sobre su juventud y la clase de persona que debía de ser. ¿De verdad se metía en muchas peleas como esa? Tal vez sí. Eso explicaría que atacara a su cuñado sin sufrir ni un rasguño. El que lanza un puñetazo por primera vez no sale tan

bien librado.

Enzo Accardi es una buena persona. Lo creo con toda el alma. Ha cuidado bien de nuestra familia.

Pero cada vez me intriga más su pasado. Me pregunto qué hizo y qué es capaz de hacer.

28

No quiero que Nico se pase el día en casa todo mustio. Puede que esté castigado, pero quiero que socialice un poco además de ir con Enzo a los jardines de algunos clientes o de quedarse sentado en mi despacho. Así que, la mañana siguiente, dejo a Nico en su cuarto y acompaño a Ada a pie hasta la parada del autobús para organizarle una cita para jugar con Spencer.

Tal como esperaba, Janice llega a la parada con el muchacho, que lleva la correa firmemente enganchada a la mochila. Ella me saluda con una cortés inclinación de la cabeza, aunque me queda claro que no soy su persona favorita. Pero por lo menos los chicos son buenos amigos.

Una vez que los niños suben al autobús y este arranca en dirección al colegio, me aclaro la garganta y le dedico mi mejor sonrisa a Janice.

—Oye, ¿te parece bien que los niños se vean hoy por la tarde, después de clase?

Ella suelta un resoplido.

—¿Que se vean hoy? Estás de broma, ¿verdad?

A juzgar por la vehemencia de su respuesta, creo que lo mejor sería que lo dejara correr. Pero no puedo contenerme.

—¿Por qué no?

—Han expulsado a Nico. —Se ciñe a la escuálida figura el albornoz que lleva encima del camisón largo—. Por pelearse.

—Estaba defendiendo a una niña de un abusón. —Estoy repitiendo el argumento de Enzo, pero es que en el fondo es bastante válido.

—Sí, claro —replica Janice con sorna—. Para serte sincera, Millie, al margen de ese lamentable incidente, no pensaba permitir que tu hijo volviera a entrar en mi casa.

—¿Por qué no? Spencer lo adora.

—Spencer no es más que un niño. —Se sube las gafas de concha sobre la nariz—. No me gustó la manera en que Nico se comportó en mi casa. Fue muy grosero. Y encontré su actitud de lo más agresiva. No me sorprende nada que le pegara a otro chico.

Aunque me repatea oírla hablar así de mi hijo, una parte de mí quiere sonsacarle más información. ¿Qué hizo Nico en su casa que le pareció tan inaceptable? ¿Hay algo más de lo que debería preocuparme? Debo reconocer que Janice es un poco rara, pero muy observadora.

—Perdona que te lo diga —continúa—, pero eso es lo que pasa cuando trabajas fuera todo el día y dejas solos a los niños. Es el precio que hay que pagar por tener una profesión e intentar ser madre a la vez.

—Nico es un buen chico —digo con los dientes apretados—. Lo que pasa es que cambiar de ambiente ha sido duro para él, eso es todo.

—No estoy tan segura —replica—. Ha mostrado una conducta reprobable. Y la verdad es que la de tu marido tampoco me parece correcta.

—¿Enzo? —digo—. ¿Qué ha hecho mal?

—¿No te inquieta que tu marido visite a Suzette tan a menudo? —Fija los ojos en mí por encima de sus gafas—. Y sospecho que sus visitas son más frecuentes de lo que crees.

Noto que se me enciende el rostro. ¿Cómo se atreve a insinuar que mi esposo está tonteando a mis espaldas?

—La ayuda con su jardín para que ella recomiende sus servicios a los nuevos propietarios. Es algo totalmente inocente.

—¿La ayuda con su jardín dentro de su casa, cuando el marido no está?

No me gusta nada la sonrisa que se le dibuja en los labios cuando se percata de que sus palabras por fin me han tocado la fibra sensible.

—Te equivocas —consigo decir al cabo de unos instantes.

—De eso nada —dice—. Los veo por la ventana, Millie.

Dirijo la mirada al número 12 de Locust Street. En ese momento, Suzette sale de su casa con un salto de cama minúsculo. Entre ella y Janice, me hacen pensar que soy la única que ha decidido vestirse

hoy. Suzette saca el correo del buzón instalado junto a su puerta principal y nos saluda con un gesto. Janice le devuelve el saludo, y yo me obligo a imitarla. Contengo la respiración hasta que Suzette entra de nuevo en su casa.

Cuando me vuelvo otra vez hacia Janice, tiene una sonrisita de suficiencia en la cara. Me entran ganas de borrársela de un guantazo.

—Bueno…, ¿y qué? —digo—. ¿Te pasas el día vigilando la calle sin salida, espiando las otras dos casas?

—Alguien tiene que hacerlo —replica con brusquedad—. Te irían mejor las cosas si siguieras mi ejemplo.

Sigo la dirección de su mirada hasta la fachada de mi casa. La puerta principal se abre y mi marido sale a recoger la correspondencia. Aún lleva el pantalón del pijama, pero va con el torso desnudo. Cuando nos sonríe de oreja a oreja y agita la mano, yo solo puedo pensar «¿qué le cuesta ponerse una camisa?».

—Al fin y al cabo —me dice Janice—, ella también vigila.

29

Es increíble: me he dejado el móvil en casa.

Eso atestigua lo hecha polvo que he estado en los últimos tiempos. Aunque prácticamente vivo con el teléfono pegado a la mano, no caigo en la cuenta de que no lo llevo hasta que estoy a punto de llegar al trabajo. Semejante descuido me deja atónita. Es como si me hubiera olvidado de ponerme una blusa para ir a trabajar.

Durante unos minutos, me debato entre regresar a buscarlo o no. Nico ha vuelto a clase esta semana y, sin mi teléfono, me pasaré todo el día preocupada por si ha ocurrido algo de lo que no tengo manera de enterarme. Así que doy la vuelta para ir a recogerlo. Por fortuna, no tengo ninguna reunión antes de las diez, y no hay mucho tráfico.

Tras llegar a casa en un tiempo récord de veinte minutos, entro desde el garaje. Hoy le tocaba venir a Martha, por lo que el olor de su friegasuelos con aroma a cítricos perfuma el aire. Ha empezado a traer sus propios productos, y me encanta cómo huelen. Debería preguntarle dónde los consigue para cuando los necesite en el futuro.

Tengo que reconocer que Martha es increíble. Aún no estoy muy segura de que no sea un cyborg, pero le agradezco a Enzo que insistiera en contratarla. También le agradezco que me convenciera de no despedirla.

Echo una ojeada en la cocina y el salón, pero no veo mi teléfono por ninguna parte. Si Enzo estuviera aquí, le pediría que me llamara, pero al parecer no hay nadie en casa aparte de Martha. Oigo el aspirador en marcha en el piso de arriba. De pronto, me acuerdo de que tenía baja la batería del móvil, así que lo puse a cargar sobre la mesilla de noche mientras me vestía. Supongo que ahí sigue.

Subo las escaleras y, justo cuando llego arriba, el aspirador se apaga. Avanzo por el pasillo hacia mi habitación, casi sin hacer ruido con los zapatos planos sobre la moqueta, y distingo el sonido apenas

perceptible de un cajón al abrirse. Me quedo paralizada, preguntándome por qué habrá hecho eso Martha. Yo misma me encargo de la ropa, así que no le corresponde a ella guardarla. ¿Qué necesidad tiene de abrir un cajón?

Aprieto el paso, aunque intentando evitar las zonas donde sé que las tablas del suelo tienden a crujir. Llego al dormitorio principal y, de la forma más silenciosa posible, echo un vistazo al interior.

Tal como esperaba, Martha está en la habitación. Un cajón de mi cómoda está abierto del todo, y está hurgando en él. Aguanto la respiración mientras la observo sacar el joyero que guardo ahí. Hace fuerza para abrir la tapa, extrae un collar y se lo mete en el bolsillo.

Caray. Si no lo hubiera visto con mis propios ojos, me parece que no me lo habría creído.

—¡Disculpa! —digo en voz alta.

Martha se aparta de un salto de la cómoda y deja caer el joyero en el cajón antes de cerrarlo de golpe.

—¡Ah! Hola, Millie. No… ¡no sabía que seguías aquí!

¿De verdad va a actuar como si no acabara de robarme un collar?

—Te he visto —señalo—. He visto lo que has cogido.

Martha siempre se muestra muy serena y contenida. Pero ahora mismo parece haber perdido toda la serenidad, mientras desplaza rápidamente los ojos grises y llorosos por la habitación.

—No sé de qué hablas. Solo estaba doblando la ropa y he pensado en ordenaros los cajones.

Sí, claro.

—Vacíate los bolsillos.

—Millie —dice—, ¿te acuerdas de cuando te equivocaste sobre el jarrón? Yo nunca…

—Que te vacíes los bolsillos.

Martha endereza los hombros.

—No tolero que se me hable en ese tono. Dimito con efecto inmediato.

Echa a andar y pasa por mi lado con la frente en alto. «No tan deprisa», pienso. Cuando está a punto de llegar a la puerta del dormitorio, me interpongo en su camino, cortándole el paso.

—Te lo juro por Dios, Martha —digo—. He visto cómo te guardabas mi collar en el bolsillo, y de aquí no sales hasta que me lo devuelvas.

Martha me saca como cinco centímetros y debe pesar casi quince kilos más que yo. Pero soy más joven y ágil, y, lo que es más importante, estoy dispuesta a pelear sucio si hace falta. Mi hijo no es el único que sabe cómo asestar un puñetazo. Voy a recuperar ese collar, por las buenas o por las malas.

Me repasa de arriba abajo y tarda unos momentos en convencerse de que hablo completamente en serio. Sin abrir la boca, se lleva la mano al bolsillo y saca el collar adornado con diamantes que Enzo me compró hace dos años por mi cumpleaños. En realidad, son circonitas y no tienen mucho valor aparte del sentimental…, pero eso es mucho.

—Lo siento —masculla—. Solo quería tomarlo prestado para…

—Fuera.

Se limpia las manos temblorosas en su rígida falda. Al verla de cerca, advierto que las arrugas de su rostro son más profundas de lo que pensaba y, por primera vez, se han escapado algunos mechones canos de su austero moño.

—¿Vas a…? ¿Se lo dirás a Suzette?

—A lo mejor.

Comunicarle a Suzette que su mujer de la limpieza ha estado robando me proporcionaría cierta satisfacción. Sabe Dios por qué Martha ha decidido mangarme a mí cuando todas las cosas de Suzette son mejores que las mías.

Se toma un momento para recobrar la compostura y, cuando habla de nuevo, lo hace sin titubeos.

—Si le cuentas esto —dice—, yo le contaré lo tuyo.

Me palpita una vena en la sien.

—¿Lo mío?

—A Suzette le interesará mucho saber que su nueva vecina es una expresidiaria.

Retrocedo un paso con el corazón latiéndome con fuerza en el pecho. Ahora mismo debo de tener una tensión arterial de mil millones sobre un millón. Resulta que, cuando me pareció que enfatizaba la palabra «criminal», no me lo estaba imaginando. Martha

tiene información sobre mi pasado oscuro.

—¿Cómo lo has averiguado? —consigo murmurar.

—Tranquila —dice con un aplomo exasperante—. Nadie más conocerá tu secreto. A menos que hables de mí con Suzette.

Detesto que me chantajee de este modo, pero tendré que pasar por el aro. ¿Qué remedio me queda? Como Suzette se entere de que estuve en la cárcel, se lo contará a todo el mundo. No quiero ni imaginar lo violenta que me sentiría en las reuniones del AMPA.

¿Y si la historia llegara a oídos de los niños? Sería terrible. No quiero que descubran ese episodio de mi vida hasta que sean lo bastante mayores para entenderlo, y tal vez ni siquiera entonces.

—Está bien —musito—. No se lo diré a Suzette.

—Me alegro de que hayamos llegado a un acuerdo —dice Martha en tono inexpresivo.

La mujer que limpia mi casa me propina un empujón en el hombro al pasar junto a mí en dirección a la escalera. Bajo tras ella y la sigo hasta la puerta principal, solo para cerciorarme de que se marcha sin hurtar o romper nada. No es hasta que gira el pestillo para salir que me percato de que le tiemblan las manos.

30

Que la has despedido?

Se muestra sorprendido cuando le relato el incidente con Martha mientras preparo la cena. Como mi intento de pasta *alla Norma* de hace unas semanas no obtuvo un éxito apoteósico, estoy haciendo macarrones con queso por millonésima vez porque sé que los niños se los comerán. Eso facilita las cosas.

—Nos estaba robando —recalco—. ¿Qué querías que hiciera, subirle el sueldo?

Saca unos platos del armario situado junto al fregadero. Aunque la cocina no es lo suyo, siempre se ofrece voluntario para poner la mesa y luego meterlo todo en el lavavajillas.

—Solo digo que le pagábamos bien. Y también Suzette y Jonathan. ¿Por qué iba a robar?

—Yo qué sé —contesto, irritada—. ¿Crees que soy experta en la psicología de los ladrones? A lo mejor es cleptómana.

Me sonríe.

—Nunca intentó acorralarme en el dormitorio.

—He dicho cleptómana, no ninfómana, por Dios santo. —Pongo los ojos en blanco—. Una de esas personas que roban de forma compulsiva.

—¿Eso existe?

—Algo leí al respecto en mi clase de psicología.

—Ya… —Saca un puñado de cubiertos del cajón, aunque nunca los elige bien. Siempre hay alguien que acaba con dos tenedores en vez de con un tenedor y un cuchillo. No sé cómo lo logra. Incluso si se equivoca cuando los saca del cajón, ¿cómo es que no se da cuenta a la hora de colocarlos en la mesa?—. Bueno, ¿y le has pagado un finiquito?

—Enzo. —Levanto la vista de los macarrones con queso, que están

calentándose a fuego lento, para mirarlo—. Nos estaba robando. Ha cogido el collar que me regalaste, y seguramente fue ella quien se llevó el dinero que guardabas en el cajón, junto a la cama.

—Solo eran cincuenta dólares.

No le he contado lo que me dijo Martha antes de marcharse ni la amenaza que me lanzó. No sé muy bien por qué, pero no me animo a darle todos los detalles. Aunque los niños no saben nada de mi temporada entre rejas, Enzo está al tanto de todo. No acaba de entender que me avergüence tanto de mi pasado. Le resulta incomprensible que no quiera que nuestros hijos se enteren y siempre ha sido partidario de decírselo «antes de que lo averigüen por su cuenta».

El caso es que no pienso pagarle un finiquito a una mujer que me ha robado y amenazado.

No cabe duda de que el punto débil de Enzo son las mujeres. Tal vez se deba a su convicción de que habría podido evitar la muerte de su hermana Antonia si la hubiera protegido mejor. Por eso aplaude que Nico defendiera a aquella niña. Da la impresión de que cree que las mujeres somos incapaces de hacer cosas malas, pero en eso se equivoca de medio a medio.

La verdad es que, después de lo que hemos pasado juntos, debería tener las cosas más claras.

—Oye —digo, respirando hondo—. No sé por qué Martha ha intentado robarnos, pero da igual. Bastantes apreturas económicas sufrimos ya sin necesidad de que nos desvalijen. No sé qué problema tendrá esa mujer, pero ahora mismo no puedo preocuparme por eso.

Ladea la cabeza.

—¿Cómo tenías la presión esta mañana?

—¡Ese no es el tema, Enzo!

Agacha la cabeza.

—Lo sé. Debería mantener mejor a mi familia. Por eso trabajo tan duro para consolidar mi negocio. Entonces ya no pasaremos apuros económicos.

Me apena que se fustigue tanto por nuestros problemas de dinero. No nos va tan mal. Ojalá no le diera tantas vueltas al asunto. Además,

me preocupa que los niños lo oigan hablar de ello por accidente y se pongan nerviosos también, sobre todo Ada.

—Vamos bien. —Bajo la intensidad del fuego para abrazarlo. Él me estrecha contra sí enseguida, y mi cabeza busca la firmeza de su hombro—. Tus esfuerzos están dando fruto. Y seguro que, dentro de un par de años, estaremos en una situación más desahogada.

—Ya —murmura—. Tal vez incluso… antes.

No sé de qué habla. Aunque su negocio está en crecimiento, no crece tan deprisa. La predicción de un par de años ya es de por sí bastante optimista. Tendremos que apretarnos el cinturón durante varios años.

A veces me pregunto si todo esto ha valido la pena.

31

La familia entera ha acudido a ver a Nico jugar al béisbol con su equipo de la liga infantil.

Por norma general, Ada no quiere ir, pero en esta ocasión ha accedido a acompañarnos. Me alegro, pues Nico ha estado raro desde su expulsión temporal de hace unas semanas. Sin embargo, queda claro que a su hermana no le interesa el partido, puesto que está sentada en las gradas junto a nosotros, con un libro de bolsillo sobre el regazo. Ada nunca sale de casa sin un libro.

—¿Qué lees? —le pregunto.

Agita las pestañas largas y negras. Tiene la tez aceitunada, como Enzo, por lo que no se sonroja tanto como yo en los momentos de vergüenza. Pero siempre me doy cuenta cuando la hago sentir incómoda.

—Perdón —dice—. Ahora lo guardo.

—No pasa nada —contesto—. A mí el béisbol me aburre bastante también. —Señalo con la cabeza a Enzo, que está literalmente sentado en el borde de su asiento, mirando el partido. Le encantan los deportes, pero, por encima de todo, le encanta ver jugar a Nico—. Pero a él le gusta.

—Estoy leyendo *Un rostro desconocido*, de Lois Duncan —dice Ada.

—Ah, ese me encantaba cuando era pequeña. Todos sus libros, de hecho.

Siento una punzada de tristeza al pensar en mi infancia y en cómo se torció todo. ¿Qué habría pasado si no hubiera golpeado a ese chico y no hubiera acabado por matarlo? Por otro lado, ahora llevo una buena vida. Quiero a mi esposo y tengo dos hijos estupendos. Si he topado con algunas dificultades (o, mejor dicho, un montón) a lo largo del camino para llegar hasta aquí, es porque así tenía que ser.

Tomo un trago del botellín de agua que he traído. Aunque solo

estamos a mediados de mayo, el fin de semana se presenta extremadamente caluroso. Según mi teléfono, la temperatura ronda los treinta grados. Los niños parecen incómodos y apáticos.

Le toca batear a Nico, así que le doy un golpecito con el codo a Ada para que deje el libro. Como no ha conseguido darle a la pelota una sola vez en lo que va de partido, tiene esa cara de frustración que se le pone a veces. Es un bateador bastante bueno, así que debe de estar desconcentrado o algo así. Espero que esta vez no falle.

El lanzador arroja la pelota justo por encima de la base de meta, y oigo un chasquido seco cuando entra en contacto con el bate. Enzo grita entusiasmado: «¡Bien, Nico!». Después de botar una vez, la pelota se aleja rodando por el campo. Nico tira el bate a un lado y arranca a correr hacia la primera base.

El lanzador consigue coger la pelota y, veloz como el rayo, la lanza hacia la primera base. Nico se desliza hasta el cojín justo en el momento en que el primera base atrapa la bola. Cruzo los dedos de manos y pies, rezando para que no quede eliminado, pero entonces el árbitro mueve la cabeza de un lado a otro.

—¡No, no! —ruge Enzo, que de pronto se ha puesto de pie—. ¡Nada de eliminado! ¡No!

Por lo visto, Enzo considera injusta la decisión arbitral. Lo que no significa necesariamente que lo sea.

Nico tampoco parece muy conforme. Cuando el otro chico le dice algo, se quita la gorra y la tira al suelo. Nico grita algo; alcanzo a distinguir las palabras «y una mierda». Contengo la respiración, esperando que mi hijo se retire y regrese al banquillo.

Y en ese momento asesta el puñetazo.

Ya me imaginaba que se enfadaría. No es la primera vez que pierde los papeles durante un partido. Pero nunca lo había visto ponerse violento. Golpea al primera base en todo el estómago, de modo que el pobre chico cae como fulminado. Contemplando lo que está pasando con el corazón en un puño, me apresuro a levantarme.

Enzo también presencia la escena. De repente, se queda inmóvil y deja de gritar. Estaba defendiendo a Nico por lo sucedido en el campo, pero esto no es fácil de defender. Aunque el otro chico no ha hecho

nada malo, Nico le ha pegado un puñetazo.

No entiendo mucho italiano, pero sé que Enzo está maldiciendo entre dientes.

—Millie. —Se vuelve hacia mí con la frente arrugada—. Nicolas ha pegado a ese crío.

—Lo he visto.

—*Cazzo* —masculla—. ¿En qué está pensando? Tenemos que llevárnoslo de aquí.

Los dos bajamos al campo. El otro niño yace en el suelo, sollozando. Nico está de pie junto a él, con la respiración agitada. El entrenador, un hombre llamado Ted que es padre de otro de los chicos del equipo, no parece muy contento. Tiene manchas de sudor en los sobacos y no da la impresión de estar encantado con el calor ni con tener que afrontar esta situación en la que mi hijo le ha dado un puñetazo a otro chaval.

—Aquí no se puede quedar —le dice Ted a Enzo con su marcado acento de Long Island—. Tenemos una política de tolerancia cero con la violencia entre los chicos.

—Lo siento —responde Enzo—. No volverá a ocurrir.

—Eso seguro. —Ted alza las manos—. Lo siento, Enzo. Queda expulsado del equipo.

Mi marido abre la boca para protestar, pero la vuelve a cerrar. Aunque defendió a Nico en el despacho de la directora, este caso es distinto. Hemos visto lo que ha pasado. Ha golpeado al otro niño sin motivo alguno.

Así que Enzo se vuelve hacia nuestro hijo, que está a un lado, removiendo la tierra con la zapatilla.

—Venga —le dice—. Nos vamos a casa.

32

Apenas hablamos en el trayecto de vuelta en coche, en parte porque Ada está con nosotros. Conduce Enzo, con los nudillos blancos por la fuerza con que agarra el volante. Cada vez que echo un vistazo hacia atrás, Nico está mirando por la ventanilla. No parece afectarle mucho que lo hayan echado del equipo a solo unas semanas del final de la temporada. Es como si le importara un pimiento.

Pero ¿qué le pasa?

Cuando llegamos a casa, Enzo le indica que aguarde en el salón. Nico se deja caer en el sofá y alarga el brazo para coger el mando a distancia, pero Enzo menea la cabeza.

—Nada de tele —dice—. Vas a quedarte ahí, sentado y calladito, mientras yo hablo con tu madre.

Sigo a mi marido hasta la cocina. Una vez dentro, se vuelve hacia mí y toma aire, tembloroso.

—Vale, eso ha estado feo.

—¿Tú crees? —murmuro.

—Es un buen muchacho —insiste Enzo—. Lo que pasa es que…

—Lo que pasa es que le ha propinado un puñetazo en el estómago a otro chico gratuitamente.

—No ha sido gratuitamente. ¡El árbitro ha metido la pata! ¡No estaba eliminado!

Aprieto los dientes.

—Eso es lo de menos, y lo sabes. No está bien pegar a otro chico solo porque no te gusta lo que ha dicho el árbitro.

—Estaba molesto…

—Tiene nueve años, no tres. Es inaceptable.

—Los chicos son agresivos. —Se pasa la mano por el cabello espeso y negro—. Es una conducta normal para un chico. Es bueno que pelee.

Me quedo mirando a mi marido estupefacta. Dada su reacción en el

partido, esperaba que por fin estuviéramos en la misma onda respecto a la pelea de Nico, pero resulta evidente que no es así. El hecho de que la conducta de Nico le haya supuesto una expulsión tanto del colegio como del equipo infantil de béisbol es un signo de que las cosas están fuera de control. Y aun así Enzo sigue defendiendo lo que ha hecho su hijo.

—No es una conducta normal para un chico —digo con rotundidad.

Enzo se queda callado un momento. Quiero que me dé la razón en que no está bien que un niño golpee a otro, y me irrita que se mantenga en sus trece. Tiene un gran control de sí mismo, sobre todo en comparación conmigo. Nunca lo he visto asestar un puñetazo a nadie, por más que se lo mereciera.

Pero que ha usado sus puños está fuera de toda duda. De no ser por eso, ni siquiera estaría en este país.

—Dime una cosa —le pido—. ¿Tú te comportabas así a los nueve años?

Se queda pensativo otra vez.

—Sí, me peleaba a puñetazos cuando era un crío. A veces. No era algo malo. Eso te curte.

No es la respuesta correcta.

—Vale, vale. —Menea la cabeza—. Aquí en Estados Unidos las cosas son distintas. Ahora lo tengo claro.

Aunque no estoy segura al cien por cien de que formemos un frente unido, los dos salimos de la cocina al salón, donde Nico continúa sentado en el sofá. Recostado sobre los cojines, contempla una grieta en el techo. Gira la cabeza hacia un lado cuando oye que nos acercamos.

—¿Vuelvo a estar castigado? —pregunta.

Ya estaba castigado. Lo hemos castigado hace unos cinco minutos. Ni siquiera nota la diferencia. Me acomodo a su lado, en el sofá, mientras Enzo toma asiento en el sillón contiguo.

—Nico —digo—, tienes que aprender a controlarte. Lo que has hecho hoy está muy feo. Lo sabes, ¿verdad?

—Lo siento —dice, aunque, en realidad, no me da la impresión de que lo sienta mucho—. Grayson se estaba portando como un imbécil.

—Da igual que sea el mayor imbécil del mundo. No puedes pegarle.

—Vale.

Me molesta que Nico no parezca más afectado por lo ocurrido. ¿Por qué no llora? ¿Por qué no suplica que lo perdonemos? ¿No es lo normal en un niño de nueve años que ha hecho algo malo?

Observo a Enzo para intentar determinar si esto le parece normal. Sin embargo, estoy segura de que, si se lo preguntara, me saldría con algo en la línea de «los chicos no deben llorar».

Pero algo no va bien. Últimamente, Nico ha estado muy…

Frío.

—¿Cuál es mi castigo? —inquiere, impaciente por acabar con esto.

—Bueno, te han expulsado del equipo —dice Enzo—, así que se acabó el béisbol.

Nico se encoge de hombros.

—Pues vale.

A Enzo parece desconcertarle el aire de indiferencia con que nuestro hijo acepta la situación. Los dos practicaban béisbol juntos a diario. Nico siempre estaba ansioso por entrenar con él. «¿Cuándo volverá papá? ¡Tenemos que entrenar!».

—Y nada de pantallas durante un mes —añade Enzo.

Nico asiente. Es evidente que ya se lo esperaba.

—¿Eso es todo? ¿Me puedo ir ya?

—Sí —dice Enzo.

Sin perder un segundo, Nico se levanta del sofá de un salto, corre escaleras arriba hasta su habitación y cierra de un portazo, un comportamiento más propio de un adolescente angustiado que de un niño de nueve años.

Enzo se queda contemplando los escalones. Su expresión es inescrutable, pero no se le ve contento.

—Creo que deberíamos plantearnos llevarlo a terapia —digo.

Me mira como sin entender.

—¿A terapia?

—A psicoterapia —le aclaro.

Se le desorbitan los ojos como si le hubiera propuesto que subiéramos con Nico al tejado para comprobar si puede volar.

—No. De eso, nada. Es absurdo. No necesita eso.

—Podría ayudarlo.

—¿Ayudarlo a qué? —Enzo alza los brazos en un gesto de exasperación—. Simplemente se está comportando como un niño normal. La culpa es de las normas tan rígidas que tenéis en este país. Nico está bien. No le pasa nada.

Resulta imposible razonar con él cuando se pone así, pero se equivoca. Temo que Nico sufra algún trastorno que no pueda solucionarse sin ayuda profesional. Temo que, entre mi marido y yo, hayamos transmitido a Nico una combinación de genes que le confiere una propensión a la violencia mucho más fuerte que la de otros chicos de su edad.

De modo que, después de la cena, cuando los niños han subido a acostarse y dispongo de un momento para mí, lo primero que hago es buscar en Google: «¿Mi hijo es un psicópata?».

Sorprendentemente, la búsqueda arroja bastantes resultados. Por lo visto, no soy la única mujer que tiene un hijo con problemas. En una web aparece una lista de características habituales de los niños con tendencias psicopáticas. Conforme leo cada punto, mi preocupación va en aumento.

«Ausencia de sentimiento de culpa tras un mal comportamiento». Nico apenas pidió perdón después de golpear a esos dos chicos. No parecía arrepentirse en absoluto de lo que había hecho.

«Mentiras constantes». Antes, cuando rompía algo por casa, nos lo confesaba. Sin embargo, no dijo una palabra sobre el jarrón hasta que le pedimos explicaciones. Y tengo la sensación de que hay otras cosas que no nos cuenta.

«Crueldad hacia los animales». ¿Qué le ocurrió a la mantis religiosa? Después de proclamar su cariño por ella, de buenas a primeras, Nico la tiró al retrete.

«Conducta egoísta y agresiva». Bueno, ¿qué hay más agresivo que propinarle un puñetazo en el estómago a un chico porque, según el árbitro, no había llegado a salvo a la primera base?

Puede que Enzo esté tranquilo, pero yo no. Y pensar en la posibilidad de que haya heredado de mí algunas de esas tendencias no

me hace sentir mejor. Entiéndase, no creo ser una psicópata, pero no me mandaron a prisión por coger margaritas. Esperaré un poco a ver si las aguas vuelven a su cauce, pero, si mi hijo necesita que lo salven de sí mismo, me aseguraré de salvarlo.

33

Vuelvo caminando a casa desde la parada del autobús cuando Suzette sale por la puerta principal de su residencia para recoger el correo.

Debe de estar a punto de marcharse para enseñar una casa, porque va vestida de punta en blanco con un traje de chaqueta y falda y unos zapatos rojos de tacón tan alto que me daría de bruces si intentara andar con ellos. Luce un peinado tan perfecto que su cabello casi parece de plástico. Me saluda agitando la mano, y devuelvo el gesto con una sonrisa forzada. No estoy de humor para aguantar a Suzette, así que, cuando baja sus escalones para hablar conmigo, casi me planteo echar a correr. Pero es bastante rápida, así que me alcanza antes de que pueda llegar a la puerta de mi casa.

—¡Millie! —exclama—. ¿Cómo te va?

—Bien. ¿Y a ti?

Cuando se alisa el cabello, me fijo en los destellos que arranca el sol a la pulsera de diamantes que lleva. Me recuerda un poco al collar que Martha intentó robarme, aunque supongo que los diamantes de su pulsera son de verdad. Espero que Suzette la guarde en algún lugar seguro.

—Bonita pulsera —comento.

—Gracias. —Baja la vista hacia su muñeca—. Me la regaló alguien muy especial. Y a mí me encanta tu… —Me mira de arriba abajo, pugnando por encontrar algún elemento de mi atuendo digno de elogio—. ¿Has perdido peso? Tienes la cara menos hinchada.

Al parecer, no se le ha ocurrido nada mejor. Además, no creo haber perdido peso. Sigo tan hinchada como siempre.

—Tal vez —me limito a responder.

—En fin —dice Suzette—. Oye, quería aprovechar para hablar contigo.

—Hum…, vale. Tú dirás.

Me dedica una sonrisa de un blanco deslumbrante. Me pregunto si llevará fundas en los dientes.

—Verás —dice—. ¿Os importaría sacar vuestra basura un poco más tarde el día anterior a la recogida?

Me quedo mirándola.

—¿De qué hablas? Nico no la saca hasta después de la cena.

—Ya —dice—. Supongo que cenáis supertemprano, porque, cuando cenamos nosotros, vemos vuestra basura delante de la casa. Y ahí se queda toda la noche. Hay basura en la acera desde las siete de la tarde, más o menos, hasta la mañana siguiente. —Se sorbe la nariz—. Sinceramente, Millie, es desagradable de ver.

—¿Se lo has comentado a Enzo? —pregunto. Si se pasa el día charlando con él, no entiendo por qué me viene a mí con la queja.

—Parece estar siempre tan ocupado que no quiero molestarlo con esta nadería.

—Bueno…

—Además, es Nico quien saca la basura, ¿no? Y he supuesto que los niños eran más bien cosa tuya.

Por algún motivo, Suzette me toma por un ama de casa de los años cincuenta. Pero no tengo ganas de ponerme a discutir sobre esto con ella.

—Está bien —gruño—. ¿A qué hora te gustaría que sacara la basura?

—Pues no antes de las once, desde luego.

—Nico se acuesta a las diez —digo entre dientes—. Tiene nueve años.

—Ah. —Se da unos golpecitos en el mentón—. Entonces a lo mejor deberías sacar tú la basura, ¿no?

Tiene que estar de broma. Me siento tentada de decirle dónde puede meterse el cubo de basura, pero en ese momento una camioneta se detiene delante de mi casa. Un hombre con un gran bigote poblado y barriga cervecera se apea de ella con cara de pocos amigos. Tardo un segundo en reconocerlo: es el fontanero que se pasó por casa hace unos días. Lo llamé para que arreglara el retrete de la planta baja,

porque el agua tardaba como una hora en bajar de la cisterna. Enzo insistió en que él podía ocuparse del problema y no necesitábamos ayuda de un profesional, pero después de cada uno de sus intentos la descarga parecía tardar diez minutos más. Ni siquiera le dije que había llamado al fontanero. Cree que el inodoro se arregló solo, por arte de magia.

—¡Oiga! —El fontanero, cuyo nombre no recuerdo en este momento, se acerca a paso lento por el sendero en el que estoy parada con Suzette—. ¡Vine hace unos días a hacerle un trabajo, y me pagó con un cheque sin fondos!

¡¿Qué?!

—¿En… en serio? —tartamudeo. No sé cómo es posible. Tomo buena nota de cada centavo que entra o sale de la cuenta común. No nos sobra la pasta, pero estoy segura de que hay más que suficiente para cubrir el cheque por trescientos dólares que le extendí al fontanero.

Y no es precisamente un alfeñique. Mide bastante más de metro ochenta, y su imponente figura me hace retroceder a medida que se aproxima.

—¡Tal cual, señora! —refunfuña.

A Suzette parece divertirle esta interacción. ¿Por qué no se va a su casa? Esto resulta de lo más embarazoso.

—Lo siento —digo—. Creía que había fondos suficientes en la cuenta. ¿Puedo…? ¿Acepta pagos con tarjeta?

—Pues no —contesta con desdén—. Se lo dije cuando le arreglé el váter: solo en metálico o con cheque. Y ahora, en su caso, solo en metálico.

Pues tenemos un problema. En este momento no dispongo de trescientos dólares en metálico. Debe de haber como mucho unos cuarenta en mi cartera. Enzo ya se ha ido a trabajar, pero tampoco suele llevar mucho dinero encima.

—Hum, si me espera, puedo ir a un cajero…

El fontanero se sube los pantalones y se cuadra en la acera frente a mi casa.

—No me voy a mover de aquí hasta que me pague, señora.

—¿Sabéis qué? —tercia Suzette—. Puede que tenga algo de efectivo en casa. Dadme un momento.

Echa a andar a paso veloz hacia su casa, con una soltura admirable pese a los tacones de diez centímetros que lleva. Al cabo de un minuto, sale por la puerta principal con un fajo de billetes. Se los tiende al fontanero, que se pone a contarlos de inmediato.

—Está todo —le asegura Suzette.

El hombre termina de contar el dinero y asiente con la cabeza.

—Así es, guapetona. —Se toca la visera de su mugrienta gorra de béisbol—. Se agradece.

Tras lanzarme una última mirada de desprecio, sube de nuevo a su camioneta. No me cabe duda de que ahora estoy en la lista negra de esa empresa de fontanería. Ojalá Enzo se vuelva más ducho en la reparación de cañerías.

Después de contemplar cómo se aleja la camioneta del fontanero, Suzette se vuelve hacia mí con expresión expectante. Sé lo que quiere, y no me queda más remedio que complacerla.

—Muchas gracias, Suzette —digo—. Te… te prometo que te devolveré hasta el último centavo.

—Oh, no hay prisa. —Juguetea con su pulsera de diamantes, que centellea al sol—. Si te digo la verdad, Jonathan y yo no sabemos qué hacer con tanto dinero. ¡Ni te imaginas la de impuestos que pagamos!

Vaya manera de restregármelo por la cara. No quiero que Suzette me vea como una pobre indigente necesitada de caridad que va acumulando deudas. Y, por encima de todo, me repele la idea de estar en deuda con ella. En sentido estricto, no la hemos indemnizado por la rotura de la ventana, pero no es lo mismo porque Nico accedió a hacer faenas en su casa. Se lo devolveré hoy mismo, si puedo.

Pero… ¿y si no puedo? Creía que teníamos fondos de sobra en la cuenta para pagar la factura del fontanero, pero resulta evidente que no es así. ¿Qué ha pasado con el dinero? Enzo y yo siempre nos consultamos antes de realizar compras importantes. Él no sería capaz de sacar la pasta de la cuenta sin decírmelo.

¿O sí?

34

Una vez que el fontanero se ha marchado, enciendo el ordenador para consultar el extracto del banco.

Hace unos días, teníamos más de mil dólares en la cuenta común. Me quedo mirando la pantalla, esperando confirmar que el dinero sigue ahí. Se me cae el alma a los pies cuando aparece el saldo de la cuenta:

213 $

¿Qué narices está pasando? Faltan unos mil dólares de la cuenta corriente. Y, a diferencia de nuestros vecinos, no nos sale el dinero por las orejas. No es una cantidad de la que podamos prescindir alegremente.

Accedo al historial de movimientos. Veo una retirada de mil dólares de hace unos días. Ahí está la explicación. Pero ¿quién sacó mil pavos de nuestra cuenta? Desde luego, no fui yo. Y no veo a Enzo haciendo algo así sin mencionármelo.

Voy a llegar tarde al trabajo, pero esto es mucho más importante. Si alguien nos ha mangado dinero de la cuenta, tengo que hacer algo al respecto sin perder un segundo. Así que telefoneo al banco y me paso quince minutos en espera, mirando mi reloj y mandándole un mensaje a un compañero para pedirle que me sustituya en una reunión a la que claramente no podré asistir.

—Buenos días, soy Serena, representante de atención al cliente, ¿en qué puedo ayudarla? —me contesta al fin una pizpireta voz femenina.

—Hola. —Me aclaro la garganta—. Les llamo por un dinero que me ha desaparecido de la cuenta corriente.

—Vaya por Dios —dice Serena. Coincido al cien por cien con su apreciación—. A ver qué consigo averiguar.

Después de proporcionarle todos mis datos bancarios, me quedo

esperando mientras oigo el tecleo al fondo. Y luego, más tecleos. Y la espera se alarga.

—Lo siento, el sistema va muy lento hoy —dice Serena en tono jovial—. Está siendo un día complicado, ¿sabe?

No me apetece estar de cháchara mientras intento averiguar por qué falta dinero en mi cuenta.

—Ajá.

—¡Ah, aquí está! —exclama, triunfal—. Esa suma la retiró hace dos días Enzo Accardi, que figura como cotitular de la cuenta. ¿Es su marido?

—Sí, pero… —Arrugo el entrecejo—. Mi marido no ha…

¿O sí?

—¿Le ha dicho que él no sacó el dinero? —me pregunta Serena.

—No, a ver. Es solo que… habría esperado que me lo dijera. Pero…

Serena parece haberse quedado sin saber qué decir. Supongo que lidiar con dramas familiares no forma parte de su trabajo.

—Ah.

—Gracias por su ayuda —murmuro—. Creo que… Será mejor que hable con mi esposo. Seguramente… se le habrá olvidado.

—Seguro que sí —dice en un tono condescendiente en extremo—. ¿Puedo ayudarla en algo más?

Sí, podría explicarme por qué mi esposo ha sacado un dineral de nuestra cuenta sin decirme una mierda.

Cuelgo el teléfono y me quedo contemplando la pantalla durante un minuto largo. Voy a llegar tardísimo al trabajo, pero no podré concentrarme en nada hasta que llame a Enzo y le pregunte qué ha pasado con ese dinero. Y, no sé por qué, pero la mera idea de pedirle cuentas me pone de los nervios. Confío en él. Si ha retirado esa suma, sus buenos motivos tendrá.

Al final, selecciono su nombre entre mis favoritos. A menudo, cuando estaba trabajando, no cogía el teléfono, pero desde el incidente que desembocó en la expulsión de Nico contesta enseguida.

—Millie —dice—. ¿Ocurre algo?

Como rara vez lo telefoneo durante el día, ya ha deducido que no se trata de una llamada para pasar el rato.

—Nos falta dinero en la cuenta común.

Esperaba que prorrumpiera en una retahíla de palabrotas en italiano, pero su silencio sepulcral confirma que no es información nueva para él.

—Extendí un cheque por trescientos dólares —prosigo ante su mutismo—. Resulta que no tenía fondos.

—Ah. —Inspira con brusquedad—. Y entonces ¿qué ha pasado?

—Suzette me ha prestado el dinero —digo.

—Pues menos mal.

—Así que he llamado al banco para averiguar qué había ocurrido con la pasta —continúo— y me han dicho que tú habías sacado mil dólares.

Guarda silencio de nuevo. Está claro que no piensa ponerme las cosas fáciles.

—Bueno, ¿qué? —digo—. ¿Lo hiciste?

Se produce otra larga pausa.

—Sí —responde al fin.

—Vale, me parece una cantidad demasiado grande como para sacarla de nuestra cuenta común sin avisarme.

—Ya… —Se queda callado unos momentos más, y no puedo evitar pensar que está haciendo tiempo mientras se inventa alguna excusa—. Lo siento mucho. Este mes íbamos muy justos de dinero, y necesitaba esa suma para comprar unas herramientas que se me habían roto. Creía que podría reponerla antes de que te dieras cuenta. Mañana hago el ingreso.

—¿Unas herramientas que se te habían roto? —repito.

—Sí, necesito un aireador de césped y un motocultor nuevos. Son caros.

Hay veces que juraría que se inventa esas palabras. Pero la excusa parece razonable, así que opto por creerle. Tiene sentido que, si se le estropea alguna máquina, tenga que sustituirla de inmediato.

Prefiero eso que la alternativa, que es pensar que mi marido me está mintiendo.

35

Nico intenta salir a hurtadillas.

Al menos, es la impresión que me da cuando oigo que la puerta trasera se abre una soleada tarde de domingo. Menos mal que no nos hemos molestado en engrasar las bisagras, porque el chirrido de la puerta al abrirse y cerrarse se oye a kilómetros de distancia. Tiro a un lado el libro que estoy leyendo y llego a la puerta trasera justo cuando Nico se dispone a darse a la fuga.

—Disculpe, señor. —Me aclaro la garganta—. ¿Adónde cree que va?

Alza la vista hacia mí sin el menor rastro de culpa en el semblante.

—A casa de Spencer. Dijiste que podía ir ahí cuando quisiera.

Es cierto que lo dije, pero creía que Janice le había vetado la entrada en su casa.

—¿A la madre de Spencer le parece bien? —pregunto.

—Dice que, mientras nos quedemos en el patio de atrás, vale.

Me siento aliviada. Cuando Janice dijo que no quería que Nico jugara con Spencer me sentó como una patada, así que me alegra que mi hijo vuelva a contar con su aprobación. Al parecer, no le está permitido poner un pie en su inmaculado hogar, pero eso hasta resulta comprensible.

—Está bien —digo—. Pero te quiero en casa a la hora de la cena.

Nico asiente antes de echar a correr hacia la casa de su amigo. Tan distraída estaba con la inminente huida de mi hijo que no había reparado en la presencia de mi marido en un rincón del patio. No es raro ver a Enzo en el patio trasero —su lugar favorito de la casa—, pero no está trabajando. Por el contrario, conversa en voz baja por el móvil con una sonrisa bailándole en los labios.

¿Con quién estará hablando?

Agito la mano para captar su atención. Cuando me ve, parpadea varias veces seguidas y la sonrisa se le borra del rostro unos instantes,

pero la recupera enseguida y me devuelve el gesto. Tras murmurar algo al móvil que tampoco alcanzo a entender, cuelga y se lo guarda en el bolsillo de los vaqueros gastados.

—Millie. —Se acerca a mí trotando sobre el césped—. Tengo una noticia estupenda.

—Ah, ¿sí?

—¡Sí! Hay un cliente potencial con dos terrenos muy grandes que quiere remodelar. Sería un proyecto enorme. Eso es muy bueno.

Bajo la mirada hacia el teléfono que asoma por el bolsillo.

—¿Estabas hablando con el cliente?

—Sí. —Tras un momento de vacilación, se corrige—. Bueno, no. No exactamente. Hablaba con Suzette. Los clientes… son amigos suyos. Quiere que me reúna con ellos mañana.

—Ah… —Esperaba que mañana disfrutáramos de un día en familia —. ¿Dónde vas a verlos?

Titubea de nuevo unos instantes.

—Será una reunión informal. En una playa privada.

Se dispara una alarma en un recoveco de mi mente.

—¿Una reunión en la playa? ¿Va a ir Suzette también?

—Pues… sí. Son sus amigos.

Esto me da muy mala espina por varias razones. Para empezar, Enzo va a escaquearse de pasar el día con nosotros. En segundo lugar… ¿Una reunión de trabajo en la playa? ¿En serio? Y, en tercer lugar, no quiero que se quede a solas con Suzette en biquini, y menos después de ver cómo sonreía mientras hablaba con ella.

De pronto, me viene un pensamiento a la cabeza. El otro día, cuando el fontanero se presentó para exigir su dinero, Suzette llevaba una pulsera nueva y de aspecto caro que, según ella, era «un regalo». Y más o menos al mismo tiempo habían desaparecido de repente mil dólares de nuestra cuenta corriente. ¿Es posible que Enzo utilizara ese dinero para comprarle un obsequio a Suzette?

No, no lo creo. No sería capaz.

Por otro lado…

—Si vas a la playa mañana —digo—, tienes que llevarte a los niños. La familia al completo.

—¿Qué? Ni hablar.

—No era una pregunta, Enzo.

Niega con la cabeza.

—Millie, será una reunión de negocios importante.

—Nuestra familia también es importante —señalo—. No has parado de trabajar desde que nos mudamos aquí…

—Por nosotros.

—Pero apenas te vemos el pelo —continúo—. No has llevado a los niños a la playa desde que vivimos aquí. Les encantaría. A Nico sobre todo le haría bien pasar un día en la playa; ha estado muy decaído desde que lo echaron del equipo de béisbol. Yo cuidaré de ellos. No te molestaré hasta que hayáis acabado con vuestra reunión.

Se queda un rato callado, cavilando.

—Vale, sí. Te entiendo. Hablaré con Suzette. Pero… no le hará mucha gracia.

En eso seguro que tiene razón.

36

Vamos rumbo a la playa.

Suzette ha accedido de mala gana a que el resto de la familia se sume al día de playa. No he presenciado la conversación, pero me imagino que ella ha hecho todo lo posible por evitar que nos peguemos a ellos. Y, sin embargo, aquí estamos.

A pesar de todo, me hace ilusión. Se trata de una playa de uso exclusivo para Suzette y su selecto grupo de amigos. Se requiere una tarjeta especial para acceder a ella. He estado en muchas playas en mi vida, pero en ninguna tan de postín como esta. Seguro que será muy bonita.

Enzo va al volante y, como de costumbre, está corriendo demasiado. Creía que abandonaría esa costumbre cuando tuviéramos hijos, pero no ha sido así. Y tampoco ayuda mucho que ellos se lo pasen bomba.

—¿Podrías ir más despacio, por favor? —murmuro cuando pasamos junto a una señal en la autopista que marca un límite de velocidad de noventa kilómetros por hora. Lo estamos excediendo en treinta kilómetros por hora, como mínimo.

—Millie —dice él—, todo el mundo conduce a esta velocidad. Si fuéramos más lentos, nos adelantarían por todas partes.

—Yo no conduzco a esta velocidad —replico.

Me guiña el ojo.

—Ya, pero es que conduces como una ancianita.

—Eso no es verdad.

—Tienes razón. Las ancianitas conducen más rápido que tú.

Pongo los ojos en blanco.

—Qué gracioso.

—Es verdad, mamá —interviene Nico—. Los otros coches siempre te pitan para que vayas más rápido.

Por lo visto, en Long Island (perdón, en la isla) está prohibido

conducir a menos de treinta kilómetros por hora por encima del límite de velocidad.

No obstante, cuando tomamos la salida de la autopista, oigo el ulular de una sirena de policía detrás de nosotros. Enzo mira por el retrovisor y suelta en voz baja una palabrota en italiano.

—No me fastidies —masculla.

Se para en el arcén y yo me aguanto las ganas de decirle que ya se lo había advertido. El agente de policía se apea de su coche con toda la pachorra del mundo mientras Enzo revuelve en la guantera en busca de su carnet de conducir.

—¿Va a arrestar a papá? —pregunta Ada en tono de preocupación.

—No —respondo.

—Molaría —dice Nico.

—Pues va a ser que no —repito.

El poli es un treintañero que no parece entusiasmado por tener que trabajar con este calor de más de treinta grados. Enzo baja el cristal de la ventanilla y le dedica una sonrisa cautivadora.

—Hola, agente —saluda con un acento tan fuerte que cuesta entender lo que dice—. ¿Hay problema?

—El carnet y los papeles del coche —le pide el policía en tono cansino.

Enzo le entrega los documentos al agente y aguarda su respuesta.

—¿Sabe a qué velocidad iba, señor Accardi? —pregunta al fin el policía tras inspeccionar el carnet de mi marido.

—Lo siento mucho —dice Enzo—, pero… ¿ve el indicador del depósito? ¡Está casi vacío! ¡Tengo que buscar gasolinera rápido antes se acabe!

El policía fija en él la vista un momento, rascándose la cabeza.

—La cosa no funciona así, ¿sabe?

—¿No? —Enzo le dirige una mirada de estupefacción que, de hecho, parece bastante auténtica—. ¡No sabía!

—Pues ya lo ve. —Baja la vista de nuevo al carnet de conducir antes de posarla en mi esposo y los demás ocupantes del coche—. Bueno, no quiero estropearle la tarde en familia. Vaya a una gasolinera a repostar. Pero no hace falta que corra tanto.

—*Grazie*. —Enzo le sonríe otra vez—. Tenga un buen día, agente.

Cuando el policía se aleja hacia su coche, Enzo sube la ventanilla y me guiña el ojo.

—Qué fácil es.

Nunca lo multan. Siempre sale bien librado gracias a su desenvoltura. O a sus patrañas, según el caso. Me asombra su habilidad para decir cosas completamente falsas sin despeinarse.

Siempre he sabido que mi marido es un embustero de primera. Esto no me había molestado jamás hasta que he empezado a sospechar que me oculta algo.

37

Jonathan y Suzette llegan a la playa antes que nosotros. Aunque seguramente nosotros íbamos más deprisa, a ellos no los ha parado la policía por el camino.

Dejamos el coche en el elegante aparcamiento de la playa privada y, cuando me apeo, veo a Jonathan y Suzette caminando hacia la entrada, que está custodiada por un tipo con cara de chungo, una camiseta sin mangas negra y bermudas. Es el equivalente playero de un portero de discoteca.

Jonathan va cargado con dos sillas plegables y una sombrilla, mientras que Suzette no lleva más que una pequeña bolsa de lona colgada del hombro. Él parece el típico bañista de principio de temporada: paliducho, con una ligera panza colgando por encima del bañador, chancletas en los pies blancuzcos y la calva incipiente tapada con una gorra de béisbol. Suzette, en cambio, tiene el aspecto de quien ha estado yendo a la playa todo el invierno. Luce un bronceado perfecto, unas gafas de sol de Cartier y un biquini diminuto que deja al descubierto una figura espectacular.

Después de dar a luz a dos niños y de sufrir los efectos de la gravedad durante más de cuarenta años, yo no tengo un cuerpo así. Sería imposible. Pero ni siquiera a los veinticinco me habría sentido cómoda pavoneándome por la playa con un biquini del tamaño de un pañuelo, así que hoy llevo un modesto bañador de una pieza debajo de una camisola. Y, al igual que Jonathan, estoy de un pálido que da pena verme. Seguramente no me quitaré la camisola en ningún momento, pues nadar no es lo mío.

El portero de discoteca playero le da un buen repaso a Suzette, con su biquini minúsculo. En realidad, no es el único. Hasta a mí me cuesta desviar la vista de ella. ¿De dónde saca tiempo para mantener un vientre tan firme? Además, apuesto a que no tiene cicatrices de

cesárea ni estrías que ocultar.

Enzo, que va en traje de baño y camiseta, forcejea con los aparejos de playa que hemos traído en el maletero. La verdad es que no lo culparía si se le fueran los ojos hacia el biquini microscópico de Suzette —al fin y al cabo, es humano—, pero mantiene la vista por encima de la altura de su cuello.

—¡Millie! —dice ella—. Qué camisola tan… interesante llevas. Me encanta que no sientas la necesidad de gastar un dineral en ropa de playa. Es muy propio de ti.

Nunca había recibido un cumplido tan envenenado. Pero la verdad es que no va desencaminada. Encontré la camisola en la zona de saldos.

Por otra parte, aunque Enzo no mira a Suzette de arriba abajo, no puedo decir lo mismo de ella. Sus ojos de color verde azulado le recorren el cuerpo mientras frunce los labios. Y eso que él aún no se ha quitado la camiseta.

Todavía no hemos llegado a la playa, y ya me entran ganas de volver a casa. Pero supongo que será mejor que me quede aquí en vez de dejarlo a solas con Suzette y su minibiquini.

—¿Os ha costado encontrar la playa? —pregunta Suzette—. Temíamos que os hubierais perdido por el camino.

A Nico le falta tiempo para irse de la lengua.

—Un poli ha parado a papá.

Enzo se ríe.

—Según él, iba demasiado rápido.

—Y seguro que no era verdad. —Suzette menea la cabeza—. La policía de por aquí es demasiado autoritaria.

—Bueno, nos alegramos de que hayáis podido llegar —asegura Jonathan. A diferencia de su esposa, no dice las cosas con retintín. Realmente parece contento de vernos—. ¿Cómo te va, Nico? Echamos de menos que vengas a hacer trabajillos en casa.

Es un comentario muy amable, aunque sé que en realidad estaban hasta la coronilla de que nuestro hijo anduviera por su casa rompiéndoles la mitad de las cosas del salón.

Nico se encoge de hombros.

Quisiera decirle que no sea maleducado, pero tengo la sensación de que casi no serviría de nada. Su mal humor ha empeorado en los últimos días. Al final, llamé a su pediatra y lo llevé a su consulta, pero tras auscultarle el corazón y los pulmones, no tuvo gran cosa que aportar. No recomendó terapia. De hecho, dijo lo mismo que Enzo: «Los chicos a veces se ponen agresivos. Debe de estar aclimatándose aún a su nuevo entorno. Dele un poco de tiempo».

—¿Dónde están los clientes con los que tenemos que reunirnos? —le pregunto a Suzette.

—Ah, sí. —Hace un gesto vago—. Al final han dicho que no venían.

Esto no parece sorprender a Enzo en absoluto, lo que me suscita la duda de que esos clientes existan siquiera. Porque, vamos a ver: ¿una reunión en la playa? Suena totalmente a invento.

Pero no, sin duda son paranoias mías. Seguro que el cliente existe. La gente a veces cancela sus reuniones.

Suzette nos guía por la playa en busca del lugar ideal para instalarnos. Sin embargo, parece que le cuesta decidirse. Caminamos pesadamente por la arena y pasamos junto a varios sitios que parecen perfectos. El pobre Jonathan a duras penas puede con las dos sillas y la sombrilla, así que le pregunto si quiere que lleve esta última, junto con la nuestra. Suzette podría ofrecerse a cargar con al menos una cosa, pero no la veo muy por la labor. Sin embargo, Jonathan se lo toma con filosofía.

—Vale —dice ella al fin, cuando siento que se me van a caer los brazos—. Este parece un buen lugar.

Jonathan deja caer las dos sillas al suelo, pero, justo cuando empieza a estirar los músculos doloridos, Suzette cambia de idea.

—Espera, creo que deberíamos ir un poco más hacia allá. Ahí da mejor el sol.

Jonathan se dispone a recoger las sillas de nuevo, pero yo estoy hasta el gorro.

—Suzette —digo—, aquí se está la mar de bien. Además, no pienso dar un paso más.

Ella alza los ojos al cielo.

—Vale, de acuerdo. Pero te haría bien andar, Millie. Adelgaza.

¿Arrearle un puñetazo en la cara adelgazaría también? Porque eso podría suceder hoy.

Una vez dispuestas las sillas y toallas, saco el bote de protector solar de mi bolsa de lona. Aunque Enzo nunca lo usa, me gusta ponérselo a los niños y, sobre todo, embadurnarme yo. Soy la única que sufre quemaduras por el sol, pero ¿no se supone que el filtro solar es para prevenir el cáncer o algo por el estilo? Sea como sea, a los niños no les dejo elegir.

—Ay, Millie —jadea Suzette al verme rociar a Ada—. No les estarás echando protector solar a tus hijos, ¿verdad?

Eso es justo lo que estoy haciendo.

—Sí…

—Pues esos espráis llevan toda clase de sustancias químicas tóxicas, ¿no lo sabías? —dice—. Y ahora están flotando en el aire. En esencia, estamos respirando protector solar.

¿Debería alarmarme la posibilidad de estar respirando protector solar? Por algún motivo, no me preocupa demasiado.

—Ajá.

—Además, es inflamable —añade.

Nico pone los ojos como platos.

—¿O sea que podríamos arder en llamas?

—No vamos a arder en llamas por culpa del filtro solar —le aseguro.

La desilusión se refleja en su rostro.

Después de hurgar en su bolsa, Suzette extrae un tubo blanco.

—Este es el mejor protector solar del mercado. Está hecho solo con ingredientes naturales, ¡y tiene un factor de protección de 200! Eso no es algo que se encuentre en cualquier parte.

¿Para qué demonios quiero un filtro solar con factor de protección 200? Ni que fuéramos a atravesar un círculo de fuego para llegar al agua.

Enzo se ha despojado de la camiseta, y no puedo evitar notar como a Suzette se le desorbitan los ojos al fijarse en su pecho moreno y escultural. Me encanta estar casada con un hombre apuesto y musculoso, pero hay veces que preferiría que se dejara y se pusiera

gordo.

—Enzo —dice ella—, ¿te apetece probar mi protector solar?

Él suelta una carcajada.

—No me hace falta. Nunca me quemo.

—Ya, pero es bueno aunque no te quemes —dice ella—. Te protege del cáncer de piel, ¿sabes?

—Ah, ¿sí? —pregunta Enzo con interés, aunque yo llevo una década diciéndole exactamente lo mismo.

—Pues claro —dice ella con viveza—. Por lo menos deberías ponerte un poco en los hombros. Ven que te ayudo.

Boquiabierta, contemplo como Suzette se echa crema en la palma de la mano y luego se la aplica a mi marido en los hombros con un masaje. ¿De verdad está haciendo esto? ¿De verdad está esparciendo protector solar por todo mi marido? Me parece de lo más inapropiado.

Me vuelvo hacia Jonathan con la esperanza de que esté tan horrorizado como yo. Pero él tiene su propio tubo de crema solar obscenamente cara que al parecer está hecha para personas que se van de vacaciones al sol, y se está extendiendo loción por los brazos. Luego intenta ponerse un poco en la espalda, pero no llega, y, claro, su mujer está muy ocupada manoseando a mi marido.

—Ya vale —dice Enzo cuando la cosa empieza a pasar de castaño oscuro—. Es suficiente. De todos modos, se diluirá toda cuando me bañe.

—De eso, nada —replica Suzette—. Es resistente al agua. Podrías pasarte todo el día nadando, y seguirías teniendo un factor de protección de 200.

Enzo abre mucho los ojos.

—¿Sí?

Estoy harta de la conversación sobre el protector solar de las narices.

—Ada —dice Suzette—, ¿te gustaría probar esta crema solar?

Ada baja la mirada hacia el tubo y mueve la cabeza de un lado a otro. No me extraña. Al igual que Enzo, nunca se quema, y dudo que tenga ningunas ganas de pringarse toda con ese potingue blanco.

—¿Y tú, Nico? —pregunta Suzette.

Por toda respuesta, Nico clava los ojos en ella. No dice nada, solo la mira con expresión glacial. No sé si había visto a alguien lanzar a otra persona una mirada así, y, para ser sincera, me provoca un escalofrío. Pero entonces aparta la vista y pienso que tal vez me lo he imaginado todo.

Los niños quieren darse un chapuzón, y Enzo se muestra encantado de acompañarlos. Yo creía que Suzette era el tipo de persona capaz de pasarse toda la tarde tomando el sol en la playa, sobre todo después del número que ha montado a la hora de buscar un sitio donde apalancarnos. Pero en cuanto Enzo se presta voluntario para meterse en el agua, ella se apunta también.

—¿Nos acompañas, Millie? —me pregunta él.

Niego con un gesto.

—Voy a relajarme un poco aquí.

Jonathan se reparte por la cara un pegote de crema solar que permanecía intacto en el caballete de su nariz. Se dispone a seguir a Suzette, pero apenas ha dado un par de pasos cuando ella se vuelve hacia él.

—No —le dice—. Tú quédate aquí. Yo voy a nadar.

Él asiente y regresa a su silla sin rechistar. Después de sentarse, coge un libro de bolsillo. Estiro el cuello para echar un vistazo al título. *Madame Bovary*.

—¿No te apetece bañarte? —le pregunto.

Le quita hierro al asunto con un ademán.

—La verdad es que no.

—Es que parecía que ibas a meterte en el agua hasta que Suzette te ha dicho que no.

—No me importa.

Puede que no le importe, pero me saca de quicio que Suzette sea tan mandona.

—Es que me parece que Suzette no tiene derecho a decidir por ti si te bañas o no —suelto, incapaz de morderme la lengua.

Jonathan se encoge de hombros y sonríe.

—A veces necesita su espacio. De verdad que no me molesta.

He estado indagando, y resulta que a Suzette no le van tan bien las

cosas como agente inmobiliaria. A pesar de eso, tiene la casa más grande de nuestra calle, en una zona donde los precios de la vivienda son prohibitivos. Obviamente, es Jonathan quien gana el dinero que le permite llevar ese tren de vida, y, no obstante, ella lo mangonea sin miramientos. ¿De verdad no lo deja ni siquiera meterse en el mar? Es de locos.

—Es una masa de agua gigantesca —señalo—. El océano Atlántico. Yo diría que los dos podríais bañaros a la vez sin estorbaros el uno al otro.

Baja el libro sobre su regazo.

—¿Tienes ganas de bañarte tú, Millie?

—No estoy diciendo eso.

Jonathan me mira con cara de incomprensión. ¿De verdad le da igual que Suzette lo trate así? Quiero pensar que Enzo y yo convivimos en igualdad, y no como el matrimonio Lowell, en el que, por lo que he visto, Suzette toma todas las decisiones importantes.

Por otro lado, Enzo sacó esos mil dólares de nuestra cuenta común sin consultarme. Pero ya ha repuesto el dinero. Estoy segura de que no me mintió al decir que lo gastó en material para su trabajo. Bueno, noventa y nueve por ciento segura.

El agua de color azul claro centellea bajo el sol. Mis dos hijos son buenos nadadores, como Enzo, que los llevaba al YMCA cuando eran pequeños y les enseñó a nadar antes de que aprendieran a caminar. Cuando tiendo la vista hacia el mar para evaluar la situación, vislumbro sus cabezas de cabello negro flotando en el agua. Ada se encuentra cerca de Enzo, y Nico, un poco apartado de ellos, está…

¿Eh? ¿Por qué parece estar hablando con Suzette?

¿Qué diablos podría querer decirle Nico a esa mujer? Me choca bastante, sobre todo después de la mirada furiosa que le ha echado antes. Me gustaría saber en torno a qué gira la conversación, pero estoy demasiado lejos para oír nada.

—De todos modos —dice Jonathan—, aún falta mucho para que nos vayamos. Ya iré a nadar más tarde. El protector solar me durará horas. Incluso días, si hiciera falta.

Me fuerzo a desviar la mirada del agua.

—¿Tanto? ¿De verdad?

—Ya lo creo, es una maravilla. —Escarba en la bolsa de Suzette y saca el tubo—. ¿Quieres un poco?

—Claro —digo.

Jonathan me pasa la crema. No se ofrece a ponérmela en la espalda o en los hombros, lo que es todo un detalle por su parte, ya que no es mi novio ni mi esposo. Parece un envase de filtro solar común y corriente, aunque debo reconocer que huele bien.

Estoy a punto de echarme un poco de este ungüento milagroso en la palma de la mano cuando me interrumpe un sonido procedente del mar.

Alguien está gritando.

38

Todo sucede muy deprisa. Ahogarse es cuestión de segundos.

Hay un gran alboroto en el agua, pero no alcanzo a distinguir gran cosa. Me pongo en pie de un salto, y, junto a mí, Jonathan se levanta también. Sea lo que sea lo que está pasando, está sucediendo justo en la zona en que he visto a mis hijos nadando hace unos instantes. El socorrista ha bajado de su silla de vigilancia y corre hacia la orilla, pero llega demasiado tarde.

Enzo ya emerge de entre las olas, con ella en brazos.

La persona que se estaba ahogando resulta ser Suzette. Se aferra al cuello de Enzo mientras él la rescata heroicamente de las aguas. Sigue consciente, pero tiene el rostro como un tomate y está tosiendo. Pese a que me gustaría acusarla de hacer teatro, parece que lo está pasando mal de verdad.

Enzo la deposita sobre la arena y se arrodilla a su lado. El socorrista también se pone en cuclillas junto a ella, pero Suzette solo tiene ojos para mi marido.

—¿Estás bien? —le pregunta Enzo.

—Sí —jadea ella, antes de romper a toser de nuevo—. Ha sido… Me he asustado mucho. Pero ya estoy bien. —Toma a mi esposo de la mano—. Gracias. Gracias por salvarme. Eres mi héroe.

Madre mía.

Me vuelvo hacia Jonathan, a quien no parece molestarle lo más mínimo que un italiano increíblemente sexy esté inclinado sobre su esposa ni que a ella se le caiga la baba por él. O a lo mejor lo de la baba es porque ha estado a punto de ahogarse.

—¿Seguro que se encuentra bien, señorita? —pregunta el socorrista.

—Sí. —Consigue incorporarse, apoyándose en los codos—. He notado que algo se me enredaba en la pierna y que tiraba de mí hacia abajo. Ha sido… aterrador.

—Unas algas, tal vez —aventura el socorrista.

—Tal vez —se muestra de acuerdo Suzette, aunque con poca convicción. Yo tampoco veo claro que unas algas puedan arrastrar a alguien hacia el fondo, pero no se me ocurre otra explicación.

Ada y Nico han salido del agua, visiblemente afectados por el incidente. Ada se abraza el torso, mientras que Nico se ha plantado en la orilla, a unos tres metros de nosotros, con expresión inescrutable.

—Suzette, cariño —dice Jonathan—, creo que lo mejor para ti sería que volviéramos a casa.

—Tal vez —contesta ella—, pero no quiero chafarles la fiesta a los demás.

—No te preocupes por eso —replica Enzo. En ese momento me percato de que ella aún no le ha soltado la mano. O quizá es él quien no se la ha soltado a ella. El caso es que mantienen los dedos bien entrelazados—. Tienes que cuidarte.

—De verdad que te debo la vida —dice ella—. Si te soy sincera, he pasado mucho miedo, y tú… me has salvado.

—No ha sido nada. —Enzo le quita importancia al asunto con un gesto, pero se nota que está disfrutando. Le encanta quedar como un héroe. ¿Y a quién no?

Ayuda a Suzette a levantarse, y Jonathan le tiende la mano, pero ella no hace el menor amago de acercarse a él. Acabamos recogiendo nuestros bártulos, porque todos estamos demasiado alterados para seguir gozando del día de playa. Es decir, yo habría podido seguir pasándolo bien, pero hasta los niños parecen ansiosos por marcharse.

Lamentablemente, Enzo está sirviéndole de apoyo a Suzette, como si hubiera sufrido un traumatismo en la pierna que le impide caminar, así que al final los niños y yo tenemos que cargar con casi todos los trastos. Cogen una silla cada uno, yo dos, y me las ingenio para llevar también la sombrilla bajo el brazo. No sin dificultades, conseguimos llegar hasta los coches.

—Gracias otra vez. —Suzette alza la vista hacia Enzo mientras él la ayuda a ir cojeando hasta el Mercedes de Jonathan y luego la aúpa directamente al asiento del pasajero—. Me has salvado la vida.

Al decirlo, le posa la mano en el bíceps, un gesto más bien

innecesario, en mi opinión.

Por la manera en que ella lo mira, me da la sensación de que, de no ser porque el marido de Suzette se encuentra a solo un par de metros y yo estoy aquí, clavándole los ojos como puñales, los dos estarían pegándose el lote en este mismo instante. En realidad, no creo que Enzo sea capaz de hacerme algo así, pero, si yo no existiera a saber. Es una mujer muy atractiva y, aunque a mí me cae fatal, por lo visto a él no tanto.

—Que tengas un buen viaje de vuelta —le desea él.

—¡Procuraremos que así sea! —dice Jonathan con jovialidad—. ¡Gracias de nuevo, Enzo! ¡Te agradezco que hayas cuidado de mi mujer!

¿De verdad le está dando las gracias a mi marido por manosear a su esposa?

Ojalá pudiera decir que me siento aliviada cuando los veo alejarse en el coche, pero no es fácil quitarse de la cabeza a alguien que vive en la casa de al lado.

39

Qué? ¿Crees que debería haber dejado que se ahogara? ¿Hubieras preferido eso?

Llevo toda la tarde de morros desde que hemos regresado de la playa. Aunque no hemos estado ahí ni media hora, nos hemos puesto perdidos de arena. Hasta el más pequeño pliegue de mi cuerpo parece tener varios granitos incrustados. Incluso después de ducharme me siento un poco arenosa.

Así que sí, he estado de mala uva. Y, cuando nos metemos en la cama para dormir, soy incapaz de reprimir un comentario sobre la épica hazaña de Enzo en el mar.

—No hubiera preferido que dejaras que se ahogara —refunfuño—. Pero ¿de verdad tenías que salvarla así?

—¿Así cómo?

—Así… —Me incorporo en la cama para rascarme los dedos de los pies, pues tengo la sensación de que me ha quedado arena entre ellos —. De esa forma tan… heroica.

Tuerce los labios.

—¿Heroica?

—Quiero decir que ella habría podido regresar al coche por su propio pie. O apoyada en Jonathan.

Se encoge de hombros.

—Me quería a mí.

—Menuda sorpresa. —Aprieto los dientes—. Y qué casualidad tan oportuna que los clientes hayan cancelado la reunión.

—No, no ha sido oportuna. —Frunce el ceño—. Yo quería reunirme con los clientes. Me interesa el trabajo.

—No parecías muy sorprendido de que no se presentaran.

—Porque ella ya me había avisado esta mañana. Aun así, quería disfrutar un día de playa contigo y con los niños.

—Sí, claro.

Suelta un gruñido.

—Millie, esto es absurdo. No entiendo por qué estás molesta.

—A ver, si un tipo guapo me rescatara del agua y se deshiciera en atenciones conmigo, ¿eso no te molestaría?

—Pues no.

Si lo dice en serio, eso me sienta aún peor. ¿Por qué no se pondría celoso si un tipo guapo intentara ligar conmigo?

—Porque confío en ti —añade antes de que pierda del todo los estribos—. Y tú puedes confiar en mí. Lo sabes, ¿verdad?

¿Lo sé? Antes de que nos mudáramos al número 14 de Locust Street, la respuesta habría sido un sí rotundo, pero la cantidad de tiempo que pasa con Suzette Lowell me parece sospechosa. ¿Una conversación sobre rosales en plena noche? Anda ya.

Por otro lado, Enzo es una buena persona. Eso lo creo de todo corazón.

Me mira con fijeza, aguardando a que le conteste, y solo hay una respuesta correcta:

—Sí, confío en ti.

—Bien. Y ahora tranquilízate. Como Suzette aparezca asesinada, serás la principal sospechosa.

—Ja, ja.

Después de alargar la mano para apagar la luz, Enzo se me arrima y me rodea el cuerpo con el brazo. Me doy cuenta de que tiene ganas, pero yo no estoy de humor. Aunque ha disipado algunas de mis dudas sobre lo ocurrido en la playa, queda una que no deja de corroerme por dentro.

—Enzo… —digo.

—Shhh —musita, deslizándome la mano por el muslo—. Dejemos ya el tema de Suzette.

—Pero… ¿por qué crees que se quedó atrapada bajo el agua?

Su mano se para en seco.

—¿Qué?

—Quiero decir —aclaro— que se le enganchó la pierna con algo que la hundió. ¿Qué crees que tiró de ella?

—¿Algas?

—¿Así que unas algas se le enredaron en la pierna y la arrastraron bajo el agua?

Al final, retira la mano de mi muslo.

—No lo sé. ¿O tal vez unos niños que estaban haciendo el tonto?

—¿Qué niños? ¿Has visto a otros niños nadando por esa zona?

Se queda callado un momento.

—No entiendo. ¿Qué te preocupa?

—Es que… —Cierro los dedos sobre la manta—. ¿Te has fijado en que Nico estaba hablando con ella justo antes de que empezara a ahogarse?

Enzo entrecierra los párpados.

—No.

—Yo lo he visto.

Esta vez endereza el tronco del todo. Yo no estaba de humor antes, pero ahora resulta evidente que a él se le han pasado las ganas también.

—¿Qué insinúas, Millie?

—No insinúo nada. Solo trato de entender lo que ha ocurrido.

—¿Estás diciendo que nuestro hijo ha intentado ahogar a Suzette? ¿Es lo que piensas?

—No —contesto, aunque en cierto modo sí es lo que estaba pensando. Enzo no ha visto la mirada de odio que Nico le ha lanzado a Suzette antes de que se metieran en el agua.

—Pues me alegro, porque eso no es lo que ha pasado.

—¿Estás seguro?

—¡Sí! —Me mira con exasperación—. Lo he visto. No estaba cerca de ella. Como ya te he dicho, han sido las algas o algún otro crío.

Sé que miente, pues yo misma vi a Nico junto a Suzette poco antes de que se hundiera. Solo me está diciendo lo que cree que necesito oír. Pero lo que quiero es la verdad.

—Nico es un buen muchacho —dice Enzo con firmeza—. No te preocupes tanto. No es bueno para tu tensión arterial.

El problema es que no puedo evitar pensar que ahora mismo tengo problemas mucho más graves que mi tensión arterial.

40

Me despierto a las tres de la madrugada bañada en sudor. He tenido una especie de pesadilla. En ella, me encontraba flotando en el mar cuando, de repente, una mano se cerraba en torno a mi tobillo y tiraba de mí hacia el fondo. Yo pugnaba por soltarme, gritando, pero la mano continuaba tirando hasta que, en efecto, empecé a hundirme.

Fue entonces cuando me desperté.

Ha pasado una semana desde nuestro malogrado día de playa, y tengo la sensación de que, desde entonces, las cosas no han vuelto a ser iguales, aunque no sé exactamente por qué. Enzo ha estado muy distante toda la semana, pero no puedo echárselo en cara porque en realidad no está haciendo nada malo. Solo parece extrañamente abstraído.

El cielo está despejado, y la luz de la luna entra a raudales por las ventanas de la habitación. Vuelvo la cabeza a un lado, suponiendo que voy a ver a mi esposo dormido como un tronco junto a mí. Pero no es eso lo que veo.

Enzo no duerme como un tronco. De hecho, ni siquiera está en la cama.

¿Qué diablos…?

Me incorporo, ya despabilada del todo. Yo soy la que se despierta varias veces a lo largo de la noche, mientras que Enzo tiene el sueño muy pesado. No sé si ya había pasado alguna vez que me despertara y él no estuviera a mi lado. ¿Dónde se habrá metido? ¿Habrá ido al lavabo?

Pero desde aquí alcanzo a ver perfectamente el baño del dormitorio principal. Tampoco está ahí.

El rumor de un motor de coche capta mi atención. Corro a la ventana y me quedo boquiabierta al vislumbrar la camioneta de mi marido, que se acerca por el camino de acceso. ¿Qué hacía

conduciendo por el vecindario a estas horas intempestivas?

Cuando aparca en la entrada, la cabina de la camioneta queda oculta a mi vista, así que no lo veo bajarse. Y, lo que es más importante, no veo si tiene compañía o no. No sé qué sería peor, que hubiera salido por ahí en plena noche solo o que estuviera con alguien.

¿A quién quiero engañar? Que estuviera con alguien sería decididamente peor.

Los pasos de mi esposo suenan cada vez más cerca a medida que sube las escaleras al primer piso. Se mueve despacio, intentando no hacer mucho ruido. No quiere despertarme. Cuando entre en la habitación, espera encontrarme durmiendo, ajena a su escapada nocturna.

Pues se va a llevar una sorpresa.

La puerta del dormitorio se entreabre. Enzo asoma la cabeza y pone los ojos como platos al verme sentada en la cama.

—Millie —dice—. Hum…, hola.

—¿Dónde estabas? —suelto sin contemplaciones.

—Pues… —Mira hacia atrás, en dirección al pasillo—. Me ha dado sed. He bajado un momento a beber un poco de agua.

—¿Con los vaqueros puestos?

Enzo baja la vista hacia sus tejanos y su camiseta. También lleva calcetines, y jamás duerme con ellos. Está clarísimo que, entre el momento en que nos fuimos a la cama y ahora, se ha vestido.

—He visto llegar tu camioneta —digo antes de que me venga con otra mentira—. Así que te lo volveré a preguntar: ¿dónde estabas?

—Lo siento. —Se frota la nuca—. No podía pegar ojo, así que he ido a dar un paseo. No quería molestarte o preocuparte.

—¿Has ido a dar un paseo en la camioneta?

—Así es.

—¿Y adónde has ido?

Se encoge de hombros.

—He dado una vuelta por el barrio.

—¿Tú solo?

Asiente.

—Yo solo.

Me acuerdo de la sonrisa que le dirigió al agente de policía que lo pilló conduciendo demasiado rápido antes de mentirle como un cosaco. Aunque lo conozco desde hace años, ese día ni siquiera habría sospechado que mentía de no ser porque ya sabía la verdad. Y, al observarlo ahora, soy incapaz de determinar si está siendo sincero o no. ¿De verdad ha salido a dar un paseo en la camioneta porque no podía dormir?

¿O estaba haciendo algo más siniestro?

—No te comas la cabeza —me dice—. No ha sido más que una vuelta corta. Y ya estoy aquí. —Da un fuerte bostezo—. Ha dado resultado. Ahora tengo sueño.

Tras despojarse de los vaqueros con un par de patadas al aire, se arranca la camiseta. Se quita los calcetines uno tras otro y los tira en la cesta de la ropa sucia. Luego se tumba en la cama junto a mí y me abraza.

—Duérmete, Millie —murmura—. Es tarde.

Quiero dormir. Estoy cansada, y mañana me espera una larga jornada de trabajo. Ojalá pudiera cerrar los ojos y quedarme frita, como parece estar haciendo él. Nada me gustaría más.

Pero cuesta mucho conciliar el sueño cuando el perfume de otra mujer te cosquillea la nariz.

41

Enzo me engaña con otra.

No puedo pensar en otra cosa durante el trayecto de vuelta del trabajo, aunque, para variar, estoy avanzando a buen ritmo por la autopista de Long Island. Han pasado dos noches desde que Enzo se escabulló a las tantas de la madrugada. Dos noches desde que regresó a casa apestando a lo que estoy casi segura de que es el perfume de Suzette.

Enzo se comporta como si nada. Sigue reafirmándose en que salió a conducir sin rumbo en plena noche. No me ha confesado entre lágrimas que pasó una noche de pasión con Suzette. Y yo no he vuelto a percibir el olor de su fragancia en él.

No paro de intentar pensar una explicación inocente, pero no se me ocurre ninguna. Cuando Enzo y yo nos fuimos a dormir esa noche, él no olía a perfume. Es obvio que se levantó en medio de la noche, fue a algún sitio en su coche con ella y no regresó hasta las tres de la madrugada, aparentando que no había pasado nada.

Cuando llego a nuestra calle, veo la camioneta de Enzo aparcada en el camino de entrada. Bueno, al menos él está en casa. Tal vez debería aprovechar para abordar el tema. Aunque puede que no exista una explicación inocente, quizá lo mejor sea que la verdad salga a la luz de todos modos. Nunca he querido ser una de esas esposas que fingen no enterarse de las infidelidades de su marido.

Cuando entro, me encuentro los zapatos de los niños tirados por el recibidor. Es señal de que los dos se hallan arriba. Sin embargo, no veo las botas de Enzo.

O sea que, aunque su camioneta está aparcada fuera, él ha salido.

Debe de haberse reunido con Suzette.

Rechino los dientes. Estoy hasta las narices de esa mujer. Hasta las narices de que Enzo corra a su casa a trabajar en su jardín trasero.

Tuve que presenciar cómo mi marido la salvaba en el mar aunque seguramente ni siquiera se estaba ahogando. Me juego lo que sea a que se lo inventó todo. Al fin y al cabo ¿dónde se ha visto que unas algas arrastren a alguien al fondo?

Se acabó lo de ser buena vecina. Voy a decirle de una vez por todas a esa mujer lo que opino de ella. Y luego me traeré a mi esposo de vuelta a casa.

Sin molestarme en descalzarme también, salgo, cierro de un portazo y pisoteo el césped recién cortado de nuestros patios delanteros en dirección al número 12 de Locust Street. Oprimo el timbre con el pulgar y lo dejo sonar un poco más de lo necesario.

No acude nadie.

Lo pulso por segunda vez, con el mismo resultado. La casa parece estar en silencio. No suenan pasos que se acercan ni nada por el estilo; tampoco los ruidos de las herramientas de Enzo en el jardín de atrás.

¿Y si no oyen el timbre porque están ocupados? ¿Y si están arriba, en la habitación de Suzette, haciendo…?

Dios santo, no quiero ni imaginarlo.

Llevada por un impulso, poso la mano en el pomo de la puerta. Contra todo pronóstico, este cede. Lo giro a la derecha y me apoyo contra la puerta para abrirla.

Entro en el recibidor de la amplia residencia de los Lowell. Parece estar… en calma. No oigo el traqueteo de una cama en el piso de arriba, eso seguro.

—Suzette —llamo. Luego, con un gruñido bajo, añado—: Enzo.

Atravieso el recibidor. Todo continúa en silencio. Sin embargo, cuando llego al salón, percibo otra cosa. Es un olor muy característico, que ha acabado por resultarme muy familiar.

El hedor de la sangre.

¿Por qué huele a sangre? Además, no es un olor tenue. Impregna toda la casa. En cambio, la última vez que estuve aquí olía a lilas o algo así.

—Suzette —la llamo de nuevo, esta vez con un ligero temblor en la voz.

Bajo los ojos y es entonces cuando lo veo, asomando tras la esquina

del hueco de la escalera: un pie, pegado a un cuerpo que yace inerte en el suelo. Unos ojos sin vida permanecen fijos en el techo mientras un charco de sangre se extiende por el salón. Reconozco de inmediato lo que veo, y tengo que recurrir a todas mis fuerzas para no desplomarme.

Es Jonathan Lowell.

Y alguien le ha rebanado el cuello.

SEGUNDA PARTE

42

Tengo que llamar a emergencias. Ahora mismo.

Eso sí, a Jonathan Lowell ya no hay quien lo salve. No cabe la menor duda de que está muerto. Pero lo que más me asusta es que aún le sangra la herida del cuello. Eso significa que lo han matado hace muy poco tiempo.

¿Estará el asesino aún aquí dentro?

Oigo un portazo procedente de alguna parte de la casa. Por como suena, diría que ha sido la puerta trasera. ¿Eso es que ha salido alguien, o más bien que ha regresado para eliminar a los testigos?

Me palpo los bolsillos en busca de mi teléfono. Solo encuentro mis llaves. Y entonces lo recuerdo: he hecho una llamada desde el coche y luego me he guardado el móvil en el bolso. Y el bolso lo he dejado en casa. No sé si Jonathan llevará en el bolsillo un teléfono que pueda utilizar, pero no pienso tocarlo ni loca. Tengo que volver a mi casa para telefonear a la policía.

Intentando no pensar en la posibilidad de que el asesino haya huido a la finca contigua, donde viven mis hijos, giro sobre los talones y echo a correr hacia la puerta principal. No miro atrás ni una vez. Salgo disparada de la casa en dirección a mi hogar. No me detengo hasta que llego a mi puerta, entro y cierro de golpe.

Una vez dentro de casa, lo primero que oigo es el rumor de un grifo abierto en la cocina. Luego oigo imprecaciones en italiano; mi marido está en casa. Al menos él sabrá qué hacer en esta situación.

Ya me he encontrado en circunstancias parecidas, y sé que él es una de las pocas personas en las que puedo confiar.

Cuando entro en la cocina, Enzo está inclinado sobre el fregadero, lavándose las manos. Vuelve a mascullar una palabrota. Al acercarme, alcanzo a vislumbrar el líquido rojo oscuro que se arremolina en torno al desagüe.

¿Con qué se ha ensuciado las manos?

—Enzo… —digo.

Echa un vistazo por encima del hombro.

—Millie, dame un segundo. Me he resbalado y me he hecho un tajo en la mano con la podadera. *Stupido*.

Sin embargo, no veo un tajo en su mano, solo una gran cantidad de sangre yéndose por el desagüe.

—¿Qué pasa? —me pregunta.

Abro la boca para contarle mi terrible descubrimiento: Jonathan Lowell yace sin vida en la casa de al lado. Sin embargo, cuando se vuelve y veo su camiseta blanca toda manchada de sangre, me asalta la espeluznante sensación de que ya lo sabe.

—Millie… —dice.

Oigo a lo lejos un ulular de sirenas que parece estar acercándose. Pero yo no he llamado a la policía. Por alguna razón, está viniendo de todos modos. De alguna manera se han enterado de lo sucedido.

Enzo junta las negras cejas.

—¿Qué pasa, Millie?

—Jonathan Lowell está muerto —digo con la voz ahogada—. Alguien lo ha degollado.

—¡¿Qué?!

Hace dos días, cuando volvió después de desaparecer de nuestra habitación en plena noche, no sabía si mentía, pero en este momento su estupefacción parece auténtica. Me jugaría lo que fuera a que la noticia lo ha pillado por sorpresa.

Casi.

Baja la mirada hacia su camiseta salpicada de sangre todavía fresca. Cuando alza los ojos de nuevo y se fija en mi cara, retrocede un paso.

—Ya te lo he dicho. Me he cortado. Esta sangre es mía. Mía.

La sirena suena ahora mucho más fuerte. El coche de policía llegará en cualquier momento.

—Cámbiate la camiseta —le digo.

Enzo se queda paralizado un momento, pero al fin asiente. Sube corriendo las escaleras para desembarazarse de la prenda ensangrentada. Y de cualquier otra cosa que tenga que quitarse de

encima.

43

En el transcurso de los siguientes veinte minutos van llegando más y más agentes de policía a la casa de los Lowell. Les indicamos a los niños que se queden arriba, en sus habitaciones, porque no queremos que vean lo que está pasando ahí fuera. En algún momento se enterarán de que alguien ha asesinado al vecino, pero prefiero posponer ese momento todo lo posible. Al final, caliento unas minipizzas en el microondas y dejo que se las coman cada uno en su cuarto.

Observo el espectáculo desde la ventana. Suzette llega a su casa una media hora después que la policía y veo que un hombre con pinta de inspector le da la noticia. Ella se tapa los ojos con las manos y rompe a sollozar, aunque su llanto me resulta falso.

No está en absoluto afectada por la muerte de su esposo.

Tarde o temprano, la policía vendrá a casa a interrogarnos. Eso aún no ha pasado, pero, cuando pase, no sé muy bien qué les diré.

Enzo y yo, sentados a la mesa de la cocina, contemplamos las minipizzas que he preparado. Hasta en las mejores circunstancias resultarían poco apetitosas. El queso no se ha fundido en un lado, y en el otro se ha churruscado. Sin embargo, aunque se tratara de un plato para gourmets, no podría probar bocado.

—No lo entiendo —le digo a Enzo—. ¿Qué ha pasado ahí? ¿Estabas en su casa?

—¡No! —exclama—. No he entrado en ningún momento. Estaba fuera. Trabajando.

—¿Y no has oído nada?

—No, pero ya sabes que mis herramientas son muy ruidosas. Nunca oigo nada de lo que pasa dentro de la casa.

Bajo la vista hacia sus manos, enlazadas sobre la mesa de la cocina.

—¿Dónde tienes el corte?

—¿Qué?

—Me has dicho que te habías hecho un corte en la mano —señalo —. Por eso sangrabas a borbotones, ¿ya no te acuerdas? Bueno, ¿dónde está?

Tiende la mano izquierda. Aunque al principio no lo veo, cuando me fijo mejor descubro la herida en la palma.

Lo diré sin ambages: es imposible que haya brotado tal cantidad de sangre de un rasguño como ese.

—Los cortes en las manos sangran que no veas —dice, a la defensiva —. Hay muchos vasos sanguíneos.

—Ahora no está sangrando.

—Bueno, ya ha parado.

No sé qué decir. Quisiera creerle. De verdad, nada me gustaría más, porque, cuando me viene a la mente la imagen de Jonathan Lowell tirado en el suelo del salón con el cuello rajado, no quiero ni pensar en la posibilidad de que mi esposo sea el responsable.

Si lo ha hecho él, es una persona muy distinta de la que yo creía conocer.

Cuando me dispongo a formular otra pregunta, suena el timbre. Aunque ya lo esperábamos, los dos nos sobresaltamos. Enzo me agarra el brazo, aterrado.

—Millie —gime—, no les digas que tenía sangre en la camiseta, ¿de acuerdo?

Me suelto con un movimiento del hombro y me levanto de mi asiento para abrir la puerta. No tengo la menor intención de hablarles de la camiseta de Enzo. ¿Acaso no fui yo quien le dijo que se la cambiara?

El inspector que le ha dado la noticia a Suzette está de pie frente a nuestra puerta. De unos cuarenta años y cabello entrecano bien recortado, lleva una gabardina beis sobre una camisa blanca y una corbata rojo oscuro. He conocido a muchos inspectores a lo largo de los años, y el instinto me dice que no me fíe de este. Aunque, por otra parte, todos los policías suelen producirme ese efecto.

—¿Señora Accardi? —dice el inspector con un acento más de Queens que de Long Island—. Soy el inspector Willard. ¿Tiene un

momento?

Asiento con la cabeza.

—Sí.

—¿Puedo pasar? —pregunta Willard.

Como no es la primera vez que lidio con una situación así, sé que no es buena idea invitar a un agente de policía a entrar en tu casa. En cuanto le dé permiso, podrá inspeccionarlo todo. Y al recordar la camiseta ensangrentada que mi marido acaba de quitarse, pienso que tal vez no sea lo más conveniente.

—Mis hijos están dentro, así que prefiero que nos quedemos aquí, en el porche —respondo.

—Como quiera —dice Willard.

Enciendo la luz exterior y salimos al porche. Los mosquitos revolotean alrededor de nosotros, y lamento no haberme rociado con repelente, pero aun así no pienso permitir que ese hombre invada mi hogar. Antes prefiero que los bichos me devoren viva.

—Bueno, no sé si se han enterado de lo ocurrido —dice.

Observa mi expresión con detenimiento. Otra cosa no, pero el inspector parece espabilado. Decido responderle con sinceridad.

—Pues… tengo una idea bastante clara… —Me aclaro la garganta —. He ido a hablar con Suzette y me he encontrado a Jonathan tirado en el suelo, y estaba… —Cierro los ojos para intentar borrar esa imagen de mi mente—. He vuelto a casa para buscar mi teléfono y llamar a emergencias, pero entonces he oído sirenas de la policía.

Willard hace un gesto afirmativo.

—Ha sido su vecina Janice Archer quien los ha llamado. Dice que ha oído gritos procedentes de la casa.

Janice; cómo no. Siempre espiando. Además, tiene una vista perfecta de la fachada del 12 de Locust Street.

—Dice que la ha visto a usted entrar en la casa después de que ella telefoneara a la policía —agrega— y que ha vuelto a salir al poco rato.

Menos mal que he decidido contarle la verdad. Janice lo ha presenciado todo, así que al menos mi versión de los hechos coincide con la suya. Resultará agradable no ser sospechosa de asesinato por una puñetera vez.

—También me ha dicho —prosigue Willard— que su marido ha entrado por la puerta principal unas dos horas antes del altercado. Además, no lo ha visto salir en ningún momento, lo que significa que se ha marchado por la puerta de atrás, que no se alcanza a divisar desde su ventana.

—Mi marido es paisajista —señalo—. Está remodelándoles el jardín trasero. Solo estaba ahí por trabajo.

—Según la señora Archer, va con frecuencia a la residencia de los Lowell —dice él—, sobre todo cuando el señor Lowell no está.

Caray. Pues sí que…

—Eso no es… —Intento calmarme, consciente de que el inspector está buscando una reacción por mi parte. No pienso dársela. Ni siquiera me ha hecho una pregunta directa, así que no le debo una respuesta—. La señora Archer es una metomentodo. No hay nada entre ellos.

—¿No? ¿Está segura?

—Segurísima —digo con firmeza.

Willard se ajusta la corbata roja.

—¿Sabe de alguien que pudiera querer hacer daño a Jonathan Lowell?

—No lo conocía mucho.

—¿Y su marido?

—¡Mi marido jamás haría una cosa así! —estallo—. ¡Es lo más absurdo que he oído!

El inspector tuerce los finos labios en una sonrisa sombría.

—Lo que le preguntaba era si su marido conocía bien al señor Lowell.

—Ah. —Se me encienden las mejillas—. No. Creo… creo que no.

—¿Y a la señora Lowell? —Es obvio lo que está insinuando—. ¿A ella sí la conocía bien?

—No tanto.

—¿A pesar de que se pasaba todo el día ahí?

—Trabajando.

Estoy furiosa conmigo misma por dejar que el inspector me saque de mis casillas de esta manera. Esto no me habría pasado ni en broma

hace diez años. Me he ablandado al convertirme en esposa y madre.

—Bueno —dice Willard—. En ese caso, tal vez lo mejor será que hable con su marido. ¿Le importaría ir a buscarlo?

Respiro hondo para serenarme.

—Faltaría más. Espere un momento.

Entro en casa y cierro la puerta a mi espalda, dejando al inspector en el porche. Apoyada en la puerta, me tomo un momento para intentar normalizar la respiración. El inspector Willard me ha puesto de los nervios. Cuando bajo los ojos hacia mis manos, advierto que están temblando.

Al fin consigo recuperar lo suficiente el aplomo para dirigirme hacia la cocina. Enzo sigue ahí sentado, frente a la pila de minipizzas intactas y frías. Cuando entro, alza la vista hacia mí.

—Bueno, ¿qué? —dice.

—El inspector quiere hablar contigo —digo.

El apuesto rostro se le crispa de angustia. Me mira como si le hubiera comunicado que van a llevárselo al paredón. A pesar de todo, se levanta de la silla y se encamina hacia la puerta principal para responder a las preguntas del inspector.

44

Enzo apenas me dirige la palabra tras su conversación con el inspector.

No sé de qué han hablado. Pegué el oído a la puerta para intentar escuchar, pero debe de estar tan insonorizada como aquel cuarto oculto, porque no he pillado una palabra. La parte positiva es que el inspector no se ha llevado a mi marido esposado.

Cuando el hombre se marchó, subí las escaleras para buscar la camiseta manchada de sangre. Sin embargo, no estaba en la cesta de la ropa sucia. No estaba en ningún sitio.

Me pregunto qué habrá hecho Enzo con ella.

Hemos tenido a los niños prácticamente confinados en sus habitaciones así que, cuando terminan de cenar, decidimos pedirles que bajen al salón para hablar de lo ocurrido. Después de todo, no podemos ocultarles el hecho de que han asesinado a nuestro vecino. Saben que ha pasado algo.

Los dos se sientan en el sofá. Ada clava en mí sus grandes ojos negros, y Nico se revuelve en el asiento, intentando encontrar una posición cómoda. Ese chico parece incapaz de estarse quieto. Además, no puedo dejar de fijarme en que evita el contacto visual.

Me acomodo a su lado en el sofá, y Enzo en el sillón. No sé cuál de los dos debería iniciar la conversación, pero él tiene la mirada vidriosa, como si aún no se hubiera recuperado de su entrevista con el inspector, así que algo me dice que voy a ser yo.

—Queremos hablar con vosotros de lo que sucede en la casa de al lado —empiezo—. Supongo que habréis visto los coches de policía.

Ada asiente con solemnidad mientras Nico se remueve, intranquilo.

—Siento mucho deciros —continúo— que el señor Lowell ha… Alguien lo ha matado.

No hace falta entrar en detalles. No tienen por qué saber que lo he

encontrado en un charco de sangre con un tajo enorme en la garganta. La versión aséptica ya resulta bastante sórdida de por sí.

Como era de prever, Ada estalla en lágrimas. Nico baja la vista sin decir nada.

—No quiero que os asustéis —digo—. La persona que le ha hecho esto… no desea hacerle ningún daño a nuestra familia. No tiene nada que ver con nosotros.

No hay ninguna prueba de eso, claro. No sabemos quién ha asesinado a Jonathan Lowell. Pero no veo nada de malo en tranquilizar a dos niños asegurándoles que su vida no corre peligro.

—¿Estáis bien? —les pregunto con delicadeza.

Ada se enjuga los ojos.

—¿Saben quién lo ha matado?

No puedo decir en voz alta lo que pienso, esto es, que «la policía cree que tal vez ha sido vuestro padre». La abrazo por los hombros.

—Pronto lo sabrán. No os preocupéis.

Nico se recuesta en el sofá con una expresión que no sé cómo interpretar. Recuerdo lo indiferente que estaba cuando su adorada mantis religiosa estiró la pata. Resultaba… inquietante. Pero esta situación es distinta. Estamos hablando de un ser humano. Además, Nico pasó bastante tiempo en esa casa haciendo trabajillos. Conocía a los Lowell. Debe de tener el cerebro hecho un lío ahora mismo.

Pero lo cierto es que no parece afectado en absoluto.

Los enviamos de vuelta a sus habitaciones. Mientras que Ada nos obliga a ambos a prometerle que subiremos a darle las buenas noches, Nico casi no dice nada.

Espero a oír el sonido de sus puertas al cerrarse antes de volverme hacia mi marido.

—¿Crees que estarán bien?

Apenas me ha dirigido la palabra desde que el inspector se ha marchado. Sigue con la mirada vidriosa.

—Enzo… —digo.

Vuelve la cabeza hacia mí.

—Yo no lo he matado, Millie. Lo sabes, ¿verdad?

Estoy en el otro extremo del sofá y podría desplazarme hacia el

sillón, pero no lo hago.

—Lo sé.

—Me he hecho un corte en la mano —insiste—. Estaba sangrando.

—Así es. Eso me has dicho.

—Además —añade—, no te engaño con Suzette.

—Vale —digo.

La policía ya sospecha de él basándose solo en el testimonio de Janice, pero no saben cosas que yo sí sé, como que tenía las manos ensangrentadas o que la otra noche se escabulló de casa y regresó apestando al perfume de Suzette.

Me ha dado explicaciones para cada una de esas cosas, pero no me convencen. Aunque no pienso contarle nada de eso a la policía, tampoco voy a olvidar lo que he visto.

—Por favor, Millie. —Se le quiebra la voz—. Necesito que me creas. Es importante. No he sido yo.

—Está bien —digo—. Te creo.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro —murmuro.

¿Lo veis? Sé mentir tan bien como él.

45

A la mañana siguiente, nos despierta el tono del teléfono de Enzo.

Me froto los ojos mientras él busca a tientas el móvil en la mesilla.

—Diga —responde con voz soñolienta y de pronto se pone muy tenso—. Sí —dice al aparato—. Solo deje que… Tengo que reorganizar algunas cosas y… Sí, ella también puede ir. En cuanto mandemos a los niños al colegio, vamos para allá… Sí, de acuerdo. Ahí estaré. —Cuelga el teléfono, más despierto de lo que lo he visto nunca a estas horas—. Era el inspector Willard —me informa—. Quiere que los dos vayamos a comisaría. Para hablar con él.

Ahora estoy yo igual de despierta.

—¿Te ha dicho algo más?

—No, solo eso.

La experiencia me ha enseñado también que no es buena señal que nos hagan ir a comisaría. Eso significa que el inspector quiere asegurarse de que quede constancia de todo lo que digamos.

Me pregunto si habrán averiguado algo más.

—Creo que deberíamos llamar a Ramírez —sugiero.

Enzo exhala un suspiro.

—Prefiero no molestarlo. Además, está jubilado, ¿no?

—La última vez que hablamos con él dijo que se iba a jubilar, pero me juego lo que quieras a que sigue en la brecha.

Titubea solo unos instantes.

—Está bien. Llámalo.

Aunque Enzo y yo no tenemos muchos amigos íntimos, uno de los más cercanos es Benito Ramírez, inspector de la policía de Nueva York. Lo conocí en un momento oscuro de mi vida, cuando me acusaban de un crimen terrible que no había cometido, y no paró hasta conseguir que retiraran todos los cargos. Desde entonces somos buenos amigos y nos echamos una mano siempre que se tercia.

Cuando nació Ada, le pedimos que fuera su padrino. Es la persona más adicta al trabajo que conozco —incluso peor que Enzo—, pero hemos pasado mucho tiempo juntos a lo largo de los años, y siempre les hace regalos a los niños por Navidad y su cumpleaños.

Además, si hay alguien que puede alegrarse de recibir una llamada mía a estas horas de la mañana, es él.

Selecciono su nombre de mi lista de contactos. Enzo no despega sus ojos oscuros de mí mientras pulso el botón de llamar. El timbre suena dos veces, y entonces la voz áspera y familiar del inspector suena junto a mi oído.

—¿Millie? —dice, al parecer tan despierto como yo—. ¿Eres tú, Millie Calloway?

Es la única persona que aún me llama por mi apellido de soltera, aunque hace más de una década que adopté el de Accardi.

—La misma.

—Entonces sospecho que te habrás metido en algún lío —dice, en un tono más socarrón que de enfado.

—Estamos en un pequeño brete —reconozco. A continuación, bajo la voz, aunque en la habitación no hay nadie más aparte de Enzo—. Nos hemos mudado a Long Island, como te dije la última vez que hablamos.

—¡Es verdad! ¡Ahora eres toda una isleña! ¿Escuchas mucho a Billy Joel? ¿Cenas en cafeterías todas las noches?

—Mi vecino ha aparecido muerto, Benny.

Esto lo deja sin habla unos instantes.

—Dios santo, Millie. Siento mucho oír eso. ¿Qué ha pasado?

Le relato cómo encontré a Jonathan sin vida ayer en su casa. Le hablo del inspector Willard y de su petición de que acudamos hoy a comisaría. Empiezo a referirle lo de las manos ensangrentadas de Enzo, pero cierro el pico cuando este me lanza una mirada de advertencia. No es que no se fíe de Ramírez, sino que…, bueno, es un poli al fin y al cabo.

Cuando termino de contarle lo sucedido, Ramírez emite un silbido grave.

—Caray. Vaya locura de historia. Pero en realidad no tienen

motivos para sospechar de Enzo o de ti, ¿no?

—No…

—Pues acercaos a comisaría y hablad con ellos —dice—. Si empiezan a preguntaros cosas raras, cortad la conversación y no soltéis ni una palabra más. Y, luego, buscaos un buen abogado.

Un buen abogado. Me pregunto cuánto nos costaría eso.

—Benny, no sé si podemos permitirnos un abogado ahora mismo.

—Ya, pero ellos tienen que proporcionaros uno. No pueden interrogaros si decís que queréis un abogado.

A lo mejor nos toca un defensor de oficio que no tiene la menor idea de lo que hace. La última vez que me asignaron uno, acabé con una condena de diez años. Pero supongo que es mejor eso que nada.

—Mientras tanto —prosigue—, haré indagaciones por ahí a ver qué averiguo.

—¿Sigues trabajando para el departamento de policía de Nueva York? —le pregunto—. Nos habías comentado que estabas pensando en retirarte.

Suelta un resoplido.

—Ya, bueno, aquí sigo. Si estuviera casado, mi mujer se sentiría furiosa.

Le dirijo a Enzo un gesto con el pulgar hacia arriba. Él asiente y se encamina hacia el baño.

—Benny —barboteo en cuanto oigo correr el agua de la ducha—, Enzo tenía las manos manchadas de sangre cuando llegó a casa anoche.

Se produce un largo silencio al otro lado de la línea.

—¿Sangre en las manos?

—Según él, se hizo un corte sin querer.

—A lo mejor es verdad.

Muevo la cabeza de un lado a otro.

—No sé…

—Millie —dice—, si hay algo de lo que estoy seguro es de que Enzo Accardi es un buen tipo. No lo creo capaz de matar a nadie. Y, si lo hiciera, sería por una muy buena razón.

No va del todo errado.

—No saques las cosas de quicio —me aconseja—. Han asesinado a vuestro vecino. Es totalmente lógico que quieran interrogaros. Cuanto antes encuentren al culpable, antes acabará todo esto. —Tras una pausa, agrega—: Pero no les digas lo de la sangre en las manos.

Si me dieran un centavo por cada vez que miento a la policía, no tendría que preocuparme por las letras de la hipoteca.

46

Me había planteado la posibilidad de que los niños se quedaran en casa sin ir al colegio, pero, si Enzo y yo tenemos que ir a la comisaría, queda del todo descartada. No pienso llevar a mis hijos a una comisaría. Espero que nunca en la vida tengan que poner el pie en una (excepto tal vez en una excursión escolar; supongo que eso sería aceptable).

Hasta Nico se prepara para el colegio casi sin quejas ni pataletas. Los dos permanecen inusualmente callados mientras se comen sus cereales sin apetito, lo que me parece apropiado dada la gravedad de lo ocurrido. Aunque ya había dejado de acompañarlos hasta la parada del autobús por la mañana, hoy voy con ellos solo para asegurarme de que todo transcurre con normalidad.

Por desgracia, Janice y Spencer ya están esperando en la parada cuando llegamos. Como de costumbre, Janice va en bata y pantuflas, y tengo que recurrir a toda mi fuerza de voluntad para no agarrarla por el escuálido cuellecito. Esa mujer básicamente le dijo a la policía que creía que mi esposo había matado a un hombre. No fue precisamente una muestra de buena vecindad.

Aguardamos a que llegue el autobús sin siquiera saludarnos. Por mí, mejor.

—Mami —dice Nico, lo que me toca la fibra sensible porque hacía años que no me llamaba así—. ¿De verdad tengo que ir al colegio hoy?

Ojalá pudiera retenerlo a mi lado y cuidar de él, pero me es imposible.

—Lo siento, cariño. Tengo… algo importante que hacer.

—¿No puedes llevarme contigo?

—Me… me temo que no.

Le tiembla ligeramente el labio inferior. Hace mucho que no llora

en público, pero me preocupa que esté a punto de suceder.

—Lo siento mucho —me apresuro a decir—, pero estaré en casa cuando vuelvas, te lo prometo.

—¿Puedo jugar con Spencer? —me pregunta, esperanzado.

Al aludido se le iluminan los ojos al oírlo.

—¿Me dejas, mamá?

Janice parece a punto de sufrir una embolia. A mí tampoco me entusiasma la idea después de lo que Janice le dijo a la policía sobre mi esposo, pero estoy dispuesta a permitirlo si eso sirve para que Nico se sienta mejor, aunque ahora mismo no parece posible.

—Spencer —dice Janice con sequedad—, cuando expulsaron a Nicolas del colegio por pelearse te advertí que no volvieras a juntarte con él.

Pero ¿qué dice?

La rabia contra Janice por expresarse así delante de Nico solo me dura unos segundos, porque lo que ha dicho no me cuadra. Mi hijo estuvo en casa de Spencer el día anterior a nuestro viaje a la playa. Y ha ido varias veces más desde entonces. O, por lo menos, eso me contó…

—Nico —me dirijo a él en tono severo—, creía que la señora Archer te había dado permiso para jugar con Spencer en el patio de atrás.

—¡Yo jamás he dicho tal cosa! —brama ella—. ¿Verdad, Spencer?

Spencer asiente, deseoso de complacerla, y entonces la culpa le ensombrece el semblante a mi hijo. Janice nunca lo autorizó a jugar en su patio trasero. Y, teniendo en cuenta que a esta mujer nunca se le escapa nada, resulta impensable que él haya jugado ahí con Spencer sin que ella se enterara. Lo que significa que…

—Nico, ven aquí. —Lo tomo del brazo y me aparto unos metros. Él se deja llevar con actitud sumisa. Bajando la voz para que no me oiga Janice, le pregunto—: ¿Adónde ibas cuando salías de casa?

—A ningún lado —se apresura a decir—. Simplemente salía a jugar en la calle, yo solo.

Pero, si eso era lo que hacía, ¿por qué mentía?

—Quería estar solo, eso es todo —añade—. No quería que os preocuparais.

No le creo. Hay algo más que no me está contando. Sin embargo, en este momento llega el autobús escolar, y, por una vez, Nico se muestra ansioso por subir. Me quedo mirando el vehículo que se aleja con mis hijos a bordo, preguntándome si alguna vez obtendré respuesta a las preguntas que se me agolpan en la cabeza.

47

Aunque ya me lo esperaba, me pone nerviosa que lo primero que pasa cuando entramos en comisaría sea que nos manden a Enzo y a mí a salas distintas.

Es lógico que quieran separarnos para que no podamos coordinarnos al dar nuestras versiones de los hechos. Tiene sentido, pero, al mismo tiempo, me llena de pánico. Que consideren necesario aislarnos me hace sospechar que no van a interrogarnos solo en calidad de vecinos de la víctima. Nos consideran sospechosos de verdad.

En la sala de interrogatorios mal iluminada, me revuelvo, inquieta, en una de las incómodas sillas de plástico. Me imagino a mi marido sentado en un cuarto similar en alguna otra parte del edificio y me pregunto qué estará pensando. Apenas me ha dirigido la palabra desde la llamada que he hecho esta mañana. No le he dicho que le he confesado a Ramírez que volvió a casa con las manos ensangrentadas.

Hay otro indicio de que tal vez estemos metidos en un lío: la persona que entra en la sala para hablar conmigo es el mismísimo inspector Willard. No ha enviado a un subalterno. Quiere entrevistarse conmigo. En persona.

La cosa no pinta bien.

—Señora Accardi. —Se deja caer en el asiento situado frente a mí. Tiene bolsas debajo de los ojos, y la luz de la habitación hace que parezcan moretones—. Gracias por venir.

—No hay de qué. —Intento actuar en la medida de lo posible como una mujer que no teme que su marido y ella sean acusados de asesinato—. Solo queremos averiguar quién le ha hecho esto a Jonathan. Ha sido espantoso. Parecía un hombre de lo más agradable.

—No se preocupe —dice Willard—. Descubriremos al responsable.

¿Por qué me ha sonado a amenaza?

—¿Sospechan de mí? —pregunto.

—No —responde sin vacilar. A pesar de todo, siento cierto alivio—. Usted estuvo trabajando hasta treinta minutos antes de que se encontrara el cuerpo. La señora Archer vio llegar su coche y, según ella, usted estuvo solo un par de minutos en la residencia de los Lowell. Y para entonces ella ya había llamado a emergencias por un posible altercado. Así que no, no la consideramos sospechosa. —Tras unos instantes, añade—: Aunque entiendo su preocupación, dados sus… antecedentes.

No debería sorprenderme lo más mínimo que esté al tanto de mi historial delictivo. Le habría perdido el respeto a cualquier policía en su situación que no se hubiera informado sobre ello. Aun así, siempre que alguien menciona el tema, me sienta como un tiro.

—Sí —digo, muy tensa.

—Señora Accardi, ¿qué sabe de la relación entre su marido y la señora Lowell?

—Los Lowell son nuestros vecinos, como obviamente ya sabe. —Me encojo de hombros, intentando disimular el nerviosismo—. Él estaba ayudándola con su jardín trasero, y a cambio ella recomendaba sus servicios a sus clientes y conocidos. Se llevaban bien.

—¿En algún momento ha sospechado que hubiera algo más?

—No. Nunca.

Despliega una sonrisa de complicidad.

—¿Nunca? ¿Ni siquiera un poquito, a pesar de que él se pasaba tantas horas ahí? No nos engañemos, Suzette Lowell es una mujer muy atractiva.

Aprieto la mandíbula.

—Le digo que nunca.

—Entiendo.

No voy a morder el anzuelo. Tengo demasiadas tablas para eso. No está tratando con una novata.

—Señora Accardi —dice—, ¿sabe que su marido compró un arma hace poco?

Me quedo boquiabierta.

—¿Un… un arma?

—En efecto. —Observa mi expresión—. Sacó mil dólares de su cuenta común y usó parte de ese dinero para adquirir un arma de fuego. En el mercado negro. Pero tenemos contactos.

—No…

El corazón me martillea en el pecho. Me cuesta creerlo, pero no puedo negar que ese dinero desapareció de nuestra cuenta. Según Enzo, lo necesitaba para comprar unas herramientas que se le habían roto. Pero, si solo era eso, ¿por qué no me lo contó?

Aunque ¿qué más da que haya comprado un arma? O sea, no me hace ninguna gracia, y ahora mismo me estoy preguntando dónde la guarda y para qué la quería, pero a Jonathan Lowell no lo mataron a tiros. Lo degollaron. Así que, tanto si Enzo se compró una pistola como si no, no se trata del arma homicida.

—Por otro lado —continúa Willard—, ¿sabe que hace cuatro noches se registró en un motel con Suzette Lowell?

Por poco me atraganto. Ya me olía que, cuando Enzo me aseguró que había salido a dar una vuelta en coche, no estaba siendo sincero. Pero esta información me deja sin habla. Deseo con todas mis fuerzas creer que el inspector se lo ha inventado para descolocarme, pero todo lo que dice cuadra: el dinero que faltaba en la cuenta, la desaparición de Enzo…

Willard ni siquiera espera a que responda a su pregunta. Mi cara le ha revelado toda la información que necesitaba.

—Señora Accardi —prosigue—, su marido y usted… No se encuentran en una situación económica muy boyante, ¿verdad?

—Nos va bien —digo a la defensiva.

—¿Así que no le devolvieron un cheque por falta de fondos hace poco?

Madre mía, este hombre está enterado de todo. Me revuelvo en la silla de plástico, preguntándome si sabrá de qué color llevo la ropa interior. No me extrañaría.

—Eso fue un error de cálculo —respondo.

—¿Sabe que Jonathan Lowell había contratado un seguro de vida por una suma considerable y que Suzette Lowell es la única beneficiaria?

Una vez más, me esfuerzo por contener mi reacción.

—No, no lo sabía. Pero no entiendo qué tiene que ver esto conmigo o con mi esposo.

Arquea una ceja.

—¿De veras?

Respiro hondo y recuerdo lo que Ramírez me ha aconsejado que diga si el interrogatorio se pone feo. Puede que yo no figure entre los sospechosos, pero me juego el cuello a que mi marido sí.

—Inspector Willard —digo—, no pienso responder a más preguntas sin la presencia de un abogado.

48

El inspector decide que no tiene más preguntas que hacerme.

No ocurre lo mismo con Enzo. Me quedo esperándolo en comisaría, pero lo retienen durante horas. Dudo que estén interrogándolo todo el rato. Solo intentan minarle la moral y arrancarle una confesión por agotamiento. Estoy segura de que también ha solicitado un abogado, y les habrá llevado un rato proporcionarle uno.

Al fin, tres horas más tarde, aparece con toda la pinta de estar agotado. Le han salido bolsas bajo los ojos ligeramente enrojecidos. Tiene los labios curvados hacia abajo, y parece a punto de vomitar.

—¿Qué ha pasado? —le pregunto.

—Vámonos ya —dice—. Por favor.

Hemos venido a la comisaría en mi coche, y menos mal, porque no lo veo en condiciones de conducir (y a mí me aterra un poco conducir su camioneta con su cambio de marchas manual). Sube al asiento del pasajero, a mi lado, y se queda mirando por la ventana.

Me pregunto qué le habrán dicho ahí dentro.

Durante los primeros cinco minutos del trayecto permanece callado, contemplando las calles que pasan a toda velocidad.

—Millie —dice al fin—, sabes que no te he engañado con Suzette, ¿verdad?

Hago una mueca. No quiero mantener esta conversación ahora mismo, porque, entre mis sospechas previas y todo lo que me ha revelado el inspector Willard hoy, no se me ocurre ninguna otra explicación que no sea la de que Enzo me estaba engañando. Y, si él afirma lo contrario, no es más que una patraña.

—Jamás haría algo así. —Aparta la vista de la ventanilla para posarla en mí—. Te lo juro.

Me viene a la memoria lo que Ramírez me ha dicho esta mañana: «Si hay algo de lo que estoy seguro es de que Enzo Accardi es un buen

tipo. No lo creo capaz de matar a nadie. Y, si lo hiciera, sería por una muy buena razón».

Nada me gustaría más que creer eso. Pero me lo está poniendo muy difícil.

—Entonces ¿por qué estuviste en un motel con ella? —le pregunto.

—¡Eso no es cierto!

—El inspector acaba de decirme…

—No es verdad —insiste.

—Enzo —digo—, esa noche olías a su perfume.

Guarda silencio de nuevo mientras asimila esta información. Me vuelvo hacia él después de parar en el arcén, pues no quiero que suframos un accidente mientras mantenemos esta conversación. Parece estar dándole vueltas a algo en la cabeza. ¿Se dispone a confesarlo todo?

¿De verdad quiero que lo confiese todo?

—Oye —dice al fin—. Me registré en un motel esa noche. Eso es verdad.

Hasta este instante no caigo en la cuenta de lo desesperada que estaba por que lo negara todo.

—Ya…

—Pero no con Suzette. Te lo juro. Simplemente saben que estaba con una mujer y han dado por supuesto que era ella.

¡¿Qué?!

—Entonces ¿con quién me estabas engañando? —salto.

—No te estaba engañando —dice con firmeza—. Era… Era Martha. Suzette le regala el perfume que le sobra, creo. O tal vez… ella lo coge sin más.

—¿¡Martha, nuestra mujer de la limpieza!?

Él asiente despacio.

Vale…

De todas las personas con las que me habría imaginado que mi esposo podía ponerme los cuernos, la limpiadora de sesenta años ocuparía el último lugar de la lista. Él asegura que no me los ha puesto, claro, pero entonces ¿qué hacía en un motel con ella?

—Fui a su casa para pagarle el finiquito —empieza a explicar.

Aprieto los dientes al pensar que, pese a que le pedí que no hiciera eso, él lo hizo de todos modos.

—Vale…

—Y ella tenía… —dice, llevándose la mano a la cara— moretones por todas partes. Ya me olía algo cuando hablé con ella antes, pero ese día se confirmaron mis sospechas. Su marido… se quedaba con su paga, y por eso ella robaba, a fin de ahorrar lo suficiente para poder dejarlo. Él habría acabado por matarla, Millie. Y encima estaba enfadado porque la habían despedido de nuevo. Tenía que ayudarla a huir.

Enzo no mentiría sobre algo así. Jamás. Si dice que a Martha la maltrataba su marido, es que es verdad. O, por lo menos, la verdad tal como él la interpreta.

—A lo mejor te estaba manipulando para sacarte dinero —aventuro.

—No —dice—. Su problema es muy real. De hecho…

Se interrumpe, como si dudara entre revelarme más información o no. Pero no es momento para callarse cosas.

—De hecho, ¿qué?

—Ella quería hablar contigo. —Suspira—. Conocía tu historia.

—¿En… en serio?

Me pregunto cómo lo supo; quién le habló de mí.

El caso es que tengo un… pasado con mujeres como Martha; mujeres que viven en una situación terrible de la que no pueden escapar. Me convertí en la vía de escape para algunas de esas mujeres. Enzo también. He de admitir que recuerdo todo aquello con orgullo. Hicimos cosas muy buenas en esa época.

Tal vez también algunas malas, de rebote.

—Sí. Y estaba intentando armarse de valor, porque quería que la ayudaras. Pero entonces la acusaste de romper cosas, y luego de robar…

—¡Es que estaba robando!

—¡Ya te he explicado por qué! —Menea la cabeza—. A nosotros nos hurtó muy poca cosa. Suzette también sospechaba de ella. De eso hablamos aquella noche en el jardín trasero. Tuve que convencerla de que no había habido robos para que Martha no se quedara sin trabajo.

Leo en sus ojos oscuros que todo lo que dice es cierto, y siento una punzada de culpa. Martha no me miraba fijamente porque me deseara ningún mal, sino porque creía que yo era su única esperanza de salir de aquella situación y estaba reuniendo el valor para pedirme auxilio. ¿Estaré perdiendo facultades? ¿Por qué no fui capaz de verlo?

—¿Me estás diciendo —murmuro— que compraste el arma para ella?

—La necesitaba hasta que pudiera alejarla de él, y, tras su marcha, la necesitaba aún más. El tipo iba a por ella, Millie. Tenía que echarle una mano. Ahora se encuentra a cientos de kilómetros de aquí, pero aun así él podría localizarla.

—Está bien, está bien. —Aferro el volante con más fuerza—. Entiendo por qué hiciste lo que hiciste. No puedo decir que yo no habría actuado igual, pero… ¿por qué no me lo contaste? Sabes que puedes hablar conmigo de ese tipo de cosas. Es decir, formábamos un equipo, ¿no?

Antes dedicábamos mucho tiempo a socorrer a mujeres en apuros. Fue así como llegamos a conocernos, la razón por la que nos enamoramos. Yo habría podido ayudar; habría querido ayudar. ¿Por qué me excluyó esta vez?

Se queda callado, eligiendo sus palabras con cuidado.

—Estaba preocupado por ti.

—¿Preocupado?

—Por todo el estrés que has acumulado, y tu presión…

—Por Dios santo. —Le pego una palmada al volante—. ¿O sea que prefieres que despierte en medio de la noche preguntándome dónde diablos te has metido? ¿Crees que eso fue bueno para mi presión?

Exhala un largo suspiro, reclinándose contra el reposacabezas.

—La cagué. Fue una estupidez.

—Sí, lo fue.

—Pero… ¿me crees?

—Sí —digo—. Te creo.

Por primera vez desde que hemos salido de la comisaría, consigue esbozar una levísima sonrisa. Vale, la cosa pinta mal. La declaración de Janice como testigo presencial sitúa a Enzo en pleno escenario del

crimen. Pero Ramírez tiene razón: mi marido no mataría a un hombre sin un buen motivo. Si dice que no ha sido él, yo le creo.

Aunque, en el fondo, aún me corroe la sensación de que me oculta algo.

49

Cuando llego a nuestra calle sin salida, veo un Dodge Charger negro aparcado delante de casa. Incluso antes de echar un vistazo a través del parabrisas, lo reconozco: es el coche de Benito Ramírez. En efecto, en cuanto nos ve parar en el camino de entrada, se apea del vehículo con un vaso de café para llevar en la mano.

Me saluda con un gesto cuando bajo del coche. Aunque hace calor, lleva una americana negra y una corbata con el nudo aflojado. Cuando lo conocí, hace más de una década, su pelo, cortado al rape, era entrecano, pero ahora es blanco casi en su totalidad.

—Millie. —Se me acerca para darme el abrazo y el beso de rigor—. Me alegro de verte. Estás estupenda.

—Gracias —respondo, aunque estoy segura de que se me nota el agotamiento.

—Y tú estás hecho una mierda, amigo mío —le dice a Enzo cuando desciende del coche.

—Gracias —contesta Enzo—. Así me siento.

Ramírez señala nuestra casa con un movimiento de cabeza.

—Vayamos dentro. Te daré unas cuantas razones para que te sientas aún peor. Es importante que lo oigáis.

Dios mío. ¿Y ahora qué?

Guiamos a Ramírez al interior de la casa. En otras circunstancias, me habría gustado enseñársela toda, pero ninguno de nosotros está de humor para eso. A pesar de todo, mira alrededor y asiente con aprobación.

—Bonita choza. Mejor que el piso del Bronx.

—Lamento que nos marcháramos de allí —digo.

—¿Cómo están los niños?

—Muy bien —responde Enzo, lo que supongo que no es del todo falso.

Nos acomodamos en el salón, y yo no dejo de temblar, preguntándome qué demonios quiere decirnos Ramírez. Le ofrezco un café, a pesar del vaso que sujeta, y me dirige una sonrisa empática.

—Vale, vayamos al grano. —Deja su vaso de café sobre la mesa de centro y se inclina hacia delante, apoyado en los codos—. Por fortuna, tengo un contacto aquí, en la isla, y he hecho algunas averiguaciones. Teníais razón en estar preocupados. Willard es un poli duro, y cree que tú mataste a Jonathan Lowell, Enzo. Está concentrado en reunir pruebas contra ti.

—¿Basándose en qué? —pregunto.

—Bueno —dice Ramírez—, perdona la vulgaridad, Enzo, pero cree que te tirabas a Suzette Lowell. Cree que te confabulaste con ella para asesinar a su marido y que ella cobrara el dinero de su seguro. Ella aumentó la suma del seguro hace poco, por lo que va a recibir una pasta gansa.

—Eso es absurdo —masculla Enzo.

—La señora de enfrente está cantando como un jilguero —dice Ramírez—. Y no solo eso, sino que además hizo fotos.

—¿Fotos? —jadeo.

—Ajá. Nada que te incrimine de lleno, pero son muchas y están tomadas a horas distintas. En algunas aparecéis muy juntitos, no sé si me entiendes.

Suzette tenía toda la razón. Janice es una auténtica metomentodo.

Enzo suelta un gruñido.

—Solo hablábamos.

Ramírez arquea una ceja.

—¿Sobre qué?

—Sobre nada. Cosas de jardinería. Sus problemas con la mujer de la limpieza. El tiempo. Da igual, siempre se le ocurría alguna excusa para hacer que me quedara más rato. Tengo la sensación de que… No sé… No parecía muy feliz en su matrimonio.

—¿Crees que el marido le pegaba?

—No, no me dio esa impresión.

—¿Ella flirteaba contigo?

Enzo me mira, preocupado, antes de alzar las manos en un gesto de

resignación.

—Sí. Ya lo creo. Claro que flirteaba conmigo. Pero no tenía ninguna importancia. Era un flirteo inofensivo.

—Bueno, este es el panorama —dice Ramírez—. Vuestra vecina tiene unas fotos equívocas en las que apareces con Suzette Lowell. Un motel a una hora de aquí tiene pruebas de que te registraste con una mujer hace unos días. Compraste una pistola y la pagaste en metálico. Suzette Lowell incrementó la indemnización del seguro de vida de su marido. Luego la vecina te ve entrar en casa de los Lowell, y poco después Jonathan Lowell es encontrado muerto.

Enzo rechina los dientes.

—Yo estaba en el jardín trasero todo el rato. Suzette quería plantar un huerto, así que estaba preparando el suelo.

—Y esperas que me crea que no solo no oíste los ruidos de dentro de la casa, sino que el verdadero asesino salió por la puerta de atrás sin que lo vieras.

—Tenía mis herramientas en marcha… Apenas se oye nada… Además, estaba yendo y viniendo de mi patio.

—Venga ya, Enzo. —Ramírez clava la mirada en mi marido—. A mí puedes decirme la verdad. ¿Lo mataste?

Enzo se tapa el rostro con las manos.

—No, te lo juro, Benny. Nunca haría algo así.

—Entonces vas a necesitar un abogado muy bueno.

Lleno de frustración, Enzo le pega un puñetazo al sofá. No se lo reprocho. ¿Un buen abogado? No tenemos dinero. No podemos permitirnos un abogado de ningún tipo, y mucho menos uno bueno. Tendremos que conformarnos con lo que podamos conseguir gratis y esperar que el defensor que designe el juzgado sea lo bastante bueno.

—Vamos justos de fondos —le explico a Ramírez—. Así que lo de conseguir un abogado muy bueno queda descartado.

—Ya me imaginaba que me diríais eso —señala—, así que me he tomado la libertad de contactar con una de las mejores abogadas de oficio que conozco. Trabaja en el Bronx, así que esto no cae dentro de su jurisdicción, pero podemos mover algunos hilos para salvar ese escollo. Es joven (se licenció en derecho hace solo dos años), pero muy

espabilada. Una tasa de éxito impresionante, y ha conseguido un fallo favorable en un par de juicios por homicidio. Cuando le hablé de vosotros, se mostró muy interesada en ayudar.

—Eso es genial —digo.

—Viene de camino. —Ramírez consulta su reloj—. Si no se ha encontrado con un atasco, no tardará en llegar. Entonces podréis ponerla al tanto de todos los detalles. —Le lanza a Enzo una mirada de advertencia—. Contadle toda la verdad a esta mujer. Sin gilipolleces.

—Por supuesto —responde Enzo.

Meneo la cabeza.

—Es muy amable al venir hasta aquí tan pronto.

—Dice que ha reorganizado un poco su agenda.

Miro a Ramírez con los ojos entornados. Hay algo en todo esto que me huele a chamusquina. Por lo visto esa mujer es una abogada de oficio excepcional, ¿y está dispuesta a dejarlo todo para emprender el viaje desde la ciudad hasta Long Island en auxilio de una pareja a la que ni siquiera conoce? ¿Quién haría algo así? Dirijo la vista a Enzo, cuya expresión refleja el mismo escepticismo que yo siento.

Aquí está pasando algo que se me escapa.

Ramírez se lleva la mano al bolsillo para sacar su móvil. Tras leer el mensaje en la pantalla, vuelve la cabeza para mirar por la ventana delantera. Un sedán azul se ha parado delante de casa.

—Es ella —anuncia él.

Me inclino hacia delante en mi asiento para ver mejor a la mujer que se apea del vehículo. Tiene una cabellera rubio platino recogida en un moño francés y una figura delgada. Se la ve un poco menuda para ser una fiera en los juzgados, pero las apariencias engañan. Si Ramírez dice que es buena, será verdad.

Este se levanta del sofá y se apresura a abrirle la puerta. Me pongo de pie cuando nuestra nueva abogada entra en el salón sujetando con fuerza un maletín. Enzo también se endereza, y lo oigo inspirar con brusquedad.

—*Oddio*! —jadea.

Nuestra abogada no es una defensora de oficio cualquiera. Enzo la

reconoce perfectamente.

Y, al cabo de unos instantes, yo también.

50

¡Cecelia! —exclama Enzo.

En cuanto oigo el nombre, sé exactamente quién es esta joven: Cecelia Winchester. Hace un tiempo fui algo parecido a su niñera. Enzo también cuidó de ella mientras pasaban otras cosas en su vida. No la he visto en persona desde que tenía diez años. Y ahora tiene…

Madre mía, tiene veintisiete años. Soy una anciana decrépita.

A pesar de todo, Enzo corre hacia ella para estrecharla contra sí, y ella le devuelve el abrazo. Cuando él le susurra algo al oído, Cecelia asiente, sonriendo. Aunque no he alcanzado a entender lo que le ha dicho, he oído las palabras «tu madre».

Atravieso la habitación para contemplar a la chica más de cerca. Pese a sus veintisiete años, aún parece muy joven. Si alguien intentara convencerme de que tiene veinte, me lo creería. Sin embargo, se aprecia una expresión de astucia y dureza en sus ojos azules. Tiene la mirada de una persona veinte años mayor. Algo en esos ojos me dice que tenerla de nuestro lado es la mejor arma con la que podemos contar.

—Hola, Millie —dice. La última vez que oí su voz, la tenía aguda e infantil. Ahora habla en un tono seco y eficiente. Me da la impresión de que es una de esas mujeres que trabajan hasta mientras comen.

Consigo esbozar una sonrisa.

—Hola, Cece. Cuánto me alegro de verte.

—Lo mismo digo. —Se alisa la solapa de la americana—. Lástima que haya tenido que ser en estas circunstancias.

—Cecelia es defensora de oficio, lo que formalmente nos convierte en enemigos mortales —dice Ramírez—, pero, cuando la vi en acción, su fuerza me pareció admirable. Me encontré con ella hace como un año en el súper, cuando fui a comprar esa tarta que me pediste para la fiesta de cumpleaños de Ada, y nos pusimos a charlar. Le comenté

para quién era la tarta, y resultó que ella os conocía tan bien como yo. Así que, cuando me has llamado esta mañana, le he dado un toque justo después de colgar.

Lo de que Cecelia nos conoce tan bien como él es un poco exagerado. Benny es amigo nuestro desde hace años, y en cambio a ella no la había vuelto a ver desde que era una chiquilla. ¿Habrá estado siguiéndonos la pista?

Aunque, si lo ha hecho, debería estarle agradecida. En estos momentos, es nuestra única esperanza.

—Benny me ha puesto al corriente de los detalles mientras batallaba con el tráfico en la autopista de Long Island —dice mientras regresamos al salón—. Han reunido pruebas bastante contundentes contra ti, Enzo.

Mi esposo crispa el rostro.

—Lo sé. Es terrible. Cecelia, quiero que sepas que yo no…

Ella se acomoda en el sofá, cruzando una delgada pierna sobre la otra. Tras colocarse el maletín en el regazo, lo abre con un chasquido, saca un bloc amarillo grande y pulsa el botón de su bolígrafo. Salta a la vista que no quiere perder el tiempo en chácharas, cosa que ahora mismo le agradezco.

—Puede que no lo mataras —dice—, pero van a por ti con todo. Eso te lo aseguro. No me sorprendería que estuvieran tramitando una orden de registro.

—Pues que registren todo lo que quieran —dice Enzo con sorna—. No encontrarán nada.

No opino lo mismo. Ya he sufrido registros policiales en mi hogar, y no me imagino una violación de la intimidad más grande. Lo examinan absolutamente todo. Desarman tu vida entera y no vuelven a juntar los pedazos.

—¿Y qué buscarán? —le pregunto a Cecelia.

—Un arma del crimen —responde ella sin vacilar—. Rastros de la sangre de Lowell.

Pienso en la camiseta ensangrentada que llevaba Enzo anoche. Al final no la encontré. Debe de haberse deshecho de ella.

Pero, si la sangre era de él, ¿por qué iba a deshacerse de la

camiseta? No constituiría una prueba en su contra.

—Pues no encontrarán nada de eso —asegura él con firmeza.

—Sería muy útil que me lo contaras todo desde el principio —dice ella.

De modo que él hace lo que le pide. Se lo cuenta todo mientras ella toma notas en su bloc sin decir palabra. Él le habla de su relación con Suzette, de las cosas que hizo para ayudar a Martha y, por último, de que ayer estaba trabajando en el jardín mientras alguien asesinaba a Jonathan.

—Yo no hice nada —insiste—. Nada de nada. ¿Por qué creen que yo lo maté?

Aunque es una pregunta retórica, Cecelia parece meditar sobre ella. Resulta evidente que se ha convertido en una joven reflexiva. Me pregunto si Ada será así cuando crezca.

Por supuesto, si meten a su padre entre rejas, eso le dejará un trauma para toda la vida.

—Voy a ser franca contigo, Enzo —dice Cecelia al fin—. Creo que quizá tiene algo que ver con Dario Fontana.

Al oír ese nombre, Enzo se pone blanco como un papel.

—¿Qué? —exclama.

—Tengo entendido… —Cecelia se vuelve hacia Ramírez, que asiente con la cabeza— que el inspector Willard ha escarbado en tu vida anterior a que vinieras a este país. Y ese nombre ha salido a la luz.

Yo nunca lo había oído nombrar antes, así que resulta perturbador que provoque una reacción tan violenta en el hombre con el que llevo casada más de una década.

—¿Quién es Dario Fontana? —le pregunto.

—Eso fue hace mucho tiempo —responde, casi sin voz.

—No tanto —señala Cecelia con una rotundidad que no deja lugar a chorradas.

—¿Y bien? —le digo a Enzo.

Se aprieta las rodillas con tanta fuerza que los nudillos se le han puesto blancos.

—Dario era el marido de mi hermana.

El marido de su hermana. Vale, ahora entiendo por qué le ha afectado tanto oír el nombre. El esposo de Antonia la maltrató durante muchos años, hasta que acabó por matarla. Para colmo, era un hombre que tenía vínculos peligrosos con la mafia, por lo que, cuando Enzo se vengó, tuvo que huir del país de inmediato. Me parece comprensible que no quisiera pronunciar su nombre nunca, pero no acabo de ver por qué Cecelia lo ha sacado a colación.

—Era algo más que eso —apunta ella—. Tenemos que afrontar esta situación con sinceridad.

Enzo me mira con expresión afligida.

—Millie, ¿podrías dejarnos solos un momento?

¿Me está vacilando? ¿De verdad cree que yo me marcharía en un momento así?

—Ni hablar —contesto con brusquedad—. ¿Qué es lo que no quieres que sepa?

—Enzo —interviene Ramírez—, dile la verdad a tu mujer.

Enzo farfulla algo por lo bajo. No pienso salir de esta habitación sin enterarme de qué pretende ocultarme.

—¿Y bien? —insisto.

—Vale, vale. —Aprieta los puños—. Trabajé para él. Trabajaba para Dario Fontana, ¿estás satisfecha?

Me quedo boquiabierta. Desconocía por completo la existencia de esa pieza del puzle. ¿Enzo estaba al servicio del tipo que le pegaba palizas a su hermana? Y no solo eso, sino que, por lo que he entendido, el hombre era un mafioso. O sea que, si Enzo era su subalterno…

—Yo era un crío —alega—. Tenía dieciséis años cuando empecé a trabajar para Dario. No sabía quién era en realidad. Para cuando lo descubrí…

—¿Durante cuánto tiempo estuviste a sus órdenes? —lo presiona Cecelia.

Enzo parece estar pasándolo fatal con esta conversación.

—Ocho años.

—Y cuando trabajabas para él, ¿qué cosas tenías que hacer?

Enzo cierra los ojos un momento y los vuelve a abrir.

—Por favor, basta. Me… me hago una idea. La cosa pinta mal, ya lo pillo.

Pero ¿qué trabajillos le encargaba ese mafioso a Enzo?

—De acuerdo —cede Cecelia—. No hace falta hablar de esto ahora mismo. Pero necesito que tengas claro a qué nos enfrentamos. Si este asunto saliera a relucir en un juzgado…

—Sí. Entiendo.

—Voy a dejarme la piel en tu defensa —asegura ella—, pero no quiero oír cuentos, Enzo. No podré ayudarte si me mientes a la cara. Tienes que contármelo todo con sinceridad absoluta para que pueda protegerte.

Él la mira a los ojos.

—Yo no maté a Jonathan Lowell. Te doy mi palabra.

—Estupendo —dice ella—. Pero, si no fuiste tú, entonces… ¿quién?

—Suzette Lowell —se me escapa. Esta es la sospecha que ha estado rondándome por la cabeza desde el instante en que vi el cuerpo tendido en el suelo. Nunca me dio la impresión de que Suzette respetara o incluso apreciara a su marido. Mi primera intuición fue que al fin se había decidido a matarlo.

—Pero ¿cómo? —pregunta Ramírez—. La vecina esa… jura que Suzette estuvo todo el día fuera.

—¿Tiene coartada? —inquiero.

—No, coartada no. Pero esta calle sin salida no es apta para peatones. Ella tendría que haber vuelto a casa en coche, lo que no habría pasado desapercibido.

—Hay otra posibilidad —dice Enzo.

Cecelia eleva las cejas.

—Soy toda oídos.

—Se puede aparcar detrás sin necesidad de entrar en la calle sin salida —dice Enzo—. Suzette me lo explicó. Podría haber dejado el coche en la calle de atrás y entrar por la puerta posterior sin que Janice Archer la viera en ningún momento.

—Pero, en ese caso, ¿no la habrías visto tú?

—Yo estaba yendo y viniendo entre su patio y el nuestro, así que es posible que entrara sin que yo me diera cuenta.

—Bien, ya tenemos un punto de partida. Lo estudiaré. —Cecelia echa un vistazo a su reloj—. Bueno, me espera una tarde ajetreada, así que tengo que irme pitando. Esto no va a ser coser y cantar, pero te prometo que haré cuanto esté en mi mano por evitar que cargues con el crimen. Lucharemos con uñas y dientes.

Enzo la mira con el ceño fruncido mientras ella se pone de pie. ¿Cuándo aprendió la pequeña Cecelia Winchester a andar con tacones tan altos?

—¿Has ganado otros casos tan difíciles como este? —pregunta él.

Hay que reconocer que Cecelia esquiva la pregunta con habilidad.

—Vamos a ganar este.

Espero que tenga razón.

51

Cecelia y Ramírez se marchan cuando falta media hora para que los niños bajen del autobús escolar.

Dispongo de media hora para sonsacarle la verdad a mi marido.

—Enzo —digo—, tenemos que hablar.

Agacha la cabeza.

—Millie, estoy muy cansado. ¿De verdad es necesario que hablemos en este momento?

—Sí, lo es. —Cruzo los brazos sobre el pecho, decidida a no permitir que se escaquee esta vez—. Llevamos once años casados y, de repente, tengo la sensación de que hay muchas cosas que no sé de ti.

—Te he contado todo lo importante.

—¿Te corresponde a ti decidir lo que es importante y lo que no?

Regresa al salón dando traspiés y se desploma en el sofá.

—¿Qué pasa? ¿Necesitas conocer todos los detalles? ¿Todo lo que he hecho desde el día que nací?

Lo sigo y me siento junto a él.

—No, pero si fuiste el esbirro de un mafioso, sí, me parece algo digno de comentar.

—No fui un esbirro.

—¿Qué clase de trabajos hacías para ese tipo?

—Nada, solo algunos recados.

Me quedo mirándolo.

—¿Recados? ¿Cosas como darle de comer a su gato cuando se iba de viaje o recogerle la ropa de la lavandería, por ejemplo? ¿A eso se refería Cecelia?

—¿Qué quieres que te diga? —Endereza la espalda, pero no me mira—. Solo era un chaval y cometí el terrible error de trabajar para una persona muy mala. Quise dejarlo, pero para entonces él estaba saliendo con mi hermana, así que no me resultaba fácil. Luego se casó

con ella ¿y qué iba a hacer yo?

—¿Qué trabajos te encargaba? —insisto—. ¿Buscabas a las personas que le debían dinero y les partías la rodilla?

Suelta un resoplido.

—Ves demasiadas películas. Nadie se dedica a partir rodillas. Eso es ridículo.

—Caray, no sabía que fueras tan entendido —replico.

—Millie…

—Vale, así que nadie se dedica a partir rodillas. ¿Hay un método mejor? ¿Qué le rompes a un pobre desgraciado cuando quieres que pague sus deudas?

Se queda callado un buen rato, con la vista fija en sus piernas.

—Los dedos —dice al fin, por lo bajo.

La madre de Dios.

—Millie. —Alza la mirada—. No estoy orgulloso de eso, créeme. La muerte de Antonia es totalmente culpa mía. Si yo no hubiera empezado a trabajar para Dario cuando era un estúpido crío, ella no se habría casado con él y seguiría viva. —La nuez le sube y le baja por el cuello—. Tengo que vivir con eso. Es algo que me corroe por dentro cada día. Por eso…, cuando alguien necesita ayuda…, tengo que…

Me muerdo la lengua para no soltarle la horrible idea que me ha venido a la cabeza: que si extorsionaba a la gente y le rompía los dedos (o le hacía cosas incluso peores), tal vez el karma le está pasando factura.

—Dime una cosa —le pido—. ¿Alguna vez mataste a alguien por orden suya?

—No. ¡Nunca! Ya te lo he dicho.

—Bueno, me has dicho unas cuantas cosas que han resultado no ser ciertas.

Me mira con expresión dolida.

—Solo intentaba protegerte.

Y una mierda. Me ha ocultado muchas cosas sobre su vida anterior, y me parece increíble no haberme enterado hasta ahora. Ha tenido oportunidades de sobra para revelarme la verdad. Y, en cambio, él lo sabe todo sobre mi pasado, que no es precisamente idílico. Tengo unos

cuantos trapos sucios que ocultar.

Habría podido ser sincero conmigo y contármelo todo, pero optó por no hacerlo.

—Nunca he matado a nadie. —Se le entrecorta la voz—. No sería capaz. Yo no maté a Jonathan.

Lo miro a los ojos. Cuando lo conocí, me impresionó tanto lo oscuros que los tenía que un escalofrío me recorrió la espalda. Sin embargo, años después, cuando prometimos en el juzgado que nos amaríamos hasta que la muerte nos separara, me asomé a esos mismos ojos y no sentí más que amor por ese hombre. Confiaba en él. Iba a ser el padre de mi hija, y sabía en lo más profundo de mi corazón que cuidaría de nosotros, que haría todo cuanto hiciera falta para protegernos.

No sé muy bien cómo se torcieron las cosas.

Y es que cada vez estoy más convencida de que Enzo me ha mentido durante todo este tiempo.

52

Una vez que todos se han ido a la cama, decido visitar a hurtadillas el jardín trasero de los Lowell armada con una linterna.

Me espero a que los niños se duerman. Enzo parece estar dormido también. No tengo ni idea de cómo se las ha arreglado para conciliar el sueño después de todo lo que ha ocurrido hoy, pero, cuando he bajado la vista hacia él, estaba tendido en su mitad del colchón, con los ojos cerrados, roncando con suavidad.

No me molesto en vestirme porque solo voy aquí al lado, al patio de los vecinos. Me pongo un pantalón de pijama y un par de pantuflas. No necesito nada más.

Toda la parte delantera del número 12 de Locust Street está precintada por la policía, y la casa se encuentra a oscuras; por lo visto Suzette ha encontrado alojamiento en algún lugar que no está manchado con la sangre de su marido. Hace un rato había un puñado de reporteros pululando por ahí, pero, como Enzo y yo no hemos salido de casa en ningún momento, al final se han aburrido y se han marchado. He llamado al trabajo para decirles que necesitaba tomarme un par de días libres, y se han mostrado muy comprensivos.

Según Enzo, hay una manera de entrar en el jardín trasero para no aparcar delante de la casa. Quiero pensar que es verdad, pues, de lo contrario, significaría que él es la única persona que pudo matar a Jonathan Lowell. Y estoy desesperada por creer que no fue él.

El jardín trasero de los Lowell es inmenso en comparación con el nuestro. Si de verdad nuestra casa servía como establo, cabría suponer que por lo menos tendríamos un patio gigantesco, pero, al lado del de nuestros vecinos, parece minúsculo. El césped está muy bien cortado, por gentileza de mi esposo, que ha plantado y recortado arbustos a lo largo del perímetro del jardín. Además, ha delimitado una zona que al parecer Suzette quiere destinar a un huerto.

Todo está exactamente como él lo describió.

Desplazo el haz de la linterna por el contorno del patio. He consultado un mapa antes de venir, pero no he sacado mucho en claro. Hay un montón de cosas en el mundo real que no aparecen en los mapas, ni siquiera en los virtuales. Por eso he venido a echar un vistazo por mí misma.

Enfoco los arbustos con la linterna. Enzo los ha dejado impecables. Cada uno está perfectamente esculpido, sin una sola hoja o rama fuera de lugar. No cabe duda de que tiene mano para esto. Habría podido hacer prosperar su negocio aquí incluso sin la ayuda de Suzette. No la necesitaba.

¿Y si la hipótesis del inspector es correcta? ¿Y si Enzo y Suzette se confabularon para matar a Jonathan y luego repartirse la indemnización del seguro?

No. No imagino a mi esposo prestándose a algo así. Enzo está dispuesto a saltarse las normas de vez en cuando, pero jamás se cargaría a alguien por dinero. Aunque, por otro lado, también me cuesta imaginarlo rompiéndole los dedos a alguien.

Enzo ha estado preocupado por los pagos de la hipoteca. La verdad es que son exorbitantes. Estábamos tan enamorados de esta casa que nos resistimos a reconocer que estaba un poco por encima de nuestras posibilidades. Él estaba ansioso por proporcionar a su familia un hogar bonito en un buen barrio.

Pero no, no habría llegado al extremo de recurrir al asesinato para ello. Me cuesta creerlo.

Me resulta imposible creerlo.

Cuando llego al final del jardín, oigo un ruido. Un susurro de hojas. Dirijo el haz de luz hacia el sonido, y algunas ramas parecen moverse por sí solas. Las sombras se deforman y se retuercen.

De pronto, se me ocurre que, si alguien se coló por la parte de atrás para matar a Jonathan Lowell, esa persona aún tiene acceso al jardín. Y yo aquí, en pijama y pantuflas afelpadas, paseándome por el patio trasero sin un arma con la que defenderme aparte de mis propias manos.

Por un segundo, me imagino la cara que pondrá Enzo mañana

cuando venga al jardín de los vecinos y me encuentre con la garganta rajada en medio de un charco de sangre.

—¿Hola? —musito, apuntando con la linterna a las hojas susurrantes.

Acaricio la idea de salir por piernas. Nuestro patio trasero está solo a un tiro de piedra. Al fin y al cabo, Nico se las apañó para batear su pelota desde ahí y romperles una ventana. Si apago la linterna, quienquiera que esté acechando entre los arbustos ya no podrá verme.

A menos que también lleve una linterna.

Con el pulso acelerado, intento decidir qué hacer. Y mientras sigo ahí de pie, paralizada, me percato de que he esperado demasiado.

El intruso ya está aquí.

53

Retrocedo un paso, dudando si apagar la linterna o no. ¿Qué conviene más, contar con el elemento sorpresa o ver a la persona a la que me enfrento?

Cuando aún me estoy debatiendo entre una cosa y otra, una figura aparece en el jardín. Entonces se me relajan los hombros.

—¿Suzette? —digo.

Nunca había visto a Suzette Lowell vestida de un modo tan informal, con vaqueros y una rebeca de color claro. Me mira de arriba abajo, fijándose en el pijama, el cabello recogido hacia atrás en una cola de caballo alborotada y la linterna que aferro como si me fuera la vida en ello. Se ríe, aunque no es una risa alegre.

—¿Qué haces en mi jardín trasero, Millie? —pregunta en tono imperioso.

—Pues, hum… —Me subo el pantalón del pijama—. He oído un ruido.

Arquea una ceja. Es una excusa poco creíble, y ella lo sabe.

—¿No te parece que tu familia ya me ha hecho bastante daño?

Sujeto la linterna con más fuerza hasta que me duelen los dedos.

—No hemos hecho nada.

—¿En serio? —Las sombras proyectan círculos oscuros bajo sus ojos —. Tu marido mató al mío anoche.

—Eso no es verdad —replico, aunque alguna duda tengo.

—¿Bromeas? —dice—. Janice lo vio entrar en la casa. Él se encontraba ahí en el momento del asesinato. ¿De verdad me estás diciendo que no fue él?

—¿Por qué iba a hacer algo así?

Tengo curiosidad por conocer su respuesta, pues hasta ahora todas las teorías que he oído giran en torno a algún tipo de conspiración entre Enzo y ella. Es evidente que Suzette no estaría dispuesta a

reconocer ningún tipo de implicación por su parte.

—Millie —contesta—, detesto ser yo quien te lo diga, pero Enzo estaba obsesionado conmigo.

—¿Obsesionado contigo? —repito con incredulidad.

—¿Crees que yo le pedía que viniera cada dos por tres? —Menea la cabeza—. Siempre tenía alguna excusa para estar aquí. No paraba de tontear conmigo. Y tenía unos celos terribles de Jonathan.

Casi me entra la risa. Enzo no tonteaba con ella. Yo misma soy testigo de que era ella quien se le insinuaba. A estas alturas, sé distinguir cuándo una mujer se arroja sobre mi marido.

—Tú viste cómo me sobó en la playa. ¿Crees que yo quería que me llevara al coche prácticamente en brazos? No había manera de quitármelo de encima.

—No me pareció que te molestara mucho —comento.

—Pues me molestaba. —Se sorbe la nariz—. Además, me dijo que no era feliz, que no quería casarse pero se sintió obligado porque te habías quedado preñada.

¡¿Qué!?

Sus últimas palabras dan por fin en el blanco porque son completamente ciertas. Enzo se casó conmigo porque estaba embarazada de Ada. Sí, vivíamos juntos, pero apenas hablábamos del matrimonio. Bueno, la verdad es que no lo mencionábamos siquiera.

Yo desde luego nunca le he contado a Suzette que Enzo y yo nos casamos porque estaba embarazada. Eso significa que seguramente se lo dijo él. ¿Qué motivos pudieron llevarle a hacerlo? A menos que…

—Siento que tengas que enterarte por mí —prosigue—, pero tu marido es un hombre peligroso. —Ladea la cabeza—. Aunque tal vez ya lo sabías.

Una brisa fría y repentina me provoca un escalofrío.

—No hay nada que saber. Enzo no mataría ni a una mosca.

Suelta una carcajada.

—Ay, Millie. Eso no te lo crees ni tú.

Claro que me lo creo. Mi esposo no ha utilizado la violencia contra nadie desde que lo conozco. Puede que haya amenazado con utilizarla, pero nunca le he visto lanzar un puñetazo siquiera.

Por otro lado, cabe la pequeña posibilidad de que haya roto algunos dedos. Ah, sí, y estuvo a punto de matar a un hombre a golpes.

—En fin. —Suzette se aparta del haz de la linterna—. Necesito recoger algunas cosas de casa sin que los paparazzi me pillen. Por eso he decidido entrar por detrás.

—Todos los periodistas se han ido.

—¿En serio?

Frunce el ceño, claramente decepcionada por la falta de atención mediática. No sé si Suzette mató a Jonathan o no, pero no se la ve muy desconsolada por su muerte. Más bien parece que le da igual. Y, aunque hablar con ella no me ha servido de mucho, he descubierto algo muy importante esta noche.

Es perfectamente posible acceder a la parte posterior de la casa sin que Janice Archer vea nada desde el otro lado de la calle.

54

A la mañana siguiente, nos despierta el timbre que suena abajo y un destello de luces rojas y azules fuera de la casa. Zarandeo a Enzo para que se despierte y, al instante, se pone en alerta y viene conmigo a la ventana.

—¿Qué pasa ahora? —murmura.

¿Puede ser que el inspector haya venido a arrestar a mi marido? Es una posibilidad que ni siquiera me entra en la cabeza.

Me pongo unos vaqueros y una camiseta y bajo corriendo descalza, prácticamente tropezándome por las escaleras. Ni siquiera me he duchado ni me he lavado los dientes todavía y tengo el pelo grasiento. Pero no le puedes decir a la policía que está en la puerta de tu casa que espere unos minutos a que te des una ducha.

Cuando abro la puerta, Willard está en nuestro porche delantero con gesto serio, vestido con una pulcra camisa blanca y la corbata bien ceñida al cuello.

—Señora Accardi —dice.

—¿Qué…, qué desea?

—He traído una orden de registro.

Cecelia mencionó que había muchas posibilidades de que esto pasara, pero, aun así, me sorprende que hayan venido. Han pasado dos días desde el asesinato de Jonathan Lowell y se supone que deberían haber aparecido ya otros sospechosos más creíbles. El hecho de que sigan con los ojos puestos en Enzo me asusta.

—¿Me permiten despertar antes a los niños, por favor? —pregunto.

—Podemos empezar por la planta de abajo —propone.

Es la mejor alternativa que cabe esperar.

Cuando subo, Enzo se las ha arreglado para ponerse unos vaqueros y una camiseta. Oye a los agentes entrar en nuestra casa y su expresión se inunda de preocupación.

—¿Van a hacer un registro? ¿Ahora?

Asiento.

—Tardarán un rato. Tú quédate aquí y yo llevo a los niños al colegio.

Como es lógico, los niños están un poco asustados y confundidos por lo que está ocurriendo. Les digo que se vistan y corro a darme una ducha rápida y a cepillarme los dientes. Es demasiado temprano para el colegio, así que quizá los lleve a una cafetería para que desayunen algo. De todos modos, no quiero estar aquí mientras está pasando esto.

Cuando salgo del baño, los dos niños están vestidos y parecen preparados para salir. Ambos están en el dormitorio de Nico, con idéntica expresión de preocupación en sus rostros. Enzo está con ellos, sentado en la cama de Nico y hablándoles en voz baja. Me demoro un momento, escuchando la conversación.

—Papá —gime Ada—, ¿por qué están registrando nuestra casa? ¿Qué buscan?

—No lo sé —responde Enzo—. Pero no van a encontrar nada interesante. Así que vamos a dejar que terminen y, después, todo se habrá acabado.

—¿Estás metido en algún lío? —insiste ella.

—No. —Su voz suena firme—. En ningún lío.

A continuación, les habla a los dos en italiano, lo que implica que ellos le entienden pero yo no. No sé qué les dice; sin embargo, lo que quiera que sea, consigue arrancar una pequeña sonrisa a Ada. Nico, por el contrario, mantiene una expresión de preocupación.

—¡Muy bien! —exclamo con una palmada—. ¿Quién quiere que vayamos a comer tortitas con pepitas de chocolate?

Hubo un tiempo en el que Nico habría vendido su Nintendo por unas tortitas con pepitas de chocolate. Pero ahora los dos se quedan mirándome, sin ningún tipo de entusiasmo ante la perspectiva de desayunar chocolate.

Antes de que yo pueda sacarlos de la casa, Enzo me agarra. Se inclina sobre mi oído y me susurra:

—No te preocupes. Todo esto terminará pronto.

Ojalá pudiera creerle.

Los niños apenas hablan de camino a la cafetería y, aunque sí que pedimos las tortitas con pepitas de chocolate de rigor, los dos se limitan a mirar fijamente los circulitos marrones y a darles vueltas por sus platos sin ninguna gana. Ada tiene ojeras y Nico un poco de baba seca en la comisura de los labios.

—¿Queréis más sirope? —les pregunto.

Levanto el bote de sirope de arce, dispuesta a empaparles los platos con él si hace falta para que coman.

—Mamá —dice Ada—, ¿la policía cree que papá ha matado al señor Lowell?

—No —me apresuro a contestar.

—Entonces ¿por qué están registrando nuestra casa? —pregunta Nico.

—Pues la están registrando para demostrar que él no ha matado al señor Lowell —respondo.

—Eso no tiene sentido —dice Ada. Nico asiente también.

—Vale, de acuerdo. —Era mucho más fácil cuando eran pequeños y se creían todo lo que les decía. Bueno, en realidad, eso casi nunca ocurría—. La cuestión es que todos sabemos que vuestro padre jamás haría daño a nadie. A menos que tuviera que protegernos, ¿verdad?

Me enorgullece ver lo rápido que los dos asienten.

—Entonces, no importa que estén registrando nuestra casa —continúo—. Porque vuestro padre no ha hecho nada malo. Así que no es posible que vayan a encontrar nada.

Mientras pronuncio estas palabras, hago todo lo que puedo por creérmelas. Si dejo que mis dudas tiñan mi voz, los niños lo van a notar. Y, ahora mismo, lo que necesito es que crean que su padre es inocente.

—Todo va a salir bien —les aseguro.

Pero, a pesar de que esas palabras salen de mi boca, sé que no son verdad. Y que las cosas están a punto de empeorar.

55

Después de dejar a los niños en el colegio, hago una parada de camino a casa.

En parte, porque no quiero llegar en mitad del registro. Y, también, porque hay una cosa que tengo que saber. Algo a lo que no dejo de darle vueltas. Algo que me perturba y en lo que no voy a poder parar de pensar hasta que haga esta parada técnica.

Encuentro en mi bandeja de entrada la dirección que busco. Está unos dos pueblos más allá, en un barrio en el que Enzo y yo estuvimos mirando casas. Vimos una preciosa que se acercaba más a nuestro presupuesto que la que terminamos comprando, pero el barrio era horrible. Al menos, este es seguro de día. Por lo general.

Aparco delante de una vieja casa blanca que parece muy necesitada de una mano de pintura. Salgo del coche mientras pienso si será seguro dejarlo en la calle. Pero no pasa nada. No voy a tardar mucho.

Me acerco a los escalones delanteros de la casa a la vez que miro por si hay algún perro guardián que vaya a abalanzarse sobre mí. Esta se parece un poco a esas casas en las que hay un aterrador perro guardián que las vigila. Y posiblemente un hombre con una escopeta de cañón recortado.

En fin, sigo prefiriendo estar aquí que volver a mi casa con la policía.

Subo los escalones hasta la puerta delantera. Aprieto el dedo contra el timbre pero estoy casi segura de que está roto. Así que doy golpes con el puño en la puerta. Al ver que nadie responde, golpeo con más fuerza. Veo un Pinto aparcado en el camino de entrada, así que doy por sentado que hay alguien en casa.

Por fin, oigo unos pasos que van sonando cada vez más fuertes tras la puerta.

—Vale, vale. Un poco de paciencia —grita una voz áspera.

Un segundo después, un hombre de sesenta y tantos años abre la puerta. Tiene el pelo blanco y escaso y unas venitas rojas que se le enredan por su protuberante nariz. Aunque estamos a primera hora de la mañana, apesta a whisky.

—Eh…, hola. —Le miro con una sonrisa—. Estoy buscando a… ¿Está Martha en casa?

El hombre me mira entrecerrando sus ojos inyectados en sangre.

—¿De qué conoce a mi mujer?

Dedico un momento a imaginarme a la mujer eficiente y formal que conocí en mi casa casada con este tipo. No me parece que peguen demasiado, pero sé bien que las personas cambian mucho después del «sí, quiero». ¿Cómo sería para ella tener que volver a casa cada noche con este hombre?

No puedo evitar sentir una oleada de compasión por la mujer a la que acusé de robarme. Aunque, para ser justos, sí que me robó.

—Pues…, eh…, venía a limpiar a mi casa. —Me maldigo en silencio por no haberme preparado una historia—. Se dejó el abrigo y quería devolvérselo.

No importa que no haya traído ningún abrigo. Cuento con el hecho de que este tío está demasiado pedo como para darse cuenta. Solo quiero hablar con Martha para poder confirmar la versión de Enzo. Tengo que saber si me ha contado la verdad.

—Puede quedarse con el abrigo —dice el hombre—. Porque esa zorra me dejó a principios de esta semana. Después de todo lo que he hecho por ella…

Suelta una tos seca y yo doy un paso atrás.

—¿Quiere decir que se ha ido de casa?

—¿Es que la ve usted por aquí? —pregunta con un gruñido—. Si la encuentra, dígale que va a tener que arrastrarse un poco cuando vuelva.

Por el bien de Martha, adondequiera que la llevara Enzo, espero que nunca vuelva por aquí. Ojalá se haya ido para siempre.

El hombre cierra con un portazo en mis narices y yo regreso al coche, que milagrosamente no me han robado en los dos minutos que me he alejado de él. Pero esta vez camino algo más ligera. No me

había creído por completo la historia de Enzo sobre Martha, pero parece que todo coincide. Si apareció por aquí a verla, comprendo que se preocupara. Y, si ella salió a abrir la puerta con magulladuras en la cara, él no habría sido capaz de irse sin intentar ayudarla. Porque no pudo ayudar a su hermana a tiempo y eso le ha estado carcomiendo durante las dos últimas décadas. Siempre me ha encantado de él su deseo de ayudar a mujeres en peligro y es una pasión que compartimos.

Quiero confiar en él. Quiero confiar en mi marido con todo mi ser.

56

La policía registra nuestra casa durante varias horas.

Cuando terminan, la casa está hecha un desastre. Como era de esperar. Ninguno de los dos trabajamos hoy, pues yo me había tomado el día libre y Enzo ha dejado que sus empleados se encarguen de su trabajo, así que nos ponemos a recogerlo todo. Solo espero que hayamos podido terminar antes de que el autobús escolar traiga a los niños de vuelta a casa. Si entran y ven este lío, se van a asustar.

Enzo y yo limpiamos en silencio. Ahora estamos con la cocina, guardando las ollas y sartenes que habían dejado tiradas por el suelo. Es casi como si estuviésemos de nuevo sacando las cosas de las cajas.

Aunque no debería decir nada, hay una pregunta que me da vueltas en la mente y, antes de poder detenerme, la suelto:

—Enzo, ¿le dijiste a Suzette que te habías casado conmigo solo porque estaba embarazada?

Su cuerpo se queda rígido.

—¿Qué?

—¿Le contaste que me habías dejado preñada?

—No, yo no le dije eso. —Se rasca el mentón—. ¿Por qué piensas que se lo iba a contar?

—Porque ella lo sabía. Y, desde luego, yo no se lo he contado. ¿Cómo es que lo sabía?

—Ada tiene once años. Llevamos casados menos de doce años. —Levanta un hombro—. Habrá hecho las cuentas.

Puede que sí. Es muy posible que yo le haya mencionado que llevamos once años casados. Debería ser más cuidadosa con lo que le voy contando a gente como Suzette. Está claro que estaba analizando cada palabra.

Me mira entrecerrando los ojos.

—¿Cuándo has hablado de eso con Suzette?

No puedo contarle que anoche entré a hurtadillas en su jardín trasero. Se pondría furioso.

—Fue hace tiempo. Es solo que me he acordado ahora.

—Créeme, Millie. Yo no le voy contando nuestras cosas a nadie. —Se queda mirando la encimera de la cocina con el ceño fruncido—. Han roto tres platos. ¿Lo has visto?

—Te dije que no iban a ir con cuidado.

—¿Eso está permitido, que vayan rompiendo cosas?

No sé qué decir. ¿Qué se supone que debemos hacer? ¿Denunciarlos a la policía?

—¿Sabes si han encontrado algo? —le pregunto.

—No. No han encontrado nada porque no hay nada que encontrar. —Aprieta los puños con gesto de frustración—. ¡Han roto también una taza! ¡Es absurdo!

—Enzo, ¿por qué no dejas que yo termine la cocina? Tú puedes encargarte de ordenar los dormitorios, ¿vale?

—Muy bien —refunfuña.

Se va y me deja sola limpiando la cocina. Menos mal, porque estoy segura de que han roto muchas más cosas aquí. En los dormitorios hay menos cosas que se puedan romper.

Mientras estoy retirando los restos de los platos rotos, suena mi teléfono. Tiene el prefijo 718, lo que significa que no se trata de alguien de la isla.

Cojo la llamada.

—¿Millie?

Es la voz de Cecelia. La reconozco de ayer. Todavía no me acostumbro a lo diferente que suena de la niña que era antes.

—Hola, Cecelia —respondo—. Eh…, supongo que te has enterado de lo que ha pasado.

—Sí. He hablado con Enzo esta mañana. No estaba nada contento.

—Nos ha pillado por sorpresa —digo—. No esperábamos que ocurriera esto. Pensábamos que encontrarían a otro sospechoso.

—Ah, no —responde Cecelia— Ahora mismo están centrados en Enzo.

—¿Has mirado en el jardín trasero de los Lowell? —le pregunto—.

Yo me he acercado y está claro que hay un sitio por el que es posible entrar sin pasar por delante de la casa.

—Sí, he podido confirmarlo. Pero eso ahora resulta irrelevante.

—¿A qué te refieres?

—A que cuando han registrado vuestra casa han encontrado algo.

¿Qué? Enzo ha dejado muy claro que no iban a encontrar nada que le pudiera incriminar.

Siento un nudo en el estómago.

—¿Qué han encontrado?

—No lo sé. —Suelta un suspiro—. Ahora mismo está siendo tremendamente difícil que den ninguna información, pero he podido enterarme de eso por uno de mis contactos. En estos momentos están haciendo algunas comprobaciones, pero mi contacto ha dicho que creen que es «pan comido».

¿Pan comido?

Dios mío, ¿y si han encontrado la camiseta con la sangre? Enzo me juró que la sangre era suya, pero si dicen que es pan comido…

—¿Lo sabe Enzo? —pregunto.

—Sí. Acabo de hablar con él, pero quería que tú también lo supieras, porque no me ha parecido que él te lo fuera a contar. —Vacila un poco—. Todo esto es confidencial, por supuesto. Se supone que yo no debería conocer esta información y, menos aún, contárosla a ninguno. ¿Puedo confiar en que esto quede entre nosotras, Millie?

—Claro —contesto.

—Tanto Benito como yo estamos pendientes. —A pesar del hecho de que todo se esté derrumbando a mi alrededor, no parece que Cecelia esté nada inquieta. Y su confianza me tranquiliza un poco—. Si nos enteramos de que consiguen una orden de arresto, te llamaré de inmediato.

La idea de que detengan a mi marido me resulta de lo más aterradora. De repente, el nudo en la garganta me impide responder.

—Millie. —La voz de Cecelia suena firme—. Vamos a resolver esto. Te lo prometo. ¿Me crees?

—Pero… —consigo decir—. ¿Y si…?

Ni siquiera puedo terminar la frase. De todos modos, no sé qué voy

a decir.

¿Y si es verdad que mi marido estaba teniendo una aventura con Suzette Lowell?

¿Y si es verdad que Enzo ha matado a Jonathan Lowell?

¿Y si es verdad que lo terminan encerrando? ¿Qué narices voy a hacer yo? ¿Qué les voy a decir a nuestros hijos?

—Millie —dice Cecelia con esa voz segura y resuelta tan propia de ella—. Tienes que confiar en mí. Porque yo confío en ti. Confío en Enzo. Superaremos esto.

—De acuerdo —asiento—. Confío en ti.

Solo que ¿cómo vamos a superarlo exactamente? Si encontraron esa camiseta, llena de sangre de Jonathan, Enzo está metido en un buen lío. Tengo que confiar en que se deshizo de esa camiseta. Que la dejó en algún sitio donde nunca la podrán encontrar.

Ni siquiera se me ocurre que han encontrado algo mucho peor.

57

No le menciono a Enzo mi conversación con Cecelia.

Lo cierto es que me da miedo hablar de eso con él. Cuando viene a la cocina para ayudarme a poner la mesa, abro la boca una docena de veces, pero no me salen las palabras. Algo terrible va a pasar y casi tengo la sensación de que hablar de ello lo va a hacer realidad.

Cuando los niños llegan a casa, actuamos como si todo fuese normal. Actuamos como si la policía no acabara de poner la casa del revés buscando pruebas de un asesinato. Si existe alguna posibilidad de que vayan a arrestarlo pronto, más razón aún para que sigamos ciñéndonos a la normalidad mientras podamos. Enzo incluso se las arregla para convencer a Nico de salir al patio trasero a jugar al béisbol, la primera vez desde el incidente de la liga infantil.

Sin embargo, Enzo dedica mucho más tiempo del habitual a la rutina de meterlos en la cama. Iba a dejar que él fuera antes, pero, cuando veo que lleva ya media hora con Ada, decido entrar para dar las buenas noches a Nico. Es bastante tarde y es posible que se quede dormido pronto si no voy.

No obstante, cuando entro en el dormitorio de Nico, no parece que esté a punto de quedarse dormido. Está sentado en la cama, leyendo un cómic. El terrario donde vivía Kiwita sigue junto a su cama pero, claro, ahora está vacío.

—A acostarse. —Le quito el cómic de las manos y lo dejo sobre su escritorio—. Es hora de dormir.

—No estoy cansado.

—Apuesto a que estás más cansado de lo que crees.

—Yo apuesto a que no.

Sin embargo, apoya, obediente, la cabeza en la almohada. Apago la lámpara, pero la luz de la luna sigue entrando por la ventana que está junto a su cama. Aunque tenemos estores, normalmente los deja

subidos. El blanco de sus ojos casi parece brillar con la luz de la luna.

—Mamá —dice.

Me siento en el borde de la cama.

—¿Sí?

—¿Crees que, si alguien hace algo malo, eso le convierte en una mala persona?

—Bueno, ¿cómo de malo es lo que ha hecho?

Sus ojos se abren aún más.

—Algo malo de verdad.

Debe de estar pensando en su padre. Para él debió de ser estremecedor despertar esta mañana con la policía en nuestra casa. ¿Qué pensará si arrestan a Enzo?

Me está mirando, a la espera de una respuesta. Después de todo lo que he pasado a lo largo de mi vida, tengo una opinión muy clara al respecto. He hecho cosas malas. Algunas malas de verdad. He matado a alguien. En realidad, a más de uno.

Pero Nico no lo sabe. Se lo hemos ocultado a nuestros hijos. Seguramente, un día de estos lo averiguarán. Y me aterra que, cuando eso pase, me odien.

—Creo que una persona puede hacer cosas malas y, aun así, seguir siendo buena —digo—. Siempre que esa cosa mala que ha hecho haya sido por un buen motivo.

—¿Se puede hacer algo malo por un buen motivo?

—Por supuesto. Por ejemplo, los dos sabemos que mentir está mal, ¿verdad?

Asiente.

—Pero ¿y si Ada se hace un corte de pelo que le queda mal y te pregunta qué te parece y tú le dices que le queda bien porque no quieres herir sus sentimientos? Eso sería mentir, pero sería por un buen motivo. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Sí…

—¿Responde eso a tu pregunta?

—La verdad es que no —contesta—. Porque mentir por un corte de pelo no es algo tan malo.

Un escalofrío me recorre la espalda.

—¿Y a qué tipo de cosas te refieres tú?

«¿Dónde estuviste todas esas veces que juraste que estabas con Spencer Archer?».

Observo el rostro de mi hijo con la esperanza de adivinar qué es lo que va a decir. Pero se limita a encogerse de hombros. Lo que sea que haya hecho, no lo va a contar.

Antes de que pueda seguir indagando, llaman a la puerta. Es Enzo, listo para su turno de dar las buenas noches. Sigo sin estar segura de qué era lo que me preguntaba Nico. Es como si tuviese algo muy específico en mente, pero no parece que vaya a contarme qué es. Puede que Enzo sepa responder mejor que yo a sus preguntas.

58

No es muy habitual que los cuatro estemos reunidos en torno a la mesa del desayuno.

Como los niños no se comieron ayer sus tortitas, hoy estoy preparando otra vez tortitas con pepitas de chocolate. No tiene ningún mérito. Estoy usando la masa de tortitas que venden en el supermercado y lo único que debo hacer es añadir agua y mezclar. Después, vierto unos círculos pequeños en la sartén con mucho aceite. Utilizo demasiado aceite para mis tortitas. Prácticamente, las frío, pero a los niños les encantan. Lo cierto es que a Enzo también.

Y, después, mi toque final son las pepitas de chocolate. Pongo unos ocho o nueve trocitos en cada tortita. Intento que las pepitas de chocolate parezcan caras sonrientes. Lo consigo solo en parte.

—Huele bien, Millie —dice Enzo. Su voz suena alegre pero, como poco, debe de estar algo asustado después de lo que Cecelia le contó ayer.

Por fin, coloco sobre la mesa cuatro platos rebosantes de tortitas. Los niños les hincan el diente con más entusiasmo que ayer. Para ellos, todo este asunto de la policía se ha acabado.

—Ahora está lloviendo, pero por la tarde parará —comenta Enzo—. Nico, deberíamos practicar otra vez el béisbol cuando vuelva del trabajo.

—¿Crees que me dejarán volver al equipo el año que viene? —pregunta Nico con la boca llena de tortitas.

No conozco bien las normas, pero, después de dar un puñetazo a un niño en el estómago, es posible que a Nico le prohíban participar toda su vida.

—No estoy seguro —responde Enzo—. Pero a lo mejor podemos probar con el fútbol en verano. Hacer que seas tan bueno como en béisbol. ¿Vale?

Nico asiente.

—¡Vale!

Este es el momento familiar tan calmado y perfecto con el que había soñado la primera vez que vi esta casa. Nosotros cuatro, sentados en la cocina alrededor de la mesa del desayuno y comiendo tortitas. Si pudiese elegir una foto de la familia, sería de este mismo momento.

Y, entonces, suena el timbre de la puerta, echándolo todo a perder.

—Voy yo. —Enzo se levanta de un salto de su silla tan rápido que me preocupa que ya sepa quién es quien llama—. Ahora mismo vuelvo.

Por supuesto, voy detrás de él. Lo que sea que vaya a pasar, quiero saber qué es. En este momento, estoy bastante segura de que nada bueno nos espera al otro lado de esa puerta.

Cuando salgo al vestíbulo, Enzo ya ha abierto la puerta de la casa. Cecelia está ahí, con su traje pantalón empapado, su pelo rubio aplastado sobre la cabeza por la lluvia. Si llevara maquillaje, se le estaría corriendo por la cara.

—Entra —le dice Enzo—. ¡Estás empapada!

Aunque Cecelia está chorreando, apenas parece darse cuenta cuando pasa junto a nosotros por el vestíbulo.

—Me alegra haber llegado a tiempo. Tenemos que hablar.

Miro hacia la cocina para asegurarme de que los niños no están en la puerta escuchando. Tengo la sensación de que, lo que sea que Cecelia vaya a decir, es preferible que lo niños no lo oigan.

—¿Quieres sentarte? —le pregunto—. Puedo traerte una toalla o…

—La policía viene de camino para arrestarte, Enzo —me interrumpe Cecelia.

Pese a que ayer me lo advirtió, esta revelación me deja sin respiración. Enzo parece igual de impactado.

—Me han avisado esta mañana por cortesía. —Se aparta unos mechones de pelo mojado de la cara—. Han pedido una orden de arresto para ti y estoy segura de que llegarán aquí enseguida. He venido lo más rápido que he podido para que podamos hablar antes de que eso ocurra.

—¿Por qué? —grita él—. ¿Qué es lo que tienen? No tienen nada.

—Benito me ha pasado una información —contesta ella—. Hemos hablado mientras yo venía con el coche. Como te dije ayer, sí que encontraron algo cuando estuvieron aquí. Encontraron lo que creen que es el arma del crimen.

—¡Eso es absurdo! —despotrica Enzo—. ¿El arma del crimen? ¿Qué? ¿Un cuchillo de nuestra cocina?

—No, una navaja —responde Cecelia—. Tenía tus iniciales: E. A. La han encontrado en un cajón.

Giro la cabeza para mirar a mi marido. Conozco esa navaja. La que le regaló su padre. Siempre la lleva encima.

—Y parece como si la hubiesen limpiado —añade ella—, pero aún le quedan rastros de sangre. Han hecho un análisis rápido de ADN y esta mañana han recibido el resultado y se corresponde con Jonathan Lowell.

Enzo se queda boquiabierto. Se deja caer contra la pared, como si las piernas estuviesen a punto de ceder. De todas las pruebas que tenían contra él, esta es con diferencia la peor. Pero debe de haber alguna razón. Debe de haber algún motivo por el que en su navaja hay sangre de Jonathan. Necesito oír su explicación.

Necesito oírla ya.

—¿Enzo? —susurro.

—Yo… —Parpadea unas cuantas veces—. Creía que la había limpiado del todo.

¿Qué?

Se incorpora y toma aire, tembloroso.

—Lo siento mucho, Millie —dice—. No he sido sincero contigo. He sido yo quien ha matado a Jonathan.

59

He sido yo quien ha matado a Jonathan».

Recordaré cómo mi marido pronunciaba esas palabras hasta el día que me muera.

Hasta este momento, Cecelia parecía mantener una absoluta confianza y control de la situación, pero esta confesión la ha impactado.

—Enzo, ¿estás diciendo que…?

—Lo siento mucho —responde él en voz baja—. He hecho una cosa horrible. Siento haber mentido. Pero… ahora voy a hacer las cosas bien. Confesaré.

—¿Qué estás diciendo? —Casi estoy gritando, con la suficiente fuerza para que los niños lo oigan, pero no puedo evitarlo—. ¿Por qué vas a hacerlo?

Él baja la mirada.

—Lo siento mucho. Lo he hecho por nosotros…, por el dinero del seguro. Estábamos arruinados y…

Cecelia no sabe qué decir. Y, la verdad, yo tampoco. Tengo muchas preguntas. Si lo ha hecho por el dinero del seguro, ¿significa eso que Suzette estaba implicada? ¿La van a arrestar también a ella? No se me ocurre siquiera por dónde empezar pero, en ese momento, suena el timbre de la puerta y me doy cuenta de que no tengo tiempo para hacer ni una sola pregunta.

Cecelia se pone en alerta.

—Es la policía —dice.

El pánico inunda el rostro de Enzo.

—Millie, ¿puedes llevarte arriba a los niños, por favor? No quiero que lo vean.

El timbre vuelve a sonar seguido de unos golpes en la puerta. Yo tampoco quiero que los niños lo vean. Pero no parece que disponga de

mucho tiempo.

«Ay, Enzo, ¿en qué estabas pensando?».

Casi doy un traspiés de camino a la cocina, donde los niños siguen comiendo sus tortitas. Dios, ojalá pudiera dejarles terminar esas tortitas. Pero no hay tiempo.

—Chicos —digo—, tenéis que subir los dos a vuestras habitaciones y cerrar las puertas. Ahora mismo.

Hubo un tiempo en el que a una orden así le habrían seguido gimoteos y protestas. Pero, en este momento, lo entienden. Dejan sus platos y suben corriendo. Las dos puertas suenan con un golpe una tras otra.

Cuando vuelvo, Enzo y Cecelia no han abierto aún la puerta. Están esperando a que yo lo despeje todo. Enzo parece estar a punto de desmayarse, pero se recompone y abre la puerta de la casa. A nadie sorprende ver ahí al inspector Willard con esa habitual expresión lúgubre en su rostro que he llegado a aborrecer.

—Enzo Accardi —dice—, queda usted arrestado por el asesinato de Jonathan Lowell.

Cuando el inspector le coloca las esposas a mi marido en las muñecas, me alegro de que los niños estén arriba y no lo presencien. Sé qué se siente al llevar unas esposas en las muñecas. Recuerdo cómo el metal se apretaba contra mi piel y que, al caminar, estuve a punto de perder el equilibrio. Sé qué se siente cuando la policía te lleva esposado. Veo ese dolor en los ojos de Enzo.

Y a él le quedan muchas más esposas en el futuro. Toda una vida.

—Te quiero, Millie —me grita Enzo en el momento en que se lo llevan.

No pone ninguna excusa. Ya no finge que es inocente. Lo único que dice en su defensa son esas tres palabras.

—¡Enzo! —grita Cecelia a su espalda, sacando la cabeza bajo la lluvia—. ¡No les digas una sola palabra sin que esté yo presente! ¿Me oyes? ¡Ni una palabra! ¡Te veré allí!

Veo cómo el inspector se lleva a mi marido hasta el coche de policía. Le empujan al asiento trasero y algo en mi interior se rompe. Nunca más voy a volver a casa y encontrar en ella a mi marido. La

próxima vez que le vea, será en la cárcel.

Casi con toda seguridad, pasará el resto de su vida entre rejas.

Cecelia cierra la puerta de nuestra casa y se apoya contra ella a la vez que niega con la cabeza. Se aparta un mechón de pelo mojado de los ojos.

—No me puedo creer lo que acaba de pasar. Estoy alucinando.

—Sí —consigo contestar.

—Hay algo que se nos escapa. —Se queda mirando fijamente por la ventana hacia el coche de policía que aleja a mi marido de nosotras, como si en él pudiera estar la pista—. No nos lo está contando todo. Él no mataría por dinero. No me lo creo ni por un momento. Debe de haber otro motivo.

—Puede ser…

Solo que ella no sabe cuánto deseábamos esta casa. Incluso con un diez por ciento por debajo de lo que pedían, seguía sin entrar en nuestro presupuesto pero, aun así, la compramos. Lo celebramos cuando nos dieron la hipoteca, pero ahora desearía que el banco nos hubiese rechazado. Podríamos haber seguido buscando. Podríamos haber encontrado algo igual de bueno donde no tuviésemos que estar continuamente sufriendo por pagar las facturas.

—No te asustes, Millie —me dice—. Yo me encargo.

La fulmino con la mirada.

—Mi marido acaba de confesar un asesinato, Cecelia.

Cuesta evaluar qué es lo peor de todo esto. Es espantoso en todos los aspectos imaginables. Pero lo peor es pensar que Enzo le hiciera eso a Jonathan. No es que pegara a Jonathan un tiro desde el otro extremo de la habitación. Enzo se acercó hasta él con su navaja y le rebanó el cuello de lado a lado. ¿Qué tipo de persona hace eso?

Pero Enzo ha hecho muchas cosas a lo largo de su vida que yo jamás habría creído. No podía imaginarme a mi marido rompiéndole los dedos a alguien por órdenes de un mafioso, pero resulta que eso forma también parte de su historial. Al parecer, es del tipo de hombres que podría rebanarle el cuello a otro.

Al fin y al cabo, lo ha hecho. Lo ha confesado.

Se oye una puerta que se cierra de golpe arriba. Uno de los niños ha

debido de salir de su habitación y ha visto cómo la policía se llevaba a su padre. Ahora voy a tener que enfrentarme a ello. Voy a tener que contarles a los dos lo que ha pasado.

—Será mejor que vaya a la comisaría—dice Cecelia—. ¿Estarás bien, Millie?

Por supuesto que no. Pero ahora mismo no hay nada que ella pueda hacer por mí.

—Ve a la comisaría.

Asiente.

—Recuerda. Esto aún no ha terminado. Voy a ayudarle.

—Gracias —contesto, aunque ¿qué puede hacer por nosotros en esta situación? No ha sido en defensa propia. Se trata de un asesinato en primer o en segundo grado. Cualquiera que sea el caso, va a perder su libertad para siempre.

Cecelia se despide de mí con un abrazo y me promete ponerse en contacto conmigo para ir informándome. Pero, cuando se va y la casa vuelve a quedarse en silencio, pienso en la realidad de mi situación.

Enzo se ha ido.

Y ahora tengo que contárselo a los niños.

Mientras subo por las chirriantes escaleras hasta la planta de arriba de nuestra casa, se me ocurre que no hay forma alguna de que podamos seguir pagando los recibos de la hipoteca. Lo primero que vamos a tener que hacer es volver a poner esta casa en venta. No sé dónde podremos permitirnos una casa solo con mis ingresos.

Empiezo primero por la habitación de Nico porque era el más preocupado de mis dos hijos, pero entonces oigo los sollozos que vienen de la habitación de Ada. Esa niña siempre se lo toma todo a la tremenda. Y, en esta situación, no la culpo. Llamo a la puerta y, como no contesta, entro de todas formas.

Ada está tumbada en su cama, llorando sobre la almohada, mientras sus estrechos hombros se agitan con fuerza. De hecho, todo su cuerpo se está agitando. El año pasado, en el hospital, vi a una persona que sufría un ataque y esto no se diferencia mucho de aquella imagen. Ada siempre ha sido la princesita de su padre y se le va a venir el mundo abajo cuando sepa lo que ha hecho. El simple hecho de verla llorar

hace que las lágrimas que he estado conteniendo asomen a mis ojos.

«Enzo, ¿cómo has podido hacernos esto? ¿Cómo?».

—Ada. —Me siento en el borde de su cama y le acaricio su suave cabello negro—. Ada, cariño… Te dije que no salieras.

Ella murmura algo contra la almohada que apenas consigo entender.

—No pasa nada. —Vuelvo a acariciarle el pelo—. Todo se va a solucionar.

No sé a quién estoy tratando de convencer. Si es a ella, no está funcionando. Y tampoco me estoy convenciendo a mí misma. Debería quedarme callada y ya está.

Ada se mueve en la cama y se gira para mirarme con los ojos hinchados y enrojecidos.

—Creen que papá ha matado al señor Lowell.

Mi primera reacción es mentirle, pero ¿qué sentido tiene?

—Sí. Así es.

Las lágrimas le caen por las mejillas.

—¡Pero él no ha sido!

Esta parte va a ser dura para ella, pero tendrá que saberlo antes o después. Más vale que se entere por mí a que lo lea en internet o se lo oiga a alguna amiga.

—Ada, cariño, lo ha confesado —le digo—. Les ha confesado que ha matado al señor Lowell.

—¡Pero él no ha sido! —grita—. ¡Sé que él no ha sido!

Intento colocar una mano sobre su hombro, pero ella me la aparta.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque he sido yo la que le ha matado —responde mi hija.

TERCERA PARTE

60

ADA

Me llamo Ada Accardi y tengo once años.

Tengo el pelo negro y mis ojos son, en realidad, marrones, solo que hay gente que dice que también son negros. Tengo un hermano que se llama Nicolas y tiene nueve años. Hablo dos idiomas con fluidez: inglés e italiano. Mi comida favorita son los macarrones con queso, sobre todo como los prepara mi madre. Mi libro favorito es *Hijas de Eva*, de Lois Duncan. Mi helado favorito es el de sabor a galleta.

Además, he matado a mi vecino de al lado, Jonathan Lowell.

Una cosa más:

No lo lamento.

Cómo matar a tu baboso vecino de al lado: manual de Ada Accardi, quinto curso

Paso número uno: deja atrás tu casa y todo lo que te gusta

Nos mudamos mañana.

Mamá y papá se muestran de lo más entusiasmados con esto. Sobre todo, papá. No deja de decir que vamos a vivir en una casa nueva y estupenda y que nos va a encantar. Actúan como si estuviesen haciendo algo maravilloso por nosotros, pero yo no me quiero mudar. A mí me gusta el Bronx. Todos mis amigos viven aquí. Incluso me gusta este apartamento que dicen que es «demasiado pequeño».

Pero cuando se tiene once años, no hay elección. Si tu madre y tu padre te dicen que hay que mudarse, no queda otra.

En fin, que esa es la razón por la que no puedo dormir.

Llevo despierta en la cama desde hace una hora, mirando al techo. Me gusta mi techo. Tiene un montón de grietas en la pintura, pero esas grietas me resultan familiares. Por ejemplo, hay una grieta justo en el centro que tiene forma de cara. Le he puesto el nombre de Constance.

Voy a echar de menos a Constance cuando nos mudemos.

—Nico —susurro en la oscuridad.

Según mis padres, uno de los defectos de nuestra casa es que Nico y yo tenemos que compartir habitación. Y que, como él es un niño y yo una niña, no deberíamos tener que compartirla. Pero papá colgó una cortina en medio de la habitación y queda bien. No me importa compartir habitación con Nico. Me gusta saber que cuando me voy a la cama él está conmigo en la habitación, al otro lado de la cortina.

—Sí —contesta Nico susurrando también.

Está despierto. Bien.

—No puedo dormir.

—Yo tampoco.

—Ojalá no tuviéramos que mudarnos.

El colchón de Nico chirría muy fuerte siempre que se da la vuelta.

—Ya. No es justo.

En cierto modo, me hace sentir mejor que Nico tampoco quiera marcharse. Porque mamá y papá están de lo más emocionados. Cualquiera diría que nos vamos a mudar a Disneylandia.

Pero para él no es tan malo como para mí. Para Nico siempre es más fácil hacer amigos. Nico cae bien a todo el mundo enseguida. Pero yo he tenido las mismas dos mejores amigas, Inara y Trinity, desde la guardería. Además, solo me quedan tres meses para acabar primaria y voy a perderme la graduación de mi clase. En lugar de eso, me voy a graduar con una panda de niños que ni siquiera conozco.

—Quizá sea un espanto y mamá y papá quieran que volvamos aquí —dice Nico.

—Probablemente no. Creo que esa casa nueva es muy cara.

—Ya. Decían que ni siquiera pueden permitirse pagar la discoteca.

—¿Te refieres a la hipoteca?

—¿No es lo mismo?

Yo no sé qué es la hipoteca, pero sí sé que no es lo mismo que la discoteca. Vamos, que estoy bastante segura.

—Nos va a tocar vivir en esa casa nueva hasta que vayamos a la universidad.

Se queda callado al otro lado de la cortina.

—Bueno, a lo mejor no está tan mal. A lo mejor nos termina gustando.

Me cuesta imaginármelo. Me cuesta imaginarme haciendo amigos nuevos y acostumbrándome a vivir en una casa grande y siniestra.

—Nico —digo.

—Ajá.

—¿Puedo abrir la cortina?

La cortina que separa los dos lados de la habitación la pusieron, en realidad, por mí. Cuando papá la colocó, mamá me dijo que lo hacían porque «ya eres una jovencita y necesitas intimidad». Pero yo casi prefiero que la cortina esté siempre abierta por la noche.

—Vale —contesta Nico, conforme.

Salgo de la cama y descorro la cortina. Nico tiene una colcha de Super Mario Bros. subida hasta el cuello y el pelo alborotado. Me saluda con la mano y yo respondo igual.

Recuerdo el día en que mamá y papá trajeron a Nico a casa desde el hospital. Mamá dice que no es posible que me acuerde de eso porque solo tenía dos años y mi cerebro no podía todavía formar recuerdos, pero juro que me acuerdo. Mamá lo metió en la casa en su pequeño transportín para bebés y él era de lo más diminuto. ¡No me podía creer lo diminuto que era! Más pequeño aún que mis muñecas.

Le pregunté si podía cogerlo y mi madre dijo que sí, pero si tenía mucho cuidado. Así que me senté en el sofá y mamá lo dejó en mi regazo. Me dijo que tenía que sujetarle la cabeza, y eso hice. Él parecía estar muy contento de que lo tuviera en brazos aunque, sobre todo, lo que parecía era un viejo. Y luego le puse el dedo en su diminuta boca y él lo chupó. Y yo le dije: «Te quiero, Nico».

Voy a echar de menos tener a mi hermano de compañero de habitación.

61

Hoy es el día de la mudanza.

Papá ha traído un camión grande y lo está subiendo casi todo con un par de amigos suyos con los que trabaja. Mamá no deja de gritar que se va a hacer daño en la espalda y que tenga cuidado, y él le dice que sí, pero nunca se hace daño, así que no sé por qué ella se preocupa tanto. Estoy segura de que él también cree que es una tontería, pero normalmente hace caso cuando ella se enfada tanto.

Mi madre es una madre buena de verdad. Por ejemplo, es del tipo de madres de las que si se te olvida que se suponía que tenías que llevar mañana al colegio una bandeja de barritas de Rice Krispies y es casi la hora de acostarse, sale a comprar los Rice Krispies y los malvaviscos y te las prepara y se asegura de que estén guardadas y listas para llevarlas al día siguiente al colegio. (Esto le pasó a Nico hace poco, así que sé que es verdad). Es como de esas típicas madres que nos quiere y cuida de nosotros.

Pero papá es diferente.

Mi padre puede hacer prácticamente de todo. O sea, mamá puede salir a comprar lo que sea para preparar barritas de Rice Krispies y tenerlas listas para llevar al colegio mañana. Pero si yo le dijera a papá que necesito barritas de Rice Krispies que sean de, no sé, de China, él iría a por ellas. No sé cómo, pero las traería para la hora que yo tuviera que llevarlas al colegio al día siguiente.

Además, conduce una camioneta grande y antes me dejaba montar delante con él, pero luego mamá se enteró y se enfadó. Así que ahora no me deja, porque dice que ella es muy lista y que, si dice que no es seguro, no puedo hacerlo.

Mi habitación de la casa nueva es grande. Es como el doble de grande que la habitación que compartíamos Nico y yo. Papá me dijo que eligiera yo primero mi habitación porque soy la mayor, así que

elegí la de la esquina. Tiene muchas ventanas por las que puedo mirar mientras leo.

Solo que, justo cuando estoy sacando mis libros de las cajas en mi nueva habitación, empiezo a llorar.

Lloro demasiado. Todo el mundo lo dice. ¡Pero no puedo evitarlo! Cuando estoy triste, lloro. Lo que no entiendo es por qué los demás no lloran más a menudo. Ni siquiera Nico llora casi nunca.

Papá pasa junto a mi dormitorio cuando estoy sentada en la cama llorando. Deja inmediatamente la caja que lleva en las manos y viene a sentarse conmigo.

—¿Qué te pasa, *piccolina*? ¿Por qué estás triste?

Yo levanto los ojos para mirarle. Soy casi tan alta como mamá, pero papá es mucho más alto que las dos. Cuando viene a recogerme al colegio, las demás niñas dicen que es muy guapo. Además, la madre de Inara está enamorada de él. Pero yo no pienso eso de él.

—Quiero volver a casa —digo.

Frunce el ceño.

—Pero esta es ahora nuestra casa. Y es una casa mucho mejor.

—La odio.

—Ada, eso no es verdad.

Parece tan decepcionado que no le digo que sí lo digo de verdad. Si pudiese chasquear los dedos y estar otra vez de vuelta en nuestro diminuto apartamento, lo haría en un segundo.

—Mira lo que vamos a hacer —me dice—. Dale una oportunidad a nuestra casa nueva. Y, si dentro de un año la sigues odiando, volvemos a mudarnos allí.

—No, seguro que no.

—¡Que sí! Te lo prometo.

—Mamá no va a dejar que lo hagamos.

Él me guiña un ojo y me contesta en italiano:

—Lo haremos de todos modos.

No le creo, pero hace que me sienta mejor. Además, cuando lo pienso, probablemente tenga razón. Todo será distinto dentro de un año. Puede que, para entonces, a mí me encante estar aquí.

62

Paso número dos: intenta encajar… mal

Yo nunca he sido la chica nueva.

Siempre me sentía mal por el chico nuevo que se ponía de pie delante de la clase y tenía que hablarnos de sí mismo. Y, ahora, soy yo. Estoy de pie delante de una clase llena de alumnos de quinto curso, vestida con el incómodo y áspero vestido rosa que mi madre eligió para mí. Había un bonito vestido blanco y suave en la tienda que yo quería comprar para mi primer día de clase pero, por algún motivo, mi madre no me deja vestir de blanco jamás de los jamases, así que por eso terminamos con este. Y ahora no sé qué decir.

—Adelante, Ada —me dice mi profesora, la señora Ratner—. Háblales a todos un poco de ti.

No me gusta la señora Ratner. Mi antigua profesora, la señorita Marcus, era joven y llevaba siempre unas preciosas gafas púrpura y nos traía caramelos todos los jueves. La señora Ratner tiene como un millón de años y me parece que sus músculos para sonreír quizá estén demasiado viejos como para que le sigan funcionando.

—Me llamo Ada —digo—. Y soy de Nueva York.

Miro a la señora Ratner para ver si con eso es suficiente. No lo es.

—Me gusta leer —continúo—. Y antes iba a clases de ballet. —No he ido a clases de ballet desde que tenía nueve años, pero espero que con eso sea suficiente.

No lo es.

—Mi asignatura favorita es Lengua Inglesa —sigo—. Y mi padre es italiano, así que hablo italiano.

—¿Alguien tiene alguna pregunta para Ada? —dice la señora Ratner dirigiéndose a la clase.

Un niño de la clase levanta la mano.

—Si tu padre es un *alien*, ¿es verde?

—No es un *alien*. Es italiano.

—Has dicho *alien*.

No sé qué responder a eso. Después, llega la segunda pregunta:

—Si eres italiana, ¿cómo es que tu asignatura favorita es Lengua Inglesa?

—Mi padre es italiano —le aclaro—. Yo soy de aquí.

—No, no lo eres —dice otro niño—. Acabas de mudarte aquí. Así que ¿cómo es que eres de aquí?

—Me refiero a que soy de Nueva York, que está aquí —digo.

—Esto no es la ciudad de Nueva York —protesta el primer niño.

—Pero sí es el estado de Nueva York.

—¿Y qué?

La señora Ratner deja que los demás niños me hagan preguntas durante unos minutos más. Me hacen algunas preguntas que no están mal, como cuál es mi película favorita o mi programa de televisión favorito. Pero me hacen muchas otras preguntas raras. En plan, ¿por qué llevo calcetines con un vestido? Y el mismo niño que ha preguntado si mi padre era un *alien* me pregunta también si creo en los extraterrestres y si alguna vez he visto alguno.

Cuando vuelvo a mi asiento, el niño que está a mi lado me mira fijamente. Resulta bastante molesto y, al final, le digo:

—¿Qué pasa?

Y entonces él responde:

—Si eres una *alien*, eres la *alien* más guapa que he visto en mi vida.

Ni siquiera sé qué contestar a eso. Pero entonces la señora Ratner nos manda callar y ya no tengo que pensar en qué responder.

Cuando llega la hora de comer, el niño que estaba sentado a mi lado me sigue a la cafetería. Bueno, se puede decir que yo estoy siguiendo a los demás porque no sé dónde ir, pero a mí me parece como que él me va siguiendo todo el rato. Y luego, cuando me pongo a la cola, él se coloca justo detrás de mí.

—Hola, Ada —dice—. Yo soy Gabe.

—Hola —respondo.

Cuando estaba en la guardería o en primero, todos los niños de nuestra clase eran, más o menos, de la misma estatura. Pero en quinto,

algunos niños son mucho más altos que otros. En plan, niños que solo me llegan hasta el hombro y luego otros como Gabe que son superaltos y que se elevan imponentes por encima de mí.

—¿Y qué te está pareciendo el colegio hasta ahora? —me pregunta.

No me gusta nada. Pero eso no lo puedo decir. Así que me limito a encogerme de hombros.

—Está bien.

—¿Cómo es que te has mudado aquí?

—Mis padres creen que es un buen sitio donde criar a sus hijos o algo así.

—Ah, pues no lo es. —Gabe tiene los ojos saltones y, por un momento, me recuerda un poco a la mantis religiosa que quiere Nico —. ¿Sabes lo de ese niño que desapareció hace unos años? O sea, que un día estaba aquí y al siguiente ya no.

No sé de qué me está hablando. Si este lugar no fuese seguro, mis padres no nos habrían traído aquí.

—¿De nuestro colegio?

—No, vivía en otro barrio cerca, pero todos íbamos juntos al mismo campamento. —Gabe parece demasiado emocionado como para estar hablando de un niño desaparecido—. Se le daba muy bien el tiro con arco, pero yo era mejor nadando. Se llamaba Braden Lundie. Y, como te decía, un día no volvió a casa del colegio y nadie supo nunca qué le pasó.

—Dicen que normalmente suele ser alguien de la familia. —Oí que mi madre le dijo eso a mi padre una vez cuando estaban viendo las noticias y creían que yo no los oía.

—No, no fue eso —insiste Gabe—. Los padres de Braden estuvieron colaborando con la policía y se esforzaron mucho por encontrarle. Pero no lo consiguieron. —Me mira con ojos inquietantes—. Probablemente ya esté muerto.

—A lo mejor se escapó.

—¡Solo tenía ocho años! ¿Adónde iba a ir?

La idea de que un niño de ocho años desapareciera hace que se me ericen los pelos de los brazos. Tengo que asegurarme de esperar el autobús con Nico. Si estamos juntos, no nos pasará nada.

—Si quieres, puedo acompañarte a casa para que no te ocurra nada —dice Gabe.

—Voy en autobús.

Y, aunque no fuera así, no quiero salir con Gabe. Por muchas ganas que tenga de hacer amigos, él es un baboso. Es por su pelo fino y rizado. Además, huele mal. Necesita una ducha. Yo me ducho todas las noches porque mamá dice que es importante oler bien.

—Bueno, a lo mejor puedes venir a mi casa hoy después del colegio —dice.

—No me dejan —contesto—. Se supone que tengo que volver directa a casa después de clase.

—¿Otro día, quizá? —pregunta esperanzado.

—Quizá.

No quiero salir con Gabe ningún día, pero espero que me deje en paz si le digo eso. Pero no me deja en paz. Me habla todo el rato que estamos haciendo cola para la comida y, después, me sigue a mi mesa. La verdad es que no me quiero sentar con él, pero supongo que es mejor que sentarme sola.

63

Nico y yo volvemos juntos a casa en el autobús después del colegio. No me sorprende que él haya hecho hoy un montón de nuevos amigos pero, aun así, se sienta a mi lado.

—¿Qué tal el colegio? —le pregunto.

—Bastante bien —responde—. Hay muchos niños a los que les gusta jugar al béisbol.

Ojalá a mí se me dieran los deportes igual de bien que a Nico. Se me da bien nadar, porque papá me enseñó, pero no es una actividad grupal. Ni siquiera creo que haya un equipo de natación para niños de mi edad. Lo otro que me gusta hacer es leer, y eso tampoco es una actividad grupal.

—Algunos niños van a ir al parque este fin de semana a jugar al béisbol —dice—. A lo mejor mamá me deja ir.

—Pero ten cuidado —le advierto—. ¿Sabías que un niño que se llamaba Braden Lundie desapareció hace unos años? Era más o menos de tu edad también. Nadie sabe qué le pasó.

—¿Y qué?

—¿Y qué? Le pasó algo. A lo mejor alguien lo mató.

—Jo, Ada —dice Nico poniendo los ojos en blanco—. Te preocupas más que mamá.

Puede que tenga razón. No sé por qué me preocupo tanto por las cosas. Ojalá pudiera tener un botón de las preocupaciones y apagarlo.

—Si te preocupa, puedes venir a vigilarme —propone Nico.

Podría hacerlo pero, en realidad, preferiría pasar el rato con chicos de mi edad. Hoy no he hecho ningún amigo. Bueno, excepto Gabe, y de verdad que no quiero pasar ningún rato con él fuera del colegio. Ya es bastante malo tener que verle en el colegio.

—¿Dormiste mejor anoche teniendo una habitación para ti solo? —le pregunto a Nico.

Él se queda pensando un momento y niega con la cabeza.

—No. Tenía miedo. Te echaba de menos.

Me alegra que haya dicho eso. A mí anoche me costó mucho dormirme sola en mi habitación.

—Yo también te echo de menos.

—A lo mejor podemos hacer una fiesta del pijama alguna vez —sugiere—. Puedo llevar un saco de dormir y tumbarme en el suelo de tu habitación.

—O podría dormir yo en tu habitación.

—Podemos turnarnos —dice, contento.

El autobús llega a Locust Street, que es la calle sin salida donde vivimos. Nico y yo bajamos junto a ese tal Spencer que vive al otro lado. La madre de Spencer ya le está esperando y se lo lleva de inmediato a casa, pero nuestra madre nos espera en casa. Yo tengo las llaves en mi mochila y mamá dice que, si no ha vuelto todavía del trabajo cuando lleguemos nosotros, yo debo estar al cargo hasta que ella vuelva.

Al pasar por delante de la casa que está junto a la nuestra veo que hay alguien en la ventana. Debe de ser nuestro vecino. Es un hombre como de la misma edad que papá y, cuando nos ve, nos saluda con la mano. Nico le responde con el mismo gesto y yo también, pero tengo una sensación rara. No sé por qué está ese hombre en la ventana, viendo cómo llega el autobús escolar.

Me resulta extraño.

64

Paso número tres: aprende a vivir en tu nueva casa

Nico se está comportando de forma rara.

Ha estado yendo a la casa de los Lowell después del colegio porque les rompió la ventana jugando al béisbol en el patio de atrás y tiene que recompensarles haciéndoles tareas. En fin, que parece que está yendo todos los días y, después, no vuelve a casa hasta poco antes de que vuelva mamá. Le he preguntado qué tipo de tareas le obligan a hacer y él me ha dicho que solamente limpia. Pero luego, cuando le he preguntado qué es lo que limpia, se ha quedado callado.

Lo que sea que le estén obligando a hacer le está poniendo de mal genio. Ni siquiera tienen un animal al que haya que limpiar. ¿Le están obligando a sacar la basura? ¿A lavar los platos? ¿Le están obligando a subir una roca por una colina y, nada más llegar arriba, la roca vuelve a caer rodando hasta abajo?

Si esto hubiese pasado en los viejos tiempos, cuando compartíamos habitación, yo no tendría más que esperar a que nos acostáramos y entonces le pediría que me lo contara. Pero ahora Nico se encierra en su habitación por la noche y no me cuenta mucho.

Esta noche, durante la cena, apenas ha comido nada. Mamá ha preparado puré de patatas con un montón de mantequilla y sal, como a él le gusta, pero Nico no ha dejado de amontonarlo para darle diferentes formas. Así que, después de la cena, voy a su habitación. Llamo a la puerta, lo cual me resulta raro después de haber compartido habitación tanto tiempo.

—¡Estoy ocupado! —grita.

—¡Soy Ada! —contesto a través de la puerta.

—¡Para ti también!

Entonces pruebo a abrir y veo que está cerrada con pestillo. ¿Por qué tiene un niño de nueve años un pestillo en la puerta? No me

parece que sea prudente.

Ay, no. Empiezo a hablar como mamá. Estupendo, voy a ser como esos padres aburridos. Qué suerte.

Decido que lo mejor va a ser preguntarle cuando vayamos de camino a la parada del autobús a la mañana siguiente. Los pocos minutos que vamos caminando hasta la parada y, después, cuando volvemos a casa, son los únicos momentos del día en los que estamos los dos solos. Pero luego llegamos a la parada y la odiosa señora Archer está allí, mirándonos con ojos asesinos, sobre todo a Nico. El caso es que últimamente Nico ni siquiera me ha esperado para ir andando hasta la parada del autobús. Sale disparado por la puerta por la mañana y apenas me mira mientras esperamos a que llegue el autobús.

Así que, esta mañana, me despierto supertemprano para asegurarme de que no se vaya antes que yo. Cuando bajo, no hay rastro de Nico. Calculo que tengo apenas el tiempo suficiente para desayunar un cuenco de cereales, aunque, cuando llego a la cocina, Martha está limpiando y no quiero cruzarme con ella. Me resulta raro que una mujer venga a limpiar. Cuando vivíamos en el Bronx, solo nuestros amigos ricos tenían ayuda en casa y estoy bastante segura de que nosotros no somos ricos.

—¿Quieres desayunar? —me pregunta Martha.

Asiento.

—¿Me puedes pasar la caja de los cereales?

Martha me mira con los ojos abiertos de par en par.

—¿Cereales para desayunar?

No entiendo por qué parece tan horrorizada. ¿Qué tiene de malo desayunar cereales? O sea, ¿no son para eso los cereales?

Pero, en fin, Martha es rara. Apenas habla, lleva el pelo recogido en un moño tan apretado que parece que le tiene que doler y, además, siempre está mirando a mi madre. O sea, siempre. No tengo ni idea de por qué.

—Puedo hacerte una tortilla con salchichas —me dice—. Eso sí que es un buen desayuno.

Antes de que pueda decirle que no, que no tengo tiempo, abre el

frigorífico y coge el cartón de huevos. Cuando lo está haciendo, la manga de la camisa se le sube y veo que tiene varias magulladuras de color morado oscuro alrededor de la muñeca. Como si llevara una pulsera demasiado apretada.

—¿Te ha pasado algo? —le pregunto.

Se queda inmóvil, con el cartón de huevos agarrado en las manos. Baja la mirada a la muñeca y se tira de la manga para taparse el moretón.

—Yo… No.

—Entonces ¿por qué tienes moretones? —le pregunto, aunque sé que no es asunto mío.

Parpadea varias veces.

—Pues… es que…

De repente, parece enfadada. Me pregunto si Martha está metida en algún tipo de lío y si a lo mejor debería ayudarla. Pero ¿qué puedo hacer yo? Solo tengo once años. Ni siquiera sé resolver mis propios problemas.

Hablando de problemas, mientras trato de pensar qué decirle a Martha, oigo cerrarse de golpe la puerta de la calle. ¡Nico! ¡Ostras, no debería haber dejado que me hiciera ese estúpido desayuno! Ahora va a llegar a la parada del autobús antes de que nos dé tiempo a hablar un segundo.

—Tengo que irme —le digo a Martha. Y ella parece tan aliviada que me alegra no haber dicho nada más. De todos modos, no creo que le apetezca mucho contarle sus problemas a una niña.

65

Hoy, papá me va a recoger en el colegio para llevarme a tomar un helado.

Solía hacerlo cuando vivíamos en nuestro antiguo apartamento. Nico exige mucha atención, así que papá decía que debíamos salir los dos solos. A mí me preocupaba que ya no quisiera seguir haciéndolo después de mudarnos, sobre todo porque está levantando su negocio donde vivimos ahora, pero ayer me dijo que me recogería hoy en su camioneta. Y ahora le estoy esperando en la puerta del colegio.

Nunca han venido a recogerme, solo iba y venía en autobús, así que no estoy del todo segura de dónde esperar. Termino haciéndolo detrás del colegio, porque hay un sitio para que los coches paren ahí. Pero luego todos se marchan y el sitio se queda en silencio y yo no puedo evitar pensar en ese niño, Braden Lundie. El que desapareció.

Pensar en eso me aterra. Porque, cuando desapareces, ¿qué pasa contigo? O sea, no es que desapareciera sin más de la faz de la tierra. No se desintegró. Alguien se lo llevó.

—Ada.

Al principio, me alegra oír la voz de un niño detrás de mí. Hasta que me doy la vuelta y me doy cuenta de que es Gabe. Casi la última persona que quiero ver.

Desde mi primer día de clase hace unas cuantas semanas, Gabe no me ha dejado en paz. Encontré a unas niñas con las que sentarme a comer y él sabe muy bien que no le conviene sentarse con nosotras, pero siempre se coloca detrás de mí en la cola de la cafetería y, luego, me sigue al recreo. Casi nunca hablo con él, así que no entiendo por qué me sigue chinchando.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta—. Creía que cogías el autobús escolar.

—Me van a recoger —contesto—. Solo que no sé dónde está mi

padre.

Y, ahora que estoy mirando, me doy cuenta de que no hay forma de entrar en esta calle desde la carretera principal. Está bloqueada. Así que no hay modo de que mi padre me pueda recoger aquí. Tengo que dar la vuelta y ver si lo encuentro. Y, después, decirle que necesito un teléfono móvil, porque es la verdad.

—Oye, Ada —dice Gabe—. Quería preguntarte una cosa.

No quiero que me pregunte nada.

—Perdona, tengo que ir a buscar a mi padre.

—Vale, pero es que tengo que preguntarte esto. —A Gabe se le da realmente mal aceptar un no por respuesta. Es insufrible—. ¿Crees que te gustaría tener una cita conmigo algún día?

—No me dejan tener citas.

No es una norma oficial, aunque me da la sensación de que lo sería si lo preguntara. Pero no lo voy a preguntar porque no quiero tener ninguna cita con Gabe ni con nadie.

—Bueno, ¿y te parecería bien si te agarrara de la mano?

Esta vez ni siquiera tengo oportunidad de negarme antes de que Gabe alargue su mano para coger la mía. La suya está sudorosa y caliente. Da un poco de asco tocarla. La aparto pero, en lugar de rendirse, me agarra de la muñeca.

—No quiero que nos demos la mano —digo. Aunque él ya no me está sujetando la mano. Me está agarrando de la muñeca.

Gabe sigue sin pillarlo. Sus largos dedos rodean mi muñeca y los aprieta.

—Es solo un par de minutos, Ada. Por favor.

—Me estás haciendo daño —digo con los dientes apretados.

—No, no es verdad —insiste.

Intento tirar de mi mano pero él la tiene bien sujeta. Empiezo a pensar en una cosa que me dijo mi madre sobre que los chicos tienen mucha sensibilidad entre las piernas y que, si les das una patada ahí, te dejarán en paz. Pero, antes de que me dé tiempo a probarlo, nos interrumpe una sarta de palabras furiosas en italiano y, a continuación, la voz de mi padre retumbando: «¿QUÉ TE CREES QUE ESTÁS HACIENDO CON MI HIJA?».

Gabe me suelta la muñeca al instante. Papá viene corriendo hacia nosotros y parece más enfadado de lo que lo he visto nunca. Veo una enorme y aterradora vena que se le marca en el cuello y su mano derecha apretada en un puño. Parece como si deseara coger a Gabe y romperlo por la mitad. Y estoy casi segura de que si quisiera lo haría. O sea, mi padre es superfuerte.

—Lo… lo siento —balbucea Gabe.

—¡No! —Papá me señala con la mano—. ¡Discúlpate con ella!

Gabe está a punto de mearse en los pantalones.

—¡Lo siento, Ada! ¡Lo siento mucho!

Papá parece que apenas puede contenerse de darle una paliza a Gabe hasta dejarlo hecho papilla. Está muy cerca de él y sus ojos oscuros le miran con expresión aterradora. Los míos son del mismo color pero nunca dan tanto miedo como los suyos a veces.

—Si vuelves a tocar a mi hija vas a saber lo que es sentirlo de verdad —le dice papá entre dientes—. ¿Me has entendido?

—¡Sí! —grita Gabe—. Es decir, ¡no! O sea…

Nos mira a los dos y, después, sin decir nada más, sale corriendo todo lo rápido que puede.

Papá parece muy enfadado. No sé si alguna vez lo he visto así. Al principio, su respiración es fuerte pero, luego, se va calmando y va apareciendo una especie de expresión triste en su cara.

—Vamos, Ada —me dice—. Tenemos que hablar. En la camioneta.

¿Está enfadado conmigo? Yo no he hecho nada malo. ¿No? Yo no quería agarrarle la mano a Gabe. Pero puede que él no sepa que yo estaba tratando de soltarme. Aunque no parece que esté realmente enfadado conmigo. Solo parece… cabreado. En general.

Tenemos que recorrer andando todo el camino hasta su camioneta, que está en el aparcamiento del colegio. Debe de haber aparcado y, después, dado la vuelta para buscarme. Me dice que suba y, cuando me dispongo a entrar en la parte de atrás, me dice que me ponga delante.

Sin embargo, cuando ya estamos dentro, no pone el motor en marcha. Se limita a quedarse en el asiento del conductor sin decir nada. Baja la mirada a mi muñeca, por la que Gabe me tenía agarrada.

El lugar donde estaban sus dedos se ha vuelto ahora de un tono rojizo e irritado. Me pregunto si me saldrá un moretón.

—Ada —dice—, eso ha dado miedo.

Asiento.

—Pero no ha pasado nada. Porque has llegado tú.

—Eso es lo que da más miedo —contesta—. Que yo estaba ahí. Pero en la próxima ocasión es posible que no esté. No siempre voy a estar.

Supongo que tiene razón pero, a la vez, es como que siempre está. Cada vez que le he necesitado, él ha estado ahí. Me parece imposible que llegue un momento en que vaya a necesitar a mi padre y él no esté para ayudarme. Como cuando Gabe me estaba molestando y ahí estaba él, saliendo de la nada para ahuyentarlo y salvarme.

—Le dije a mi hermana que yo siempre estaría a su lado —murmura, casi sin que se le oiga—, pero luego…

Sé que la hermana de mi padre se llamaba Antonia y murió antes de que yo naciera. Papá habla a veces de ella y de lo mucho que la quería, pero nunca ha dicho cómo murió. Debió de ser algo bastante malo, porque era muy joven.

—Si un chico te molesta, dile que pare —continúa—. Díselo con firmeza. Asegúrate de que te entiende.

Asiento con gesto serio.

—Pero existe la posibilidad de que no pare. —Las cejas oscuras de papá se juntan y se forma entre ellas una profunda arruga—. Y si pasa eso…

Papá se queda callado un momento mientras piensa algo. Por fin, se mete la mano en el bolsillo y saca la navaja que siempre lleva a todos lados. La que le regaló su padre, con sus iniciales grabadas.

—Mi padre me regaló esto cuando yo tenía tu edad —dice—. Ahora te lo regalo yo a ti.

—¡Papá! —exclamo—. ¡No puedo llevar una navaja! ¡Me puedo meter en algún lío!

—No te meterás en ningún lío si nadie lo sabe —contesta.

Bajo los ojos a la navaja que tiene en las manos. Aunque no debería, estoy deseando cogerla. Siempre me ha gustado esa navaja porque me recuerda a mi padre. Creía que se la regalaría a Nico algún día, pero

me la está regalando a mí.

—¿Qué se supone que debo hacer con esto? —le pregunto.

—Nada —responde—. Llévala contigo pero no la uses nunca. Solo si es necesario.

—Pero… —Me quedo mirando la navaja, que sigue en su mano. La hoja está plegada, pero apuesto a que está afilada—. ¿De verdad crees que yo sabría…?

—Solo si es necesario, Ada —repite. Se toca una zona a la derecha del ombligo—. Clavas la hoja justo aquí. Y después… —Sacude la muñeca—. Giras.

Me quedo mirándolo.

—¿Alguna vez lo has hecho?

—¿Yo? —Sus cejas se disparan hacia arriba—. No, no. Eso es solo… por precaución.

Vuelve a acercar la navaja hacia mí. Esta vez la cojo.

66

Paso número cuatro: empieza a sospechar la terrible verdad

Es sábado por la tarde y estoy en la cocina, intentando decidir si quiero picar algo antes de cenar, cuando Nico entra por la puerta de atrás.

No lo he visto desde esta mañana. Pero últimamente eso no es raro. Antes, pasaba casi cada segundo del fin de semana con mi hermano, pero ahora o está jugando al béisbol o encerrado en su habitación. He conseguido alcanzarle varias veces de camino a la parada del autobús, pero no ha servido de nada. No ha querido hablar.

Así que no es de extrañar que no le haya visto en todo el día. Pero sí que es raro que entre a hurtadillas por atrás. Y aún más que tenga lo que parece una mancha de pis por toda la parte delantera del pantalón.

¿Se ha meado Nico en los pantalones?

—Nico —digo.

Él intenta esconder sus pantalones por detrás de la mesa de la cocina, pero yo ya los he visto.

—¿Qué?

—¿Estás bien?

—Sí —dice—. He estado en casa de los Lowell y me ha salpicado un poco de agua cuando estaba bebiendo.

Pero yo no creo que sea eso. Porque, ahora que está más cerca, también huele a pis. Ve que no le he creído y, en ese momento, aparece en su rostro una expresión de preocupación.

—No se lo digas a nadie, ¿vale, Ada?

—No lo haré —le prometo—. Pero…, o sea…, ¿cómo…?

¿Cómo un niño de nueve años se hace pis en los pantalones? Hubo una época cuando Nico tenía como cuatro años que recuerdo que mojaba la cama, pero de eso hace mucho tiempo.

—Es que me he aguantado demasiado —dice.

Sigo sin entenderlo. Pero parece muy avergonzado y no quiero que lo siga pasando mal.

—Vale.

—¿Juras que no se lo vas a decir a nadie?

—Lo juro.

—Porque si lo haces serás una acusica.

—¡Te he dicho que no lo voy a decir!

Por fin, parece satisfecho y sube corriendo a su habitación para cambiarse. Pero no puedo dejar de pensar en lo que ha pasado. Nico estaba ya actuando de una forma rara y esto ha sido lo más raro de todo. Ojalá hablara conmigo. Ojalá fuera como antes.

Ojalá nunca nos hubiéramos mudado aquí.

67

Al menos, las clases me van bien.

Siempre se me han dado bien los estudios. En mi antiguo colegio, siempre sacaba ES en todo. Es prácticamente lo mismo que un sobresaliente, pero así era el sistema tan raro de calificaciones que usaban en mi colegio para que nadie se sintiera mal por no sacar un sobresaliente. ES equivale a Expectativas Superadas y es la mejor nota que te pueden poner. Yo sacaba ES en todo menos en gimnasia. En gimnasia sacaba EC (Expectativas Cumplidas).

La señora Ratner manda muchos más deberes que la señorita Marcus, pero a mí no me importa hacer deberes. Quiero ser pediatra cuando sea mayor, así que todavía me queda mucho que estudiar. Menos mal que me gustan los deberes.

En mitad de mis ejercicios de matemáticas, me da sed y bajo a por un vaso de agua. Pero lo raro es que, cuando estoy bajando las escaleras, veo que Nico desaparece por la pared.

Tal cual.

Yo no lo sabía pero, al parecer, nuestra pared tiene una puerta secreta. Nico la ha abierto y parece que va a meterse dentro. Antes de que pueda cerrar la puerta, grito:

—¡Eh!

Levanta la cara y me ve. No parece contento.

—Ah. Eres tú.

Bajo rápidamente el resto de los escalones para mirar más de cerca.

—¿Qué es eso?

La puerta está entreabierta y puedo ver el interior. Hay una habitación diminuta, como del tamaño de uno de nuestros baños o quizá algo más grande. No hay gran cosa en ella, solo unos cómics. También está oscura. Solo hay una bombilla que cuelga del techo.

—No puedes contárselo a nadie, Ada —dice Nico—. Este es mi club

secreto.

¿Club secreto? ¿En serio?

—A mí no me parece que esto sea un sitio seguro.

—¡Buah! —exclama—. ¡Hablas igual que mamá!

Lo dice como un insulto pero a lo mejor no es un insulto tan malo que te comparen con la única persona completamente normal y racional de esta familia. Pero no me gusta que se enfade conmigo.

—¿Puedo entrar? —pregunto.

Hace una mueca.

—Es mi club, Ada. No se permite la entrada a las chicas.

Sé muy bien que soy la única amiga que tiene aquí porque últimamente siempre lo veo solo en el patio del colegio, así que, si no quiere juntarse con chicas, no va a tener a nadie más con quien hacerlo. Ya no le dejan jugar con Spencer, aunque nuestros padres no lo saben.

—Por favor.

Al final, asiente. Le sigo al interior de la pequeña habitación cuadrada y, después, cierra la puerta. Hace un espantoso chirrido al cerrarse y tengo que taparme los oídos.

Una vez dentro, la habitación parece muy pequeña. Ya imaginaba que lo era desde fuera pero, cuando entras, parece aún peor. Es como estar en un ataúd. O como estar enterrada viva. Una de esas dos cosas.

Además, está sucia. El suelo tiene tal capa de polvo que se pueden ver las huellas de todas las veces que él ha salido y entrado. Tiene telarañas en los rincones, lo que significa que hay arañas. La gente dice que las arañas son bichos buenos, pero a mí no me gusta ningún bicho. Aunque a Nico sí, así que no le importa tanto.

No puedo evitar pensar en ese niño, Braden Lundie. El que desapareció. Me lo imagino encerrado en una habitación pequeña como esta sin otra cosa que unos pocos cómics.

—¿De verdad te gusta jugar aquí dentro? —le pregunto—. Es muy pequeño…

—Sí que me gusta —contesta Nico con vehemencia—. Si a ti no, te puedes ir.

No me gusta. Y me quiero ir. Pero llevo mucho tiempo sin mantener

una conversación con mi hermano y no quiero que piense que soy una miedica con la que no puede jugar.

—No —le digo—. Quiero quedarme.

Miro a la puerta con la esperanza de que se pueda abrir de nuevo cuando queramos. ¿Y si no? ¿Cómo vamos a salir? ¿Sabrán mamá y papá que estamos aquí dentro? De repente, noto frío y sudor en el cuello pero, aun así, me siento en el suelo al lado de Nico. No vamos a quedarnos encerrados aquí dentro. Papá encontrará el modo de sacarnos, pase lo que pase.

—¿Te acuerdas de que dijiste que querías hacer una fiesta del pijama? —le pregunto a Nico.

—Ajá.

—A lo mejor podríamos hacerla este fin de semana.

Niega con la cabeza.

—No.

—¿Por qué no?

—Porque no me apetece.

De repente, siento que los ojos se me humedecen. No entiendo qué ha pasado. ¿Por qué está siendo Nico tan malo conmigo? Lo peor es que él se da cuenta y frunce el ceño.

—Siempre estás llorando —protesta—. ¿Hay algo que no te haga llorar?

Me seco los ojos con el dorso de la mano.

—Perdona.

—Si vas a llorar, vas a tener que irte.

Intento dejar de llorar, pero no es tan fácil. Ojalá pudiese decirme a mí misma: «Ada, deja de llorar», y parar. Pero Nico me pasa unos cómics y me siento un poco mejor. Intento leer los cómics y no pensar en nada más. Aunque tengo muchos deberes que hacer.

Y luego papá nos encuentra aquí escondidos y mamá y él se enfadan mucho con nosotros, así que ya no vamos a poder entrar más en el club. Me alegro, porque a mí no me gustaba nada ese club.

68

Desde que mi padre le gritó a Gabe, ya no me ha vuelto a molestar. No me ha pedido que tengamos una cita. Ni siquiera se me ha acercado.

Por desgracia, ahora está Hunter.

Tres veces a la semana tenemos una clase que se llama Biblioteca. Es una de mis clases preferidas porque vas a la biblioteca del colegio, coges un libro y te pasas todo el rato leyendo. Ni siquiera sé por qué es una clase porque, para mí, es una diversión. Pero hay muchos niños de mi clase que protestan.

Esta vez he escogido un libro de Louis Sachar. Después de Lois Duncan, es mi autor preferido. He leído todo lo que ha escrito y ahora estoy volviendo a leer todo lo que ha escrito porque, a menudo, resulta más divertido la segunda vez. O sea, puedes llegar a ver cosas que no has visto la primera vez. Sobre todo, en los de su serie de La escuela Wayside. Es probable que sea mi serie favorita de todos los tiempos, más incluso que la de Harry Potter. El primer libro y el segundo son muy buenos. El tercero también es bueno, pero no es mi preferido. Normalmente, el tercero de una serie no es tan bueno, así que no es culpa suya.

Hoy estoy leyendo *Algún día Angeline*, que me encanta, aunque me hace llorar. Pero hay muchos libros que me hacen llorar. Voy todavía por la mitad cuando Hunter se sienta en la mesa que está frente a la mía.

—Hola, Ada —dice.

No levanto la vista de mi libro, pero sí le digo hola.

—Adaaaaa —dice—, ¿quieres tener una cita conmigo?

Algunos de sus amigos que están en la mesa de al lado nos están escuchando y lanzan risitas al oír nuestra conversación. No sé qué tiene de divertido.

—No, gracias.

—¿Por qué?

—No quiero tener ninguna cita.

—Si nunca quieres tener una cita con nadie, ¿qué vas a hacer? ¿Casarte con tus libros?

Parece que a los niños de la mesa de al lado esto les resulta desternillante.

A partir de entonces, cada vez que tenemos Biblioteca, Hunter se acerca a la mesa y me pide que tengamos una cita. No creo que en realidad quiera salir conmigo. Solo se está burlando de mí. O puede que sea un poco las dos cosas. En mi antiguo colegio nadie hablaba de tener citas, pero en este parece que es lo que se lleva.

—¿Puedes dejarme leer mi libro, por favor? —le suplico.

—Eso es lo único que te gusta —comenta Hunter—. Leer libros. ¿Sabes una cosa? Si estás leyendo a todas horas te vas a quedar ciega.

—Eso no es verdad.

—Sí que lo es. Si lees demasiados libros se te van a caer los ojos.

Eso no es para nada verdad. A mi madre le gusta leer y no se le han caído los ojos. Aunque, siendo justos, ella no lee tanto como yo. La mayoría de la gente no lee tanto. A veces, pienso que es lo único que quiero hacer todo el tiempo. Y ojalá Hunter me dejara en paz para poder hacerlo.

Pienso en la navaja que me regaló mi padre. Está en mi mochila ahora mismo. En el fondo del todo, donde nadie la pueda encontrar. Si algún profesor supiera que la llevo, me metería en un gran lío. Lo más sensato sería dejarla en el cajón de mi escritorio, en casa. Pero papá me dijo que la llevara siempre y lo cierto es que me gusta tenerla.

Pero no la voy a usar. Ni se me ocurre hacerlo.

Aunque en este momento casi que me gustaría usarla. Apuesto a que, si sacara la navaja, Hunter se iría corriendo.

—Ada —dice Hunter—, ¿te quieres casar conmigo?

Los otros chicos se ríen de nuevo. Estoy harta de esto. Así que cojo mi mochila y voy al baño, donde me escondo el resto de la clase y leo mi libro en el váter.

69

Hoy vamos a la playa.

A mí me gusta nadar, pero no me gusta tanto la playa. No me gusta la sensación de la arena en la piel. Además, después de ir a la playa es como si tuviese arena por todas partes. Se me mete entre los dedos de los pies, en las arrugas de los codos y las rodillas, y, aunque me dé una ducha, parece que sigue estando ahí.

—¡A mí me pasa igual! —contesta mamá cuando le digo esto antes de irnos—. Pero no hemos ido de excursión toda la familia desde que nos mudamos y creo que va a ser divertido. Además, a ti te encanta nadar, ¿no?

—Supongo.

Me sonríe.

—Y puedes llevarte un libro.

Tengo *Algún día Angeline* en la mochila. La bibliotecaria me ha dejado traérmelo a casa porque no consigo leer mucho en el colegio y estoy deseando acabármelo. Hunter no me deja en paz y está claro que mi padre no está por allí para asustarlo y obligarle a que deje de molestarme.

Me pregunto qué haría mi madre en una situación así. Al contrario que mi padre, ella se enfrenta a todo de una forma calmada y racional. Quizá tenga ella una solución que me ayude a enfrentarme a Hunter sin necesidad de sacar la navaja de papá, lo cual sería absurdo.

—Mamá —digo.

Está ahora buscando en mi cajón, tratando de encontrar un bañador que me siga quedando bien. Este año he crecido un montón y pronto voy a necesitar bañadores nuevos.

—¿Sí?

—¿Qué haces si hay un chico que es malo contigo?

Mamá deja el bañador que tiene en la mano y gira la cabeza de

repente.

—¿Hay un chico que está siendo malo contigo?

La cara se le ha puesto muy rosa. No quiero enfadarla. Oí que papá hablaba con ella de unos problemas médicos que tiene con la presión arterial. No quiero que le pase nada a mi madre.

—Conmigo no —me apresuro a responder—. Con una amiga mía. Estoy tratando de ayudarla.

—Ah. —Eso parece tranquilizarla—. Hay muchos abusones que solo quieren llamar la atención y, si no les haces caso, se van.

—¿Y si lo de no hacerles caso no funciona?

—Bueno, lo importante es que les quede muy claro que no vas a tolerar que te traten así. —Vacila—. Pero diciéndoselo con palabras, claro.

Era de esperar que mamá me diga que se lo diga con palabras y que papá me dé una navaja.

Termino yendo a la playa y sí que me llevo un libro, aunque hace un día muy bueno y el agua parece estar bien, así que puede que no lea mucho. Será divertido jugar en el agua con Nico, como hacíamos cuando éramos pequeños.

Pero, cuando llegamos, no es tan divertido como yo creía. Mamá parece estar enfadada o algo así. Y Nico también está raro.

—Hola, Nico, Ada —nos dice el señor Lowell. Lleva un bañador y una gorra de béisbol. La piel por debajo de su camisa está muy blanca, como la de mi madre.

—Hola —respondo, aunque mi hermano no dice nada.

No parece molestarle que Nico no le conteste.

—Un día estupendo para la playa, ¿eh?

—Sí —contesto, por educación.

Nico sigue sin responder y no sé bien por qué. Estuvo yendo a la casa de los Lowell un tiempo a hacerles tareas hasta que le dijeron que ya no tenía que seguir haciéndolo, así que supongo que él los conoce mejor que yo. Y no creo que esas tareas fuesen tan malas, porque normalmente él odia las tareas, pero no se quejó en ningún momento.

—¿Va todo bien? —le pregunto a Nico cuando vamos hacia el agua. La arena se aplasta bajo mis pies y siento cómo se me mete entre los

dedos. Esa arena estúpida y repugnante.

—Sí, todo bien —responde.

—¿Por qué pareces tan enfadado con el señor y la señora Lowell?

—¿Por qué no te ocupas de tus propios asuntos, Ada? —me suelta.

Nico no me ha hablado nunca de esa manera. Me quedo helada, sorprendida. Nico sigue corriendo hacia el agua y yo debería ir también, pero no quiero ir si Nico va a estar enfadado conmigo. Algo está pasando y no entiendo qué es.

Vuelvo la vista a donde hemos dejado las sillas en la arena. Mamá está sentada en una y el señor Lowell está a su lado. Mamá me saluda con la mano. Yo le respondo igual.

Vale, no puedo dejar que esto me afecte. No pienso permitir que mi hermano me eche el día a perder.

Sigo a mi familia hasta el agua. Papá nada muy bien, y yo también, pero no le gusta que me aleje a ningún sitio donde él no pueda alcanzarme, por si acaso. Me alejo hasta donde me veo segura y, después, vuelvo. Cuando estoy volviendo, veo que Nico está cerca manteniéndose a flote. Y es entonces cuando veo también que la señora Lowell está a su lado y que están hablando. Avanzo por el agua para acercarme todo lo que puedo e intento oír de qué hablan, pero se me ha metido agua en los oídos y no me entran bien los sonidos.

—Ni se te ocurra… contárselo a nadie —le está diciendo la señora Lowell a Nico—. No te atrevas… ¿Sabes el lío en que te meterías?

Y entonces Nico responde en voz muy baja.

—No lo haré. Lo prometo.

¿Le estaba… amenazando?

No sé de qué estaban hablando, pero no me ha gustado el tono de ella. Le estaba amenazando. Estoy segura.

Sigo pensando en ello mientras nado y me voy enfadando cada vez más. ¿Cómo puede hablarle así a mi hermano? ¿Y de qué hablaban? Me enfado tanto que no consigo pensar con claridad. Y entonces, cuando voy nadando por debajo del agua, paso junto a las piernas de ella.

No sé por qué hago lo que hago después. Simplemente, estoy muy enfadada. Así que lo siguiente que recuerdo es que estoy agarrando

una de las delgaduchas piernas de la señora Lowell y que tiro de ella todo lo fuerte que puedo, hundiéndola bajo el agua. Ella no se lo esperaba.

Enseguida lamento haberlo hecho. No estaba preparada para hundirse en el agua y es evidente que no puede volver a subir. No sé qué hacer. No sé cómo salvarla.

Y pienso qué pasará si se ahoga por mi culpa. ¡Me metería en un lío tremendo!

Pero, por supuesto, papá viene a rescatarla. La agarra y la saca del agua y resulta que se encuentra bien. Así que, al final, no la he ahogado.

70

Paso número cinco: descubre la verdad

Odio estar en Long Island.

No tengo amigos. Quiero decir amigos de verdad. Hay chicas con las que como y que son simpáticas conmigo, pero no se parecen en nada a mis amigas de antes. Hunter me está fastidiando casi todos los días en Biblioteca. Nico apenas me habla y no deja de meterse en líos en el colegio.

No necesito un año entero para tomar la decisión. Ya lo odio y siempre lo voy a odiar. Me pregunto si tendré que esperar todo el año antes de pedir que volvamos.

En fin, ¿a quién quiero engañar? No vamos a volver nunca. Vamos a vivir aquí toda la vida.

Estoy tumbada a oscuras en mi habitación, intentando dormirme. Hubo una época de mi vida, cuando era pequeña, en la que dormir era fácil. No recuerdo estar tumbada y despierta cuando estaba en la guardería. Pero ahora parece que ninguna noche me puedo dormir. Me quedo mirando el techo todas las noches. Y las grietas del techo ni siquiera son interesantes. Echo de menos a Constance.

Por fin, me levanto de la cama y me acerco a la ventana. Una cosa que me gusta de vivir aquí es lo limpio y bonito que está el cielo. Siempre se puede ver la luna y montones de estrellas. Pero sigue sin merecer la pena.

Cuando miro por la ventana, me fijo en la casa de al lado de la nuestra. El número 12 de Locust Street. Las luces de la casa están apagadas pero consigo ver algo de movimiento en las ventanas. No estoy segura de qué habitación será. ¿El dormitorio?

No puedo dejar de pensar en lo que pasó en la playa. Algo extraño está ocurriendo con la familia de al lado. ¿Por qué odia tanto Nico a los Lowell? Es de lo más raro.

Oigo un ruido detrás de mí. Han llamado a la puerta. Vuelvo corriendo a la cama, porque no quiero que mamá ni papá me pillen dando vueltas por la habitación en mitad de la noche. No sé si debo fingir que estoy dormida, pero probablemente me hayan oído moverme, así que grito: «Pasa».

Despacio, la puerta se abre. Parpadeo en medio de la oscuridad, sin estar segura de si veo bien.

Es Nico. Y lleva en las manos un saco de dormir.

—¿Puedo dormir aquí esta noche, Ada? —me pregunta.

—Claro —respondo—. Por supuesto que puedes.

Dejo las luces apagadas, pero nuestros ojos se han acostumbrado a la oscuridad. Nico coloca su saco de dormir en el suelo al lado de mi cama. A continuación, se mete dentro. Yo me tumbo en mi cama.

—Buenas noches, Nico —digo.

—Buenas noches, Ada.

Pero no cierro los ojos. Miro a Nico en el saco de dormir y él también me mira.

Y es entonces cuando me doy cuenta de que tiene los ojos llorosos.

—¿Nico? —digo.

Solo que él no responde enseguida porque no puede parar de llorar. Pero unos minutos después me lo cuenta todo.

71

No puedes decírselo a nadie —me advierte Nico antes de contarme toda la historia—. ¿Lo juras?

—Sí.

—Júralo, Ada.

—Lo juro.

Me mira, respira hondo y, a continuación, empieza a hablar.

Todo comenzó poco después de que nos mudáramos aquí. Cuando Nico rompió aquella ventana y empezó a hacer tareas para los Lowell. La primera vez que fue, solo tuvo que hacer cosas normales como lavar los platos o barrer el suelo. Pero luego, la segunda vez, descubrió algo raro.

Los Lowell tienen una habitación muy pequeña que es idéntica a la nuestra y que también está escondida bajo la escalera.

Cuando estaba pasando el aspirador, Nico vio el borde de la puerta en la pared, en su mayor parte oculta tras una estantería, y, como se trata de mi hermano el buscalíos, decidió empujar la estantería, abrir la puerta y entrar. Pero, al contrario que la habitación que hay debajo de nuestra escalera, esta no estaba vacía.

—Estaba llena de juguetes —me dice—. Juguetes chulos. Cosas que nosotros no podríamos permitirnos. Así que…, en fin, como no había nadie por allí, pensé que podría jugar un poco con ellos. Pero entonces el señor Lowell me descubrió mientras yo jugaba con un camión convertible superchulo, se me cayó al suelo y se rompió.

El señor Lowell le dijo a Nico que esos juguetes eran piezas de coleccionista y que el camión que había roto le había costado muy caro. Y que ahora le debía a la familia miles de dólares más que el dinero por la vidriera que también había roto, pues se había dedicado a jugar en lugar de hacer las tareas. Mamá y papá siempre hablan de lo mucho que les preocupa el dinero. O sea, hablan en voz baja para

que no podamos oírlos, pero siempre los oímos. Así que a Nico le entró miedo de que ellos tuvieran que pagar todo ese dinero.

Pero al señor Lowell se le ocurrió una idea. Le dijo a Nico que estaba pensando fabricar sus propios juguetes y, que si Nico le ayudaba jugando con ellos y diciéndole cuáles eran sus preferidos, mis padres no tendrían que pagar lo que él había roto.

—Y eso es lo que he estado haciendo ahí —me explica Nico—. No he estado haciendo tareas. He estado jugando en una habitación pequeña. Y el señor Lowell me miraba a través de la cámara.

El señor Lowell le explicó que la puerta tenía que estar cerrada cuando estuviese dentro, porque la señora Lowell se enfadaría por haberle dejado trastear con esos juguetes, así que ella no podía enterarse. Grababa lo que hacía con una cámara que tenía en el techo y lo veía. Pero luego, un día, Nico necesitaba ir al baño y no se podía aguantar ni podía salir de la habitación. Estuvo aporreando la puerta pero nadie le abrió. Le entró pánico. Cuando el señor Lowell abrió por fin la puerta, Nico se había mojado los pantalones.

El señor Lowell se burló de él por haberse hecho pis encima. Le dijo que se lo iba a contar a todos los amigos de Nico y mi hermano tuvo que suplicarle que no lo hiciera.

Después de aquello, las visitas continuaron. Incluso cuando la señora Lowell se enteró y obligó al señor Lowell a decirle a mi madre que no querían que siguiera yendo, él le dijo a Nico a escondidas que tenía que seguir yendo.

—Y entonces yo le dije que no —susurra Nico en la oscuridad de mi dormitorio—. Le dije que no podía seguir yendo. Que no me gustaba y que estaba aburrido de jugar en esa habitación. Y, además, yo… tenía miedo. Pero él me dijo que no tenía otra opción.

El señor Lowell le dijo a Nico que, si no seguía yendo, iba a denunciar a nuestra familia, no solo por el juguete y por la ventana que había roto, sino también por los daños que Nico había ocasionado a los otros juguetes mientras jugaba en la habitación. Le dijo que nos quedaríamos sin casa y que nuestros padres le odiarían. Eso le funcionó durante un tiempo pero, entonces, cuando Nico dijo que lo iba a contar de todos modos, el señor Lowell utilizó una táctica

distinta.

—Me dijo que, si le contaba a alguien lo de la habitación, mataría a toda mi familia —continúa Nico—. Dijo que primero mataría a papá, luego a mamá y, después, a ti.

Y, ahora, está llorando. Me levanto de la cama y me tumbo a su lado sobre el saco de dormir. Lo rodeo con mis brazos. Lo más raro de todo es que yo no lloro. Suelo llorar prácticamente con todo, pero ahora no estoy llorando.

Estoy enfadada.

—Nico —le digo—, el señor Lowell jamás podría hacerle nada a nuestro padre. Papá es mucho más grande que él.

—Me dijo que podía hacerlo. Que ya lo había hecho antes.

Yo no me lo creo. El señor Lowell no se puede comparar con nuestro padre. Nadie puede. El señor Lowell no es más que un abusón.

—Tenemos que contarle esto a mamá y a papá —digo.

—¡No! —exclama Nico sollozando—. ¡Ada, me has prometido que no se lo ibas a decir a nadie! ¡Lo has jurado!

—Pero esto es muy grave.

—Si se lo cuentas a alguien, nunca más en toda mi vida volveré a confiar en ti.

Sus ojos oscuros brillan con la luz de la luna. Parece que lo dice en serio. Pero Nico solo tiene nueve años. Aunque yo lo cuente, algún día entenderá que era lo que había que hacer.

¿No?

—¡Has prometido que no lo ibas a decir! —me recuerda—. Más te vale no incumplir tu promesa, Ada.

—Vale —termino diciendo—. No lo contaré. No se lo contaré a nadie.

Nico permite que le abrace y, por fin, deja de llorar y, después, su respiración se vuelve más regular. Está dormido. Pero yo sigo bien despierta.

Voy a cumplir la promesa que le he hecho a mi hermano. No voy a hablarle a nadie del secreto que me ha contado.

Pero el señor Lowell tiene que saber que Nico no va a volver nunca más a su casa.

72

Paso número seis: da la cara por tu hermano pequeño

No he vuelto a la casa de los Lowell desde aquella cena que tuvimos con ellos nada más mudarnos aquí. Su casa es mucho más grande y bonita que la nuestra, aunque, sinceramente, a mí me parece que la nuestra es demasiado grande. Espero para ir hasta que llega el Mercedes del señor Lowell y desaparece en su garaje y sé que ya está en casa.

No sé qué le voy a decir. Pero tiene que quedarle claro que estoy al corriente de lo que le está haciendo a mi hermano y que, si vuelve a pasar alguna vez más, se lo contaré a nuestros padres. Y que no me da miedo.

En cuanto oiga lo que le tengo que decir, no volverá a molestar a Nico y yo no tendré que contárselo nunca a mamá ni a papá. Pero, justo cuando estoy saliendo de casa, decido en el último momento coger la navaja que papá me regaló. No es que vaya a usarla, pero me siento más cómoda cuando la llevo. Me la meto en el bolsillo de los vaqueros y, después, la tapo con la camiseta para que no se vea.

Ahora me siento mejor.

Tomo un atajo atravesando nuestro patio trasero hasta el de ellos. Papá está en su jardín arreglándoles los arbustos. Tiene su herramienta encendida y suena muy fuerte. Y, cuando digo fuerte, quiero decir que me tengo que tapar los oídos. Suena exactamente igual que una sierra cortando metal, aunque no es eso lo que está pasando. Suena tan fuerte que ni siquiera me oye pasar hasta la puerta de atrás. Estoy a punto de hacerle una señal con la mano para llamar su atención pero, entonces, caigo en la cuenta de que si me ve me va a preguntar qué hago, así que lo mejor es que no sepa que estoy aquí.

Llamo a la puerta trasera, pero hay tanto ruido aquí atrás que no me puede oír. Pienso en dar la vuelta hasta la parte de delante pero,

entonces, pruebo a abrir la puerta de atrás y ni siquiera tiene el pestillo echado. Así que entro.

Estoy segura de que he visto el coche del señor Lowell entrando en el garaje, pero la casa está curiosamente en silencio. No oigo pasos ni ruidos procedentes de arriba. Es como si no hubiese nadie en casa.

—Hola —grito.

No hay respuesta.

No sé dónde ha ido, pero parece que aquí no hay nadie. Puede que haya vuelto a salir mientras yo me ponía las zapatillas. O quizá esté en la ducha o algo así. Supongo que me iré y volveré más tarde.

Pero entonces, cuando estoy atravesando la casa, paso junto a la escalera. Hay una estantería apoyada contra la pared, exactamente en el mismo sitio donde está la habitación secreta de nuestra casa. Es tal cual lo describió Nico. Si muevo esta estantería ¿encontraré la habitación secreta?

Ahora que se me ha metido esa idea en la cabeza, tengo que ver la habitación.

La librería no es muy pesada, porque no tiene muchos libros. Inclino todo mi peso sobre ella y empujo con todas mis fuerzas. Cuando empieza a moverse, puedo seguir empujándola con facilidad hasta el final. Y, como era de esperar, detrás veo el contorno de una puerta estrecha.

Quedaba oculta por la librería en lugar de estar cubierta con papel de pared. Al igual que la de nuestra casa, parece que se abre empujándola, aunque tiene una cerradura para una llave. Esa cerradura me pone nerviosa. Recuerdo que Nico me contó que intentó salir de la habitación pero que le fue imposible porque la puerta no se podía abrir.

Se me ocurre que, si el señor Lowell lo dejó encerrado en la habitación y tapado con la estantería, nadie podría darse cuenta de que estaba allí. Al fin y al cabo, mis padres pensaban que ya había dejado de venir aquí a hacer tareas. Solo Nico y el señor Lowell sabían la verdad.

Me quedo mirando el contorno de la puerta. No soy una persona muy curiosa. No necesito saber qué hay detrás de cada puerta. Eso es

más propio de Nico. La habitación existe. Eso es lo único que necesito saber. ¿No?

Pero, aun así ¿qué hay de malo en asomarse a echar un vistazo?

Despacio, empujo la puerta de la habitación.

73

No es lo que me esperaba.

La habitación debajo de nuestra escalera no era más que un espacio vacío. Pero esta está llena de… de cosas.

Ahora entiendo por qué Nico se sintió tan atraído. Es como si en esta habitación estuvieran todos los juguetes con los que ha jugado o con los que haya querido jugar toda su vida. Convertibles, camiones, coches en miniatura, muñecos de acción. Parece como si hubiesen estado jugando con la mayoría de ellos recientemente. Y la habitación es más luminosa que la que tenemos debajo de nuestra escalera, con lámparas de verdad que tienen un interruptor. Nico mencionó que el señor Lowell tenía una cámara colocada en el techo, pero miro los rincones de la parte de arriba y no veo ninguna. A lo mejor la ha quitado. Aunque la parte más rara de la habitación es la que está en el otro extremo.

Es una cama.

Una cama pequeña como si fuese para un niño quizá un poco más pequeño que Nico, pero de esa edad, más o menos. Tiene una estructura blanca y un colchón fino sin canapé. Es más como un catre. Está cubierto por una colcha y cada uno de los parches de la colcha tiene un tipo de insecto diferente cosido en la tela.

Aunque sé que no debería, me acerco a la cama. Paso los dedos por la colcha, que parece rígida, como si llevara mucho tiempo sin usarse. Supongo que cuando Nico ha estado aquí ha jugado en el suelo. Retiro la colcha y…

Dios mío.

Hay una mancha marrón oscura por toda la sábana blanca. Es más oscura justo en el centro, pero hay salpicaduras por toda la sábana. No sé si Nico habrá retirado alguna vez la colcha y visto lo que estoy viendo yo. Si es así, quizá sea por eso por lo que se ha tomado tan en

serio la amenaza del señor Lowell.

—¿Ada?

Giro rápidamente la cabeza en dirección a la voz que he oído detrás de mí. Pensaba que no había nadie en casa porque había mucho silencio. Ha sido una verdadera estupidez. He visto el coche entrando en el garaje. Debería haber sabido que el señor Lowell estaba aquí. Probablemente arriba o algo así. O a lo mejor escondido. Esperando. Vigilando.

Y, ahora, está aquí. En la habitación, conmigo.

Lleva unos pantalones beis y una camisa de vestir con la parte de arriba sin abotonar, además de una corbata suelta alrededor del cuello. Tiene una capa de humedad en la frente que brilla con las luces del techo. Tiene poco pelo en lo alto de la cabeza y cada uno de los mechones parece mojado por el sudor.

Abro la boca para responder con un chillido, pero no me sale nada. Tenía la intención de decirle al señor Lowell que dejara en paz a mi hermano. Tenía la intención de dejarle muy claro que Nico no iba a volver aquí nunca más. Tenía la intención de sacar a mi hermano de ese lío.

Pero ahora puede que sea yo la que está metida en un lío.

—¿Qué haces aquí, Ada? —El señor Lowell no parece precisamente enfadado. Casi parece como si le resultara interesante que yo esté aquí —. ¿Has movido la estantería?

—Yo solo… —digo con un gemido—. Lo siento. Creía que…

¿Por qué me disculpo? Buah, parezco mi madre. Siempre se está disculpando por cosas que ni siquiera ha hecho mal y ahora yo estoy haciendo lo mismo. A ver, es cierto que he entrado en su casa sin permiso. Pero es él quien ha tenido encerrado a mi hermano en esta habitación. ¿Y qué son esas manchas por toda la sábana que tienen un sospechoso parecido a sangre seca?

—Estabas fisgoneando —dice.

No contesto.

—¿Les has dicho a tus padres que venías? —me pregunta.

—Sí —respondo.

Retuerce los labios.

—Estás mintiendo, Ada.

—¡No es verdad!

—Yo siempre sé cuándo mienten los niños. Sois demasiado evidentes.

Quiero salir corriendo de la habitación, pero el señor Lowell me bloquea la salida. No solo eso, sino que ha cerrado la puerta. Aun así, no ha podido cerrar con llave. Porque está aquí dentro conmigo, así que es imposible.

¿No?

Da un paso para acercarse a mí. Y eso es acercarse demasiado, porque esta habitación es pequeña de verdad.

—Yo creo que no le has contado a nadie que venías.

Doy un paso atrás y doy con la espalda contra la pared. La mirada del señor Lowell se dirige un momento al colchón. A las manchas de las sábanas.

—Vaya, Ada —dice—. Ojalá no hubieses retirado esa colcha.

La respiración se me queda atascada en la garganta.

—Quiero salir de aquí —consigo decir.

Él inclina la cabeza a un lado.

—Ah, ¿sí?

—Sí.

—La cuestión es que no sé si puedo fiarme de ti —contesta—. A tu hermano se le da muy bien guardar un secreto, pero me da la sensación de que a ti no.

Recuerdo que Nico llegó a casa con los pantalones llenos de pis. Y, ahora mismo, temo que me vaya a pasar lo mismo. No sé si alguna vez he pasado más miedo en mi vida.

—Sé guardar un secreto —digo con un gemido.

Al contrario que mi hermano, mi padre y yo, el señor Lowell tiene los ojos claros. Así que puedo ver cuándo la parte negra del centro se le pone más grande.

—No creo que sepas —dice—. Lo cual significa que…

Está ya lo suficientemente cerca como para que pueda oler su aliento amargo. Me retuerzo mientras me pregunto si podré pasar por su lado. Tengo que salir. La habitación es muy pequeña y la puerta

está cerrada. Ojalá…

—No puedo dejar que te vayas, Ada —dice.

Recuerdo cuando Gabe me habló de aquel niño que desapareció, Braden Lundie. Me lo había imaginado encerrado en una habitación igual que esta. La idea me aterra, pero aquí estoy. Y, al igual que Braden, es posible que nadie me vuelva a ver.

Solo que yo tengo una cosa que Braden no tenía.

Me meto la mano en el bolsillo y mis dedos acarician la navaja de mi padre. Después de dármela, ensayé en mi habitación. Practiqué a abrir y cerrar la hoja rápidamente, tal y como había visto que lo hacía papá. El señor Lowell está mirándome fijamente a la cara, así que no ve que saco la navaja del bolsillo y abro la hoja. No ve el destello de la navaja bajo las luces del techo hasta que se la he clavado en el vientre, justo en el punto donde mi padre había dicho que lo hiciera.

Y, después, la giro.

El señor Lowell suelta un alarido. Le he dado donde más duele. Bueno, como dice mamá, duele más entre las piernas, pero la verdad es que no he querido darle en esa zona. De todos modos, así ya servía. El señor Lowell cae de rodillas, sujetándose el vientre.

—Zorra —jadea.

No tengo tiempo para pensar. Salgo corriendo por su lado, abro la puerta y, entonces, antes de que él pueda volver a levantarse, la vuelvo a cerrar por fuera.

Me fijo en la cerradura de la puerta, pero no tengo llave. No puedo echarla. Así que hago lo único que está en mi mano, que es salir corriendo de la casa todo lo rápido que puedo.

Cuando entré, mi padre estaba trabajando en el jardín de atrás. Pero ahora no está. No sé dónde ha ido. Quizá haya vuelto a nuestro garaje para coger alguna herramienta. No lo sé. Quiero buscarle, pero también estoy deseando irme a casa.

Al llegar, subo corriendo las escaleras. Corro hasta la habitación de mis padres por si encuentro a alguno de los dos, pero el dormitorio está vacío. Y entonces, mientras sigo en la puerta, oigo unos pasos detrás de mí. Cada vez más fuertes.

Ay, no.

Es el señor Lowell. Debería haber pensado en alguna forma de bloquear esa puerta. O haberle vuelto a apuñalar, para asegurarme de que dejaba la tarea acabada del todo. Pero he cometido la estupidez de dejarlo allí. Y ahora me ha seguido hasta mi casa.

Está dispuesto a acabar conmigo.

Pero entonces me doy la vuelta y los hombros se me hunden. No es el señor Lowell. Es Nico, en el pasillo, mirándome con la boca abierta.

—Ada. —Tiene una expresión de espanto en la cara—. ¿Qué te ha pasado?

Por primera vez, bajo la mirada a mi ropa. Tengo varias manchitas de sangre en la camiseta, pero mi mano derecha está empapada. Además, la navaja también tiene un montón de sangre. Y ni siquiera me había dado cuenta.

—Ada —repite Nico.

—¿Dónde…, dónde está papá? —balbuceo.

—En el garaje cogiendo unas herramientas, creo. —Nico me mira con el ceño fruncido la mano llena de sangre, todavía agarrando el cuchillo—. Ada, ¿qué ha pasado?

—Yo…

No puedo contárselo. ¿Cómo voy a contarle a nadie lo que he hecho?

—¿Ada?

—Yo… Creo que a lo mejor he matado al señor Lowell. —Las palabras me salen a toda velocidad como un revoltijo—. Creo que puede estar muerto.

—¿Qué?

Me limpio las lágrimas de los ojos, manchándome la cara de sangre. Lo estoy empeorando.

—No le he contado a nadie lo que me dijiste, te lo juro. Pero quería hablar con él. Quería decirle que te dejara en paz.

—Ada…

—No me dejaba salir de la habitación pequeña. —La voz se me rompe—. Así que he tenido que…

Los dos bajamos los ojos a la navaja, que resplandece con la sangre del señor Lowell. No hay duda de que está muerto. Se la he clavado

justo donde mi padre me dijo… y la he girado. He visto cómo se iba quedando pálido mientras se caía al suelo.

Dios mío.

—Tengo que hablar con papá —digo.

Los ojos de Nico se abren de par en par llenos de pánico.

—No puedes contárselo a papá. No puedes contárselo a ningún mayor. Te vas a meter en un lío tremendo.

—Papá no va a permitir que me pase nada malo…

—Pero eso no lo decide él. Ya sabes lo que les pasa a los niños que hacen cosas malas, ¿no? —Se muerde el labio inferior—. Te alejan de tus padres. Tendrás que ir a una cárcel de niños que se llama recordatorio. Mi amigo me dijo que su hermano tuvo que ir allí cuando robó una cosa. Y eso solo por robar. Tú has matado a una persona.

Empiezo a llorar. Tiene razón. No puedo contarle sin más que he matado al señor Lowell y esperar que no me castiguen, aunque fuera él quien estaba haciendo algo malo.

—¿Y qué hago? —pregunto.

—¿Te ha visto alguien?

Niego con la cabeza.

—Entonces, nadie va a saber que has sido tú, ¿no?

Bajo la mirada a la navaja de mi mano y me doy cuenta de que tiene razón. Puedo lavar la sangre de la navaja y esconderla en el fondo de un cajón. Puedo lavar la sangre de la camiseta y esconderla en mi armario. Nadie se va a enterar.

No va a pasar nada malo.

CUARTA PARTE

74

MILLIE

Mi hija ha matado a un hombre.

Mi hija de once años le ha dado un navajazo a un hombre y ahora está muerto. Y, después de haber oído toda la historia, desearía que no lo hubiese matado ella para así poder haberlo hecho yo con mis propias manos.

Porque le habría hecho sufrir de verdad.

—Lo siento, mamá. —Está llorando tanto que le cuesta hablar—. No quería hacerlo. Yo solo quería salir de aquella habitación.

No estoy enfadada con ella. No tiene por qué disculparse conmigo. Me da asco pensar lo que estaba pasando justo delante de mis narices. Fui yo la que envié a Nico a esa casa para que les hiciera las tareas. En mi defensa, diré que no me pareció peligroso en ese momento. Era una buena forma de hacer que se responsabilizara por haberles roto la ventana. Jamás podría haberme imaginado…

—No ha sido culpa tuya, Ada. —Rodeo con mis brazos su cuerpo esquelético—. Hiciste lo que tenías que hacer. Yo… habría hecho lo mismo.

Eso como poco.

—¿Dónde está la camiseta que llevabas? —le pregunto—. La que tenía la sangre.

Se limpia los ojos y atraviesa la habitación hasta su cómoda rosa. Busca un momento hasta que saca la camiseta azul marino que llevaba aquel día y me la da. Si entrecierro los ojos, puedo distinguir un poco la mancha, pero entiendo que la policía la haya pasado por alto. No se esperaban encontrar nada incriminatorio en el cajón de las camisas de una niña.

—La lavé bien en el fregadero —dice, aunque, si la policía la

hubiese encontrado, habrían identificado fácilmente la sangre de Jonathan.

Aprieto la camiseta en la mano sin saber bien qué hacer con ella. ¿De verdad podría acusar a mi propia hija de asesinato?

—No quiero ir a la cárcel —solloza—. Pero tampoco quiero que papá tenga problemas cuando he sido yo la que lo ha hecho.

Enzo lo sabía. Averiguó que debió de ser Ada la que había apuñalado a Jonathan después de descubrir que la navaja que le regaló era el arma del asesinato. Por eso asumió la culpa tan rápido. Le odio por ello. Pero también le quiero más de lo que nunca le he querido.

—No vas a ir a la cárcel —la tranquilizo—. Te lo prometo. Vamos a llamar a la abogada de papá y ella lo va a arreglar todo. Te lo juro.

Tengo que llamar a Cecelia. Tengo que contarle todo antes de que Enzo haga alguna estupidez como confesar que ha cometido un asesinato para proteger a su hija.

No quiero que Ada oiga la llamada, pero tampoco quiero dejarla sola estando tan frágil. Por mucho que le haya asegurado que no ha hecho nada malo, sigue desconsolada. Tengo que vigilarla, así que salgo justo a la puerta de su dormitorio y la dejo entreabierta para así poder verla mientras marco el número de Cecelia.

Por suerte, responde de inmediato.

—Millie, ¿va todo bien? Acabo de llegar a la comisaría.

—Sí —susurro—. Pero me he enterado de una información de lo más interesante.

Se lo cuento todo lo más rápido que puedo. Ella guarda silencio durante casi toda la historia, aunque en algún momento la oigo tomar rápidas bocanadas de aire. Resulta difícil repetir todo lo que Ada me ha contado. Sinceramente, me repugna. Me siento aliviada cuando le termino de contar todo y puedo dejar de hablar.

—Dios mío —susurra Cecelia—. Es…

—Lo sé.

—Joder, Enzo —murmura—. Más vale que no le haya dicho nada a la policía sin estar yo delante. Tengo que entrar cuanto antes para dejar las cosas claras.

—Tiene que saberlo todo —le digo—. Si piensa que hay alguna posibilidad de que puedan castigar a Ada por esto, va a querer cargar con el muerto. Tiene que saber que fue en defensa propia. Ella no ha hecho nada malo.

—Y tiene once años —me recuerda Cecelia—. Ningún tribunal va a procesar a una niña de esa edad como si fuese una adulta. Enzo se está sacrificando por nada.

—Por favor, Cecelia, no permitas que cometa ninguna estupidez.

—No te preocupes, Millie —contesta Cecelia—. Puedo ser de lo más convincente.

La dejo para que cumpla su cometido y, a continuación, me quedo sola con mis hijos. Me espera una buena tarea por delante para conseguir que todo vuelva a su cauce.

No sé exactamente qué es lo que pasó en aquella habitación de la casa de los Lowell. Si Jonathan le ha puesto un dedo a mi hijo encima, yo… En fin, supongo que ya no puedo matarlo, pero prenderé fuego a su tumba o… iré hasta el inframundo para vengarme. No me puedo creer que Nico haya estado varios meses yendo a esa casa porque temía que nosotros tuviéramos que pagar por unos juguetes rotos. Se me parte el alma.

Cuando todo esto acabe, toda la familia vamos a necesitar ir a terapia. Ese hombre nos ha hecho algo terrible y estoy decidida a sacar a mi marido de la cárcel para que podamos ayudar a que nuestros hijos empiecen a sanar.

75

Enzo está ahora mismo en la comisaría, en un calabozo. Según cuenta Cecelia, le han hecho la ficha y le han tomado huellas y fotos. Mañana habrá una vista para establecer la fianza, pero nosotros no podemos permitirnos ningún tipo de fianza.

Estoy desesperada por saber cómo está, pero de lo único que consigo enterarme es de lo que Cecelia me va contando. He dejado a los niños en casa sin ir al colegio —me he tomado ya tantos días libres que mis compañeros de trabajo deben de estar furiosos conmigo— y dedico mucho tiempo a hablar con ellos de todo lo que ha pasado. Yo sabía que a Nico le ocurría algo pero, como sea, esto me pasó inadvertido. Creía que tenía algún problema en la cabeza y que era culpa de mis genes defectuosos pero, en realidad, toda la culpa era de Jonathan Lowell.

—¿Va a volver papá a casa pronto? —me pregunta Nico con voz esperanzada mientras cenamos juntos. He preparado macarrones con mantequilla. Ni siquiera he tenido fuerzas para añadirles queso.

—Eso espero —es mi respuesta sincera.

—Pero él no ha hecho nada malo —dice Ada en voz muy baja—. ¿Por qué tiene que estar en la cárcel?

—Porque no se puede ir a la policía y decirles sin más que no has hecho nada y que te suelten —les explico—. Pero no os preocupéis porque tiene una abogada estupenda. Pronto estará en casa.

Si repito eso suficientes veces, puede que se haga realidad.

Después de la cena, hago palomitas en el microondas. Milagrosamente, me las arreglo para no quemarlas como la última vez, y consigo que los niños se acomoden en el sofá para ver dibujos animados mientras se comen las palomitas del microondas. Justo después de poner una película, suena mi teléfono.

El número es de la comisaría de policía local.

Me levanto de un salto del sofá y clavo el pulgar en el botón verde para aceptar la llamada. Estoy entrando en la cocina, cuando ese acento italiano tan familiar aparece al otro lado de la línea.

—Millie.

Casi me echo a llorar.

—¡Enzo! Dios mío… No puedo creer que te hayan dejado llamar.

—Tengo cinco minutos. Nada más.

Cinco minutos no es suficiente para contarle todo lo que tengo que decir, pero es un comienzo.

—Eres un idiota. ¿Por qué has confesado?

—Por Ada —contesta en voz baja, como si le preocupara que le puedan oír—. Haría lo que fuera por ella y por Nico. ¿Tú no?

—Sí —confieso—. Lo haría.

—Por ti también, Millie.

Eso es lo único que me hace falta. Los ojos se me empiezan a inundar.

—Pero te necesitamos aquí. Por favor. Ella no va a tener ningún problema por esto. Solo tiene once años.

—Millie, le rajó el cuello con una navaja. Sí que va a tener problemas.

Esa es la parte que me preocupa. Jonathan Lowell tenía dos puñaladas. Ada le clavó la navaja en el vientre para que se apartara, pero no es lo suficientemente alta como para poder hacerle un buen corte en el cuello a un hombre adulto mientras está de pie delante de ella. No me ha contado todos los detalles. Solo que le clavó la navaja para quitárselo de encima. Y yo no he querido insistir porque ella ya estaba muy afectada.

Así que solo puedo imaginar lo que debió de ocurrir en realidad. Yo encontré a Jonathan en la sala de estar y no en la habitación secreta, así que la cuchillada en el vientre no debió de acabar con él de inmediato. Debió de intentar seguirla y, entonces, desplomarse poco después. Y luego ella se dio la vuelta y le rajó el cuello cuando él ya estaba en el suelo para asegurarse de que estaba muerto.

Menuda frialdad. Incluso para mí. Pero si de verdad creía que él le había hecho algo a Nico y que iba a ir a por ella, hizo lo que debía.

Aunque cuesta argumentar que una cosa así pudiera ser en defensa propia.

—No importa —digo—. Enzo, te necesitamos en casa. Estamos perdidos sin ti. Por favor, diles la verdad y deja que Cecelia se encargue de todo.

—No voy a entregar a mi hija. No. Jamás.

Odio lo testarudo que es. Pero, si yo estuviera en su lugar, haría lo mismo.

—¿Lo has confesado a la policía? —le pregunto.

—Todavía no —contesta—. Cecelia no me ha dejado. Pero mañana…

—Por favor, no lo hagas —le suplico—. Sé que crees que estás ayudando a Ada, pero ella no se va a encontrar mejor con su padre en la cárcel. Eso le va a destrozar la vida. ¿No te das cuenta? Tienes que volver a casa y ya buscaremos el modo de enfrentarnos a esto.

Se oye una voz que le grita al fondo. Ha agotado sus cinco minutos.

—Millie. —Habla con urgencia—. Por favor, di a los niños que los quiero. Pase lo que pase.

—Nosotros también te queremos —empiezo a responder, pero estoy segura de que ha colgado tras la primera palabra. La llamada se ha cortado.

Enzo va a pasar la noche en un calabozo frío e incómodo. Bueno, la verdad es que estamos en verano y será un calabozo caluroso e incómodo. Quizá, después de una noche así, se dé cuenta de que no quiere pasar igual el resto de su vida.

Al menos, eso es lo que espero.

76

Apenas consigo dormir esa noche.

Puede que sea Enzo el que está pasando la noche en un calabozo, pero yo soy la que está dando vueltas en la cama. No dejo de pensar en cuando yo estuve en la cárcel. Estaba rodeada de gente, pero me sentí muy sola todo el tiempo. Sentía todo el rato como si ese no fuera mi lugar. No creo que nadie piense que ese sea su lugar.

Ojalá Enzo entienda lo espantoso que es. Quizá no decida lanzar su vida por la borda tan rápido.

Envío a los niños al colegio a la mañana siguiente para mantener cierta normalidad. Los acompaño a la parada del autobús y no me sorprende ver allí a Janice con Spencer atado a su correa.

—Me sorprende verte aquí —dice Janice con un bufido.

—Vivo justo ahí —señalo—. ¿Por qué no iba a estar?

A Janice no le hace ninguna gracia lo que digo.

—Me refiero a verte después de eso tan terrible que ha hecho tu marido. ¿No te da vergüenza dar la cara?

No me puedo creer que haya dicho eso justo delante de mis hijos. He tenido que aguantar mucha mierda de ella desde que me he mudado aquí por mantener la paz, pero ya estoy harta. Al fin y al cabo, estoy bastante convencida de que, pase lo que pase, no vamos a seguir viviendo aquí mucho más tiempo.

—Mi marido no ha hecho nada, Janice —digo—. Estás equivocada.

Suelta otro bufido.

—No lo creo. Un hombre con una pinta como la suya siempre va a meterse en líos.

¿Cree que mi marido es un asesino porque es demasiado guapo?

—Enzo es un buen hombre —contesto con firmeza—. Y no necesito que una vecina metomentodo me diga lo contrario. Así que ¿te importaría ocuparte de tus propios asuntos a partir de ahora, Janice?

Janice se queda boquiabierta, como si no estuviese acostumbrada a que le hablen así. Yo miro a los niños y, por primera vez desde que han arrestado a su padre, detecto un levísimo atisbo de sonrisa en sus rostros.

Una vez que mis hijos están bien seguros en el autobús, vuelvo a mi casa. Llego al jardín delantero justo cuando ese Dodge Charger negro que conozco tan bien aparca en la acera. La ventanilla del conductor se baja y el inspector Benito Ramírez asoma la cabeza.

—Millie —dice—, sube al coche.

Me fío de Ramírez más que de ningún otro policía del mundo pero, aun así, no me entusiasma subir a un coche de policía sin ninguna explicación.

—Tengo que estar en la vista para la fianza de Enzo en menos de dos horas.

—Debemos hablar —dice con voz seria.

—¿De qué?

—Millie, ¿quieres subir al coche, por favor? Vamos. Querrás estar de vuelta a tiempo para la vista, ¿no?

En fin, qué más da.

77

Supongo que ya sabes lo de Ada —le digo a Ramírez mientras estamos sentados juntos en los asientos delanteros de su Dodge.

—Sí —responde—. Cecelia me lo ha contado todo.

—Ella ha matado a Jonathan Lowell —añado, aunque una parte de mí no lo pueda creer. ¿Cómo ha podido mi hijita rebanarle el cuello a un hombre?

—Parece que ese pervertido se lo merecía.

—Aun así.

Se encoge de hombros.

—De tal madre, tal hija.

Me estremezco. Ada no sabe nada de mi pasado. Quizá se sentiría mejor si se lo contara.

No, no puedo contárselo. No quiero que me pierda el respeto.

—¿Y de qué querías hablarme? —pregunto.

Ramírez me mira directamente. Sus ojos son igual de oscuros y serios que los de mi marido.

—Es sobre Suzette Lowell. Tengo que contarte una cosa de ella y no puedes decírselo a nadie.

—Vale…

—Lo digo en serio, Millie. Me puedo quedar sin trabajo.

Ahora sí que ha despertado mi curiosidad.

—No se lo diré a nadie. Te doy mi palabra.

—Han registrado esa habitación de debajo de las escaleras —dice—. Y adivina qué han encontrado.

Si dice que había ahí dentro el esqueleto de un niño…

—No sé si quiero saberlo.

—Millie, han encontrado huellas de Suzette Lowell.

Tardo un buen rato en asimilar lo que me está diciendo. Si había huellas de Suzette en esa habitación…

Ella conocía la existencia de esa habitación. Sabía todo lo que pasaba en esa habitación. Por eso no quería que Nico fuera a su casa. No era porque le preocupara que rompiera algo o causara algún problema. No lo quería en su casa porque sabía que su marido era un pervertido.

Y, de todos modos, permitió que fuera. ¿Cómo pudo? ¿Y si Jonathan le hubiera hecho algo a Nico o a Ada? ¿Y si…?

—Voy a matarla —digo con voz entrecortada.

—Lo que está a punto de pasarle es mucho peor que eso —contesta él—. Han encontrado algo más en esa habitación.

Y, entonces, me cuenta algo tan espantoso que me dan ganas de vomitar sobre la tapicería del coche.

—Se está alojando en un hotel —me dice—. Van a llevarla a la comisaría para interrogarla. Quería que tú lo supieras antes.

La cabeza me da vueltas a toda velocidad con la información que me ha dado Ramírez. Suzette lo sabía. Lo sabía. Y ahora van a acusarla de ser cómplice de las cosas tan terribles que ha hecho su marido. Si eso no es justicia, no sé qué será.

Solo que eso no cambia el hecho de que Ada ha sido la que ha matado a Jonathan. No cambia el hecho de que Enzo se niegue a entregar a nuestra hija y de que vaya a pasar el resto de su vida en prisión por protegerla.

Y, entonces, caigo en la cuenta. Puede que haya un modo de arreglar todo esto.

—Benny —digo con tono de urgencia—. ¿Nos da tiempo a hablar con Suzette antes de que la policía vaya a por ella?

Sus pobladas cejas se disparan.

—Estás de broma, ¿no?

—Tengo que hablar con ella.

—No puedo dejar que me acompañes en un asunto de la policía. Me despedirán.

—Vale. —Golpeteo los dedos contra la rodilla de mis vaqueros azules—. Entonces, llévame al hotel y deja que hable con ella yo sola.

—Ni por asomo. No voy a dejarte a solas con esa mujer. Esos niños no necesitan que su madre termine también encerrada por asesinato.

—Por favor —le suplico—. Me debes una, Benny.

—Lo cierto es que te debo, por lo menos, diez. —Se rasca la barba incipiente del mentón—. ¿Y de qué quieres hablar con ella?

Señalo con la cabeza al volante.

—Te lo explico todo mientras vamos de camino.

78

Ramírez conduce hasta un hotel pijo de las afueras. Parece de esa clase de hoteles que tienen spa en cada habitación y sábanas que cambian a cada hora en punto. Dicho de otra forma, se trata de un hotel que yo jamás podría permitirme ni en mis mejores sueños.

Un empleado coge las llaves para aparcar el coche y nosotros entramos juntos en el hotel hasta el mostrador de recepción. Ramírez se mete la mano en el bolsillo, saca su placa y la desliza sobre el mostrador.

—Soy el inspector Ramírez del departamento de policía de Nueva York. Busco a una huésped del hotel que se llama Suzette Lowell.

El conserje coge el teléfono y llama a la habitación de Suzette. Cuando le informa de que un miembro de la policía de Nueva York ha venido a verla, nos permite subir de inmediato.

—Vayan a la décima planta y diríjanse al final del pasillo —nos informa el conserje.

Camino con paso resuelto en dirección al ascensor y Ramírez se da prisa para alcanzarme. Las paredes del ascensor están todas cubiertas de espejos, lo que me hace sentir un poco mareada. O puede que esté mareada porque voy a ver a la esposa de un hombre que amenazó a mis dos hijos sin que ella hiciera nada por impedirlo. Dios sabe qué le habría hecho a Nico si Ada no hubiese intervenido.

—No estoy seguro de todo esto, Millie —dice Ramírez— Preferiría cumplir con el procedimiento cuando ella vaya a la comisaría.

—Por favor, dame una oportunidad de hablar con ella —le ruego—. Es nuestra mejor baza para sacar a mi familia de este lío. Tenemos que intentarlo.

Él se limita a negar con la cabeza.

Suena el timbre del ascensor cuando llegamos a la décima planta. Bajo de él y me dirijo a la habitación de Suzette. Ramírez casi tiene

que correr para seguirme el paso. No me detengo hasta que llego a su puerta. Levanto la mano para llamar mientras Ramírez suspira y hace un gesto de negación.

—¡Un momento! —grita una voz detrás de la puerta.

Un segundo después, la puerta de la habitación se abre. Aparece Suzette, vestida con un albornoz blanco de vellón con el nombre del hotel impreso en la solapa. Se las había arreglado para mostrar una agradable sonrisa en sus labios pintados, pero desaparece en cuanto me ve en la puerta abierta.

—¿Qué haces aquí? —suelta Suzette.

—La señora Accardi viene conmigo, señora Lowell —dice Ramírez.

Nos mira a uno y a otro y, por un momento, estoy segura de que va a cerrarnos la puerta de golpe en las narices. Y está en su derecho.

—¿De verdad es usted de la policía de Nueva York? —le pregunta a él.

—Le aseguro que sí —contesta—. Y, si permite que la señora Accardi y yo pasemos, me gustaría proponerle algo que nos podría ahorrar a todos muchos problemas en adelante.

Se pone una mano en la cadera.

—Muéstreme su identificación.

Complaciente, Ramírez se mete de nuevo la mano en el bolsillo y saca su placa. Se la enseña y ella dedica un momento a examinarla, como si pudiera diferenciar entre una identificación falsa y otra real. Pero, si eso hace que se sienta mejor, adelante.

—Bien —dice ella con frialdad—. Pueden pasar un minuto, pero estaba a punto de darme una ducha.

—Apuesto a que tienen unas duchas estupendas aquí —comenta Ramírez a la vez que entra en la habitación del hotel. Suzette tiene la oportunidad de darme con la puerta en las narices, pero no la aprovecha y consigo pasar detrás de él—. Pero no tanto como las de su casa.

—Gracias —dice Suzette con gesto rígido—. Ahora mismo no puedo estar allí por razones obvias.

—Ah, lo sé. —Ramírez se detiene cuando llega a la gigante cama *king size*—. ¿Quiere tomar asiento, señora Lowell?

—No creo que sea necesario que nos pongamos muy cómodos.

Una de las comisuras de la boca de Ramírez se curva hacia arriba.

—Muy bien.

—¿Y de qué quería hablar conmigo, inspector?

—Bueno, en realidad, es sobre su casa —contesta—. La policía ha estado allí, ya sabe.

Ella pone los ojos en blanco.

—Supongo que es lo que se suele hacer con el escenario de un crimen.

—Y han examinado cada rincón.

Suzette entrecierra los ojos y detecto un diminuto atisbo de miedo.

—¿Qué se supone que quiere decir con eso?

—Lo que quiero decir es que han visto la habitación que está debajo de su escalera —responde Ramírez.

Si yo no hubiese estado mirando fijamente la cara de Suzette me habría perdido cómo palidecía. Juro por Dios que, si Ramírez no hubiese estado ahora mismo a mi lado, le habría arrancado los ojos a esa mujer. Le habría sacado el corazón del pecho.

—Yo… no sé de qué me habla —balbucea Suzette.

—¿No? —Ramírez arquea una de sus oscuras cejas—. Entonces ¿no sabía usted que había una habitación debajo de la escalera en la planta baja de su casa oculta tras una estantería?

Ella niega despacio con la cabeza.

—Creo que vi una especie de despensa cuando nos mudamos, pero nunca la llegamos a usar.

—Eso es muy raro —musita él.

—La verdad es que no —responde ella—. Jonathan ya era propietario de la casa cuando yo me mudé, así que nunca llegué a ver los planos de la casa.

—Pese a ser usted agente inmobiliaria, ¿nunca ha visto los planos de su propia casa?

Ella se encoge de hombros.

—Ya éramos los propietarios y no teníamos pensado venderla. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Es eso un delito, inspector?

—Pero la cuestión es la siguiente. —Ramírez la mira a los ojos—:

Sus huellas están por toda la habitación. Así que, si usted no la conocía, ¿cómo es eso posible?

Suzette había declinado antes el ofrecimiento de él de sentarse. Pero ahora se deja caer sobre el colchón, con la cara pálida. Resulta gratificante ver su expresión de terror. Lo merece.

—¿Sabe qué más ha encontrado la policía en esa habitación? —le pregunta Ramírez.

Ella no puede hacer otra cosa que negar en silencio.

—Hemos encontrado sangre y ADN pertenecientes a un niño que se llamaba Braden Lundie —dice—. Un niño que desapareció hace tres años. La policía está excavando su jardín trasero ahora mismo. ¿Alguna idea de lo que van a encontrar?

A Suzette parece que le cuesta respirar. Es como si se hubiese quedado sin palabras, al igual que yo cuando Ramírez me contó esa información en su coche. Por desgracia para ella, yo no me he quedado sin palabras.

—Eres cómplice del asesinato de un niño, Suzette —le digo apretando los dientes—. Vas a pasar el resto de tu vida en la cárcel. Y lo mereces. —Se me forma un nudo en la garganta—. Sabías que tu marido había asesinado a un niño y no se lo dijiste a nadie. Permitiste que siguiera libre. ¡Aun así, dejaste que mi hijo entrara en tu casa! ¿Cómo pudiste hacer eso? ¿En qué estabas pensando?

Suzette esconde la cara entre las manos un momento. Todavía no ha pronunciado ni una palabra.

—Señora Lowell —dice Ramírez.

Cuando Suzette levanta la cara de las manos, sus mejillas están manchadas por las lágrimas.

—No supe lo de Braden hasta después. Lo juro. Si lo hubiese sabido…

—Pero sí que lo supo —insiste Ramírez con un grave gruñido—. Supo lo que él había hecho y no llamó a la policía. No se lo contó a nadie.

—¿Qué sentido habría tenido? ¡Era demasiado tarde!

Siento repugnancia. Janice mencionó a aquel niño que había desaparecido unos años antes, pero yo pensé que estaba exagerando,

sobre todo después de que Suzette asegurara que habían encontrado al niño. Al final, era Janice la que tenía razón. El hecho de que Suzette haya dicho que era demasiado tarde significa que no va a haber un final feliz para esa familia.

—Yo también le odiaba, ¿sabe? —Se limpia las lágrimas de los ojos con el dorso de la mano—. No soportaba siquiera seguir en la misma casa con ese hombre. Pero me quedé con él para así vigilarle y asegurarme de que no hacía nada…, ya sabe, nada parecido otra vez. Evité que otros niños sufrieran daño.

La fulmino con la mirada.

—Vaya, eres toda una santa.

—Millie —murmura—, si hubiese llamado a la policía, ¿sabes qué habría sido de mi vida? Me habría convertido en la mujer de un asesino de niños. ¿Sabes cómo habría sido eso?

Niego con la cabeza.

—Eres despreciable, Suzette.

Al menos, tiene la elegancia de bajar la mirada.

—El inspector Ramírez ha venido para llevarte a la comisaría de policía —digo—. Pero yo le he quitado esa idea de la cabeza. En lugar de eso, vamos a darte otra opción.

Suzette levanta los ojos y me mira sorprendida. Yo miro a Ramírez, que me hace una señal con la cabeza, y, después, continúo:

—Tienes que confesar el asesinato de tu marido. Decir que le has matado porque averiguaste lo que hacía en esa habitación y que por eso tus huellas están por todas partes. Podrás decir que fue en defensa propia.

—¿Quieres que mienta? —pregunta ahogando un grito.

—Tiene otra opción —interviene Ramírez—. La segunda posibilidad es dejar que Enzo Accardi cargue con un asesinato que no ha cometido y que, después, nosotros la procesemos a usted por cómplice en el asesinato de ese niño. Y, créame, iremos a por usted con todas nuestras fuerzas.

Suzette se nos queda mirando mientras niega con la cabeza.

—Pero yo no he matado a Jonathan.

—Pero, si lo hubiese hecho, nadie la culparía, ¿no? Búsquese un

buen abogado, se lo puede permitir. Es posible que no termine en la cárcel. Pero si van a por usted por lo de ese niño…, o incluso si creen que estuvo usted implicada, cosa que los dos sabemos que va a pasar…

Se queda sin respiración. Le hemos ofrecido dos opciones terribles. Durante una milésima de segundo, casi siento lástima por ella. Pero, entonces, me acuerdo de lo que ha hecho.

—¿Y qué pasa con la sangre de la navaja de Enzo? —pregunta—. La policía me lo ha contado.

—Enzo se dejó la navaja en su casa —contesta Ramírez encogiéndose de hombros—. Usted la usó para matar a su marido y, después, trató de deshacerse de la prueba devolviéndosela a él.

Suzette baja la mirada y se mira las palmas de las manos. Decida lo que decida, toda su vida va a cambiar para siempre.

—¿Me lo puedo pensar? —pregunta en voz baja.

Ramírez se mira el reloj.

—Puede pensárselo, pero le aseguro que el inspector Willard está viniendo para acá. Llegará en cualquier momento.

Toma una bocanada de aire entrecortada.

—¿Le importa salir de mi habitación para que me pueda vestir?

Ramírez acepta salir de la habitación. Tenemos que irnos de aquí antes de que el inspector Willard nos pille y descubra lo que estamos haciendo. Cuando la puerta se cierra detrás de nosotros, me quedo mirándola fijamente. Nunca me ha gustado Suzette Lowell, pero no tenía ni idea de hasta dónde llegaba su depravación. No tenía ni idea de que ocultaría unos delitos tan espantosos solo por conservar su reputación. Cuando miro a Ramírez, estoy segura de que está pensando lo mismo.

—Solo por ti y por Enzo, Millie, moveré todos los hilos que pueda para solucionar esto y hacer que él salga libre —dice Ramírez.

—Y estaremos en paz —contesto.

—No. Yo creo que aún te debo alguna más.

Pego la oreja a la puerta de la habitación del hotel para ver si oigo algún sonido del interior.

—¿Y si intenta quitarse la vida ahí dentro?

—No lo hará. Es una luchadora. No te quepa duda.

—¿Qué crees que va a decidir?

Sonríe con tristeza.

—Va a confesar que mató a su marido. Estoy seguro. No quiere que se la acuse de nada más. Y sabe que la tienen bien amarrada.

Espero que tenga razón. Necesito que vuelva mi marido. Y necesito que esta pesadilla acabe.

Aunque tengo la sensación de que no va a acabar hasta dentro de mucho tiempo.

79

Han pasado casi dos semanas desde que Suzette Lowell confesó haber asesinado a su marido, Jonathan Lowell.

Estamos desayunando los cuatro en nuestra cocina, cosa que no parecía posible apenas dos semanas atrás. Pero ahora, Enzo está de nuevo en casa. Después de que Suzette confesara, retiraron todos los cargos contra él.

Solo nosotros conocemos la participación de Ada en el asesinato.

—Me encantan las tortitas con pepitas de chocolate —dice Nico a la vez que lleva la mano a la bandeja de tortitas que he preparado.

Enzo me lanza una sonrisa desde el otro lado de la mesa. Todavía tiene aspecto de cansado por lo sucedido durante las últimas semanas, pero está aquí y eso es lo importante. Y nuestra familia se está recuperando. Especialmente Nico va a necesitar mucha terapia después de todo lo que ocurrió, pero no pasa nada. Vamos a salir de esta.

No vamos a permitir que lo que los Lowell hicieron nos destruya.

—Una semana más de clases —les recuerda Enzo a los niños—, y, después, las vacaciones de verano. Vamos a algún sitio de viaje, ¿vale?

—¿Adónde? —pregunta Ada.

—Sí, ¿adónde? —pregunto yo, porque es la primera noticia que tengo de ese supuesto viaje.

—Ya lo decidiremos —contesta él—. Creo que necesitamos salir.

Tiene razón. Sí que necesitamos salir de aquí. Este verano vamos a vender la casa. Después de todo lo que ha pasado, no puedo imaginarme viviendo más aquí. Tenemos que buscar una casa que sea más barata para no estresarnos con cada factura. A lo mejor debemos irnos a algún sitio completamente distinto. Estaría bien empezar de nuevo.

—Yo quiero ir a Disneylandia —propone Nico.

—¡Yo también! —exclama Ada.

—En Florida hace mucho calor en verano —les recuerdo.

—Eso es Disney World, mamá —me corrige Ada—. Disneylandia está en California.

¿California? ¿De verdad? Yo estaba pensando en algo así como un viaje por la costa de Jersey. Miro a Enzo, que se encoge de hombros. No creo que vayamos a California este verano. Cuatro billetes de ida y vuelta hasta el otro extremo del país no entran en nuestro presupuesto. Pero no me atrevo a descartar su sueño de ir a Disneylandia ahora mismo.

El autobús escolar está a punto de llegar, así que sacamos a los niños por la puerta para que suban a él con pocos segundos de antelación. Justo cuando se aleja el autobús, el Dodge Charger negro aparca en nuestra calle. Aunque siempre me alegra ver a mi amigo, reconozco que siento un pellizco de angustia cuando un agente de policía aparca delante de mi jardín.

Pero Enzo no parece preocuparse lo más mínimo. Saluda a Ramírez con la mano cuando está bajando del coche.

—¡*Buongiorno*, Benny!

Ramírez le responde con el mismo gesto y, después, al ver mi cara, se apresura a decir:

—Solo es una visita de cortesía, Millie. No pasa nada.

Gracias a Dios.

—¿Quieres entrar? —le pregunto.

—No puedo —responde—. Tengo una mañana ajetreada. Pero estaba por el barrio y quería ver cómo os encontrabais. ¿Va todo bien?

—Estamos bien —responde Enzo—. Gracias por todo.

—¿Y los niños? —pregunta Ramírez—. ¿Lo llevan bien?

—Sí —contesto yo, pero vacilando.

—Millie está preocupada por Ada —dice Enzo.

Tiene razón. Odio confesarlo, pero me he obsesionado con lo que ha hecho mi hija. Reconozco que Jonathan Lowell era una persona horrible y que merecía morir, pero no dejo de verlo tirado en el suelo, con el cuello rebanado.

Mi hija le hizo eso.

—Ada se pondrá bien —me tranquiliza Ramírez—. Escúchame, Millie, tu hija hizo lo que debía. Lo entiendes, ¿verdad?

—Supongo que sí.

—Fue culpa mía —dice Enzo—. Yo le regalé la navaja. Mi padre me la regaló a mí con su misma edad y pensé que no habría ningún problema. Solo quiero que esté segura. Pero ahora vivimos en un mundo distinto.

Sin embargo, no puedo culpar a Enzo. La navaja es lo que le salvó la vida. Si no la hubiese llevado encima, Dios sabe qué le habría pasado.

Lo que me angustia es lo que hizo con ella. Todavía no hemos hablado de cómo le cortó el cuello a Jonathan.

—Bueno, si estás demasiado ocupado para entrar a tomar un café ahora, ven a cenar esta noche, ¿vale? —le propone Enzo.

—La verdad es que… —Ramírez se coloca la corbata—. Tengo una cita esta noche.

Por un momento me olvido de mi preocupación por Ada y una sonrisa se me dibuja en los labios.

—¿Una cita? ¿En serio?

Ramírez me devuelve una sonrisa que es una encantadora mezcla de excitación y nervios.

—Lo creáis o no, Cecelia me concertó una cita con su madre. Esta va a ser la segunda, pero hemos hablado mucho por teléfono y… Sé que es pronto, pero me gusta mucho esa mujer. Es todo un personaje.

Casi suelto una carcajada ante lo que sin duda alguna es el eufemismo del siglo.

—Desde luego que lo es —asiento.

—A lo mejor te jubilas ahora —se burla Enzo.

—Jamás —responde Ramírez.

Pero si hay alguien que pueda convencer a este hombre para que por fin se jubile, esa es Nina Winchester.

—En fin —dice—, tengo que irme. Pero, si necesitáis cualquier cosa, dadme un toque.

Ramírez regresa a su coche y vemos cómo se aleja. Yo también tengo que volver al trabajo, pero últimamente me cuesta concentrarme. Estoy feliz porque mi marido haya salido de la cárcel

pero me agobia la preocupación por mis hijos. Especialmente por Ada.

—Millie —dice Enzo—, tienes que dejar de preocuparte. No es bueno para tu presión arterial —añade.

—Mi presión arterial está bien ahora, muchas gracias.

Es verdad. He estado mirándomela todos los días y, durante la última semana, los niveles eran perfectos.

—Pues que siga así. —Me da un beso en la mejilla—. Ada va a estar bien. Su *mamma* está bien y ella también lo va a estar.

Tiene razón. Solo tengo que recordármelo. Ada no hizo nada malo. Por lo que a mí respecta, es toda una heroína.

Pero soy su madre. Mi deber es preocuparme. Así que seguiré vigilándola y preocupándome.

80

ADA

Aún queda la mitad de la hora de Biblioteca.

Estoy sentada en una de las mesas junto a las ventanas, leyendo un libro estupendo que se llama *Rebeca*, de Daphne du Maurier. Es antiguo, pero de lo más inquietante. Cuando lo leo, me dan escalofríos. Solo queda una semana de clases y espero poder terminarlo a tiempo.

Pero, si no puedo, será por culpa de ese Hunter.

Ha estado un tiempo sin molestarme, pero hoy ha vuelto para vengarse. Se ha sentado frente a mí desde el principio y lo primero que me ha dicho es: «¿Quieres salir conmigo el viernes por la noche, Ada?».

—No, gracias —le he contestado con frialdad.

—¿Y el sábado por la noche?

—No.

—¿El domingo? ¿El lunes?

Vuelvo a concentrarme en el libro. No pienso hacerle caso. Es lo que se supone que hay que hacer con los niños como él. Si no les prestas atención, se van. Al menos, eso es lo que dice mi madre.

—Ada —dice con voz cantarina—, ¿alguna vez te han escrito una canción?

No levanto la vista. No respondo.

—Yo voy a escribirte una canción ahora mismo —dice. Y, a continuación, empieza a cantar—: Adaaaa. Fui a traerle una patataaa. Después, tuvimos una citaaaa.

La bibliotecaria oye a Hunter cantar y nos lanza a los dos una mirada asesina.

—¡Ada, Hunter, silencio, por favor!

Si la bibliotecaria cree que estamos haciendo el tonto, nos va a quitar los libros y nos va a obligar a sentarnos en el rincón. Y estoy deseando terminarme este libro.

—Por favor, para ya —digo—. Vas a conseguir que nos metamos en un lío. Solo quiero leer mi libro.

—¡No, no es verdad! —exclama con voz demasiado alta—. Solo finges que te gusta el libro y que eres una chica difícil. Eso es lo que me ha dicho mi padre.

—Tu padre se equivoca.

—Mi padre nunca se equivoca. Y, al menos, no ha ido a la cárcel por matar a nadie.

Me enfada que haya dicho eso. Mi padre no mató al señor Lowell. Pero, después de que volviera a casa, me dijo que si hubiese sabido lo que el señor Lowell le estaba haciendo a Nico habría hecho exactamente lo mismo que hice yo.

La policía sigue teniendo la navaja de mi padre. La que usé para apuñalar al señor Lowell. Ojalá la siguiera teniendo. Probablemente no la voy a recuperar nunca, y es una pena, porque me encantaba esa navaja.

Pero, claro, yo no necesito una navaja.

Dejo mi libro de *Rebeca*. Me levanto de la silla y me siento en la que está junto a la de Hunter. Eso no se lo esperaba y me mira sorprendido.

—Hunter —digo—, quiero que sepas una cosa.

Me sonríe.

—¿Sí? ¿Has cambiado de opinión?

—No. —Le miro directamente a los ojos sin apartar la mirada—. Si no me dejas en paz, ahora mismo, esta noche me voy a meter en tu dormitorio mientras duermes. —Espero un poco para ver su reacción —. Y luego, cuando te despiertes por la mañana, te vas a quitar las mantas de encima y vas a encontrar tus pelotas ensangrentadas entre las sábanas, a tu lado.

Se ríe.

—¿Qué?

—Ya me has oído. Si vuelves a molestarme a mí, o a cualquier otra

chica, te castraré mientras estás dormido. —«Castrar» es una palabra que aprendí hace poco de un libro que estuve leyendo. Creo que en este caso la he usado correctamente. Quiere decir cortarle los testículos a alguien.

Me gusta cómo se va quedando pálido. Le observo mientras trata de recuperarse.

—Tú… tú no puedes hacer eso —tartamudea.

—Eh…, a lo mejor no —digo—. Pero la verdad es que yo creo que sí. ¿Quieres averiguarlo?

Por su expresión, me parece que no va a querer saberlo. Se levanta de un salto de su asiento y se aparta de mí.

—Eres una psicópata —dice.

Me limito a encogerme de hombros y le sonrío.

Él se aleja de la mesa a trompicones, casi dando un traspié en su afán por alejarse de mí. Creo que ya no me va a molestar más. Me gustaría pensar que no va a molestar a ninguna otra chica nunca más.

Cojo mi libro para seguir leyendo, pero, antes, miro por la ventana que tengo al lado. Fuera, el día está bastante gris y casi puedo ver mi reflejo en el cristal. Es curioso, porque siempre he creído que era prácticamente idéntica a mi padre, con mi pelo y mis ojos oscuros. Pero ahora que me miro en esta ventana nublada, me doy cuenta de que a medida que voy creciendo mis rasgos faciales se van volviendo más parecidos a los de mi madre. No había reparado en ello hasta este mismo momento.

Soy como ella. Qué curioso.

EPÍLOGO

MARTHA

Me alojo en un motel a las afueras de Long Island.

Jed no ha venido a buscarme desde que me fui, así que empiezo a sentirme segura por fin. Me dijo que, si alguna vez le dejaba, me buscaría y me arrancaría el pelo de la cabeza, pero todavía no me ha encontrado. De todos modos, tengo la pistola que me dio Enzo, por si aparece. Hace que me sienta segura.

Sin embargo, sí que me preocupa el dinero. Jed se quedó con todos mis cheques, así que lo único que me queda es lo que he conseguido ahorrar, además de una pequeña cantidad que Enzo pudo darme. Puedo intentar trabajar en negro, aunque es difícil conseguir trabajos así en un sitio nuevo sin contar con referencias. Me llevará un tiempo, pero soy muy trabajadora y estoy dispuesta a ponerme a prueba. Llevo mucho tiempo esperando librarme de ese monstruo.

Y cuando los Accardi se mudaron a la casa de al lado, supe que ese sería mi pasaje de salida.

Hace muchos años, cuando era joven y tenía muchas esperanzas puestas en lo que sería mi vida, trabajé para una familia rica. Tenían un hijo adolescente que era de ese tipo de chicos que se creen que pueden conseguir todo lo que deseen. Me desagradaba muchísimo, sobre todo después de ver cómo una chica salía corriendo de su dormitorio llorando. Él se estuvo riendo después, mientras yo cambiaba las sábanas de su cama, que tenían manchas de la sangre de ella.

Tres meses después, estaba muerto.

La primera vez que oí hablar de Wilhelmina Calloway, la chica que terminó convirtiéndose en Millie Accardi, fue cuando la acusaron del asesinato del hijo de mis jefes. Yo no tenía ninguna duda de que ese

chico se merecía lo que Millie le había hecho, pero el jurado no opinaba lo mismo. Fue a la cárcel por asesinato.

Reconocí a Millie cuando vino a ver la casa del número 14 de Locust Street con su atractivo marido. Estaba mucho mayor, claro, pero supe al instante quién era. Había algo en ella que resultaba difícil de olvidar. Algo en su mirada. Una rápida búsqueda en internet me demostró que era quien yo pensaba.

En ese momento, supe que Millie sería la única persona que podría ayudarme a escapar de Jed. Solo necesitaba que se mudara a aquella casa.

Pero las casas de ese vecindario siempre se vendían por absurdas cantidades de dinero. Era evidente que los Accardi no iban a poder permitirse una guerra de ofertas. Así que les ayudé. Entablé conversación con compradores potenciales, hablándoles de las goteras del techo y del moho del desván. Uno a uno, se fueron retirando y los Accardi compraron la casa por una ganga, tal y como yo esperaba que hicieran.

Estaba deseando contarle todo a Millie en el momento en que se mudó. Siempre miraba por la ventana, observando su casa y esperando el momento en que pudiera encontrarla a solas y soltárselo todo. Estaba segura de que ella me ayudaría. Pero cuando empecé a trabajar para ella, nunca encontraba el momento adecuado. Cada vez que lo intentaba, me quedaba muda.

Al final, no fue Millie quien terminó ayudándome, sino su marido, Enzo. Fue muy bueno conmigo. Me ofreció más de lo que se podía permitir y no aceptó que me negara.

Aun así, yo temía que mis ahorros no fueran suficientes una vez que saliera corriendo. Y esa es la razón por la que, justo antes de dejar el hotel donde me alojaba para emprender la siguiente fase de mi viaje, fui a la casa de Suzette Lowell por última vez. Aparqué en la parte de atrás, para que esa vecina tan cotilla que tenía no le contara a Suzette que había estado allí. Tenía una tonelada de joyas y otras cosas que podía empeñar.

Me siento culpable al decirlo. No soy una ladrona. Siempre he vivido con honestidad e integridad. Mi marido me ha convertido en

esto. Espero no volver a verlo nunca más.

Tenía pensado dedicar quince minutos a revisar las joyas de Suzette. Sabía qué piezas se ponía más y qué otras no echaría en falta. Tenía muchas joyas y todas muy caras. Tres o cuatro habrían sido suficientes para sacarme del apuro.

Pero resultó que, cuando fui a la casa de los Lowell, el señor Lowell ya estaba allí. Yo no me esperaba que estuviese de día, así que me sorprendió que, al bajar las escaleras después de coger tres collares de Suzette, lo encontrara en la sala de estar, con la respiración agitada y apoyado en la estantería que estaba en la pared junto a la escalera, como si estuviese tratando de moverla con su peso. Soltó un fuerte gruñido y, después, se encorvó agarrándose el vientre. Me pregunté por qué estaría tratando de mover la estantería. Estaba claro que se había hecho daño al hacerlo porque, cuando dio un paso, hizo una mueca de dolor.

—¿Dónde está? —farfulló en voz baja—. ¿Dónde ha ido esa pequeña zorra?

Antes de que yo pudiera saber de qué hablaba, levantó los ojos y fue entonces cuando me vio. Él sabía que yo no tenía que estar ahí ese día y, de inmediato, en su rostro apareció una expresión de sospecha.

—Eh —gruñó—. ¿Qué haces aquí?

—Estoy…, estoy limpiando —tartamudeé. Aunque era evidente que no llevaba conmigo ningún producto de limpieza.

A lo mejor no habría salido tan mal si yo no hubiese llevado esos collares en la mano izquierda. Todo habría sido distinto si hubiese entrado en la casa con mi bolso y hubiese podido ocultar los collares de la vista.

—¡Nos has estado robando! —gritó—. ¡Lo sabía! ¡Le dije a Suzette que era eso lo que pasaba con sus joyas! ¡Le dije que tenía que despedirte!

—No —respondí desesperada—. Yo no…

Pero el señor Lowell estaba furioso. No dejaba de gritar y despotricar con que yo era una sucia ladrona. Dijo todas esas cosas espantosas de que iba a llamar a la policía y que me iban a meter en la cárcel. Durante todo ese rato, se estuvo agarrando el vientre. Pero en

lo único que yo podía pensar era en lo que Jed me haría si me arrestaban por robar.

Seguramente me mataría con sus propias manos.

No sé en qué momento vi el abrecartas que estaba en la mesita que teníamos al lado. La verdad es que todo ocurrió muy rápido. Lo cogí y, de verdad, yo solo quería que dejara de hablar. Solo quería que dejara de decir que iba a llamar a la policía. Pero lo siguiente que recuerdo es que él estaba tumbado en el suelo y que había sangre saliéndole a borbotones del cuello, formando un charco alrededor de su cuerpo muerto.

Tenía que salir corriendo. No había tiempo de limpiarlo. Sobre todo, cuando oí que Millie llamaba a la puerta.

Cuando salí por la puerta de atrás, Enzo estaba en el jardín de al lado. Temí que me pudiera ver pero, al parecer, se había hecho un corte bastante grande en la mano con algo y estaba tratando de detener la hemorragia con su camiseta. Estaba distraído. No me vio salir corriendo al claro donde yo había dejado mi coche.

Más tarde, vi en las noticias que habían detenido a Enzo. Me sentí muy mal, sobre todo, después de lo que había hecho por mí. No le sobraba el dinero y, aun así, me ayudó. Es un hombre muy bueno y no se merecía ir a la cárcel por lo que yo había hecho. Estuve a punto de llamar a la policía para decir que había sido yo la que había matado a Jonathan Lowell. Pero, antes de poder hacerlo, vi una noticia en la televisión que me sorprendió.

Suzette había confesado que había matado a su marido.

Yo no entendía nada, pero no me sentí ni de lejos tan mal por el hecho de que mandaran a prisión a Suzette Lowell. Es una persona terrible.

Durante las últimas dos semanas, estaba segura de que la verdad saldría a la luz. Estaba segura de que la policía llamaría a la puerta de mi motel con una orden de arresto por el asesinato de Jonathan Lowell. Pero no ha sucedido así. No me han arrestado. Ni siquiera me han interrogado.

Supongo que nadie sospecha nunca de la asistenta.

Agradecimientos

Vaya, sí que ha sido un viaje increíble desde que se publicó la primera Asistenta en abril de 2022. Me cuesta creer que mi librito consiguiera aparecer en la lista de los más vendidos del *New York Times* y que ya lo hayan leído varios millones de personas. Después de esa respuesta tan impresionante, era lógico que quisiera continuar con la historia de Millie en *El secreto de la asistenta* y ahora, de nuevo, en *La asistenta te vigila*.

Quiero dar las gracias a Bookouture por haber dado vida a la serie de La Asistenta y, sobre todo, a Ellen Gleeson por sus increíbles y estupendos consejos tanto sobre mi forma de escribir como sobre el personaje de Millie. Muchísimas gracias a mi agente literaria, Christina Hogrebe, y a todo el equipo de Jane Rotrosen Agency, que siempre han creído en mí y me han apoyado. Gracias al equipo de Sourcebooks por vuestra incansable labor para traer *La asistenta te vigila* al mundo y a las manos de más lectores. ¡Os lo agradezco mucho!

Y gracias a todas las personas que le echaron un ojo al manuscrito durante el proceso de edición: mi madre, Pam, Kate y Val. Estoy segura de que debe de resultar agotador que siempre os esté pasando un manuscrito y diciendo: «Perdona, es probable que esto suponga un esfuerzo», así que quiero que sepáis que os estoy muy agradecida.

¡Y, por último, un millón de gracias a los lectores que me apoyáis de una forma tan increíble! ¡Todo esto es gracias a vosotros! ¿Queríais un tercer libro de La Asistenta? ¡Pues aquí lo tenéis!

Vuelve la asistenta que ha revolucionado el thriller.
Una nueva y adictiva novela de la serie más viral del momento.

Yo solía trabajar limpiando las casas de otras personas, ahora apenas puedo creerme que este sea mi hogar. La encantadora cocina, la calle tranquila, el enorme jardín en el que los niños pueden jugar. Mi marido y yo hemos ahorrado durante años para que mis hijos tengan la vida que se merecen.

Aunque siento algo de recelo hacia nuestra vecina, la señora Lowell, veo su invitación a cenar como una oportunidad para hacer amigos. Cuando su doncella abre la puerta con un delantal blanco y el pelo recogido en un moño tirante, sé exactamente cómo se siente. Pero su gélida mirada me produce escalofríos…

La doncella de los Lowell no es lo único extraño de nuestra calle. Estoy convencida de que alguien nos observa. Y cuando conozco a la mujer que vive enfrente, sus palabras me dejan petrificada: «Ten cuidado con tus vecinos».

¿Cometí un terrible error mudándome aquí con mi familia?

Pensaba que había dejado atrás mis secretos oscuros. Pero ¿podría ser este apacible barrio residencial el sitio más peligroso de todos?

Freida McFadden es médica en ejercicio y está especializada en lesiones cerebrales. Ha escrito varios thrillers psicológicos best sellers que han llegado al número uno de Amazon. Vive con su familia y su gato negro en una casa centenaria de tres pisos que mira hacia el océano con escaleras que crujen y gimen a cada paso y donde nadie podría oírte gritar. A menos que grites muy fuerte..., tal vez.

Título original: *The Housemaid Is Watching*

Primera edición: julio de 2024

© 2024, Freida McFadden
© 2024, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 2024, Carlos Abreu Fetter y Jesús de la Torre Olid, por la traducción

Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial
Fotografía de la cubierta: © Maria Heyens - Arcangel / David Lichtneker - Arcangel / Oleg Gekman - Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10257-19-1

Compuesto en: www.acatia.es

Facebook: penguinebooks
X: @sumadeletras
Instagram: @sumadeletrased
Spotify: penguinlibros
YouTube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

Emily Dickinson

Gracias por tu lectura de este libro.

En **penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

penguinlibros

Índice

La asistenta te vigila

Prólogo

Primera parte

- Capítulo 1. Millie.
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19

Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Segunda parte
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44

Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Tercera parte
Capítulo 60. Ada.
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69

Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Cuarta parte
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Epílogo. Martha
Agradecimientos

Sobre este libro
Sobre Freida McFadden
Créditos